FUTBOLOGÍAS

FÚTBOL, IDENTIDAD Y VIOLENCIA EN AMÉRICA LATINA

Pablo Alabarces
Compilador

Carlos Alberto Máximo Pimenta, Juan Pablo Ferreiro, Tarcyanie Cajueiro Santos, Luis H. Antezana J., Jacques Paul Ramírez Gallegos, Andrés Dávila L., Catalina Londoño, Antonio Jorge Soares, Rafael Bayce, María Graciela Rodríguez, Eduardo Santa Cruz A., Rolando Helal, Hugo Lovisolo, Sergio Villena Fiengo y Pablo Alabarces

FUTBOLOGÍAS

FÚTBOL, IDENTIDAD Y VIOLENCIA EN AMÉRICA LATINA

Pablo Alabarces
(Compilador)

Colección Grupos de Trabajo de CLACSO

Grupo de Trabajo
Deporte y sociedad

Coordinador: Pablo Alabarces

Director de la Colección
Dr. Atilio A. Boron
Secretario Ejecutivo de CLACSO

Area Académica de CLACSO
Coordinador: Emilio H. Taddei
Asistente Coordinador: Rodolfo Gómez
Revisión de Pruebas: Daniel Kersffeld y Miguel Ángel Djanikian

Area de Difusión de CLACSO
Coordinador: Jorge A. Fraga
Arte y Diagramación: Miguel A. Santángelo
Edición: Florencia Enghel
Logística y Distribución: Marcelo Rodriguez

Imagen de tapa:
Fanáticos del Atlético de Madrid haciendo el saludo fascista, Madrid, noviembre de 2000

Primera edición
"Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina"
(Buenos Aires: CLACSO, abril de 2003)

Edición Digital:
Libronauta Argentina S. A., 2005

CLACSO Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Asdi
Agencia Sueca de Desarrollo Internacional

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Callao 875, piso 3º C1023AAB Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

Edición Impresa ISBN 950-9231-86-X
© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
© Libronauta Argentina S. A.
Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo de los titulares del copyright.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos. estudios y otras colaboracioones incumbe exclusivamente a los autores firmantes. y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

FUTBOLOGÍAS

FÚTBOL, IDENTIDAD Y VIOLENCIA EN AMÉRICA LATINA

Pablo Alabarces
(Compilador)

Carlos Alberto Máximo
Juan Pablo Ferreiro
Tarcyanie Cajueiro Santos
Luis H. Antezana J.
Jacques Paul Ramírez Gallegos
Andrés Dávila L.
Catalina Londoño
Antonio Jorge Soares
Pimenta Rafael Bayce
María Graciela Rodríguez
Eduardo Santa Cruz A.
Rolando Helal
Hugo Lovisolo
Sergio Villena Fiengo
Pablo Alabarces

INDICE

Pablo Alabarces
Algunas explicaciones y algunas introducciones

Sergio Villena Fiengo
El fútbol y las identidades
Prólogo a los estudios latinoamericanos

***

I
La pasión en las gradas:
identidad, fiesta y violencia en el fútbol

Carlos Alberto Máximo Pimenta
Torcidas organizadas de futebol
Identidade e identificações, dimensões cotidianas

Juan Pablo Ferreiro
"Ni la muerte nos va a separar, desde el cielo te voy a alentar"
Apuntes sobre identidad y fútbol en Jujuy

Tarcyanie Cajueiro Santos
O lado 'hard' da cultura 'cool':
as torcidas e a violência no futebol

Luis H. Antezana J.
Fútbol: espectáculo e identidad

***

II
Fútbol e identidades territoriales

Jacques Paul Ramírez Gallegos
Fútbol e identidad regional en el Ecuador

Andrés Dávila L. y Catalina Londoño
La nación bajo un uniforme
Fútbol e identidad nacional en Colombia, 1985-2000

Antonio Jorge Soares
Futebol brasileiro e sociedade:
a interpretação culturalista de Gilberto Freyre

Rafael Bayce
Cultura, identidades, subjetividades y estereotipos:
Preguntas generales y apuntes específicos en el caso del fútbol uruguayo

***

III
Deporte, globalización y postmodernidad

María Graciela Rodríguez
Los días en que Maradona usó kilt:
intersección de identidades profundas
con representaciones massmediáticas

Eduardo Santa Cruz A.
Fútbol y nacionalismo de mercado en el Chile actual

Ronaldo Helal
Idolatria e malandragem:
a cultura brasileira na biografia de Romário

Hugo Lovisolo
Tédio e espetáculo esportivo

Sergio Villena Fiengo
Gol-balización, identidades nacionales y fútbol

Algunas explicaciones y algunas introducciones

Pablo Alabarces*

Este libro estuvo listo, en una primera versión, a comienzos de 2001. Básicamente, la colección recogía los trabajos discutidos en la reunión que el Grupo de Trabajo Deporte y Sociedad de CLACSO realizara en noviembre de 2000 en la sede de FLACSO-Ecuador, en la hermosa ciudad de Quito. Había transcurrido un año desde la reunión anterior e inaugural, en Cochabamba, Bolivia, y unos meses luego de la edición de nuestro primer volumen colectivo, *Peligro de gol*, presentado en abril de ese mismo 2000, todavía viejo milenio, antes del fin de siglo, de las Torres, del desplome del experimento neoliberal argentino. Una eternidad atrás, en suma.

Entre una reunión y otra, además de un libro, nos pasaron muchas cosas. Nuestro tímido grupo inicial se había expandido cualitativa y cuantitativamente, hasta incorporar catorce investigadores activos, representando a casi todo el Cono Sur y parte de Centroamérica. Pero además, del sesgo casi exploratorio de nuestras primeras discusiones e intercambios habíamos pasado a pisar más en firme, a demostrar que, como arriesgaba en mi introducción a *Peligro de gol*, sólo hacía falta el empuje que CLACSO nos brindaba con su Programa de Grupos de Trabajo para sacar a la luz una producción dispersa y clandestina, pero real, sólida, en crecimiento, que combinaba la tarea de intelectuales jóvenes (nuestro promedio de edad inicial era de 39 años, merced a

algún colega que presionaba a la suba) con algunos más experimentados. Las discusiones de Quito demostraron lo invalorable de los aportes de Hugo Lovisolo, Luis Antezana o Eduardo Santa Cruz, que reponían nuestros debates en series más extensas, dentro y fuera del campo.

Luego de la reunión quiteña, diversos avatares motivaron demoras en la producción de este libro. Hasta ésta, su concreción definitiva, el campo de estudios sobre deporte y sociedad en América Latina se expandió, mostrando una solidez que apuesto será definitiva. De reducto marginal de productores marginales (en el doble sentido de la periferia del campo de las ciencias sociales y de nuestra propia colocación en las academias respectivas), hoy podemos afirmar que constituimos un espacio reconocido y reconocible en la producción de saberes novedosos en las ciencias sociales latinoamericanas. Los colegas brasileños son, nuevamente, los que mostraron los indicios más visibles de esta colocación: la realización de sendos *forum* específicos en los dos grandes simposios brasileños en ciencias sociales, *Esportes, nações e modernidade* en la 23° reunión de la ABA (Asociação Brasileira de Antropologia) en Gramado-RS, y *Esporte, Politica e Cultura* en el XXVI Encontro Anual de ANPOCS (Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais) en Caxambu-MG, debidos a la organización y coordinación de Arlei Sander Damo y Simoni Lahud Guedes, por un lado, y Ronaldo Helal y José Jairo Vieira, por el otro y respectivamente, ambos durante 2002. Pero a la vez, la cantidad de publicaciones producida en los casi tres años que separan nuestro citado primer volumen de éste que hoy presentamos es otra señal. La comparación con el mapa que intentamos producir en el volumen de 2000 sólo señala un crecimiento, que entiendo cualitativo además de claramente cuantitativo.

Las demoras en la publicación de este volumen, sin embargo, nos han obligado a producir algunas modificaciones. En general, obligadas por la misma dinámica que señalaba antes: una cantidad mayor de publicaciones que nos han llevado a reemplazar algún texto porque ya había sido editado en otros ámbitos. Es el caso del trabajo de Ronaldo Helal, que originalmente había propuesto un texto conjunto con César Gordon y luego ofreció el que aquí presentamos y que, en realidad, es más adecuado a los efectos de reponer una serialidad en la producción de Helal: si en *Peligro de gol* había trabajado sobre la biografía massmediática de Zico, hoy nos propone un trabajo similar –y comparado– con Romario. Pero también es el mío propio: el texto que originalmente escribimos con María Graciela Rodríguez, un mapeo exploratorio de hipótesis de trabajo, había perdido actualidad y pertinencia, disuelto en trabajos empíricos extendidos de nuestro equipo de investigación de la Universidad de Buenos Aires. Así, preferimos

introducir el análisis que Rodríguez realiza sobre la cobertura argentina de los hinchas escoceses en el Mundial de Francia '98, más acorde con las problemáticas analizadas en la tercera sección de este volumen, y hasta hoy inédito. Por mi parte, durante el 2002 publiqué mi *Fútbol y Patria* (Alabarces, 2002), que reune la mayor parte de mi trabajo de investigación de los últimos tres años, por lo que cualquier reproducción en este volumen hubiera significado pura redundancia. A pesar de que ese libro dialoga continuamente con los textos aquí recopilados, no había forma de introducir un fragmento sin que significara una reproducción forzada. Preferí, entonces, referir a su cita.

Los trabajos que presentamos en este libro han sido agrupados en tres áreas, considerando sus afinidades temáticas y, sobre todo, el abordaje problemático que sus autores dan a las mismas: la pasión en las gradas: identidad, fiesta y violencia; el fútbol y las identidades territoriales; deporte, globalización y postmodernidad.

La pasión en las gradas: identidad, fiesta y violencia en el fútbol

Esta sección incluye cuatro artículos, centrados en los procesos de conformación de identidades que subyacen a la *performance*, festiva y/o violenta, de la afición futbolera que asiste a los estadios a dar su apoyo a los clubes o selecciones que son merecedores de su pasión, así como a los discursos mediáticos que se ocupan de esa puesta en escena. Uno de estos artículos se ocupa de las barras en Argentina, dos de las *torcidas* brasileñas, y otro presenta una reflexión exclusivamente teórica.

El primer artículo es aportado por Carlos Alberto Maximo Pimenta, con el título de "Torcidas organizadas de futebol - Identidade e identificações, dimensões cotidianas". La idea central es que la violencia que protagonizan las *torcidas* en el fútbol es parte de la dimensión urbana brasileña, pudiendo ser una consecuencia del vaciamiento político-cultural colectivo, en cuanto conciencia social, de los nuevos sujetos. El análisis aborda tres cuestiones fundamentales: quiénes son esos "torcedores", cuáles son sus identificaciones e identidades, y las relaciones que existen entre torcedores, sus identificaciones e identidades, en relación con el incremento de la violencia en el fútbol.

En "Ni la muerte nos va a separar, desde el cielo te voy a alentar: apuntes sobre identidad y fútbol en Jujuy", Juan Pablo Ferreiro plantea, frente a la creencia "favorita" de los argentinos de que "la pasión por tal equipo (el tuyo, el mío) es un sentimiento inexplicable", la hipótesis de que la máscara de sensibilidad intransferible y enigmática tras la que actúan la pasión y la entrega, el enfrentamiento simbólico y aún la

violencia física, descansa mucho más sobre el entramado cultural que manifiesta las diversas pertenencias sociales, que sobre un intangible y esotérico magma futbolero. Considerando que el fútbol es un complejo ritual que incluye dos subprocesos, uno en el campo de juego y otro en las gradas, el autor se ocupa de este último concentrándose en los procesos de "barrabravización" y "militarización" de las hinchadas en Jujuy, provincia del norte de Argentina.

En "O lado 'hard' da cultura 'cool': as torcidas e a violência no futebol", Tarcyanie Cajueiro Santos considera que la violencia en el fútbol es un fenómeno colectivo que es necesario estudiar para conocer los nuevos patrones estructurales de las sociedades contemporáneas, puesto que el fútbol sería una arena simbólica privilegiada, donde pueden interpretarse los rasgos de la sociedad global y virtual. La autora reflexiona sobre la violencia entre aficionados al fútbol y las relaciones de socialidad que son construidas por ellos, considerando que la violencia es un acto social y uno de los vectores de fondo que hacen posible la unión y acción grupal entre aficionados y no simplemente alguna reacción irracional y desorganizada de las masas. Esa violencia sería un producto de la indiferencia hacia lo real y el vacío de sentido, en una sociedad estimulada por modelos individualistas y hedonistas que invitan a vivir intensamente el presente, aplicando medios extremos para lograr fines insignificantes.

El último artículo de esta sección es "Fútbol: espectáculo e identidad", de Luis H. Antezana J. El autor parte de la premisa de que en el fútbol-espectáculo hay dos tipos de identidades sociales: las *tifosi*, relativas a los clubes y sus equipos, y las metaidentidades, relativas a los seleccionados nacionales. El pasaje de unas a otras es gramaticalmente posible gracias a los "nosotros" exclusivo e inclusivo existentes. La articulación social de estas identidades sería el resultado de la distancia que separa al hincha común de los jugadores; los menos dotados se articulan ante el espectáculo que ofrecen los ejemplarmente hábiles. El alcance de estas articulaciones sería parcialmente local si se trata de identidades *tifosi*, mientras que las articulaciones nacionales dependerían, básicamente, del sentido ciudadano. En este proceso, es fundamental el papel activo de los hinchas, cuya co-participación en el fútbol espectáculo sería fundamentalmente verbal: se "vive" (en) el fútbol cuando se habla de fútbol, por lo que éste debe considerarse, también, un juego de lenguaje.

Fútbol e identidades territoriales

Cuatro artículos conforman esta sección, todos ellos centrados en la elaboración de identidades territoriales, de alcance regional y nacional, a

través del espectáculo futbolístico y la producción de discursos que buscan dotar a los eventos deportivos de sentidos identitarios extrafutboleros. Los casos que se estudian son Ecuador, Brasil, Colombia y Uruguay.

"Fútbol e identidad regional en el Ecuador", de Jacques Paul Ramírez Gallegos, indaga cómo un hecho socio-cultural como es el fútbol expresa, condensa, visibiliza y acentúa las diferencias y los antagonismos regionales en el Ecuador, constituyéndose así en una metáfora de comprensión del enfrentamiento entre dos "potencias" regionales, Quito y Guayaquil, que han estado en constante conflicto y disputa por mantener una hegemonía tanto a nivel dirigencial-institucional (control de la Federación Ecuatoriana del Fútbol), como en el ámbito de los títulos obtenidos en los campeonatos nacionales. El análisis histórico sobre el origen del profesionalismo, la conformación de la selección nacional y el surgimiento de nuevas barras y cánticos de los equipos, lleva a plantear la hipótesis de que, en el Ecuador, el fútbol es un espacio donde se elaboran y refuerzan las identidades "primordiales" regionales que cuestionan el ideal de "unidad" nacional.

"La nación bajo un uniforme: fútbol e identidad nacional en Colombia, 1985-2000", de Andrés Dávila y Catalina Londoño, propone una lectura crítica de la tesis de la orfandad de símbolos e instituciones capaces de cohesionar a la sociedad colombiana y de dar sedimento a la construcción de la nación. Para ello, el artículo se ocupa de la Selección de Colombia, presentando primero una reflexión conceptual de la relación entre fútbol, nación y selección nacional. Posteriormente, se desarrolla un recuento de los principales rasgos del fútbol colombiano y, finalmente, se hace una primera aproximación al período en el cual la selección de Colombia fue gestora de un referente de identidad nacional (1985-1987). Como corolario, se presenta una serie de argumentos sobre la necesidad de proseguir la investigación, cubriendo el período 1985-1990.

"Futebol brasileiro e sociedade: a interpretação culturalista de Gilberto Freyre", de Antonio Jorge Soares, tiene como objetivo analizar los escritos de Gilberto Freyre sobre el fútbol, prestando especial atención a su estilo de imaginar la identidad brasileña. El autor considera que el modo de análisis elaborado por Freyre incidió en la formación de una tradición que constituye parte de un modo de pensar las singularidades de la cultura y de la identidad brasileña y, por extensión, del modo brasileño de jugar al fútbol. El autor muestra cómo las lecturas, descripciones e interpretaciones que se realizan sobre el fútbol brasileño reproducen, consciente o inconscientemente, los argumentos e imágenes freyreanos sobre el tema.

En "Cultura, identidades, subjetividades y estereotipos: preguntas generales y apuntes específicos en el caso del fútbol uruguayo", Rafael Bayce, luego de reivindicar la "fermentalidad" de los escritos de Durkheim para el análisis cultural del fútbol, se pregunta si los estilos futbolísticos de las selecciones reflejan algún supuesto conjunto de caracteres nacionales o si, más bien, esas afirmaciones son parte de un proceso de elaboración de estereotipos. El análisis de las auto y hetero-imagénes que se han elaborado sobre el fútbol uruguayo le conduce a adoptar la segunda tesis, a la vez que mostrar el peso psicológico negativo que los estereotipos pueden tener cuando se constituyen en mitología futbolera. Concluye señalando, contra las habituales creencias, que el fracaso del fútbol uruguayo contemporáneo no se debe a que los jugadores se alejan de los modelos elaborados en función de glorias pasadas, sino más bien a la casi obsesiva tendencia a encarnarlos.

Deporte, globalización y postmodernidad

Este apartado incorpora cinco artículos, los cuales reflexionan sobre cómo los cambios económicos, sociales y culturales contemporáneos, articulados a las nociones de globalización y postmodernidad, están impactando en las funciones sociales de los deportes en tanto arena pública para la elaboración de identidades socioculturales. Tres artículos reflexionan sobre casos específicos (uno sobre Argentina, otro sobre Chile y el restante sobre Brasil), en tanto que los dos restantes son reflexiones de carácter teórico.

María Graciela Rodríguez, en "Los días en que Maradona usó kilt: intersección de identidades profundas con representaciones massmediáticas", interpreta las distancias entre los procesos de constitución de identidades 'profundas' y las imágenes que conectan con el *nacionalismo banal*. Para ello, analiza la cobertura del Mundial de Fútbol de Francia '98, cuando algunos fans escoceses adquirieron notoriedad a través de la exhibición –espectacularizada por los medios– de tres rasgos: sus atuendos tradicionales, su afición a la bebida y la extravagancia de levantar las kilts para mostrar sus desnudeces. El periodismo argentino durante el Mundial de Francia los encontró aptos para su puesta en escena, especialmente cuando cantaban una canción dando gracias a Maradona por la 'mano de Dios' que dejó afuera a los ingleses en el Campeonato Mundial de 1986. La anécdota analizada permite registrar un momento en que algunas identidades profundas relacionadas con la nación se intersectaron con representaciones massmediáticas codificadas que, a la inversa, remiten a atributos fuertemente estereotipados de una tradición.

"Fútbol y nacionalismo de mercado en el Chile actual", presentado por Eduardo Santa Cruz, analiza el papel que juega el fútbol en la difusión de un nuevo discurso nacionalista en Chile, el cual tendría la particularidad de ser una convocatoria integral realizada desde el mercado y no desde el Estado o los sectores civiles. La hipótesis del autor es que la identidad nacional propuesta, que se fundamenta en la capacidad de competitividad en el mercado mundial, ha encontrado un ambiente favorable en los deportes de competición, especialmente en el fútbol y el tenis, donde se busca la confirmación simbólica de que Chile es un país exitoso y eficiente. El fútbol se constituiría, así, en un espacio comunicativo favorable a la difusión de un nuevo imaginario nacionalista de corte neoliberal, enmarcado en los procesos de globalización a través del mercado.

"Idolatria e Malandragem: a cultura brasileira na biografia de Romário", de Ronaldo Helal, analiza la manera como ha sido construida en los medios masivos la figura del futbolista Romario a partir de dos períodos emblemáticos de su trayectoria, en el camino al puesto de héroe de la selección brasileña: el primero es el partido entre Brasil y Uruguay en las eliminatorias para el Mundial de 1994, mientras que el segundo es la Copa del Mundo propiamente dicha, conquistada por Brasil. La elección de estos períodos para el análisis se debe a que ellos señalaron claramente el lugar de Romario entre los héroes del fútbol brasileño. Así, Helal muestra cómo los recursos utilizados por los medios en la construcción de la figura de Romario como el héroe de la conquista de 1994 construyen un personaje singular de la cultura brasileña como modelo heroico, opuesto al diseñado con la figura de Zico, que Helal analizara en nuestra compilación anterior (Alabarces, 2000).

En "Tédio e espetáculo esportivo", Hugo Lovisolo presenta algunas hipótesis sobre el deporte competitivo y el espectáculo deportivo, prestando atención a cómo la articulación del mundo transnacionalizado de los negocios con los deportes altera los ámbitos de competición, incluyendo también competencias entre marcas y no sólo entre equipos rivales, a la vez que transforma el espectáculo mediante su hipermediatización en el marco de "industria del placer", de creciente importancia en las economías nacionales. Se pregunta sobre los procesos de racionalización y especialización, tecnificación y organización, crecientes en el campo de los deportes competitivos, así como sobre la importancia de los héroes y estrellas en el campo del espectáculo deportivo. Finalmente, el autor reflexiona sobre cómo la industria del entretenimiento procesa la interculturalidad con el fin de desligar las prácticas de entretenimiento de sus contextos culturales locales a los efectos de facilitar su espectacularización y acceso universal.

En "Gol-balización, identidades nacionales y fútbol", Sergio Villena reflexiona sobre el posible impacto que la globalización del fútbol tendría sobre la función que este deporte espectáculo ha cumplido como escenario simbólico para la elaboración de identidades nacionales. Se presenta un marco analítico para abordar el proceso multidimensional de globalización en el fútbol, reflexionando sobre cómo los procesos de mercantilización, hipermediatización y transnacionalización que en los últimos años ha sufrido ese deporte en sus diferentes dimensiones (el juego, la organización, su difusión mediática, el consumo y la afición, etc.) están transformando los parámetros culturales, sociales, políticos y económicos que hicieron posible la articulación, con frecuencia exitosa, entre el fútbol y el nacionalismo.

Además de estos artículos, Sergio Villena introduce la compilación con un excelente estudio de conjunto de la producción latinoamericana sobre el campo, que avanza notablemente respecto del mapeo provisorio que intenté hacer en mi propia introducción a *Peligro de gol* (Alabarces, 2000). El trabajo de Villena reflexiona críticamente sobre los materiales, los objetos, las lecturas y las miradas que nuestro trabajo y el de otros colegas han producido sobre el conjunto *deporte e identidad*, señalando tanto los aciertos como, nobleza obliga, nuestras falencias y vacancias.

Por último, cerrando el volumen, queríamos ofrecer una bibliografía específica latinoamericana, un listado indicativo de trabajos producidos en el continente. Como ocurre con las ediciones de obra completa borgiana, fatalmente incompletas por la perseverancia del escritor argentino en ocultar o transformar sus propios textos, esta bibliografía es tan extensa como imposible: cuando iniciamos el trabajo, a poco andar comprendimos que, como nuevo síntoma de la extensión y solidez del campo que anunciábamos, no podíamos listar esas publicaciones sin producir lamentables olvidos. Las indicaciones a nuestra producción deben limitarse, en consecuencia, a las bibliografías parciales que cada estudio propone. Si esta aventura continúa, prometemos el esfuerzo para la próxima compilación.

Quiero cerrar este prólogo con algunos agradecimientos. Primero, a los amigos de FLACSO Ecuador, y especialmente a Fernando Carrión, que organizaron la reunión de noviembre de 2000 con tanta eficiencia como afecto y cordialidad, no exenta de humor (como pudo verse en la rutina humorística que nos llevó a compartir un escenario con *Bolillo* Gómez, el director técnico de la selección ecuatoriana de fútbol, y así concentrar cámaras televisivas y fotográficas a las que esperamos no acostumbrarnos). En ellos, además, a todos los amigos ecuatorianos que insistieron en demostrar que América Latina es una gran familia –lo que incluye, seguro, las discusiones y los chistes étnicos.

Asimismo, a los compañeros de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO, que tienen esa extraña habilidad de hacer fácil lo difícil aun en las condiciones terribles en que las crisis económicas latinoamericanas obligan a realizar el trabajo intelectual. De todos ellos depende el éxito del Programa de Grupos de Trabajo: a todos ellos les debemos este libro, aunque no serán responsables de ninguno de sus errores.

Y por último, a los colegas que escribieron este libro y que alimentan este Grupo de Trabajo. Porque lo hacen posible, con su investigación y con su escritura, y también con la paciencia infinita que tienen para con este coordinador. Y con su humor insobornable. La reunión de Quito coincidió con alguna circunstancia personal difícil: nadie mejor que ellos para ayudar a olvidarla.

Buenos Aires, enero de 2003

Bibliografía

Alabarces, Pablo (comp.) 2000 *Peligro de Gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).

Alabarces, Pablo 2002 *Fútbol y Patria. El fútbol y las narrativas de la Nación en la Argentina* (Buenos Aires: Prometeo, Libros de Confrontación).

Nota

** PhD, University of Brighton. Profesor e Investigador, IIGG-UBA/CONICET (Argentina). Coordinador del Grupo de Trabajo Deporte y Sociedad de CLACSO.*

El fútbol y las identidades
*Prólogo a los estudios latinoamericanos**

Sergio Villena Fiengo**

El interés de los científicos sociales por estudiar los deportes tiene como objeto conocer las funciones sociales que se asignan, en cada momento y lugar específicos, a las diversas prácticas que comprenden ese campo. La premisa que subyace a estos estudios es que las funciones sociales que el deporte puede cumplir desbordan con mucho su ampliamente reconocido carácter lúdico de "entretenimiento" –a veces predilecto y usualmente catártico– para las multitudes agobiadas por el ritmo de vida contemporáneo. En esta perspectiva, y sin pretender exhaustividad, se puede señalar una serie de funciones latentes en las prácticas deportivas que se han logrado identificar en lo que hace a la dimensión social.

Los sociólogos han prestado particular atención al papel del deporte en los procesos de integración social y de producción de socialidad, función que se cumpliría a través de la formación de un ámbito comunicativo fluido y de acceso relativamente irrestricto en lo que toca a las barreras sociales diversas (raza, etnia, clase, nación, etc.), el cual tendría la virtud de operar como arena tanto para la generación de capital social como para el establecimiento de vínculos comunitarios cargados de intensidad afectiva. Por el contrario, una postura menos romántica respecto del deporte destaca el papel que cumplen las

prácticas deportivas en la formación y mantenimiento de barreras sociales, e incluso en la generación de violencia intergrupal[1]: los deportes serían un espacio donde concurren grupos rivales entre sí con el fin de competir por prestigio, honor y, cada vez más, por dinero.

Asimismo, sobre todo con la profesionalización del deporte, se ha señalado su función de canal de movilidad social ascendente y su valor pedagógico en el proceso de socialización, perspectiva en la cual el deporte se considera un canal privilegiado para la transmisión de aquellos valores cívicos que fundamentan la convivencia social pacífica y solidaria. La difusión de una ética deportiva a través de la elaboración y difusión de mitologías que tienen en deportistas destacados a sus héroes ejemplares cumplirían precisamente ese papel positivo. Por el contrario, se ha destacado también que el deporte cumple funciones ideológicas, en tanto contribuye a la reproducción del *establishment* mediante la socialización de los sectores populares en los valores éticos y estéticos burgueses, propios del capitalismo competitivo. En esta línea también es posible analizar las dimensiones "filantrópica" y de "extensión comunitaria" ligadas al deporte, promovidas por muchas empresas privadas o instituciones estatales.

En lo económico, se ha puesto especial énfasis en señalar la creciente comercialización del deporte, a la vez que se ha destacado la profesionalización que el mismo está experimentando. Desde hace ya varias décadas, analistas del deporte con orientación humanista han advertido constantemente, y al parecer sin éxito, sobre las consecuencias negativas que tendría la creciente mercantilización del deporte, a la cual habría que sumar su transnacionalización creciente, tanto para el cumplimiento de sus funciones sociales de integración y cohesión social, cuanto para el mismo juego, en su dimensión ética y estética. El deporte estaría dejando de ser una práctica desinteresada y lúdica para asumir el carácter de una pujante rama en la industria del entretenimiento, sobre todo mediático, con los consecuentes problemas de alienación del trabajo, expropiación del tiempo libre y aspectos similares[2].

Es importante notar que la creciente comercialización de los deportes, y particularmente del fútbol, sobre todo en sus dimensiones de producto de la industria del entretenimiento[3], ha conducido a que los mismos pasen a formar parte de la agenda ya no sólo de las organizaciones destinadas a promover la cultura, como la UNESCO, sino también de organismos internacionales orientados al desarrollo, como es el caso del BID[4]. Este proceso, estrechamente relacionado con la conversión de los clubes en sociedades anónimas deportivas y el desarrollo de los mercados publicitarios y del entretenimiento, ha traído como consecuencia, como lo acaba de evidenciar el escándalo financiero que

llevó a la cancelación del segundo mundial de clubes, así como la controvertida realización de la Copa América en Colombia, que las noticias deportivas se publiquen cada vez con más frecuencia en la sección económica de los noticieros y ya no sólo en las páginas deportivas. Más allá de eso, hoy es fácil constatar que las conversaciones entre aficionados tienen entre sus temas principales el costo de los fichajes, el valor de los premios en disputa o el costo de los derechos televisivos de su deporte favorito.

En lo político, son por demás conocidos los argumentos del "pan y circo", de los cuales el semiólogo italiano Umberto Eco es un abanderado, que se refieren a los deportes en tanto actividad "distractiva" de las masas en relación con la discusión de problemas políticos sustantivos y, en general, con su involucramiento ciudadano en la cosa pública. En este campo, se ha señalado también la recurrente utilización del deporte por parte de los gobiernos con fines de promoción nacionalista y de homogenización cultural. De igual forma, se ha hecho notar el papel del Estado en la generación de políticas deportivas inspiradas en ideologías racistas, higienistas y de control y "domesticación" social. Por contraparte, se ha estudiado el papel de esfera de resistencia que puede cumplir el deporte frente a los controles disciplinarios y a la represión social y política en otros ámbitos de la existencia, aspecto muy relacionado con el complejo asunto de la violencia en el deporte. Finalmente, se ha hecho notar su utilización como trampolín para quienes están interesados en hacer carrera política, aunque esta relación pareciera estar invirtiéndose debido a la creciente comercialización del deporte: hoy, casos como el del controvertido ex presidente de Ecuador, Abdalá Bucarán, sugieren que la política puede también ser un trampolín para llegar a la dirigencia del deporte[5].

Por último, en la dimensión cultural, se ha destacado la función comunicativa del deporte, es decir, su carácter de arena pública en la que concurren diversos actores sociales con el fin de elaborar y hacer manifiesta, usualmente bajo formas simbólicas muy elaboradas, su propia concepción sobre la vida y la sociedad. Ahora bien, con la comercialización, hipermediatización y transnacionalización de los deportes, éstos también adquieren la función de canal publicitario para productos de diverso tipo, entre los que destacan los implementos deportivos, la comida rápida, la cerveza, los equipos electrónicos, etc. Asimismo, se ha prestado especial atención al papel del periodismo deportivo como actor fundamental en la elaboración y transmisión de imaginarios sociales y, por tanto, en la formación de identidades colectivas diversas. Finalmente, también ha merecido atención la "subcultura del hincha", con énfasis en el comportamiento simbólico y los códigos morales de conducta de los aficionados y, más recientemente,

su incursión en la comunicación virtual, con la formación de lo que se ha denominado "el hincha virtual".

Dentro de este amplio espectro temático susceptible de ser abordado por las ciencias sociales, podría señalarse que, en América Latina, quienes se han interesado por los estudios sociales de los deportes han mostrado una tendencia general –aunque no exclusiva– a privilegiar, como objeto de investigación, un problema específico: el proceso de formación de identidades socioculturales en el marco de los espectáculos futbolísticos. Esta marcada inclinación por los temas culturales articulados con temas políticos antes que estrictamente sociológicos o económicos del deporte puede rastrearse desde los pioneros e influyentes estudios que realizaron sobre el fútbol los antropólogos Roberto DaMatta, brasilero, y Eduardo Archetti, argentino.

A principios de los años '80, DaMatta buscaría comprender cómo el estilo de jugar canonizado como propio del Brasil expresaba la forma de ser o la identidad de ese pueblo. DaMatta concluía señalando que tanto en el fútbol como en su vida cotidiana los brasileros mostraban especial predilección por "un buen juego de cintura" (ver principalmente DaMatta et al, 1982). Por su parte, también en la primera mitad de los años '80, Archetti inicia una fecunda producción antropológica sobre el fútbol, la cual arranca con un análisis del *ethos* de las hinchadas de los clubes argentinos, prestando especial atención a cómo el comportamiento verbal que las mismas exhibían en los estadios apuntalaba la construcción de identidades masculinas de cierto tipo específico. Sin abandonar su preocupación por las masculinidades –la cual luego investigaría en otras áreas culturales, como el tango y el polo–, este autor ampliaría su campo de interés hacia el estudio de la formación de un imaginario nacionalista argentino en los discursos del periodismo deportivo, principalmente en la archiconocida revista "El Gráfico" (su producción se encuentra condensada en Archetti, 1999 y 2001).

Lamentablemente, DaMatta y sus asociados no continuaron investigando sobre la relación entre fútbol y cultura en el Brasil. Por otra parte, si bien Archetti prosigue con sus estudios sobre el tema, traslada su residencia a Noruega y se inserta en un circuito académico del cual los latinoamericanos están, en general, al margen. Así, pese al auspicioso comienzo que tuvieron los estudios sobre el fútbol en esta región del mundo, pronto se abrió un relativamente prolongado silencio de las ciencias sociales respecto al deporte en general y al fútbol en particular, el cual se prolongó hasta mediados de la década de los '90, momento en el cual emerge un nuevo y renovado interés por esta temática. En esta nueva fase, que se mantiene hasta hoy, se puede constatar que, pese a existir una gran dispersión/desarticulación de este subcampo académico, persiste un fuerte interés por los temas relativos a

la construcción de identidades socioculturales de diverso cuño en el marco de los espectáculos deportivos.

Algunas publicaciones, realizadas en medio de la euforia del proceso clasificatorio hacia el mundial de Francia '98, hacen evidente ese interés cultural dominante entre quienes se preocupan desde las ciencias sociales por el deporte en general, y por el fútbol en particular[6]. Probablemente este renovado interés en el deporte y, sobre todo en el fútbol, deba mucho al auge creciente que los estudios culturales tienen en la región en los años '90, donde el estudio de la cultura, las identidades, los imaginarios y las representaciones adquiere un lugar cada vez más preponderante.

Otra razón por la que pareciera que el estudio del fútbol se convierte en una nueva preocupación académica son las profundas transformaciones que el propio deporte está atravesando en los últimos veinticinco años, particularmente durante la década de los '90, cuando entra en un agudo proceso de comercialización, transnacionalización e hipermediatización. Poco a poco los científicos sociales han tomado nota de los cambios que esos procesos, que algunos autores resumen bajo el rótulo de "globalización", están provocando en los parámetros sociológicos, políticos, económicos y culturales sobre los que se estructuran las instituciones y las prácticas en los deportes y, particularmente, el llamado "deporte rey". En esta perspectiva, no parece descabellado plantear la hipótesis de que el amplio interés por los temas relativos a la construcción de identidades a través del deporte en América Latina responde también de alguna forma a un posible sentimiento de pérdida de identidad y comunidad, de inseguridad ontológica, derivado de las transformaciones que están sufriendo los deportes, sobre todo el fútbol, ante el embate globalizador.

En este nuevo contexto, los estudios culturales sobre el deporte ganan cada vez más legitimidad, tanto entre las instituciones como entre la comunidad académica. Tal vez el esfuerzo de mayor importancia, en esta perspectiva, es la organización de un Grupo de Trabajo sobre Deporte y Sociedad en el seno de CLACSO, el cual se establece como un marco institucional que está facilitando el establecimiento de vínculos entre investigadores que de manera aislada venían realizando investigaciones puntuales sobre esas temáticas a lo largo y ancho de América Latina. La primera reunión internacional de este Grupo de Trabajo, realizada en Cochabamba, Bolivia, en diciembre del año 1999, mostró de manera clara que, si bien este encuentro tenía como principal propósito hacer un estado de la cuestión respecto al tema Deporte y Sociedad en América Latina, sin privilegiar ninguna práctica específica ni temática puntual, era evidente que las y los participantes en ese primer

encuentro tenían, en su gran mayoría, un interés común: el estudio de la relación entre fútbol e identidades socioculturales.

Con esa constatación, se decidió que el segundo encuentro del Grupo Deporte y Sociedad, realizado en Quito, Ecuador, en diciembre de 2000, tratara una temática específica: la relación entre deporte e identidad y, más acotadamente, entre fútbol e identidad. Ese segundo encuentro, a diferencia del primero, que tuvo un formato cerrado, permitió no sólo la amplia participación tanto de académicos procedentes de más de diez países latinoamericanos, a la cual se dio una importante e inusual cobertura periodística, sino también de a un amplio público, básicamente ecuatoriano[7]. Resultado de ese encuentro es, precisamente, este libro que presentamos aquí, una vez que hayamos esbozado la historia del campo de los estudios socioculturales sobre el deporte en América Latina[8].

Corresponde aquí hacernos la siguiente pregunta: ¿cuáles son los principales aportes y perspectivas de investigación sobre los procesos de conformación de identidades en el fútbol que se han abierto en este período? O, para plantearlo de manera distinta, ¿qué hemos aprendido sobre los procesos de conformación de identidades e imaginarios al estudiar el fútbol en América Latina? ¿Cuál es el aporte teórico de este esfuerzo? ¿Qué enseñanzas metodológicas nos deja este proceso? En lo que queda de este prólogo presentaremos una respuesta preliminar a estos interrogantes, limitándonos a los aportes que han realizado los miembros del Grupo de Trabajo sobre Deporte y Sociedad de CLACSO en los dos encuentros realizados hasta ahora.

Primero que nada, hay que señalar que quienes se desenvuelven en el campo de los estudios socioculturales sobre el fútbol se han interesado en conocer cómo este deporte-espectáculo actúa como arena pública en el proceso de construcción de identidades sociales y culturales de diverso cuño, sean *identidades de pertenencia* (identidades territoriales –regionales, locales, (post)nacionales, genéricas, generacionales, de clase, etc.), o *identidades de rol* (hinchas, jugadores, etc.)[9]. En esta perspectiva, el fútbol sería una arena pública donde se elaboran y refuerzan identidades tanto prefutboleras como específicamente futboleras. En el caso de las identidades de pertenencia, las preguntas pertinentes que habría que responder serían del tipo: ¿cómo expreso en el fútbol mi identidad como ecuatoriano, como hombre o como obrero? ¿Qué significa ser de uno u otro club? En lo que corresponde a las identidades de rol, los interrogantes implícitos son: ¿qué significa ser un “hincha” de determinado club? ¿Qué significa ser un jugador de una selección nacional de fútbol? O incluso, ¿cómo debo actuar en tanto ciudadano de un país en ocasión de un partido de fútbol de “mi” selección nacional?[10]. Las ponencias presentadas por los

miembros del Grupo de Trabajo sobre Deporte y Sociedad de CLACSO buscan responder a interrogantes de este tipo estudiando diversos escenarios nacionales: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, Uruguay, etc.

Cada uno de estos estudios, en su mayoría aún de carácter preliminar, puede considerarse una pieza de un rompecabezas de dos caras: por un lado, contribuyen a problematizar y conocer el proceso de formación de identidades e imaginarios en cada uno de los países estudiados; por el otro, aportan un conocimiento de base para realizar estudios comparados sobre el papel del fútbol en la formación de identidades en América Latina. Por supuesto, si bien es claro que el rompecabezas está lejos de completarse en sus dos caras, es también importante anotar que las piezas que se ha logrado reunir hasta ahora dan pautas que permiten realizar interpolaciones y triangulaciones hipotéticas que sugieren caminos para avanzar en la tarea colectiva de llenar los vacíos.

Ahora bien, podríamos complejizar nuestro rompecabezas, haciendo que cada pieza contenga cuatro lados, asignando una de las caras vacantes a la dimensión teórica y otra a los asuntos metodológicos. ¿Qué cuadro teórico podríamos armar reuniendo las fichas que tenemos a mano? En primer lugar, es preciso anotar que los estudios sobre deporte y cultura se han realizado desde una perspectiva claramente transdisciplinaria, incorporando elementos teóricos y metodológicos principalmente de la antropología, la sociología y las ciencias de la comunicación. Por otra parte, más allá de la multiplicidad de conceptos y autores en los que se apoya cada uno de los investigadores para aprehender su objeto de estudio, habría que destacar, sin embargo, que es posible identificar una orientación compartida a anclar el barco teórico en un modelo heurístico común, que se caracteriza por considerar al fútbol como un espectáculo colectivo con gran intensidad dramática y ampliamente mediatizado.

En esta línea de reflexión e indagación, algunos de los autores generosamente citados, y que tienen en común su orientación antropológica, son Victor Turner, Clifford Geertz, Emile Durkheim, Pierre Bourdieu y Benedict Anderson, quienes, con matices distintos, comparten la preocupación por abordar los problemas relativos a la integración y el conflicto social prestando atención a la dimensión simbólica, emocional y moral sobre la que se estructura la sociedad. Un aspecto importante a destacar es que, salvo en el caso de Bourdieu, estos autores no han teorizado ni investigado específicamente los deportes, sino que se han preocupado mayormente por los problemas de integración y cambio sociocultural de manera más amplia[11]. Por contraparte, podría señalarse que otros autores, de orientación

sociológica, que han sido muy influyentes en los estudios sobre identidades y cultura en América Latina, no han merecido gran atención pese a su potencial utilidad para el estudio de los deportes: principalmente, Irving Goffman, Thomas Luckmann y Peter Berger[12].

Por otra parte, puede también indicarse que en los estudios latinoamericanos sobre el fútbol las concepciones que se centran en la dimensión de la dominación, el conflicto y el control social, ya sean aquellas inspiradas en el marxismo, sobre todo en sus vertientes althusserianas y gramscianas, o en otras fuentes, como en los trabajos de Foucault, por ejemplo, no han sido ampliamente utilizadas como referentes teóricos relevantes. Sin embargo, es importante señalar que los estudios sobre deporte e identidad tienen un trasfondo crítico respecto de la formación de identidades, en tanto consideran a las mismas no sólo como una forma de integración simbólica a la comunidad, enmarcada en parámetros cognitivos y afectivos, sino también como una forma de sujeción hegemónica a los designios de los grupos dominantes.

En términos más amplios, podría señalarse que las investigaciones en América Latina no se han inspirado mayormente en los estudios culturales del deporte que desde distintas vertientes se han realizado en Europa[13]. Esto seguramente tiene que ver en parte con la escasa disponibilidad de los materiales en idioma español, a lo que se suman las dificultades de acceso a los materiales en inglés y francés, situación que podría cambiar pronto con la posibilidad de adquisición *on line* de los mismos. Sin embargo, esto no parece ser así necesariamente, ya que tampoco han tenido gran influencia los trabajos de la llamada Escuela de Leicester y la "sociología figuracional", pese a que un texto fundamental como es *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, de Norbert Elias y Eric Dunning, ha sido traducido al español y es de fácil acceso. Lo mismo puede señalarse respecto a los trabajos de orientación marxista, como *Sociología política del deporte*, de Jean-Marie Brohm, o *El fútbol como ideología*, de Gerard Vinnai[14]. En razón de ello habría que considerar otras razones para explicar esa escasa recepción además de las dificultades de acceso, como por ejemplo la diferencia entre los intereses temáticos y las tradiciones teóricas en las cuales se sustentan los estudios en ambas regiones.

Ahora bien, debido a la escasa institucionalización y articulación del campo en América Latina[15], sería exagerado señalar que existe una "tradición teórica" en los estudios latinoamericanos sobre deporte. Pese a ello puede indicarse que en la región existe una tendencia a considerar al fútbol como un ritual comunitario, como un drama social y/o como una arena pública, como un espacio comunicativo denso en el cual se entrecruzan múltiples discursos verbales, gestuales e instrumentales

(gráficos, sonoros, etc.), a través de los cuales los diversos actores participantes en el drama, como son los jugadores, entrenadores, dirigentes, periodistas, hinchas y detractores, expresan apasionadamente sus conceptos y valores no sólo sobre el juego, sino también sobre su vida, anhelos, frustraciones y esperanzas. Tal vez podríamos resumir esta aproximación parafraseando a Geertz y señalando que los estudios latinoamericanos muestran una inclinación por abordar el fútbol bajo el modelo de un "juego profundo" que se constituye en un comentario dramático sobre la vida, en sus dimensiones emocionales, morales e intelectuales.

En otros términos puede señalarse que desde la perspectiva latinoamericana se tiende a considerar al espectáculo futbolístico como un escenario privilegiado para preguntarnos y buscar respuestas a la más fundamental de las preguntas: ¿quiénes somos? Existe una especie de hipótesis de trabajo según la cual las múltiples narrativas que concurren en un espectáculo deportivo complejizan y especifican esta gran pregunta, introduciendo diversos parámetros como son los territoriales, los funcionales, los genéricos y los generacionales. Pero esos discursos también proveen una amplitud de respuestas, haciendo de los espectáculos deportivos un campo de disputa simbólica donde concurren diversos actores que buscan, incluso de manera inconsciente, definir los sentidos "verdaderos" sobre los que se asienta su identidad como individuos y como grupo social. En esa medida, el fútbol sería también escenario de conflicto entre grupos sociales que buscan imponer sus sentidos a los otros con los cuales se hallan en competencia y, por lo tanto, un escenario donde se disputa la hegemonía.

En esta arena pública de enfrentamiento simbólico cada actor despliega y redefine, conforme se desarrolla el drama, sus propias preguntas y respuestas sobre su identidad, en un marco multidimensional que comprende lo ético, lo estético, lo lúdico, etc. En esta disputa, en la que impera un profundo involucramiento emocional, se busca la afirmación propia mediante la elaboración de una autoimagen que sea reconocida por los "otros", a los cuales, a la vez, se denigra o se aprende a respetar y hasta a temer. Es de esa forma que el espectáculo futbolístico ofrece un escenario en el que se construye, representa y resignifica la propia identidad, a la vez que se adquirieren y reelaboran las imágenes que los "otros" tienen sobre "nosotros" y ellos mismos, interiorizando en ese proceso conceptos sobre lo que es ser un buen o un mal ciudadano, sobre cómo ser un buen o un mal hombre, sobre lo que es bonito y elegante o feo, etc.

Parece importante señalar aquí que el concepto de identidad que entra en escena guarda distancia de las concepciones esencialistas y de las teorías del reflejo. No cabe considerar que el fútbol es un "espejo"

donde se reflejan las identidades sociales construidas en otros espacios sociales, culturales o políticos, y tampoco considerar a las identidades como básicamente inmutables. Por el contrario, los estudios sobre deporte y sociedad, si bien en muchos casos no especifican el concepto de identidad con el cual trabajan, operativamente tienden a considerar al espectáculo futbolero como un escenario privilegiado para la producción de identidades, en una dinámica dialéctica entre reforzamiento y reelaboración de sentidos y lealtades, a la vez que consideran a las identidades como construcciones precarias, múltiples y fluidas, que operan contextualmente y que, bajo ciertas condiciones, son susceptibles de transformación.

De esa manera, interesa estudiar cómo el fútbol, en tanto arena pública, ofrece un escenario simbólico privilegiado para el establecimiento de vínculos socioculturales, a la vez que para la elaboración de imaginarios sociales de tipo nacional, genérico, generacional, clasista, etc. Así, el fútbol puede considerarse un escenario ritual y secular privilegiado en las sociedades modernas para la construcción de lo que el antropológo Victor Turner llamó la *communitas*: escenario ritual que hace posible obviar las diferencias estructurales entre los individuos y que propicia su inmersión en un espacio de *communitas*, de comunión entre quienes usualmente se encuentran separados estructuralmente por diferencias de rol y estatus. Sin embargo, como es usual en estos tiempos postmodernos, esta inmersión en la comunidad es analizada sin caer en el romanticismo ingenuo, sino más bien con distancia y hasta con ironía, en tanto se sospecha que el "sentimiento comunitario" puede también producir un efecto de reforzamiento de las diferencias estructurales, mediante el conjuro catártico de las fuerzas disgregantes, a la manera de otras celebraciones festivas, como los carnavales, por ejemplo[16].

Por otra parte, es oportuno notar que, por su estructura agonística, el fútbol no permite la construcción de una *communitas* total, forjando una suerte de metaidentidad, sino que siempre opone a dos *communitas*[17]. En ese sentido, puede ser muy útil tomar el concepto de "masa doble" de Canetti, autor según el cual cada "masa" se constituye siempre en oposición a otra que le es similar o conmensurable. Si admitimos estas características fundamentales del fútbol, extensivas a otros deportes grupales de "combate", las preguntas que cabe formularse y a las cuales habría que orientar nuestros esfuerzos investigativos son: ¿cuál es la dimensión o el criterio sobre el que se estructura el grupo social en un encuentro de fútbol?; ¿cuál es, y por qué, la categoría social o cultural saliente o pivote en un encuentro de fútbol?[18]; ¿cómo se genera el vínculo social grupal entre quienes participan en un espectáculo deportivo?; ¿cómo se elaboran los imaginarios y las identidades grupales en el marco de los encuentros deportivos?; ¿cómo expresan

simbólicamente los miembros del grupo su pertenencia al mismo? El mérito de los estudios culturales sobre deporte en América Latina es haber formulado este tipo de preguntas y ofrecer ciertas hipótesis y conceptos, así como haber orientado la recolección de información necesaria para avanzar en la elaboración de algunas respuestas iniciales.

En esta última dirección podemos, para finalizar este ejercicio prologal, retomar nuestro modelo de rompecabezas y preguntarnos cuáles son los aportes metodológicos de los estudios latinoamericanos sobre el deporte. Si bien los y las académicos y académicas que conforman esta protocomunidad científica han mostrado una fuerte tendencia al ensayo y la reflexión teórica, también debe valorarse su aporte en la dimensión empírica. Consecuentemente con la perspectiva teórica asumida, los abordajes cualitativos o interpretativos han sido privilegiados en relación con los análisis de tipo cuantitativo. Se ha utilizado con cierta frecuencia el análisis del discurso, tanto de los medios de comunicación como de los protagonistas directos, entre los cuales se incluye a la hinchada; también se han aplicado técnicas de carácter etnográfico, realizando observaciones participantes en los estadios y sus entornos mediáticos, aunque tal vez de manera insuficiente en lo que se refiere a los análisis de recepción de estos últimos; finalmente, algunas investigaciones han buscado complementar el análisis del discurso y la aproximación etnográfica mediante el desarrollo de entrevistas en profundidad y la organización de grupos focales.

Resumiendo, puede decirse que los estudios latinoamericanos sobre deporte tienden a concentrarse en un área temática y problemática particular: la relación entre el espectáculo futbolístico y la elaboración de identidades socioculturales. Los estudios realizados hasta ahora muestran una tendencia hacia la conceptualización del espectáculo futbolístico como una arena pública ritualizada y mediatizada, la cual hay que abordar apelando al uso de metodologías de corte principalmente cualitativo. Los resultados de investigación obtenidos, algunos de los cuales conforman este volumen colectivo, muestran la fecundidad potencial de estos estudios para el conocimiento de las culturas y de las identidades socioculturales en América Latina. Sin duda, la institucionalización de la protocomunidad académica de alcance regional, proceso en el cual CLACSO está jugando un papel destacado, estimula el desarrollo de investigaciones a la vez que amplía la difusión de las mismas, contribuyendo así al fortalecimiento del intercambio académico tanto al interior de la región como entre ésta y otras latitudes del planeta.

Bibliografía

AAVV 1994 "Alrededor del fútbol", en *Revista Universidad de Antioquia* (Medellín: Universidad de Antioquía) Nº 236.

AAVV 1996 "Fútbol e identidad nacional", en *Cuadernos de Ciencias Sociales* (San José de Costa Rica: FLACSO) Nº 91.

AAVV 1998 "Fútbol, identidad y política", en *Ecuador Debate* (Quito) Nº 43.

Alabarces, Pablo (comp.) 2000 *Peligro de Gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*. (Buenos Aires: CLACSO).

Alabarces, Pablo et al (comps.) 1998 *Deporte y sociedad*. (Buenos Aires: Eudeba).

Balandier, Georges 1992 (1988) *El desorden. Elogio del movimiento* (Buenos Aires: Gedisa).

Balandier, Georges 1994 (1992) *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación* (Buenos Aires: Paidós).

Da Matta, Roberto et al (comp.) 1982 *Universo do Futebol: Esporte e Sociedade Brasileira*. (Rio de Janeiro: Pinakotheke).

Finn, Gerry T. 1994 "Football violence: a societal psychological perspective", en Giulianotti, Richard; Bonney, Norman; Hepworth, Mike (eds.) *Football, Violence and Social Identity* (London: Routledge).

Giménez, Gilberto 1999 "Materiales para una teoría de las identidades sociales", en José Manuel Valenzuela (comp.), *Decadencia y auge de las identidades* (México: El Colegio de la Frontera Norte – Plaza y Janes).

Giulianotti, Richard 1999 *Football. A Sociology of the Global Game* (Cambridge: Polity Press).

Giulianotti, Richard, Bonney, Norman, Hepworth, Mike (eds.) 1994 *Football, Violence and Social Identity*, (London-New York: Routledge).

Panfichi, Aldo et al 1990 (1987) *Fútbol, identidad, violencia y racionalidad* (Lima: FCS-PUC).

Villena, Sergio 2000 “Imaginando la nación a través del fútbol: el discurso de la prensa costarricense sobre la hazaña mundialista de Italia ‘90”, en Alabarces, Pablo (comp.), (Buenos Aires: CLACSO).

Notas

** Este texto se ha beneficiado ampliamente de los comentarios de Pablo Alabarces, Luis H. Antezana y Andrés Dávila.*

*** Magister y Doctorando en Ciencias Sociales, FLACSO, Secretaría General, Costa Rica.*

1 Para algunos autores, la agresión y la violencia son intrínsecas a los deportes e incluso se consideran –en un continuo que varía con el tipo de práctica y con el tipo de practicantes– como positivas en el "carácter" de los y las deportistas. Por esa razón, es importante indagar cuáles son los parámetros éticos y jurídicos que convierten a determinados actos en agresivos y violentos, mientras que valoran a otros como "ingredientes necesarios del deporte" (ver Finn, 1994).

2 Se ha destacado, por ejemplo, el elevado grado de disciplinamiento corporal en el caso del deporte profesional, con el fin de asegurar su alto rendimiento deportivo y, de esa forma, su rentabilidad económica. Por otra parte, la creciente comercialización iría en detrimento de la función de socialidad del deporte, puesto que la presencia del aficionado estaría siendo desplazada desde la participación comunitaria hacia el consumismo, dado que el aficionado ya no es interpelado en función de sus pertenencias sociales, sino de su capacidad de consumo. Más aún, como puede observarse en los procesos eliminatorios para los campeonatos mundiales, los aficionados son interpelados en función de su pertenencia con el objetivo de inducirlos al consumo y no a la participación comunitaria.

3 En algunos países del sur, particularmente Argentina, Brasil y Uruguay, la exportación de *performing bodies* (jugadores y entrenadores) hacia el norte, sobre todo hacia los países mediterráneos de Europa, se ha convertido en un importante negocio. Algunas otras funciones económicas del fútbol son el desarrollo del turismo deportivo, la producción de programas de entretenimiento y la exportación/importación de señales de televisión "en vivo y en directo", la comercialización de símbolos y marcas deportivas, así como el desarrollo del mercado publicitario.

4 Este organismo ha organizado recientemente dos seminarios internacionales sobre el tema, "El futuro del negocio del fútbol en las Américas" (Washington, D.C., 5 de mayo de 2000) y "El deporte, un vehículo para el desarrollo económico y social" (Santiago de Chile, 16 de marzo de 2001).

5 Bucarán, una vez que fue elegido presidente, utilizó toda su influencia para convertirse en presidente del Club Barcelona de Ecuador, cumpliendo así lo que él mismo denominó como uno de sus sueños.

6 A la publicación del número 236 de la Universidad de Antioquía de Medellín (1994) se suman la compilación de Panfichi (1997), el número 154 de *Nueva Sociedad* dedicado a "los juegos y las identidades" (1998), el número 43 de la revista *Ecuador Debate* dedicado a "el fútbol, la política, las identidades" (1998), y el *Cuaderno de Ciencias Sociales* número 84 de FLACSO Costa Rica dedicado al tema "fútbol e identidad nacional" (1996). También se publicaron dos libros: Alabarces et al (1998) y Alabarces (2000). Cabe incluir, también, la realización en 1999 de un seminario en Colombia sobre el tema de fútbol e identidad nacional, cuyas ponencias han sido publicadas a fines del 2000 en Gaceta Nº 47 bajo el título de "Identidades en flujo: telenovela, rock, fútbol, carnaval y nación".

7 La FLACSO Sede Ecuador, anfitriona de este encuentro, ha continuado este esfuerzo por introducir esta temática en el marco de las ciencias sociales de ese país organizando un conjunto de mesas redondas en las que, además de académicos, se cuenta con amplia participación de la "gente de fútbol": periodistas, dirigentes, técnicos, jugadores y aficionados. La euforia que ha despertado la exitosa campaña de la Selección Ecuatoriana en el proceso clasificatorio hacia Japón-Korea 2002, así como el escándalo suscitado por el atentado perpetrado contra la vida de su director técnico, el colombiano Hernán Dario "El Bolillo" Gómez, muestran la pertinencia de estos esfuerzos. Esta observación es de Andrés Dávila.

8 Una historia más extensa y completa del campo, así como un balance del grado de articulación de la comunidad académica latinoamericana sobre el tema Deporte y Sociedad, se encuentra en el texto introductorio a Alabarces (2000).

9 Esta distinción entre las identidades de pertenencia a un grupo o categoría social específico, por un lado, y las identidades de rol, por otro, ha sido propuesta, aunque sin referencia al fútbol, por Gilberto Giménez (1999).

10 Un caso interesante de fusión de estas dos identidades, donde una identidad de pertenencia (nacional) implica una identidad de rol (ser hincha de la selección), se expresa en la siguiente interpelación: "todo ciudadano digno y amante de su país debe dar su apoyo a la selección" (ver Villena, 2000). Por otra parte, afirmaciones del tipo "los costarricenses amamos el fútbol" son portadoras de una autoimagen colectiva donde un componente fundamental de la identidad de pertenencia la constituye una identidad de rol. En esta perspectiva, uno podría definir a un fanático señalando que su identidad de pertenencia futbolera se impone, con independencia del contexto social en el que actúa, sobre sus otras pertenencias (soy, primero que nada en la vida, un hincha del Arsenal).

11 Sin embargo, en varias de sus publicaciones, Victor Turner destacó la necesidad de abordar el estudio de los espectáculos deportivos modernos como formas rituales contemporáneas.

12 Debo esta observación a Andrés Dávila. Sin duda, también podría utilizarse a otros autores menos divulgados en América Latina, principalmente aquellos que se sitúan en la perspectiva etnometodológica, con Harold Garfinkel a la cabeza, o a la corriente del interaccionismo simbólico, iniciada por George Mead.

13 Por ejemplo, en Francia algunos autores como Marc Auge y Christian Bromberger se han preocupado por la dimensión ritual del fútbol. En Gran Bretaña, si bien ha existido una preocupación centrada en temas relativos a la violencia en el fútbol, particularmente en ese complejo fenómeno que es el *hooliganismo*, también existe preocupación por investigar sobre identidades sociales. Giulianotti y Finn indagan las identidades de los *casuals* escoceses; en Stirling, el grupo de Garnt Jarvie trabaja obsesivamente sobre deporte y nación en Escocia, mientras que R. Boyle lo hace sobre TV y fútbol; finalmente, en Brighton, Alan Tomlinson dirige líneas de trabajo sobre identidades y sobre organizaciones (la FIFA, por ejemplo). Por contraparte, merece destacarse que autores como Richard Giulianotti han utilizado ampliamente producción latinoamericana, especialmente argentina y brasilera, como referencia en sus estudios sobre el fútbol a nivel mundial. Una excelente síntesis crítica sobre los estudios británicos sobre el fútbol se encuentra en Giulianotti (1999). Ver también Giulianotti, Bonney y Hepworth (1999). Agradezco a Pablo Alabarces por llamar mi atención sobre estos estudios.

14 Salvo esos textos, es poco lo que se ha traducido al español, aunque merecen destacarse algunos escritos breves y no muy accesibles sobre deporte de autores franceses como Pierre Bourdieu y Marc Augé. Aquí se debe reconocer el aporte del Grupo Interdisciplinario sobre Deporte de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, contribuyendo a difundir los estudios sobre deporte realizados en Europa y Estados Unidos tanto a través de la organización de eventos realizados en Buenos Aires en los cuales se ha invitado a participar como conferencistas a académicos como Alan Tomlinson, John Sugden, Richard Giulianotti, Christian Bromberger, Joseph Arbena y el mismo Eduardo Archetti, como por la traducción y publicación de algunos de sus textos y conferencias en la revista virtual "Lecturas: educación física y deportes".

15 Una tarea por hacer, en esta perspectiva, es la de estudiar los "curriculums" de los estudios socioculturales en América Latina. Hasta donde sabemos, los estudios sobre deporte están ausentes o son marginales en la mayor parte de los casos, lo que

ciertamente nos habla de una escasa institucionalización del campo. Por otra parte, la reducida intertextualidad existente entre los propios estudios latinoamericanos puede considerarse un indicador de la baja articulación del campo.

16 Sobre los "rituales de rebelión" estudiados por Gluckman, es pertinente recordar aquí uno de los postulados básicos de la antropología política, desarrollado por Balandier: "El supremo ardid del poder es impugnarse ritualmente para así consolidarse con mayor eficiencia" (ver Balandier, 1992 y 1994). Sobre la hermeneútica de la sospecha, remitimos al lector al fundamental texto de Foucault sobre Marx, Nietzsche, Freud.

17 Tal vez podría decirse que la metacomunidad la conforman todos "los aficionados al fútbol". Podría contraargumentarse, empero, que por su estructura agonal, de la cual carecen otros escenarios rituales, como los carnavales, por ejemplo, el fútbol siempre introduce una línea de quiebra en esta "metacomunidad".

18 La teoría de la identidad social o teoría del grupo mínimo, desarrollada principalmente por Henry Tajfel y John C. Turner, considera que cada individuo posee múltiples pertenencias y desempeña múltiples roles sociales, cada uno de los cuales opera en contextos sociales específicos. Estas categorías o pertenencias sociales se jerarquizan según cuál sea el contexto social en el que tiene lugar la interacción, tornándose una de ellas, mediante una "razón de metacontraste", más saliente que las otras. Un límite de esta aproximación es que, dado su carácter psicológico, no se pregunta cómo es que se estructuran y operan esos contextos sociales específicos. Tomando algunos elementos de la teoría de los movimientos sociales de Laclau, podríamos señalar aquí que estos contextos sociales están de una u otra forma políticamente estructurados con el fin de convertir en permanentemente saliente a una de las múltiples posicionalidades que tienen los individuos: el marxismo se centraba en la posición estructural o de clase, el cristianismo en el ámbito de las creencias religiosas, el nacionalismo en la pertenencia a un Estado-nación, el machismo o el feminismo en la "naturaleza genérica", el indianismo en la pertenencia étnica, etc.

I
LA PASION EN LAS GRADAS: IDENTIDAD, FIESTA Y VIOLENCIA EN EL FUTBOL

Torcidas organizadas de futebol
*Identidade e identificações, dimensões cotidianas**

Carlos Alberto Máximo Pimenta**

Introdução

Nunca é de menos ressaltar que a violência, em seu sentido urbano e juvenil, vem ganhando importante espaço na agenda social, em especial nos veículos de comunicação de massa, parecendo assumir o epicentro das preocupações do poder público e do homem contemporâneo. Dentro deste contexto, no artigo, pretendo explicitar a violência acerca do movimento "Torcida Organizada".

O esforço circunscreve-se em apontar que essa modalidade de violência está inscrita na base dos "jogos de relações" travadas no cotidiano da sociedade brasileira contemporânea, cuja análise parte do conjunto de identificações[1] e identidade[2] ali vivenciadas, bem como dos discursos produzidos pelos jovens inscritos.

A reflexão proposta segue caráter essencialmente prospectivo e indagatório, restrito em pesquisas empíricas qualitativas/críticas desenvolvidas junto as Torcidas: "Gaviões da Fiel" (Sport Clube Corinthians Paulista), "Independente" (São Paulo Futebol Clube) e "Mancha Verde" (Sociedade Esportiva Palmeiras), sediadas na cidade São Paulo, Brasil.

A reflexão se faz necessária, pois visa buscar melhor compreensão de nosso tempo social, contribuindo no rompimento de visões reduzidas, conservadoras ou meramente estatísticas sobre o tema violência. Visa, também, indicar apontamentos às modificações sentidas no cotidiano dos grandes centros urbanos que re-ordenam, de uma forma ou outra, o comportamento dos grupos de jovens, em face das transformações políticas, econômicas e sócio-culturais, em curso.

Reconheço, mesmo com "toda" perspectiva de re-visitar posturas mais ampliadas, que não é muito tranqüilo iniciar discussão sobre violência, sob qualquer ótica[3]. A temática ainda é bastante penosa e pesada, do ponto de vista do objeto-sujeito e do método determinista e/ou não. Em que pese à intranqüilidade exposta, caminhar é preciso e ir a fundo na questão significa atentar para as particularidades de cada violência e de como cada grupo faz uso dela ou nela está inserido.

O componente juvenil da violência[4], ao meu ver, merece ser observado por outros ângulos cada vez menos policialescos ou midiáticos. A idéia é explorar seus aspectos simbólicos[5], no que diz respeito aos mecanismos que articulam os canais da agressividade e da violência, e, sobretudo, para evitar que essa modalidade de violência seja utilizada como cenário de "espetáculo" e "banalização" humana, pelos canais de formação de opinião pública.

Na formatação das visões dos torcedores (muitas vezes denominados em trabalhos científicos de vândalos[6]) é que busco relacionar a violência produzida entre as "Torcidas Organizadas" com os "jogos" de relações sociais travados no espaço urbano. A violência, aos olhos dos torcedores, não aparenta ser acontecimento social solto, isolado.

A título de explicação metodológica, a observação encaminhada privilegiará os confrontos que tiveram grandes repercussões na mídia televisiva, nos últimos 12 anos, pois se revelou em importante material de investigação[7].

A abordagem se divide em duas partes. Na primeira parte, na tentativa de apontar o surgimento das "Torcidas Organizadas", farei breve contextualização histórica para localizar o fenômeno enquanto movimento de juventude, sem perder de vista as intenções propostas. Na segunda parte, na tradução dos discursos produzidos pelos torcedores filiados ao momento, interpreto as identificações e a identidade que compõe o estilo de vida do grupo, como classificou Pierre Bourdieu.

Três questões perpassam e sustentam a lógica da análise, a saber: (1)– quem são esses "torcedores"? (2)– quais são suas identificações e identidade? e (3)– que relações existem entre "torcedores", suas identificações e identidade com o aumento da violência no futebol?

O fenômeno "Torcidas organizadas"

A violência ao redor do futebol não é acontecimento novo e há exemplos interessantes na história do futebol brasileiro[8] e mundial[9] de atos de extrema violência entre torcedores. O que é inédito é o movimento social de jovens em torno de uma organização que difunde novas dimensões culturais e simbólicas no cotidiano urbano, amoldando o comportamento dos inscritos que se apropriam da violência verbal ou física como forma de expressão e visibilidade.

No Brasil, dos anos oitenta para cá, sabe-se que o comportamento do torcedor nas arquibancadas dos estádios de futebol modificou-se consideravelmente. Esta modificação se deu, segundo alguns pesquisadores, pelo surgimento de configurações organizativas com característica burocrática/militar[10], fenômeno este essencialmente urbano[11] que criou uma nova categoria de torcedor, ou seja, o chamado "torcedor organizado[12]".

As primeiras "Torcidas Organizadas" (aqui se entende como "organizada" os grupos de jovens associados ao movimento de torcedores burocrático-militar) datam do fim da década de '60 e do começo dos anos '70[13]. Nesse período, o Brasil caminhava em passos largos na busca do desenvolvimento econômico e a cidade de São Paulo avançava no processo de aceleração urbana, porém, notoriamente desarticulada e "descompromissada" com as bases sociais[14].

No encaminhamento das políticas públicas pelo Estado Militar brasileiro viu-se o esvaziamento do sujeito social, no sentido coletivo do termo, e a desarticulação das relações na esfera do público, reforçando as individualizações e as atomizações dos movimentos sociais, incluindo os movimentos de jovens e transformando-os em acontecimentos ora de busca de pertencimento ora de auto-afirmação, onde a violência norteia a constituição da identidade e das identificações dos membros desses grupos.

Entendo ser impossível falar de "torcedor" ou "Torcida organizada" sem passar por questões políticas e simbólicas-culturais ligadas ao processo de construção da identidade social do jovem brasileiro e, conseqüentemente, suas identificações e dimensões cotidianas, em que toma parte.

Aqui, faço referência a Pierre Bourdieu, das trocas simbólicas (1998[a]), como indicativos teórico-explicativos aos elementos culturais de lazer produzidos pelo movimento e como potencial subjetivo de aglutinar quantidade significativa de massa jovem, atraída pelos códigos e símbolos difundidos.

Na década de '70, o poder de mando do complexo industrial brasileiro interferiu nas macro-organizações político-econômicas provocando grandes instabilidades às micro-organizações emergentes. Conseqüentemente, o "*estilo de vida*" dos jovens denominados de *novos sujeitos sociais*[15] não pode ser dissociado dos desdobramentos causados por esses traçados político-econômicos legitimados no "jogo" social.

O conflito entre os poderes econômico e social marcou a construção do espaço urbano das grandes cidades, prevalecendo o interesse do capital e, de alguma forma, esse processo interferiu, na identidade social dos jovens que ganham expressividades através da negação do outro (enquanto ser social), da disputa e da violência prazerosa entre os rivais.

Ademais, um apontamento possível desses desdobramentos é o esvaziamento da noção do coletivo na formação dos jovens, fator indispensável na compreensão do nosso tempo. Com isso, não estou afirmando que os *novos sujeitos* não têm conteúdo nenhum. De longe não é esse o raciocínio empregado ao texto. Falo, exclusivamente, da questão da consciência. Pierre Bourdieu nos ensina que as relações de poder existentes entre grupos sociais circulam, podendo ser apropriadas ou não. E, mais, cada agente do grupo, sabendo ou não, querendo ou não, é reprodutor de ações que são produtos de um *modus operandi*, muitas vezes sem ter o domínio consciente (1998[b]: 132-207).

Violência: dimensões do cotidiano

Caso seja correto entender que o aumento dos atos de violência praticados entre torcedores tem decorrência no surgimento dos "novos sujeitos", estes predominantemente jovens (individualizados, do ponto de vista da formação de uma consciência social e coletiva[16]), afasto o reducionismo das explicações e justificativas econômicas, com relação à temática. A violência não é coisa exclusiva da pobreza.

A idéia, a partir da sistematização de dados empíricos, é entender a violência pela via do esvaziamento do sujeito social que, diminuído de sua capacidade de filtragem, constrói a identidade e as identificações, tendo a violência como elemento estruturante. O diálogo grafado, abaixo, viabiliza melhor a argumentação exposta:

> "Repórter: O que você acha dessa violência?
>
> Torcedor: (...) a gente tem um cachorro que vai e te morde e você vai ficar parado?"[17].

O torcedor rival perde a característica de pessoa ou sujeito, mas ganha o *status* de animal ou coisa, sem nenhum vínculo de comprometimento social ou humano. Na prática dos atos de violência, os "torcedores" perdem a percepção da existência do outro. A entrevista, que segue, exprime o sentimento entre os rivais:

"Repórter: Você chegou a bater em alguém?

Torcedor: Não sei...

Repórter: Você se defendeu pelo menos?

Torcedor: Defendi...

Repórter: O que você acha disso, você gosta?

Torcedor: Gosto... é só para chegar em casa e ter o prazer de tirar um barato com os meus amigos.

Repórter: Não importa que alguém morra nisso?

Torcedor: Não sendo amigo meu tudo bem?"[18].

Uma questão se impõe: –quem são esses sujeitos? Após observar os arquivos administrativos das "torcidas" pesquisadas, posso dizer que os seus sócios são pessoas normais que gostam de futebol, do "barato" promovido pelas "organizadas" e vão aos estádios de futebol atraídos pela diversão, pela viagem, pela bebida, pela excitação do "jogo" e, até, pelo prazer de atos de violência[19]. Nas arquibancadas, cantam a "Independente" e a "Mancha Verde":

"No Morumbi, no Pacaembu ou no Chiqueirão[20],

Independente dá porrada de montão".

"Mancha Verde dá porrada em qualquer um...

se bobear a 'Mancha Verde' mata um...".

É indispensável refutar, também, o argumento, policialesco e midiático, de que todo participante de "organizada" é vândalo, criminoso ou delinqüente. A composição de uma "torcida" varia e há de tudo um pouco. De gente de "boa família" até "delinqüentes", segundo os entrevistados.

Paulo Serdan[21] ao descrever o perfil dos filiados da "organizada" que faz parte reconhece que na composição de uma "torcida" participam pessoas criminosas, viciados, estudantes, trabalhadores das mais diversas profissões, pais de família, mulheres, jovens, pois existe uma pluralidade de "agentes" que assumem diversos papéis nos "jogos" de relações sociais, mas na arquibancada é um torcedor, um apaixonado. Acrescenta que sua "torcida" é

> "um grupo diversificado. Aqui temos pessoas de todas as classes. (...), temos pessoas aqui que participam de partidos políticos (...), ricos, pobres, negros, amarelos, viciados, gente com passagem na Polícia (...). A gente forma uma grande família".

Ampliando o aspecto da diversidade dos membros filiados em uma "organizada", constatei que o afluxo de jovens nas "torcidas" é predominante. No entender de Jamelão[22], ex-presidente dos "Gaviões da Fiel", a "organizada":

> "tem crescido muito significativo desde 1990 e há uma grande procura por parte dos garotos de 13, 14, 15 e até 18 anos. (...) essa procura é boa, aqui nós temos um conselho, nós temos um ideal e eu acho que nessas 'torcidas' está faltando um pouco disso".

Entre brigas, rivalidades e mortes, os anos noventa representam o crescente aumento do quadro associativo das "organizadas". Em 1991, a "Mancha Verde" tinha 4.000, a "Independente" 7.000 e os "Gaviões da Fiel" 12.000, filiados. Até outubro de 1995, período em que passou a ocorrer por parte da Justiça Pública paulistana cerceamentos das atividades desenvolvidas pelas "organizadas", seus quadros registrou os números de 18.000, 28.000 e 46.000 filiados, respectivamente[23].

As novas filiações eram efetuadas por jovens entre 12 e 18 anos de idade, atraídos pela violência, estilo de vida e aspectos estético-lúdico-simbólicos[24] disponibilizados a massa jovem, intimamente ligados ao modelo de sociedade de consumo instaurada no Brasil[25].

Relação direta com a procura considerável de filiações foi o aumento da violência. Torna-se importante consignar que os anos de 1992 e 1994 foram os mais preocupantes, pois ocorreu a maior parte dos envolvimentos entre "torcidas". Pelo menos, foram os anos que a mídia mais noticiou os envolvimentos. Desses, resultaram a morte de 12 pessoas, sendo 4 delas em 1992 e o restante em 1994.

Nesse período os confrontos passaram a ser constantes e os instrumentos utilizados para defesa e/ou ataque tinham o poder de ocasionar lesões de natureza grave. Os "torcedores" começam a fazer uso de "bombas" e "armas de fogo", instrumentos, até então, pouco utilizados nos embates entre "torcidas"[26].

O fato de se constatar que antes dos anos noventa não se tinha notícia de mortes não significa que os confrontos inexistiam. Segundo Paulo Serdan:

> "As brigas eram na mão e não havia armas". (sic)

No depoimento Paulo Serdan dá a entender que os confrontos eram freqüentes, porém menos contundentes. Ao declinar sobre a fundação da torcida "Mancha Verde"[27], desde a escolha do nome até as atitudes praticadas nas arquibancadas e nas ruas da cidade, enfatizou que seria uma "torcida" forte e preparada para enfrentar suas rivais:

> "Escolhemos o nome 'Mancha Verde' com base no personagem 'Mancha Negra' do Walt Disney, que é uma figura meio bandida, meio tenebrosa. A gente precisava de uma figura ideal e de pessoas que estivessem a fim de mudar a história. Na época, a gente tinha uns 13/14 anos de idade e já havíamos sofrido muito com as outras 'torcidas', então, a gente começou com muita vontade, muita garra e na base da violência. A gente deve ter exagerado um pouco, porém, foi um mal necessário. A gente conseguiu o nosso espaço e adquirimos o respeito das demais 'torcidas'"[28].

A juventude é a matéria prima desse movimento. A violência é o elemento aglutinador, ou seja, as vítimas fatais nos enfrentamentos de torcedores de futebol, extra-oficialmente, chegam a 29 casos e a maioria pertence a faixa etária de 10 a 22 anos de idade, totalizando 20 casos. Desses, 15 casos ocorreram do ano de 1992 em diante[29].

Por outro lado, os agressores, no relatório do comando do 2º BPChq da cidade de São Paulo, são, oficialmente,

> "menores de 18 anos. A média de idade é 16 anos dos elementos que praticam atos violentos. Isso não significa dizer que a gente não detenha indivíduo maior de idade. Isso ocorre, mas existe uma grande maioria de menores que praticam atos de violência"[30].

Como se explica, a partir de argumentos dos próprios "torcedores", atos de violência praticados entre "torcidas"? No entendimento dos dirigentes das "torcidas" o aumento da violência tem dois fatores preponderantes: a) a influência da mídia e b) os ingredientes do próprio "jogo". Para Paulo Serdan,

> "A imprensa cria fatos que não existiu, mas a gente já está acostumado com isso (...). O lance é que o jornal tem que vender. (...) Se as 'Torcidas organizadas' cresceram muito, a imprensa ajudou muito também, porque essa molecada de hoje em dia, de 13, 14, 15 anos, não tem um ideal, nem um ideal político, nada".

Jamelão, ex-presidente dos "Gaviões da Fiel", acredita que

> "A imprensa tem que chegar junto com a gente (...), porque todo aquele que for associado que está na faixa de 15 a 17 anos, vendo uma matéria no jornal: 'são paulino toca bomba no corintiano', isso automaticamente fica na memória dele no próximo jogo, ele vai fazer bomba para atacar o são paulino. (...) A imprensa ao invés de colaborar e querer saber quais os pontos para ter uma solução, eles preferem vender a imagem, vender o jornal".

O argumento mais recorrente utilizado por representantes de "torcidas" é que atos de violência podem ser gerados em face de inúmeros fatores intimamente ligados às teias de relações desenvolvidas no evento esportivo, abrangendo desde a estrutura dos estádios até a ação da polícia. Paulo Serdan sintetizou a justificativa:

> "Um detalhe do juiz, um detalhe do bandeirinha, um detalhe do policiamento É uma série de detalhezinhos que vai insuflar a 'torcida' e vai criar um clima de guerra. Você chega num estádio e não tem água para beber, não tem banheiro para ir (...), um guarda que é um pouco violento (...), um bandeirinha que vira para trás e tira um barato com a cara da 'torcida' ou o próprio diretor de clube que o seu time faz gol, ele vira para a 'torcida' e tira um barato, então é uma série de detalhes que faz você sair do sério".

Norbert Elias e Eric Dunning (1992), na obra *Deporte y Ocio en el Proceso de la Civilización*, apontam que o próprio "jogo" contém elementos que podem servir como vetor de agressividades. Sem dúvidas, o futebol traz consigo ingredientes que mexem com as emoções dos aficionados.

As identificações

Sensato apontar a violência como elemento preponderante na construção da identidade desses grupos, porém uma indagação merece ser feita: em quais bases sustentam suas identificações? O "torcedor", na formação "organizada", não é mais um mero espectador do "jogo". No grupo ele é parte do espetáculo, ele é o espetáculo, é protagonista. Vide suas vestimentas e bandeiras (estético), cantos e coreografias (lúdico), sentimento de pertencimento e representação da guerra contra os rivais (simbólico). Um acontecimento, como diria Jean Baudrillard, "performático" (1992: 85).

Ao que tudo indica, o movimento "Torcida Organizada" se sustenta em identificações que expressam masculinidade, solidariedade, companheirismo e pertencimento. Identificações estas, além das estético-lúdico-simbólicas, que atraem jovens a tomarem parte do movimento e, em igual proporção, são acolhidos. Paulo Serdan entende que o fascínio se dá, pois

> "(...) essa juventude de hoje em dia não tem alguma coisa para se espelhar e se inspirar. (...) eles não têm no que se apoiar. (...) Qual o único seguimento hoje em dia que expõe as suas vontades e os seus desejos, mesmo que seja em relação ao futebol? É a 'Torcida Organizada'".

Intermediado por Félix Guattari, entendo que o movimento "Torcida Organizada" veicula seu próprio sistema de "(...) modelização subjetiva, quer dizer, uma cartografia feita de demarcações cognitivas, mas também, míticas, rituais, sintomatológicas, a partir da qual ele se posiciona em relação aos seus afetos, suas angústias e tenta gerir suas inibições e suas pulsões" (Guattari, 1998: 21-22).

A partir da idéia de modelização guattariniana, não é pretensão absurda indicar que algumas dimensões inter-relacionais que acionam as identificações constitutivas dos "novos sujeitos", centralizam-se na violência e no simbólico.

Em outras palavras, a dimensão cotidiana e cultural da violência produzida entre "Torcidas Organizadas" não pode ser dissociada da realidade social e da apropriação que a juventude faz do simbólico, pois os jovens aparecem, na maioria dos casos, protagonizando práticas diversas manifestadas no movimento.

Conclusão

As relações no interior das "organizadas" são estruturadas em laços amalgamados no prazer de atos de violência e agressividade, na espetacularização e performace do grupo, cuja expressividade social volta-se contra inimigo, semelhante, mas rival: o "outro" torcedor organizado.

No Brasil, a violência produzida pelo movimento "Torcida Organizada" (acrescenta-se aqui o comportamento de inúmeros grupos de jovens), passou a ser uma preocupação social, na medida em que transformou-se num incomodo aos interesses em torno do evento esportivo.

O futebol se fixou como acontecimento rentável e a violência pode, sem dúvida, colocar em risco os investimentos realizados por clubes, empresas e interessados, pois negócio e violência são incompatíveis e, conseqüentemente, há um processo de ignorar quem são esses "torcedores", bem como suas identificações e identidade produzidas no espaço do futebol.

Para todos os efeitos, no discurso da mídia e da ordem vigente, a violência ganha corpo e rosto. Primeiro, porque quem produz a violência, no visor imaginário do senso comum, é pessoa de baixo poder aquisitivo, pobre, negro ou mestiço e, além desses requisitos inventados, ocupa as piores localizações no espaço urbano[31]. Segundo, porque a ordem social dominante não pode reconhecer que a violência constitui outras formas de relações sociais, reproduzindo representações, códigos e estilos de vida próprios, às vezes até de proteção às hostilidades de nosso tempo. Por fim, porque o discurso dominante não reconhece que o indivíduo inscrito na cultura, independentemente de classe social, faz parte de um sistema social de padronização subjetiva, as chamadas "demarcações cognitivas" (Guattari, 1998) que compõem-se, também, de informações míticas, ritualíscas e sintomatológicas, reagindo aos estímulos de seus afetos, angústias, frustrações, entre outros elementos subjetivos que também contribuem para formar a identidade e as identificações do grupo.

Para todos os efeitos, não cabe atrelar as causas da violência produzida nesse movimento às questões de classe social ou fatores econômicos, reduzidamente. Há que observar as causas subjetivas advindas nas dimensões cotidianas das relações sociais contemporâneas que colocam os jovens mais suscetíveis a botar para fora suas pulsões, "ditas primitivas", às práticas de agressividade e de violência.

Não cabe, inclusive, pensar a violência entre "torcidas", no caso do Brasil, negando os efeitos do esvaziamento político do sujeito social, em especial, dos agrupamentos de jovens, instaurado no processo de construção de uma "sociedade atomizada" (Scherer-Warren, 1993: 112-113), reflexos dos traçados ideológicos dos governos militares.

Na articulação reforço a idéia de que a violência não está disjunta da realidade social, visto que é parte da dimensão, real, do cotidiano dos grandes centros urbanos brasileiros e, consecutivamente, dos grupos de jovens.

Acredito que a mola propulsora dessas dimensões sociais, combinadas com uma infinidade de fatores históricos, econômicos e sócio-culturais, ganha efeito na produção do esvaziamento político do sujeito social.

Nesse sentido, observa-se que os atos de violência transformam-se em um *plus* e os acontecimentos circulam para além das questões de classe social ou de efeitos do econômico, ou seja, ao novo sujeito social, no caso o "torcedor organizado", o prazer e a excitação gerados pela prática de atos de violência podem ser elementos importantes na interpretação do comportamento, uma vez esvaziado de sua capacidade de ser sujeito coletivo. Por conseqüência, a violência, nos moldes pensados no texto, estruturam a identidade e as identificações produzidas "no" e "pelo" grupo.

Em síntese, pode-se dizer que três aspectos se convergem para justificar e explicar o fenômeno: a) a juventude, cada vez mais esvaziada de consciência coletiva; b) o modelo de sociedade de consumo instaurado no Brasil que valoriza a individualidade, o banal e o vazio; c) o prazer e a excitação gerados pela violência ou pelos confrontos agressivos.

Acrescento que esses três aspectos, além de dar conta da temática proposta, re-dimensionam a formação da identidade, das identificações e da dimensão do cotidiano, travada pelos grupos sociais de juventude no espaço urbano.

O que arrisco dizer, por derradeiro, é que a violência caracterizou-se como parte intensa do cotidiano urbano contemporâneo, em especial dos grandes centros e uma pista importante para o entendimento do fenômeno é que a repressão (policial, legal, etc.) pode contribuir para manter "suposta ordem social", mas não evita que o deslocamento dessa massa jovem para outros movimentos de busca de prazer e de excitação.

Bibliografia

Abramo, Helena Wendel 1994 *Cenas Juvenis-punks e darks no espetáculo urbano* (São Paulo: Scritta).

Baudrillard, Jean 1992 *A transparência do mal: ensaio sobre os fenômenos extremos* (Campinas: Papirus).

Benevides, Maria Victoria 1982 "Linchamentos: violência e 'justiça' popular", em AA.VV. *Violência brasileira* (São Paulo: Brasiliense).

Bourdieu, Pierre 1998[a] *A economia das trocas simbólicas* (São Paulo: Perspectiva).

Bourdieu, Pierre 1998[b] *O poder simbólico* (Rio de Janeiro: Bertrand Brasil).

Buford, Bill 1992 *Entre os vândalos: a multidão e a sedução da violência* (São Paulo: Companhia das Letras).

Costa, Márcia Regina da 1993 *Os carecas do subúrbio: caminhos de um nomadismo moderno* (Petrópolis: Vozes).

Costa, Márcia Regina da et alli (comps.) 1999 *Futebol, espetáculo do século* (São Paulo: Musa).

Chauí, Marilena 1986 *Conformismo e resistência: aspectos da cultura popular no Brasil* (São Paulo: Brasiliense).

Da Matta, Roberto 1982 "As raízes da violência no Brasil: reflexões de um antropólogo social", em AA. VV. *Violência brasileira* (São Paulo: Brasiliense).

Diórgenes, Gloria 1998 *Cartografias da cultura e da violência: gangues, galeras e o movimento hip hop* (São Paulo: Annablume/Secretaria da Cultura e Desporto de Fortaleza).

Duran González, Javier 1996[a] *El vandalismo en el fútbol. Una reflexión sobre la violencia en la sociedad moderna* (Madrid: Gymnos).

Duran González, Javier 1996[b] "El vandalismo en el fútbol", em AA.VV *Valores sociales y deporte: fair play versus violencia* (Madrid: Consejo Superior de Deportes) N° 9.

Elias, Norbert 1992 *A busca da excitação* (Lisboa: DIFEL).

Elias, Norbert & Eric Dunning 1992 *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (Madrid: Fondo de Cultura Económica).

Guattari, Félix 1999 *Caosmose, um novo paradigma estético* (Sao Paulo: Brasiliense).

Hall, Stuart 1997 *Identidades culturais na pós-modernidade* (Rio de Janeiro: DP&A).

Kowarick, Lucio 2000 *Escritos urbanos* (São Paulo: Editora 34).

Lerner, Julio 1996 *A violência no esporte* (São Paulo: Secretaria da Justiça e da Defesa da Cidadania/IMESP).

Morais, Regis de 1985 *O que é violência urbana?* (São Paulo: Brasiliense).

Murphy, Patrick; John Williams & Eric Dunning 1994 *O Futebol no banco dos réus: violência dos espectadores num desporto em mudança* (Oeiras/Portugal: Celta Editora).

Odália, Nilo 1986 *O que é violência?* (São Paulo: Brasiliense).

Ortiz, Renato 1983 "Gostos de classe e estilos de vida", em *Bourdieu* (São Paulo: Ática).

Pimenta, Carlos Alberto Máximo 1996 "A complexidade das relações societárias e os novos sujeitos: a violência como ponto de partida", em *Revista Ciências Humanas* (Taubaté: UNITAU) Vol. 2, Nº 1.

Pimenta, Carlos Alberto Máximo 1997 *Torcidas organizadas de futebol: violência e auto-afirmação, aspectos da construção das novas relações sociais* (Taubaté: Vogal).

Pimenta, Carlos Alberto Máximo 1999 "As transformações na estrutura do futebol brasileiro: o fim das torcidas organizadas nos estádios de futebol", em Costa, Márcia Regina da et alli. *Futebol: espetáculo do século* (São Paulo: Musa).

Pimenta, Carlos Alberto Máximo 2000 "Violência entre torcidas organizadas de futebol", em *São Paulo em perspectiva* (São Paulo: Fundação SEADE) Vol. 14, N° 2.

Pinheiro, Paulo Sérgio 1982 “Polícia e crise política: o caso das polícias militares”, em AA. VV. *Violência brasileira* (São Paulo: Brasiliense).

Pires, Cecília 1985 *A violência no Brasil* (São Paulo: Moderna).

Rifiotis, Theophilos 1997 *Nos campos da violência: diferença e positividade* (Florianópolis) Mimeo.

Rodrigues Filho, Mário 1964 *O negro no futebol brasileiro* (Rio de Janeiro: Civilização Brasileira).

Scherer-Warren, Ilse 1993 *Redes de movimentos sociais* (São Paulo: Edições Loyola).

Silva, Elisabeth Murilho da 1996 *As “torcidas organizadas de futebol”: violência e espetáculo nos estádios* (São Paulo: Departamento de Ciências Sociais da Pontifícia Universidade Católica de São Paulo) Dissertação de mestrado.

Toledo, Luiz Henrique de 1996 *Torcidas organizadas de futebol* (Campinas: Autores Associados/ANPOCS).

Wacquant, Loïc J. D. 1999 “Da América como o avesso da Utopia”, em Lins, Daniel (comp.) *Cultura e subjetividade: saberes nômades* (São Paulo: Papirus).

Zermeño, Sérgio 1990 “El regreso del líder”, em *Revista de CLACSO* (Buenos Aires: CLACSO) N° 56.

Notas

** Texto reescrito a partir da comunicação apresentada no Seminário "Esporte: Teorias, Paixão e Risco", promovido pelo NECCU, da PUC/SP, Brasil, de 09 a 11 de outubro de 2000; das discussões promovidas em FLACSO, Quito Equador, de 8 a 10 de novembro (II Reunião da CLACSO); da publicação na Revista São Paulo em Perspectiva (Pimenta, 2000: 122-128).*

*** Professor de Sociologia na UNITAU, doutor em Ciências Sociais pela PUC de São Paulo, membro do Grupo de Estudos do Cotidiano e de Cultura Urbana (PUC/SP), do Núcleo Interdisciplinar de Pesquisas de Práxis Contemporâneas (UNITAU) e do Grupo de Estúdios Deporte y Sociedad de CLACSO.*

1 Penso *identificações*, tendo como ponto de referência Pierre Bourdieu, quando trabalha a categoria *classe*, a partir dos elementos condição e posição. Orienta que o "estilo de vida" da juventude, por exemplo, se constrói no espaço do cotidiano e da vida urbana, estabelecendo identificações estéticas, éticas, corporais, imagéticas, entre outros no âmbito da cultura e do simbólico (Bourdieu, 1998[a]: 3-25).

2 As discussões de identidade são encaminhadas com base em Stuart Hall, cuja análise coloca em evidência as identidades culturais no contexto da pós-modernidade (Hall, 1997).

3 A academia brasileira, nas últimas décadas, tem buscado respostas às múltiplas facetas da violência reconhecendo que o fenômeno transformou-se, sem sobra de dúvidas, em uma das maiores preocupações no imaginário urbano. Ver nesse sentido, os trabalhos de Paulo Sérgio Pinheiro (1982), Roberto Da Matta (1982), Cecília Pires (1985), Regis de Morais (1985), Nilo Odália (1986), Maria Victoria Benevides (1982), Márcia Regina da Costa (1993), entre outros.

4 Os trabalhos de Márcia Regina da Costa (op. cit.) e Helena Wendel Abramo (1994) souberam explorar muito bem a questão e servem como referências na discussão da temática da juventude.

5 As discussões de Subjetividades e Produções Simbólicas utilizadas no transcurso da articulação são pensadas a partir do texto *Caosmose, um novo paradigma estético*, de Félix Guattari (1998).

6 O termo vândalo ou vandalismo é muito utilizado por investigadores europeus para distinguir o torcedor comum do violento, no caso europeu: Hooligan. Ver os trabalhos de Javier Duran González (1996[a] e 1996[b]), de Bill Buford (1992), entre outros que constam da bibliografia. A proposta é evitar a utilização desse termo para,

conseqüentemente, evitar a rotulação policialesca ou midiática empregada aos acontecimentos de violência entre torcedores organizados no Brasil.

7 As entrevistas foram coletadas em pesquisa de campo ou em dados da imprensa escrita e televisiva. O critério de seleção do material levou em consideração, exclusivamente, tais ponderações: a) o aumento da violência entre "Torcidas Organizadas", b) a intolerância com a violência, após o dia 20 de agosto de 1995, no acontecimento denominado de *Batalha Campal do Pacaembu* e c) a incompatibilidade da violência com os rumos da profissionalização administrativa do futebol brasileiro.

8 Atos de violência acompanham o comportamento dos torcedores desde o início dos jogos de competição. No Brasil acontecimentos desta natureza não são exceção. Mário Rodrigues Filho, em *O Negro no Futebol Brasileiro*, menciona que "quando o Bangu vencia, muito bem, não havia nada, o trem podia voltar sem vidraças partidas. Quando o Bangu perdia, porém, a coisa mudava de figura; os jogadores da cidade trancavam-se no barracão, o vestiário da época, não queriam sair só com a polícia, os torcedores corriam para esconder-se no trem, deitando-se nos bancos compridos de madeira, enquanto as pedras fuzilavam, partindo vidros, quebrando cabeças. Vinha a polícia, os jogadores saíam do barracão, bem guardados, os diretores do Bangu atrás deles, muito amáveis, pedindo desculpas. Numa confusão dessas era natural que ninguém se lembrasse da taça oferecida ao vencedor. Daí a expressão que pegou: –'ganha, mas não leva'. O clube da cidade podia ganhar o jogo. A taça, porém, ficava lá em cima" (Rodrigues Filho, 1964: 20-21).

9 Nesse sentido, ver Patrick Murphy, John Williams & Eric Dunning (1994: 39-70).

10 Por "burocrática/militar" entendo grupos de torcedores que formam, ao seu redor, estrutura organizativa com base em estatutos, quadro associativo, departamento administrativo e de vendas, sede para ponto de encontro, reuniões, interação social e que estão preparados, se necessário, para o confronto físico e verbal contra os grupos rivais. Nesse sentido, os "Gaviões da Fiel" modificaram o estilo das torcidas existentes institucionalizando formas de organização, administração e "estratégias" e "táticas" de defesa em confrontos com os "inimigos", semelhantes às práticas militares, pelo menos em nível de utilização simbólica da linguagem militar (linha e pelotão de frente, combate, etc.). Ver Carlos Alberto Máximo Pimenta (1997: 64-82). A categoria "burocrática/militar", apropriada no texto, foi indicada pelo professor Maurício Muhad, pesquisador/fundador do Núcleo Permanente de Estudos de Sociologia do Futebol, do Departamento de Ciências Sociais, do Instituto de Filosofia e Ciências Humanas da UERJ, na Vª Semana de Ciências Sociais, História, Geografia e Relações

Internacionais, junto ao Grupo de Trabalho Metrópole: violência, memória e novos sujeitos, realizado em abri/1994, na Pontifícia Universidade Católica de São Paulo.

11 Para ampliar o entendimento da afirmação de ser as "Torcidas Organizadas" um fenômeno urbano, ver Luiz Henrique de Toledo (1996: 123-134).

12 Tenho recebido criticas pesadas, saldáveis por sinal, com relação a associação que faço entre "Torcida Organizada" e "militarização", como elemento chave na interpretação do fenômeno. Os críticos merecem "ouvidos", porém não merecem "eco". Primeiro, porque fundam seus argumentos em comprovações pragmáticas e deterministas, desqualificando métodos de análise centrados na dedução ou na indução. Segundo, porque negam, com veemência, a apropriação das identificações simbólicas que as "Torcidas Organizadas" faz da linguagem militar. Terceiro, e mais grave, é a negação de elaborações teóricas fundamentadas em Pierre Bourdieu (1998[b]) e em Félix Guattari (1998).

13 Considero os "Gaviões da Fiel" a "organizada" mais antiga do Brasil. Os "Gaviões" é a primeira torcida a ter uma estrutura organizativa regida por regras estatutárias e com característica burocrática/militar, compondo-se de presidente e vice, conselheiros e diretores, eleitos periodicamente, formando instituição privada sem fins lucrativos e seus sócios são tratados de forma "impessoal". A "torcida" foi fundada em 01/07/1969, com o objetivo de fiscalizar e apontar todos os erros praticados pelos dirigentes do S.C. Corinthians Paulista, auto-intitulando-se "os representantes da nação corintiana" junto à Instituição-Clube. As identificações desses grupos são percebidas pela vestimenta, virilidade e masculinidade, cânticos de guerra, transgressões das regras legais, coreografias, sentimento de pertencimento, auto-afirmação, etc. As "Torcidas Organizadas" se opõem aos modelos considerados, demasiadamente, pacíficos adotados pelos "Charangas", bandas musicais que a partir dos anos 40 davam nas arquibancadas um tom carnavalesco de torcer pelo seu clube. Para aprofundar sobre o tema ver Carlos Alberto Máximo Pimenta (1997: 64-93).

14 O trabalho de Lúcio Kowarick (2000) traz referências importantes sobre a construção dos espaços urbanos nos grandes centros brasileiros e como foram encaminhados os "projetos" de políticas públicas.

15 Entendo por "novos sujeitos" os indivíduos, na sua maioria jovens, que interagindo nos "jogos de relações sociais" sofrem(ram) esvaziamento de suas identidades coletivas ou, de alguma forma, foram "colocados a margem pela ordem dominante" e que buscam rosto social (visibilidade), resistência cultural, pertencimento a grupos coesos que lhes dêem a possibilidade de vida social (Pimenta, 1996: 17-26), através de atos denunciatórios ou agressivos. Essa tipologia de violência Theophilos Rifiotis denominou de *violência positiva* (1997).

16 Sobre os fatores que influenciam o esvaziamento da consciência social e coletiva do sujeito ver Marilena Chauí (1986), Sergio Zermeño (1990: 54-62) e Ilse Scherer-Warren (1993: 112-113).

17 Extraído de reportagem produzida pela TV Brandeirantes, em 20/8/1995, após a *Batalha Campal do Pacaembu*. Trata-se de entrevista com torcedor da "Mancha Verde", tido como suposto autor da morte do "Independente" Márcio Gasperin da Silva.

18 Idem anterior.

19 Sobre a questão da excitação e do prazer pela prática de atos que fogem aos padrões de controle estabelecidos pelas sociedades capitalistas, ver Norbert Elias (1992), na obra *A Busca pela Excitação*.

20 O termo "Chiqueirão" utilizado para indicar que o estádio de futebol da Sociedade Esportiva Palmeiras é local de criação de porcos, pois quem é palmeirense é, nas brincadeiras, chamado de "porco".

21 No texto todas as falas de Paulo Serdan são datadas de julho de 1995, na época Presidente da "Mancha Verde". Assim, todas as falas dele referem-se a entrevista supra.

22 Entrevista realizada em abril de 1995. Todas as "falas" de Jamelão contidas nesse texto se referem à entrevista supra.

23 Dados obtidos junto às mencionadas "torcidas", em abril de 1995.

24 O registro etnográfico de Luiz Henrique de Toledo, ilustra muito bem a beleza e a plasticidade de uma "Torcida Organizada" (Toledo, 1996).

25 Nesse sentido, ver Carlos Alberto Máximo Pimenta (1997: 74-77).

26 Todos os dados contidos nesse parágrafo foram extraídos da sistematização de 614 textos jornalísticos da imprensa escrita paulista (O Estado de São Paulo, Folha de São Paulo, Jornal da Tarde e Notícias Populares), de janeiro de 1980 a outubro de 2000.

27 A "Mancha Verde" foi fundada em 11 de janeiro de 1983.

28 Informações concedidas por Paulo Serdan.

29 Os dados foram coletados na imprensa escrita de São Paulo.

30 Dados coletados junto ao comando do 2° BPChq, da Cidade de São Paulo.

31 Ver Loïc J.D. Wacquant (1999: 35-48) e Glória Diórgenes (1998).

*“Ni la muerte nos va a separar, desde el cielo te voy a alentar” Apuntes sobre identidad y fútbol en Jujuy**

Juan Pablo Ferreiro**

Para Irina

“Bajo la piel del lenguaje, estructurado en convenciones de todo tipo, pero siempre guardando una apariencia imparcial y exenta, la materia turbia de los comportamientos sólo estaba a la espera de quien simplemente la removiese y dividiese en sus partes constitutivas...”

José Saramago

Todos sabemos que uno puede, a lo largo de una vida, mudarse de barrio o de ciudad, cambiar sus opiniones políticas y hasta de pertenencia social; pero, sobre todo en nuestra sociedad (argentina), es mucho más raro, casi una patología, encontrar a alguien que haya cambiado de colores, de equipo, de esa lealtad elemental que constituye nuestra futbolera pasión personal. Lealtad que a veces es recompensada con la vanidad de su exhibición, y otras debe ser ocultada cuidadosamente para evitar suspicacias, comentarios irónicos e hirientes, y eventualmente un choque físico. Esa lealtad puede ser un emblema de orgullo, o un karma personal e intransferible, que a veces rogamos no transmitir a las siguientes generaciones. ¿Qué es ser un hincha[1]? ¿Qué significa viajar kilómetros y kilómetros para ver cómo nuestro equipo es “entregado” en una final jugada en una ciudad lejana y desconocida, frente a un rival no menos ignoto y ante nuestra completa impotencia? ¿Qué significa ver a esos colores, los nuestros, ondeando sobre todos en el ritual de la victoria? ¿Por qué una parte del mundo se define en términos de “amigo/enemigo/no existe”? Nuestra respuesta nacional favorita a cuestiones como éstas es “La pasión por tal equipo (el tuyo, el mío) es un sentimiento inexplicable”. Pero ¿es realmente inexplicable? ¿Qué vínculos se ocultan tras esa máscara de sensibilidad intransferible y enigmática? ¿O tal vez hay que adjudicarle la

responsabilidad por esto, como por tantas otras cosas, a nuestro tótem favorito, "el Ser Latino"? Los resortes ocultos de la pasión y la entrega, los motores del enfrentamiento simbólico, y aún de la violencia física, descansan mucho más sobre el entramado cultural que manifiesta nuestras diversas pertenencias sociales que sobre un intangible y esotérico magma futbolero. Nos proponemos escribir en voz alta algunos apuntes y reflexiones a propósito de estos mecanismos.

Partimos de la idea de considerar al fútbol como un complejo ritual[2] que incluye dos subprocesos: uno ocurre dentro del campo de juego (la cancha); el otro en las graderías y entre los espectadores (en la tribuna). El primero vincula una perfomance con su resultado en función de una serie de reglas; el segundo vincula una perfomance con un proceso identitario basado en el antagonismo. Nos interesa en estas líneas discurrir sobre éste último.

El etnólogo italiano Alessandro Dal Lago (1990: 30 y ss.) ha propuesto caracterizar la "lógica del hincha organizado" de acuerdo a tres hipótesis: mediante la identificación con determinados símbolos el fútbol promueve una división del mundo en amigos/enemigos; un partido es la ocasión de un enfrentamiento ritual entre amigos/enemigos, que puede transformarse, en circunstancias determinadas, en un choque físico; un estadio no es sólo el ámbito del partido, sino también el marco de la celebración ritual de la metáfora amigo/enemigo.

A lo que habría que agregar, a nuestro juicio, un cuarto punto que nos resulta de particular relevancia, tanto para nuestro argumento teórico como para la evidencia empírica sobre la que nos apoyamos: la celebración del "nosotros".

"*Yo soy del lobo* (Gimnasia y Esgrima de Jujuy)

es un sentimiento,

no puedo parar".

La constitución de este sentimiento irrefrenable denotativo del "nosotros" (los otros como yo) es un proceso identitario múltiple y fragmentario, que actúa a manera de un palimpsesto, inscribiendo, sobreponiendo y deformando contenidos sobre contenidos. En él se articulan y yuxtaponen el ser social, las pertenencias de género, clase y etnicidad, con otras identidades más elementales y primarias constituidas alrededor de los instersticios y solapamientos producidos por aquellas. Nuestro argumento central es que precisamente en estos puntos de inflexión y articulación es donde se desarrollan los procesos identificatorios de conformación de las hinchadas.

Estas se caracterizan por definirse a partir de una relación nosotros/ellos excluyente y una relación cara a cara[3], cuya pertenencia

reconoce un único y excluyente principio: seguir los mismos colores. Tal proceso, entonces, actúa y se define por el más simple y elemental antagonismo representado por una lógica cerrada de inclusión/exclusión. Esta lógica se manifiesta a través de distintos planos, que aún siendo simultáneos exigen para la validación de su eficacia su remisión a contextos específicos, y convocan a la actividad a dimensiones sociales primarias aún más complejas (por ejemplo la clase, el grupo étnico, el género). Esto ocurre habitualmente cuando la eficacia de esa identidad elemental (por ejemplo la hinchada de Talleres de Ciudad Perico) se asocia con lo que el sociólogo colombiano J. M. Valenzuela ha denominado "identidad proscrita"[4] y reclama la concurrencia de categorías étnicas (bolivianos), que además conllevan una fuerte carga peyorativa y clasista.

"*Qué feo es ser periqueño y boliviano*

En una villa tener que vivir

Tu hermana revolea la cartera

Tu vieja chupa pingo por ahí[5]

Talleres,

Talleres,

Talleres,

Talleres no lo pienses más

Andáte a vivir a Bolivia

Toda tu familia está allá"[6].

En este sentido, vemos una clara homología con el planteo hecho por la historiadora Nancy Green al proponer que las identidades se construyen no sólo en oposición a otro, sino también dentro de un cierto número finito de opciones posibles, lo cual reclama atención sobre una multiplicidad de voces y posiciones sociales que permiten, por ejemplo, que la explicación de una diferencia étnica pueda ser descripta a través de categorías de clase, así como la concurrencia económica puede ser descripta a través de denominaciones culturales (Green, 1995: 165-186). Por estas razones no encontraremos aquí que los procesos identitarios dominantes estén constituidos alrededor de la pertenencia de clase, de género o étnica, aunque sí cómo éstas concurren a nutrir diferenciaciones animadas por el básico antagonismo entre *nosotros* y *ellos*.

Pero ¿cómo se establecen esas perspectivas identitarias? ¿Cuáles son las consecuencias de la conformación de ese "nosotros" celebrado?

Aún cuando tal pronombre remita a un núcleo de intimidad irreductible e intransferible, necesariamente descansa sobre un doble origen. Todo "nosotros" convoca a un "ellos" ausente y fantasmático. Implica, entonces, la existencia de una tensión dialéctica entre una dimensión subjetiva y otra objetiva o, si se prefiere, la tradicional diferenciación etnográfica emic/etic. El proceso identitario se instala en el centro de esa tensión, aunque situacionalmente pueda oscilar violentamente de uno a otro polo. De hecho, podría decirse que la identidad *es* esa tensión, y tanto sus énfasis ocasionales como sus rasgos definitorios más estables son las manifestaciones de un poder social que va de nosotros a ellos, y viceversa. Esto se debe a que "las identidades sociales existen y son adquiridas, asignadas y reivindicadas dentro de relaciones de poder. La identidad es algo sobre lo cual se disputa y con lo cual se proponen estrategias: es a la vez 'medio' y 'fin' de la política. No sólo está en cuestión la clasificación de los individuos, sino también la clasificación de las poblaciones" (Jenkins, 1996: 25, traducción personal). Porque "en los procesos en los cuales la gente adquiere las identidades con las que son designados, la capacidad de atribuir autoritaria y efectivamente identidades, tanto para constituir o para contradecir la experiencia individual, se vuelve significativa. Esta es la cuestión que realmente importa (puesto crudamente, el poder)" (Jenkins, 1996: 23).

Analíticamente, la diferencia entre aquellos dos polos se transforma en un proceso de toma de conciencia de una forma de agrupación social definida en base a categorías emic (nosotros), y paralelamente se define externamente un espacio ajeno de pertenencia, reconociendo así una colectividad de otros (ellos). Este doble proceso identificatorio, que siguiendo a Jenkins denominaremos (1996, 1997) categorización/adscripción, es ese poder que media entre unos y otros, ya que categorizar "consiste en la capacidad de determinar a los otros, no sólo las consecuencias de la identidad, sino también su identificacion nominal misma" (Jenkins, 1997: 167). En este caso las consecuencias fácticas conformarán lo que se podría caracterizar como la dimensión de la identidad virtual, analíticamente separable, pero empíricamente interdependiente de la identificación nominal. Esta proveerá la jerarquía en la que los distintos procesos identitarios se segmentarán y ordenarán (pertenencia comunal, local, étnica, genérica, nacional), mientras que la identificación virtual nos aproxima a la comprensión contextualizada de esas asignaciones en términos de consecuencias en el ámbito de la experiencia cotidiana. Por lo tanto y en consecuencia, la relación entre la clasificación nominal y la virtual es siempre histórica y socialmente específica y nos informa acerca de cuáles son las relaciones de poder que alimentan los procesos identificatorios. Volviendo al ejemplo dado antes, ser hincha del Club Atlético Talleres de Ciudad Perico convoca a una serie de adjetivos definitorios, que no necesariamente están ligados entre sí fuera de este

contexto. Ser "azulejo" implica ser periqueño, remitiendo al antagonismo capital/interior; significa ser considerado boliviano, remitiendo al antagonismo argentino/extranjero; implica ser villero, convocando a la relación entre ciudadanos de pleno derecho/marginales-asociales.

Pero que la relación entre identificación nominal y virtual sea "histórica y socialmente específica" expresa, además, que la tensión existente entre ambos tipos de clasificación es objeto de manipulación táctica, como, por ejemplo, cuando la hinchada de Atlético Cuyaya, al enfrentar a su enemigo tradicional, Atlético General Lavalle, categoriza descalificando a su rival:

"*Saltemos todos*

Que Cuyaya está de fiesta

Saltemos todos

Que en Cuyaya es carnaval

Que en [en el el barrio Mariano] *Moreno están de luto*

Que son todos negros putos

De Bolivia y Paraguay"[7].

Obviamente, el circuito ritual "tribunero" exige una respuesta tan eficaz como inmediata por parte de los agredidos; pero, en este caso y habitualmente, la hinchada agresora, anticipándose a la respuesta (o tapándola), entona las estrofas del himno nacional argentino, obligando a los rivales, mediante un juego de enmascaramientos y trampas, a callarse o a sumarse al coro, con lo cual su categorización nominal (extranjeros) implica en términos virtuales la confirmación de su otredad (si no respetan el himno) o su sometimiento (si se suman al coro). Es necesario aclarar que en ninguna de las cuatro oportunidades que hemos tenido de ver esta estratagema la hinchada de Lavalle pudo resolver la paradoja, la cual, sin embargo, fue resuelta por la hinchada de Talleres, que al enfrentar a la de Central Norte de la provincia de Salta debió encarar una situación similar. En este caso, la manipulación estuvo en la respuesta irónica y humorística de los hinchas periqueños, quienes contestaron a sus rivales categorizándolos de "*yugoslavos, yugoslavos*". En la lógica contextual, esto venía a significar algo así como "y ustedes ¿creen ser tan distintos de nosotros como para estigmatizarnos?".

Esta idea del antagonismo, del conflicto como rasgo fundacional, se manifiesta, como vemos, no sólo a través de las presencia de dos bandos de jugadores enfrentados a suerte y verdad. Más allá de esto, va a servir de base, de argumento sociocultural, a marcas identitarias que participan de esta dramatización ritualizada de las principales tensiones sociales, expresando por esta vía antagonismos bipolares tradicionales

en la sociedad argentina, cuyo modelo bien puede ser el enfrentamiento entre capital e interior (porteños/cabecitas negras), y que encuentra claras homologías a nivel local en los opuestos ciudad/campo, centro/periferia, argentinidad/extranjería, macho/no-macho, blancos/no-blancos y que, en última instancia, remite a una oposición fundacional de la nacionalidad: civilización/barbarie.

A la vez, constituye un conjunto de disposiciones y prácticas simbólicas que expresan lo que C. Bromberger ha denominado "lógica partisana" (o partidaria), y cuyo recurso básico "consiste en echar mano de todo tipo de estigmatización disponible para desacreditar al adversario, chocar con el otro y pesar, mediante estas humillaciones mordaces, sobre el resultado del partido" (1998: 75).

Esto se expresa en la cancha con la calificación y definición del otro, ejercida a través de su caracterización mediante rasgos prototípicos (y muchas veces caricaturescos) que constituyen verdaderos "marcadores de identidad". En realidad, más que pesar "sobre el resultado del partido" se podría decir que interviene en "un partido aparte", un enfrentamiento ritual que tiene lugar en las tribunas, y que es parte central de ese proceso de categorización/adscripción. El final de ese drama depende más de esta perfomance antagónica que de lo que sucede en el campo de juego. Allí este tipo de categorización descalificadora se corporiza en una paradoja que es la condensación y culminación del proceso de humillación del rival a través de la negación de su existencia.

Este tipo de mecanismo es particularmente agudo y evidente cuando se enfrentan dos rivales tradicionales o "clásicos". En nuestro caso, el Club Atlético Talleres de la ciudad de Perico (el Expreso Azul) y el Club Atlético Gimnasia y Esgrima (el lobo), de la ciudad de San Salvador de Jujuy, son quienes constituyen la rivalidad paradigmática en la provincia.

"*Ellos son los campeones* (Gimnasia y Esgrima de Jujuy)

El lobo (Gimnasia y Esgrima de Jujuy) *ya lo demostró*

El sentimiento no cambia, vos (Gimnasia y Esgrima de Jujuy) *sos amargo y cagón*

Siempre estuvimos en las malas

Las buenas ya van a venir

A Talleres lo hace grande su gente

Lobo no existís".

Esto es, tal rival no tiene la "estatura", la "calidad" suficiente como para ser considerado un antagonista serio, no existe como antagonista; o mejor aún, es "eliminado" simbólicamente de la contienda. Ejercicio que constituye una de las máximas pruebas de poder de autoafirmación identitaria. Paradoja, al fin y como decíamos, porque sin ese rival es el

enfrentamiento el que no existe, y con él el juego de identificaciones que le da sentido. Al mismo tiempo, constituye una referencia siniestra al pasado político reciente de esta sociedad. El negar la existencia del rival resulta, dadas sus connotaciones político-culturales, la peor de las descalificaciones[8]. Este fenómeno comienza a advertirse en las canchas argentinas a partir de fines de los '80 y principios de los '90, momento en que se instala definitivamente en la agenda social y como tema fundamental la cuestión de los detenidos/desaparecidos. Inserta en la misma lógica y con un grado de violencia simbólica similar, pero sin esas connotaciones, está la habitual desmasculinización del antagonista, proceso que en realidad utiliza la referencia sexual como mero agente de sometimiento. Esto abarca desde la degradación feminizante a mera condición de objeto sexual, que implica carecer de los atributos necesarios para ser tomados en serio,

"*o lé lé*

o lá lá

trajeron a las putas

la hinchada ¿donde está!"[9],

hasta la homosexualización violatoria del rival, a quien se transforma por esta vía en el verdadero opuesto dialéctico de la virilidad en la lógica del hincha argentino.

"(Club Atlético) *Gorriti, Gorriti, Gorriti*

dejate de joder,

limpiate bien el culo,

que te vamos a coger"[10].

Este último ejemplo ilustra un mecanismo esencial en la constitución del "nosotros". La oposición simbólica elemental sobre la que se funda, y que constituye además la paradoja arriba mencionada, basa su eficacia en una profunda jerarquización de las oposiciones en juego. El "ellos" constituye un polo incompleto y completamente subordinado y pasivo a la existencia y actividad del sujeto del proceso (nosotros). Este es un término considerado lógicamente precedente y prioritario, mientras el otro es un mero suplemento que concurre a completar al antecedente y sólo en este acto encuentra su justificación. De acuerdo a este juego de oposiciones, que denominaremos "jerarquías violentas", el "nosotros" somete a su completud al "ellos" que con su pasividad lo confirma.

Esto se ha visto claramente demostrado en oportunidades en las que una de las hinchadas, la más numerosa, o aquella cuyo equipo iba ganando, demandaba la participación activa de la otra, ("*Canten, carajo, si no a qué vinieron...*"[11]) exigiéndoles la "reciprocidad del insulto ritual",

mediante el cual se restituye la diferencia, y por lógica consecuencia la similitud a través de la generación de una relación especial de proximidad que les permite co-construir su identidad como hinchadas. Esto ocurre incluso cuando la barra contraria no concurre al enfrentamiento[12]. Entonces, se apela al enemigo fantasmático tradicional, sea cual fuere el rival de turno dentro del campo de juego. La eventual distancia inicial es conjurada por la proximidad que genera la rivalidad, pero esto no reduce la diferencia con el otro, que, por el contrario, en muchos casos se exacerba.

En este marco se debe entender que una hinchada es, básicamente, una comunidad hermenéutica que basa su capacidad de interpelación en el inter-reconocimiento con otros colectivos semejantes. Reconocimiento que se practica, a su vez, a través de una auténtica liturgia laica del enfrentamiento, ya que el fútbol impide la neutralización y pacificación de las relaciones *nosotros*/ellos (Mignon, 1998: 29 y ss.). Pero no es sólo por eso que se puede considerar a este ¿juego? como uno de los principales rituales masivos contemporáneos (y en muchos sitios el principal). Su importancia para nuestras sociedades reside además en su capacidad para interpelar, a través de estos mecanismos básicos, los principios que rigen la vida en sociedad. Allí, la relación entre conflicto y consenso, perfomance individual y sujeción a un plan colectivo, la competencia y la solidaridad, alcanzan su punto más alto de tensión dramática. La relación con el otro no sólo no puede evitarse, sino que tanto ese vínculo como el conflicto son co-constitutivos del fenómeno futbolístico (y de los procesos identitarios por él activados). Por alguna oscura vía el fútbol repone una incertidumbre esencial en el "orden industrial y democrático". De esto se continúa que "el fútbol resume así de esta forma la tensión, propia de estas sociedades, entre igualdad de derechos y desigualdad de hecho" (Mignon, 1998: 24). O, lo que viene a ser lo mismo, constituye la puesta en escena y la administración de justicia frente a espectadores activos y participantes. La singularidad del juego (en el campo y en las tribunas) está dada porque éste asume metafóricamente temas centrales de la vida cotidiana, justicia, participación, visibilidad, etc., y exige de los participantes una toma de posición frente a lo que se podrían considerar auténticos dilemas morales en pos de una resolución metafórica de conflictos procedentes de la estructura social (Dal Lago, 1990). Pero, desde luego, este auténtico y geertziano "juego profundo" tiene sentido en un espacio y un momento específicos. La tensión fundacional nosotros/ellos no ocurre sólo en el esquema lógico de la investigación. Sus contextos son tan altamente específicos como las virtualidades que debe enfrentar toda identificación nominal.

Para la sociedad involucrada en el caso puntual que nos ocupa[13], como para el resto de Latinoamérica, el contexto es el de la

archimencionada (y padecida) globalización. Si bien el impacto de ésta sobre las diversas sociedades es sumamente variado, se pueden reconocer algunas constantes estructurales. En general, los regímenes neoconservadores que son la manifestación política de este proceso han acentuado la disgregación social, anulando o entorpeciendo mecanismos básicos de solidaridad social. No hay que buscar en otro sitio las causas últimas de la creciente espiral de violencia que padecemos.

> "El territorio urbano se convierte en el campo de batalla de una guerra continua por el espacio, que a veces estalla en el espectáculo público de los disturbios en los vecindarios pobres, los choques rituales con la policía, las ocasionales incursiones de las multitudes que asisten al fútbol, pero que se libra diariamente bajo la superficie de la versión oficial pública (publicitada) del orden rutinario de la ciudad" (Bauman, 1999: 33).

Este marco general significó y significa, en los hechos, un proceso generalizado de recesión industrial, alta desocupación, índices crecientes de violencia social y represión, y progresiva descomposición de la estructura política provincial[14]. La "guerra continua" que esta situación genera, lejos de ser una metáfora literaria, resulta el subproducto "normalizado" de un tipo de sociedad donde concurren como valores sociales dominantes la individuación extremista[15] y la competencia feroz. Un panorama que, además, ha transformado en estructurales los mecanismos de exclusión socioeconómica y política de inmensos sectores de la población[16]. Esta serie de complejos procesos se dan en un contexto en el que predominan el agotamiento político de los grandes movimientos de masas, la desterritorialización aparente, la fragmentación creciente, la "rotulización" y estigmatización de vastos sectores, la transformación de todos los agentes sociales en "consumidores universales" de un único y crecientemente integrado mercado "global". Además, y como otro subproducto de este proceso, se observa una creciente represión estatal a las también crecientes protestas sociales. En este marco se articulan por un lado las tendencias homogeneizadoras e hibridizantes de dicho mercado, y por el otro las corrientes centrífugas a la fragmentación.

Básicamente, es ante la desaparición de los movimientos de masas como única vía de participación colectiva[17], cuya contracara política resulta en este caso la destrucción del Estado asistencial de origen populista, que los agentes se "refugian" en estructuras organizativas en donde se puede recuperar tanto cierta capacidad de acción sobre los acontecimientos como un definido sentido de pertenencia y contención a

través de relaciones cara-a-cara[18], ya que "es en el momento en el que las identidades de las colectividades y de las regiones se debilitan, que se pregonan y proclaman con la mayor violencia" (Bromberger, 1998: 74).

Tales cambios son acompañados además por una fractura profunda entre pasado y presente. De estadios famélicos en el torneo pasado, habitados por muy ocasionales hechos de violencia, se ha pasado en el presente campeonato a clásicos barriales que han dado cita a verdaderas muchedumbres. Asimismo, se han dado algunos enfrentamientos "bélicos" más, pero ahora de enormes proporciones relativas, entre las principales hinchadas.

Desde luego, hay razones estrictamente futbolísticas para que la gente acuda más a la cancha[19]. La principal de ellas fue el descenso a Segunda División (Nacional B) de Gimnasia y Esgrima. La otra, fue el cambio político en la dirección de la liga jujeña y la reestructuración de los torneos, así como una inyección de capitales a través del aumento de la *sponsorización* y la participación más activa de caudillos políticos locales. En términos identitarios (virtuales) esto ha significado un reacomodamiento del mapa de poder en la liga jujeña y una acentuación, en algunos casos casi paroxística, de la territorialización barrial producida por la fragmentación. Pero tal vez el fenómeno más interesante haya sido un sustancial cambio en la estructura, composición y dinámica de las principales hinchadas de la liga, así como del grado de enfrentamiento que guardan tradicionalmente entre sí.

Por ejemplo: la hinchada de Gimnasia y Esgrima ha pasado de ser conducida monolíticamente por un sector denominado "Lobo Sur" (el tradicional enemigo de la hinchada de Talleres de Perico) a fracturarse en dos sectores enfrentados entre sí, y el más antiguo a distanciarse de la dirigencia del club. La cantidad relativa de simpatizantes que concurren a su estadio a ver al primer equipo en el Campeonato Nacional B también se redujo sustancialmente.

La hinchada de Atlético Cuyaya, la más combativa ("quilombera") de las de la ciudad de San Salvador, pasó de tener un puñado de hinchas militantes (entre quince y veinte) a por lo menos triplicar ese número de militantes y a dividir, al menos en dos, el antiguo liderazgo unificado de la barra.

Pero tal vez el caso más dramático sea el de la hinchada de Talleres de Perico, la más numerosa, problemática y temida de la liga. Modificó su estructura, su tipo de liderazgo, su conducta en el estadio e incluso su inserción social. De ser estigmatizada por su atribuido origen socio-étnico, pasó a hacer de éste un emblema de batalla:

"*Eso que dice la gente*

Que somos borrachos, vagos, delincuentes

No les damos bola

Vamos a todos lados

Yo sigo al Expreso (Club Atlético Talleres)

Muy descontrolado".

El cambio de carácter de esta hinchada, que ocurre durante la década pasada, se inscribe en un proceso de cambio generacional donde el peso de la veteranía o experiencia no tiene un valor significativo. Además, se ha modificado sustancialmente la forma de lectura de (y participación en) la realidad. Pasaron de un caudillaje épico a una fragmentación de miradas, posibilidades y liderazgos (de hecho, hoy se reconoce más de un líder). Este pasaje ha sido acompañado por un radical cambio en la composición de la hinchada: de ocupados en labores marginales unificados bajo un liderazgo unipersonal, a desocupados y *lumpenproletarios* urbanos categorizados por el resto de la liga, y por otros vecinos de su ciudad, como "chorros" (ladrones). Esto obviamente constituye una "identidad proscrita" y altamente estigmatizada (criminalizada). Su grado de organización también es diferente ya que la hinchada anterior, considerada histórica, se había institucionalizado como agrupación al interior del club: poseía una banda de sikuris (aerófonos andinos) y trompeta y gozaba de una cierta autonomía financiera a través de rifas y otro tipo de reuniones. Dicha libertad se manifestaba en el tipo de cantos que tenían, y en las inscripciones de sus (pocas) banderas (trapos).

Este hiato temporal señala tanto el límite de la memoria en tanto constructora del pasado, como su papel de herramienta central en el proceso de legitimación, ya que a partir de aquí la hinchada actual, si bien reconoce su vínculo con las anteriores, no deriva ni genealógica ni organizativamente de las que la precedieron, y hay entre ambas un importante salto temporal y estructural-organizativo así como de valores. Ha modificado incluso su ubicación espacial dentro del estadio (con respecto a Agrupación Azul, la barra histórica), y exhibe una enorme cantidad de trapos y nuevas consignas y cantos, como es el caso de la homogeneización de determinados íconos derivados del consumo y exhibidos tradicionalmente por hinchadas de equipos de la AFA (logo de las bandas los Redondos, La Renga, V8, Hermética, etc. en las banderas), en particular asociados al rock. Estos símbolos son significativos no sólo porque antes no se veían, sino y sobre todo porque ese tipo de consumo no es masivo en la zona. Todo esto hace pensar en la transformación de la vieja hinchada, que se expresaba en códigos locales y con hábitos de consumo locales, en una barra cuya conducta,

organización y expresiones parecen estar mucho más estandarizadas y deslocalizadas: algo así como si existiese una forma cultural y representacional más o menos típica o estandarizada de las hinchadas a nivel nacional y orientada (¿miméticamente?) desde las de los clubes más poderosos que participan de los torneos de primera división de la AFA.

De hecho, la modificación más visible, en términos de su divulgación, tiene su origen precisamente en los hábitos de las grandes hinchadas de los equipos de primera división. Durante el torneo 1999 de la liga jujeña, por primera vez, los simpatizantes de Talleres comienzan a exhibir entre los símbolos de sus banderas hojas de *cannabis sativa* spp., y también a incluir en sus cantos referencias explícitas a consumos marginales e ilegalizados:

"*Me lo dijo una gitana,*

Me lo dijo con fervor

O dejás la marihuana, o te vas para el cajón

Me lo dijo una gitana

Y no le quise creer

Yo le sigo dando al vino, a los fasos y al papel.

Una gitana hermosa tiró las cartas y me dijo

Que Talleres va a salir campeón.

Ya los corrimos a todos y no pasó nada

Y hoy lo corremos al cuervo (Central Norte de Salta) *que es un cagón*.

Esta es la banda de El Expreso

La más loca de Argentina

La que fuma marihuana

La que toma cocaína

Lobo puto te vamo' a matar

Tomamos vino de damajuana y fumamos marihuana

Esta es la banda más descontrolada

Te seguimos a todos lados

Esta es la banda más descontrolada".

No obstante lo explícito de la referencia, cuando fueron consultados sobre el tema la respuesta fue que la marihuana es para "blandos" y que lo que consumen es vino y cocaína. La hoja de *cannabis* en las banderas es más un símbolo del "descontrol" y el "aguante"[20] ante todo lo estatuido

que un indicador preciso de actividad y consumo. Precisamente, todas las hinchadas de los equipos más importantes de Primera División ostentan en alguna bandera la ya casi folklórica hoja de cinco puntas. Lo novedoso no es tanto que la hinchada anterior no usara drogas: lo nuevo es la publicitación de ese consumo, asociado a la marginalidad y a la resistencia al orden legal vigente. Esta ostentación se vincula con la violencia, ejercida sobre las normas legales y convenciones sociales, ya que se asocia a un tráfico clandestino, penalizado y absolutamente criminalizado.

La práctica de la violencia, lejos de ser una metáfora o un elemento simbólico, se ha transformado en estos nuevos grupos en una auténtica fuente de recursos. De hecho, uno de los cabecillas afirmó que la tarea de esta hinchada es: "nosotros vendemos seguridad". Este vínculo económico con la violencia, inexistente en la hinchada histórica, establece una diferencia esencial entre ambas. Aquella ejercía la violencia física en contextos altamente ritualizados mientras que ésta mantiene con la violencia un vínculo económico. Esta es, para nosotros, la evidencia más rotunda de que la "nueva" hinchada se ha transformado en una *barra brava*. La venta de seguridad se hace a quien puede pagarla. Candidatos políticos, miembros de la comisión directiva, autoridades municipales o provinciales, etc.

Aunque en opinión de los investigadores ingleses Duke y Crolley "la emergencia de las barras bravas representó la militarización del hincha del fútbol" (Duke & Crolley, 1994: 107), y aún reconociendo que surgen en un contexto de dictaduras militares, éstas no son otra cosa que la re-emergencia de la vieja "patota de comité" (no por casualidad existe vinculación entre los grupos partidarios o gremiales de choque: Chacarita Juniors y el sindicato de Gastronómicos, Rosario Central y el Tula[21], los hermanos Ale[22] y San Martín de Tucumán, el gobernador Miranda y Atlético Tucumán; Atlético General Lavalle y el intendente de Jujuy, etc.) que usufructúa la práctica de la violencia en clave del viejo clientelismo político nacional. En realidad, es difícil comprender el fenómeno de la violencia futbolística en Argentina sin vincularlo íntimamente a la política. Incluso hay quien afirma que no existiría fuera de ese ámbito. Esta relación es tan estrecha (y perversa) que el enemigo común de todas las hinchadas es la representación del poder estatal, la policía, a la que se la ha despojado simbólicamente de su papel habitual y se la ha transformado en la peor hinchada. O, como dirían Alabarces y su equipo, los han "barrabravizado".

Si la violencia en el fútbol es parte del negocio (esto es, junto con la emoción constituye una variable del juego/espectáculo) y si la policía es la que garantiza que no se desborde (ya que los clubes pagan la seguridad), entonces, a mayor posibilidad de peligro más dinero hay que

pagar para conseguir más policías. Esta es la base económica de tal "barrabravización" de la policía. De allí que los peores enfrentamientos son con la policía y no contra otras hinchadas. De allí también el peso virtual de la identificación del otro con la policía:

"*Yo sabía*

Yo sabía

Que en Lavalle

Eran todos policías"[23].

Es en esta clave que proponemos leer la "paramilitarización" propuesta por Archetti (Archetti y Romero, 1994) como fenómeno nacido de la última dictadura. Esto es, la participación activa de estos grupos organizados en un verdadero "espacio muerto" dejado por la retracción del Estado bajo los regímenes neoliberales. Dicho espacio deja al descubierto un entramado sociopolítico anterior que, al ser ocupado por una debilitada sociedad civil, lo hace basándose en patrones tradicionales de la estructura política argentina.

Bibliografía

Alabarces, Pablo et al 2000 "'Aguante' y represión: fútbol y violencia política en la Argentina." En: Alabarces (comp.) *Peligro de Gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*. (Buenos Aires: CLACSO).

Archetti, Eduardo 1999 *Masculinities. FooTball, Polo and Tango in Argentina*. (New York: Berg).

Archetti, Eduardo y Romero, Amilcar 1994 "Death and violence un argentinian football"; en Giulianotti, Richard, Bonney, Norman, Hepworth, Mike, *Football, violence and social identity* (London: Routledge).

Baumann, Zygmunt 1999 (1998) *La globalización. Consecuencias humanas* (México: Fondo de Cultura Económica).

Bromberger, Christian 1998 *Football, la bagattelle la plus sérieuse du monde* (Paris: Bayard).

Canetti, Elías 1973 *Massa e Potere* (Milano: Adelphi).

Comaroff, Jean & Comaroff, John 1993 *Modernity and its malcontents: Ritual and power in postcolonial Africa* (Chicago: Chicago Univ. Press).

Dal Lago, Alessandro 1990 *Descrizione di una battaglia* (Bologna: Il Mulino).

Duke, Vic & Crolley, Liz 1994 *Football, nationalism and the State* (London: Longman).

Green, Nancy 1995 "Classe et ethnicité, des catégories caduques de l´histoire sociale?", en Lepetit, Bernard, *Les formes de léxperience. Une autre histoire socieale* (Paris: Albin Michel).

Jenkins, Richard 1996 *Social Identity* (London: Routledge).

Jenkins, Richard 1997 *Rethinking ethnicity. Arguments and explorations.* (London: Sage).

Margulis, Mario y Urresti, Marcelo 1998 "La construcción social de la condición de la juventud", en Cubides, Humberto; Laverde Toscano, María Cristina; Valderrama, Carlos Eduardo (eds.) *Viviendo a toda. Jóvenes,*

territorios culturales y nuevas sensibilidades. (Bogotá: Universidad Central – Siglo del Hombre).

Mignon, Patrick 1998 *La passion fu football* (Paris: Ed. Odile Bayard).

Valenzuela, J. 1998 "Identidades juveniles", en Cubides, Humberto; Laverde Toscano, María Cristina; Valderrama, Carlos Eduardo (eds.) *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. (Bogotá: Universidad Central – Siglo del Hombre).

Notas

** Este trabajo fue realizado en el marco de un subsidio otorgado por la UNJu al proyecto SECTER-UNJu 08/C072 "Fútbol, pasión de multitudes, guerra de símbolos". Agradecimientos: a Sofy, por sus críticas, su amor y su tiempo; a Juli e Irina, que tanto me soportan; a Federico Fernández, por haberme facilitado cantos y datos de su hinchada; a Elisa Blanco por sus ideas y su permanente apoyo y entusiasmo; y a Ana María Mealla.*

*** Antropólogo, Profesor Adjunto Ordinario de la Universidad Nacional de Jujuy e Investigador Asistente del CONICET, Director del proyecto SECTER 08/C072. Doctorando por la Universidad de Sevilla. Miembro del Grupo de Trabajo Deporte y Sociedad (CLACSO) y del Grupo de Investigaciones en Historia Social de la Universidad de Antioquia (Medellín-Colombia).*

1 Dado que, obviamente, cualquier pregunta tiene un contexto espacial y temporal, recojo y asumo aquí la categoría "emic" bajo la cual se/nos denominan/mos los aficionados al fútbol en este sector del planeta.

2 Entenderemos a éste "como una tecnología experimental destinada a afectar el flujo de poder en el universo, (que) es particularmente idónea para responder a las contradicciones creadas y engendradas (literalmente) por los procesos de transformación social, material y cultural; procesos representados, racionalizados y autorizados en nombre de la modernidad y sus diversas coartadas ('civilización', 'progreso social', 'desarrollo económico', 'convención' y otros semejantes)" (Comaroff & Comaroff, 1993: 67).

3 Estas reflexiones están motivadas por nuestra presencia en el torneo de la liga jujeña, y del Campeonato Argentino serie B. Allí las relaciones cara a cara desempeñan un importante papel, el cual es prácticamente despreciable, en cambio, cuando la experiencia remite a la primera división de la AFA.

4 "Hemos definido a las identidades proscritas como aquellas formas de identificación rechazadas por los sectores dominantes, donde los miembros de los grupos o las redes simbólicas proscritas son objeto de caracterizaciones peyorativas y muchas veces persecutorias" (Valenzuela, 1998: 45).

5 Este regionalismo, con el cual se alude a una *fellatio*, implica una profunda desvalorización y humillación basada en el sometimiento sexual, al igual que la referencia del renglón anterior, que descalifica a través de una acusación abierta de ejercicio de la prostitución.

6 Esta copla se reitera en muchas otras situaciones donde se busca descalificar al rival asociándolo a una categoría étnica discriminada. Así como en este caso el destinatario es Talleres, cuando juegan el clásico urbano Atlético Cuyaya/General Lavalle, los primeros lo destinan a los segundos. Inclusive Gimnasia y Esgrima es recibido con esta copla cuando juega los clásicos regionales con equipos de la vecina provincia de Salta.

7 La hinchada de Cuyaya representa a un barrio tradicional de la clase media urbana, aunque está constituida en buen número por habitantes de un sector popular periférico que, a su vez, son marginados por los habitantes tradicionales del barrio. La hinchada de Lavalle, en cambio, representa al Barrio Mariano Moreno, que está separado de Cuyaya sólo por una avenida (sitio frecuente de batallas campales que normalmente terminan sólo con intervención policial) y está habitado por migrantes e hijos de migrantes de la vecina Bolivia y del interior de la provincia (la mayoría de origen rural). La referencia a la colectividad paraguaya es simplemente una exigencia retórica, ya que si bien casi no tienen peso demográfico en la zona, constituyen otra minoría étnica y nacional estigmatizada.

8 Es a través del lenguaje que nuestra identidad o nuestros procesos de identificación son dotados de un nombre y ocupan un lugar en el mundo de los bienes simbólicos y políticos. La relación particular de manipulación política y cultural que se hizo con el lenguaje durante la última dictadura militar ha sido analizada a fondo por la lingüista norteamericana Marguerite Feitlowitz. En el campo del análisis cultural de los imaginarios colectivos argentinos resultan enriquecedoras las reflexiones y perspectivas que propone Eduardo Archetti en su obra más reciente (1999).

9 La hinchada de Atlético Cuyaya dirigiéndose contra la de Atlético General Lavalle, su tradicional rival barrial.

10 La hinchada de Talleres (P) dirigiéndose a la del C. A. Gorriti, con quien lo vincula una enemistad histórica, hoy muy devaluada debido al cambio sufrido por ésta, que pasó de ser “los diablos rojos”, representantes de un sector marginal, prostibulario y violento de la ciudad en la década de los ‘50, a representar los intereses y pasiones de un sector de comerciantes de la clase media nativa, quienes desplazaron territorialmente a aquellos, dirigidos por el presidente del Movimiento Familiar Cristiano local.

11 Esto fue lo ocurrido en el segundo partido del torneo anual 1999 entre Atlético Cuyaya y Atlético Talleres, siendo la hinchada del primero la que demandaba la participación de los segundos, que en su mayoría habían visto impedida su entrada al estadio por parte de la policía.

12 Esta dinámica sigue la lógica profunda advertida por Elías Canetti: “Para la masa la más segura, y tal vez única, posibilidad de conservarse consiste en la existencia de una segunda masa a la cual referirse” (1973: 75).

13 La capital de la Provincia de Jujuy, al noroeste de Argentina y en el límite con Bolivia, es San Salvador, una pequeña ciudad de entre 200 mil y 250 mil habitantes. La recesión alcanzó aquí uno de los más altos picos del país. Jujuy ocupa el segundo lugar entre las provincias con mayor desempleo. Los balances de presupuesto anual oficial habitualmente arrojan saldos negativos, y su territorio es utilizado de manera creciente tanto para la introducción clandestina y organizada de mano de obra indocumentada como para el tráfico de alcaloides desde las zonas productoras bolivianas hacia los centros de consumo y distribución del sur, fundamentalmente Buenos Aires.

14 Para comenzar a comprender el alcance de la crisis en la provincia de Jujuy es necesario tomar en cuenta que, en el aspecto productivo, las principales especialidades productivas de la provincia (caña azucarera-tabaco/minería) sufren una recesión histórica, ya que tanto el centro siderúrgico Altos Hornos Zapla como las principales compañías mineras han prácticamente cesado su actividad debido a que sufren los bajísimos precios internacionales de los principales recursos explotables, lo cual es agravado en algunos casos por una política de vaciamiento más o menos velada. A su vez, la producción agrícola, encabezada por la caña de azúcar y el tabaco, no puede competir en precio y volumen con otras del MERCOSUR, por lo que los productores medianos y pequeños de la Cooperativa del Tabaco, que constituye la segunda producción de la provincia, ven agravada su precaria situación con la baja de los precios y la ejecución progresiva de deudas crediticias que afectan sus productos y sus tierras. A la vez, la provincia registra algunos de los más altos índices de mortalidad infantil y la menor cantidad de días de clase por alumno en todo el país. Este deterioro generalizado fue acompañado con una estructura política en permanente estado de crisis, que conoció a ocho gobernadores en los últimos diez años, de los cuales ninguno terminó su mandato constitucional, removidos por agudos conflictos sociales.

15 Este fenómeno tiene, sin embargo, dos caras. A la individuación extrema, ocurrida sobre todo en los sectores dominantes de la sociedad y en las capas medias en ascenso, corresponde un movimiento que es su antagonista en los sectores asalariados y marginados. La estandarización y uniformización de éstos no es otra cosa que la manifestación en el plano del consumo y la cultura de la tendencia a la descalificación de la mano de obra, lo cual se refleja en fenómenos como la rotulización

que sufren vastos sectores de la sociedad, por ejemplo la criminalización de la juventud y los desocupados.

16 En términos concretos (y para comenzar a especificar el contexto local) esto se refleja en hechos tales como que en la provincia de Jujuy el 9,1% de la población tiene sus necesidades básicas "insatisfechas", eufemismo que significa que sobreviven con 1 peso diario; cuando la canasta familiar promedio ronda entre los 350 y 400 pesos mensuales.

17 No se desprende de tal afirmación que no exista o no sea relevante la actividad de las organizaciones sociales y políticas en la provincia. De hecho, el Frente de Gremios Estatales ha cumplido un papel principalísimo en la caída de la mitad de los gobernadores en los últimos diez años, y su figura central, el dirigente municipal Carlos "Perro" Santillán, se transformó en el emblema del sindicalismo clasista nacional. Sin embargo, la enorme mayoría de las luchas sociales están desarticuladas entre sí, reflejando la diversidad y particularización de los intereses en conflicto, y no han logrado revertir el proceso general de deterioro social y de ajuste gubernamental, limitándose a una actividad casi exclusivamente defensiva y gremial, aún cuando sea desarrollada, en casos como el referido, desde una perspectiva clasista.

18 Tal como lo plantean Margulis y Urresti, "ante la disolución de las masas, los sujetos se recuestan en las tribus, que son organizaciones fugaces, inmediatas, calientes, donde prima la proximidad y el contacto, la necesidad de juntarse, sin tarea ni objetivo, por el sólo hecho de estar; en ellos predomina ese imperativo del 'estar juntos sin más' (...) que tiende a establecer los microclimas grupales y no las grandes tareas sociales" (Margulis y Urresti, 1998: 20). Un subproducto de esto parece ser el aumento en los últimos años de situaciones de violencia social en el ámbito urbano de las principales ciudades de la provincia que involucran a "patotas" (*gangs*) y a grupos de jóvenes relativamente pequeños, agresivos y cerrados que se disputan el control de un territorio barrial.

19 Al menos al principio del torneo, ya que durante la primera ronda del torneo Argentino B, clasificatorio por fases eliminatorias al Nacional B (Segunda División), el grado de violencia entre hinchadas y el precio de las entradas redujeron drásticamente la concurrencia.

20 En referencia a este punto remitimos al trabajo de Alabarces et al. *Aguante y represión: fútbol, violencia y política en la Argentina* (2000).

21 Legendario "bombista" peronista vinculado con el *establishment* sindical.

22 Vinculados con la UCR local y señalados popularmente como capos mafiosos.

23 El canto nace cuando en un operativo realizado en el estadio de la liga jujeña de fútbol (La Tablada) la policía secuestra una de las banderas de la hinchada de Talleres. Pocos domingos después, el mismo “trapo” es exhibido como uno de los trofeos de guerra conseguidos por la hinchada de Lavalle.

O lado 'hard' da cultura 'cool': as torcidas e a violência no futebol

Tarcyanie Cajueiro Santos*

O futebol, enquanto um dos mais importantes fenômenos coletivos, apresenta-se como o palco não apenas de comunhão e cartase, como também, de violência entre os torcedores.

A violência que vem irrompendo no meio esportivo não pode ser explicada apenas por um fator, muito menos como algo ocasionado por uma relação do tipo causa-efeito. Por isso, as explicações, presentes nos media, de que essa violência derivaria de um irracionalismo das massas ou de atos premeditados de gangues juvenis disfarçadas sob o rótulo de torcidas organizadas, deixam muito a desejar.

Tampouco, podemos dizer que estes fenômenos se referem à esfera pública sem a pensarmos como "lugar e não-lugar"[1] dos meios de comunicação. Nesse sentido, o espaço público pode ser pensado como *locus* que existe por e pelos media, na medida em que a maior parte das informações que ocorre nele chega a nós indiretamente através das tecnologias de comunicação.

A violência entre torcedores, como não poderia deixar de ser, se interrelaciona com os media. Afinal, a sua constante visibilidade na sociedade do consumo, das tecnologias comunicacionais e informacionais não é um aspecto a ser menosprezado. Se lermos a

violência transversalmente, podemos vê-la como ato social e um dos vetores estruturantes de união e ação grupal entre os torcedores e não simplesmente como algo irracional ou uma reação anômica de massa, conforme pensam alguns.

Pablo Alabarces (1999) aponta a insuficiente análise de coberturas jornalísticas na Argentina a respeito da violência entre os torcedores. Por um lado, essas coberturas falam da violência através das metáforas biológicas, como se os torcedores fossem seres inadaptados, animalizados; por outro, usam metáforas bélicas, chamando-os de criminosos. Segundo o autor, esses dois discursos dos media são paradoxais, posto que se a animalização e biologização expulsam estes comportamentos do campo racional, sua qualificação como uma conduta criminosa e bélica supõe uma racionalidade.

Este "mecanismo narrativo e esteriotipador" (ibidem) presente nos media argentinos também ocorre no meio jornalístico brasileiro, principalmente no que diz respeito às torcidas organizadas, consideradas por muitos apenas "massa de manobra imbecil das jogadas políticas internas financiados pela própria cartolagem" (Juca Kfouri, 1995).

A fim de desmistificar a discussão entre torcedores e a violência no futebol, busco neste artigo um olhar menos rotulador e determinista acerca do fenômeno em questão. O futebol, enquanto fenômeno sociocultural e "arena simbólica privilegiada" (Alabarces, 1999) de onde podemos interpretar as características das sociedades globalizadas e cada vez mais virtualizadas[2], revela uma nova configuração do espaço público, que "apresenta uma rearticulação dos indivíduos, atomizados em torno de sociabilidades mais localizadas e que paradoxalmente se liga ao todo social" (Santos, 1998: 12).

Entre outras palavras, isto significa que o movimento de globalização da economia e de mundialização da cultura arrasta dialeticamente consigo a fragmentação da sociedade de massas em múltiplos grupos, ou no dizer de Michel Maffesoli (1987) "tribos urbanas", que se regem pela afetividade entre os pares, ligando-se a um totem comum, que no caso dos torcedores organizados são seus times e suas próprias torcidas como entidades autônomas. Isso porque essas tribos ou agrupamentos, a fim de se diferenciarem do restante da sociedade, criam identidades geralmente relacionadas aos produtos da indústria cultural, como times de futebol, grupos de rock, etc. De acordo com Rocha (1997: 64), "são formas de agrupamentos coletivos, que englobam grande contigente de jovens, com uma presença direta e indireta na cena pública mediática, reunidos em função de um momento de lazer, por meio de uma adesão espontânea".

Diante da falência dos metarrelatos (Lyotard, 1979), sobretudo entre os jovens, esses agrupamentos se relacionam com o processo de despolitização iniciado com a geração pós-década de 60, indo, só para citar alguns, em direção aos funks, carecas, skinheads e às próprias torcidas, que apesar de diferentes, apresentam semelhanças entre si; tais como: a construção de uma ética própria, o lazer como constituinte de sua prática, a ausência de projetos políticos-partidários e a tentativa de se tornarem diferentes da sociedade.

Pressuponho que a tribalização da sociedade e da juventude, "formando novos eixos estruturantes de sociabilidade, está associada à crise urbana, às tentativas de criar novas identidades, à violência e ao desejo de viver o presente, em suma, a um *espírito do tempo* como advogam alguns autores" (Santos, 1998: 13). Além disso, considero que as torcidas organizadas brasileiras e ao que parece as argentinas, estudadas por Alabarces (1999), aparecem como exemplos paradigmáticos de uma época cuja identidade parece ser o carro-chefe da organização das sociedades. Identidade acompanhada pelo processo de personalização analisado por Gilles Lipovetsky, em seu livro *A era do vazio*. De acordo com o autor, o processo de personalização é uma nova lógica que está remodelando a vida das pessoas e se transformando em um novo modo de controle social distinto da "ordem disciplinar-revolucionária-convencional que predominou até os anos 50" (Lipovetsky, 1988: 8).

O processo de personalização, como novo modo de organização e orientação social, assenta-se em uma lógica paradoxal, pois corresponde, por um lado, a instalação de uma sociedade operacional, com seu conjunto de dispositivos fluidos e desestandartizados, de tecnologias suaves de controle; e, por outro, um sistema "selvagem" ou "paralelo", decorrente da vontade de autonomia e de particularização dos grupos e dos indivíduos, que buscam uma identidade própria.

Lipovetsky afirma que a identificação que vivenciamos na sociedades atuais decorre da sua atomização e do individualismo que lhe é correlato, gerando dois mecanismos diferentes e complementares: a indiferença ao outro e a sensibilidade à dor do outro. É como se a privatização da vida e o retraimento do indivíduo estimulassem a identificação com o outro, ao mesmo tempo que lhe tirasse uma substancialidade, esvaziando-o por ser um anônimo.

Ao mesmo tempo que o processo de personalização é um pacificador, suavizando o costume da maioria, ele estimula atos cruéis de violência devido à lógica paradoxal pela qual se rege. Nesse individualismo extremado, emerge uma desestabilização social que é suscitada pela solicitação das necessidades e pela frustração crônica, cujo resultado aparece sob a forma da violência 'hard'.

A violência 'hard', derivada da indiferença pelo real e pelo vazio de sentido, em uma sociedade estimulada por modelos individualistas e hedonistas, convida seus pares a viver intensamente o presente, incitando uma criminalidade sem projetos, sem ambições, onde há desproporção entre riscos e ganhos, entre um fim insignificante e meios extremos. Até porque, ao procurar aumentar a responsabilidade dos indivíduos, o processo de personalização baseado na lógica 'cool' prossegue por outros caminhos o trabalho secular de exclusão e relegação. As palavras de Lipovetsky são enfáticas neste ponto. Segundo o autor

> "Por toda parte, o processo de personalização desmantela a personalidade: no jardim da fachada, temos a dispersão narcísica e pacífica; nas traseiras, a explosão energúmena e violenta. A sociedade hedonista produz sem dar por isso um composto explosivo quando se imbrica, como é aqui o caso, num universo de honra e de vingança. (...) A este título, a violência 'hard', desesperada, sem projeto, sem consistência, encarna a imagem de um tempo sem futuro que valoriza o 'tudo é já'" (Lipovetsky, 1988: 193-195).

Retomando essas argumentações, podemos inseri-las e inclusive ampliá-las quando pensamos, por exemplo, nos atos de violência praticados entre torcedores, organizados ou não, além de outros grupos urbanos[3]. Há um imaginário estigmatizador, fonte da violência grupal, resultante da fragmentação da libido, do afeto e da intercomunicação. Desse modo, quando analisamos a violência no futebol devemos ter em mente que ela não ocorre por causa do jogo em si, nem apenas como causa de sua presença na sociedade.

A violência entre os torcedores de futebol, para além do individualismo exacerbado pelo processo de personalização descrito acima, também deve ser analisada a partir da falência dos metarrelatos e de um princípio integrador do social onde emerge um cruzamento de códigos intergrupais identificados pela ausência de relacionamento com aqueles que não fazem parte do grupo e através da construção de identificações com o próprio grupo.

Concordando com Alabarces (1999: 4), podemos dizer que os atos de violência assinalam a disputa pela identidade de um imaginário, tanto de um território simbólico, quanto de um território material. Disputa essa que se por um lado é marcada pela sociabilização e identidade grupal, por outro, mostra-se através da negação do outro, que é visto como inimigo e, não simplesmente, como o torcedor de um time adversário.

Nesse sentido, ainda que o "amor ao time" apareça como o principal motivo pelo qual as pessoas se tornam membros das torcidas organizadas[4], muitos torcedores se percebem como tal não apenas pelo fato de torcerem por seus times, mas principalmente, por se sentirem adversários das torcidas de outros times. É como se um inimigo, um rival, fosse o fator discriminante de sua doação e afeto pelo time; de modo que, para muitos, o *status* e a importância de ser torcedor ocorre através desse mecanismo de diferenciação e sobretudo de negação do outro.

Nesse sentido, a identidade pode ser construída em função não apenas do pertencimento a um dado grupo, contudo, pela sua diferenciação exacerbada através da rivalidade, muitas vezes elencada por atos violentos e destrutivos. O depoimento de um torcedor associado à torcida organizada Força Jovem, do Vasco da Gama, é um exemplo elucidativo a esse respeito. Segundo ele, em uma entrevista ao jornal *Folha de São Paulo* (11 de novembro, 1994): "o que nos move mais é principalmente a torcida adversária". Ou seja, é o *outro*, muitas vezes, internalizado como inimigo, na medida que o contato entre torcedores de diferentes times, nos dias em que ocorrem os jogos, apresenta-se freqüentemente sob a forma de explosões orgiásticas e agressões gratuitas (Santos, 1998), do que pela troca de comprimentos. Tanto é assim, que nos dias de jogos há, na cidade de São Paulo, uma demarcação preestabelecida do caminho pelo qual as torcidas devem percorrer ao estádio (muitas vezes escoltadas pela polícia militar), afim de não se encontrarem no caminho sob a pena de brigarem entre si, pois tanto a polícia quanto os próprios torcedores organizados tem consciência o que pode ocorrer quando duas torcidas rivais se encontram.

Tudo isso se acopla ao processo da mercantilização do futebol, que se transformou em um megaevento; dito de outra forma, um negócio multimilionário, capitalizado pelos media e patrocinado por grandes empresas, com um profícuo sistema de marketing[5]. Essa transformação repercute e modifica a relação tradicional entre os torcedores, os jogadores –agora garotos-propaganda– e os times.

No que diz respeito aos jogadores, eles deixam de permanecer muito tempo em um clube, ao contrário do que ocorria antigamente, onde em virtude de sua permanência se mesclavam com a própria história do time. Como é o caso, por exemplo, de Pelé do Santos Futebol Clube e de Ademir da Guia –o divino–, que viveu os tempos áureos da academia na Sociedade Esportiva Palmeiras, tendo inclusive uma estátua em sua homenagem. Também as camisas dos times e o espaço campal passaram por um processo mercadológico e asséptico, posto que o

patrocínio e a constante exposição de publicidades se tornam imperativas.

Nesse sentido, ampliando ao futebol brasileiro análise que faz Alabarces (1999) sobre o futebol argentino, podemos dizer que as torcidas de uma maneira geral e organizadas, mais ainda, colocam-se como defensoras da identidade de seus times, tão abalados que estão pela constante venda de seus jogadores, pela comercialização e descaracterização de suas camisas e do seu próprio futebol, que visa menos o espetáculo do que o lucro da vitória, dos campeonatos milionários[6].

É como se essas torcidas, "pobres em mais valia econômica mas ricas em mais valia simbólica" (Alabarces, 1999), reivindicassem para si os laços de uma identidade debilitada pelo processo de impessoalização ocasionado pelos patrocínios dos clubes, das camisas, e pela venda constante de seus jogadores, que por isso são considerados mercenários. Nas palavras do autor:

> "La continuidad de los repertorios que garantizan la identidad de un equipo aparece depositada en los hinchas, los únicos fieles 'a los colores', frente a jugadores 'traidores', a dirigentes guiados por el interés económico personal, a empresarios televisivos ocupados en maximizar la ganancia, a periodista corruptos involucrados en negocios de transferencias. Las hinchadas desarrollan, en consecuencia, una autopercepción desmensurada, que agiganta sus obligaciones militantes: la asistencia al estadio no es únicamente el cumplimiento de un rito semanal, sino un doble juego, pragmático y simbólico" (Alabarces, 1999: 6-7).

Duplo jogo que está ligado à inserção das torcidas no mundo mediático, pois a visibilidade proporcionada pelos media, principalmente, quando mostram os atos de violência por elas praticados, acabam os icitando. Nesse sentido, não poderia deixar de reinterar que a construção da identidade e a violência como um dos constituintes da sociabilidade dessas torcidas –ambiciosas em seu papel de porta-vozes dos clubes– passam sob o crivo dos meios de comunicação.

Estive durante dois anos imersa em uma pesquisa sobre o futebol e as torcidas organizadas. Através de observação participante e entrevistas, pude perceber que a busca de uma identidade, os atos de violência, assim como o próprio futebol estão intrinsecamente

relacionados com os media. E isso de tal forma, que a vida para muitos torcedores só adquire sentido e se torna "real", quando eles conseguem, finalmente, se ver na tevê.

Aparecer no jornal e na televisão, virar notícia (se boa ou má, não importa) significa para muitos torcedores organizados uma senha de acesso ao reconhecimento e ao estrelato. A importância desse fenômeno mediático entre os torcedores pode ser vista na entrevista que fiz com o ex-presidente da Gaviões da Fiel, Douglas Deúngaro, durante a minha pesquisa de mestrado. Segundo ele:

> "Que a polícia é assim; é aquilo lá de Diadema, eles enfiam o coro no cara e soltam nas portas do fundo. Aí, saí no outro dia na capa do jornal. Chega no outro dia no bairro dele e no colégio, ele é o herói e arruma as meninas. Ele é exemplo para o outro cara entrar com uma outra bomba outro dia, no estádio, porque não foi punido. Pelo contrário, ele ficou famoso porque a sociedade hoje é assim: o cara é herói, as meninas querem ficar com ele, todas as meninas gostaram. Aí, o outro viu: ah, vou entrar com uma bomba, vou passar no jornal, ninguém vai me prender mesmo!".

O desejo de fazer parte dessa superexposição mediática expresso nas palavras do ex-presidente e membro da torcida Gaviões da Fiel não é novidade para autores como Baudrillard e Enzensberger, que vêem a violência como um fenômeno de forças hostis derivada da indiferença e da ociosidade e não mais como um conflito ideológico como o de outrora.

Para Baudrillard (1990), o social morreu e em seu lugar surge a saturação comunicacional e informacional que nos torna indiferentes a tudo, inclusive ao pior. Desse modo, a violência transmuda-se em terror na medida em que, segundo ele, o bombardeamento mediático e suas sucessivas imagens reforçam a nossa má-vontade, repulsa e aversão, que nasce do ódio a nós mesmos e a outras pessoas, nos fazendo viver em uma espécie de vertigem e de solicitação da violência. Ao ponto de muitas vezes esperarmos vê-la pela televisão, ou até mesmo encena-la pessoalmente, tomando para nós o papel de artistas/protagonistas.

Artistas/criminosos, que segundo Enzensberger (1990), muitas vezes, não têm mais a sensação de serem eles mesmos os protagonistas e participantes da violência, vivendo uma espécie de abnegação patológica; isto é, um sentimento decorrente da perda de si e da indiferença ao outro, pois não se é mais afetado pelos acontecimentos,

mas pelo desejo de se sentir vivo ao se ver nos meios de comunicação. Sobre isto, não posso deixar de citar o brilhantismo e a eloquência de Enzensberger quando diz que:

> "Todo cidadão meio maluco pode alimentar a esperança de se ver estampado na primeira página do *New York Times* com uma garrafa de cerveja em uma das mãos, enquanto a outra está levantada para a saudação de Hitler. E nos noticiários de televisão ele pode maravilhar-se com sua obra do dia anterior: casas em chamas, cadáveres mutilados, audiências oficiais de emergência e reuniões de Estado para a discussão da crise. Assim atua a televisão: como uma pichação única e gigantesca, como uma prótese de compensação para a atrofia autística do eu" (1990: 49).

Absurdo transpor essas análises, em suas aparências fadadas ao solo europeu, principalmente quando nos deparamos com o discurso cordial do homem brasileiro? Ao que parece, não. Também parece que não cabe mais um discurso que considera a violência um ato irracional, movida pela emoção como se a violência ocasionada pela emoção fosse irracional, uma ação instintiva. Se "a violência provocada pela emoção pode ser racional e freqüentemente é" (Freire Costa, 1984: 28), cabe pensá-la como fazendo parte de outra lógica; "lógica da aceleração no vácuo", diria Baudrillard (1990: 84). Até porque ela também constitui uma linguagem, e como tal reflete e recria os valores, a organização, em suma, a visão do mundo de uma sociedade.

Bibliografia

Alabarces, Pablo 1999 "'Aguante' y represión: fútbol, política y violencia en la Argentina", en Carvalho, Sérgio e Marli Hatje (orgs.) *Revista de Comunicação, Movimento e Mídia na Educação Física* (Santa Maria, RS: UFSM) Año 2, Vol 2.

Alabarces, Pablo et al 2000 "'Aguante' y represión: fútbol, violencia y política en la Argentina", en Alabarces, Pablo (org.) *Peligro de gol: estudios sobre deporte y sociedad en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).

Augé, Marc 1992 *Não-Lugares: introdução a uma antropologia da supermodernidade* (São Paulo: Papirus).

Baudrillard, Jean 1978 *À sombra das maiorias silenciosas: o fim do social e o surgimento das massas* (São Paulo: Brasiliense).

Baudrillard, Jean 1983 *As estratégias fatais* (Río de Janeiro: Rocco).

Baudrillard, Jean 1990 *A transparência do mal: ensaio sobre fenômenos extremos* (Campinas: Papirus).

Castells, Manoel 1999 *A sociedade em rede* (São Paulo: Paz e Terra).

Coletivo NTC 1996 *Pensar-pulsar. Cultura comunicacional, tecnologias, velocidade* (São Paulo: NTC).

Enzensberger, Hans Magnus 1990 *Guerra civil* (São Paulo: Companhia das Letras).

Freire Costa, Jurandir 1984 *Violência e Psicanálise* (Rio de Janeiro: Graal).

Gil, Gilson 1994 "O drama do 'futebol-arte': o debate sobre a seleção nos anos 70", in *Revista Brasileira de Ciência Sociais* (São Paulo) Ano 9, N° 25, Junho.

Kfouri, Juca 1995 *Folha de São Paulo* (São Paulo) 21 de agosto.

Lyotard, Jean-François 1979 *O Pós-Moderno* (Rio de Janeiro: José Olímpio).

Lipovetsky, Gilles 1988 *A era do vazio. Ensaio sobre o individualismo contemporâneo* (Lisboa: Relógio D'Água).

Machado da Silva, Luiz Antônio 1994 "Violência e sociabilidade: tendências da atual conjuntura urbana no Brasil", in Ribeiro, L. C. Q. e Santos Júnior, O. A. (orgs.) *Globalização, fragmentação e reforma urbana: o futuro das cidades brasileiras na crise* (Rio de Janeiro: Civilização Brasileira).

Maffesoli, Michel 1987 *O tempo das tribos. O declíneo do individualismo nas sociedades de massa* (Rio de Janeiro: Forense-Universitária).

Ortiz, Renato 1988 *A moderna tradição brasileira. Cultura brasileira e indústria cultural* (São Paulo: Brasiliense).

Ortiz, Renato 1994 *Mundialização e cultura* (São Paulo: Brasiliense).

Rocha, Rosamaria Luiza Melo 1997 *Estética da violência: por uma arqueologia dos vestígios* (Escola de Comunicações e Artes, Universidade de São Paulo) Tese de Doutorado.

Santos, Tarcyanie Cajueiro 1998 "O fim do social: a emergência de micro-grupos na sociedade pós-moderna", paper apresentado na *21ª Reunião Brasileira de Antropologia* (São Paulo).

Santos, Tarcyanie C. 1999 "Os primeiros passos do profissionalismo ao futebol como megaevento", texto apresentado no *Congresso da Intercom* (Rio de Janeiro).

Notas

** Doutoranda em Ciências/Jornalismo, ECA-USP.*

1 Marc Augé (1992), ao falar sobre o panorama da sociedade atual, defende a tese de que hoje se produz "não-lugares", em detrimentos dos "lugares" antropológicos. Enquanto estes se definem, para Augé, como um espaço identitário, relacional e histórico, os "não-lugares", fruto das tecnologias, seriam "espaços constituídos em relação a certos fins (transportes, trânsito, comércio, lazer) e a relação que os indivíduos mantêm com esses espaços" (1992: 87). Relação esta exclusivamente ligada à finalidade e à utilidade do espaço, de modo que se os lugares antropológicos criam um social orgânico, os não-lugares fomentariam apenas a tensão solitária.

2 Vivemos cada vez mais em uma virtualidade real, pois o ambiente mediático por ela instaurado, com seu excesso de mensagens –voz, texto e audiovisuais– convergindo para o texto interativo, envolvem-nos no habitat do hipertexto eletrônico, que é distribuído através dos mais diversos meios, tais como: "tevê aberta, tevê a cabo, tevê via satélite, videocassetes, rádio, aparelhos portáteis, comunicação online, e toda a parafernália disponibilizada através da Internet, de sistemas computadorizados e interativos, em nossas casas, escritórios, veículos, etc." (Castells, 1999: 32).

3 Penso aqui nos bailes funks e nos carecas do subúrbio, por exemplo.

4 Durante as entrevistas feitas no mestrado entre os torcedores organizados palmeirenses e corinthianos, eles me diziam que o principal motivo de pertencer a uma torcida organizada era o amor que sentiam pelo seu time. Depois apareciam outros fatores como é "melhor andar em turma para não apanhar sozinho" ou porque "eu via no estádio que a torcida organizada protegia seus membros, que eles são uma família".

5 A esse respeito consultar Santos (1999).

6 Penso na substituição do "futebol arte" pelo "futebol força" de resultados. Sobre isso, consultar Gil (1994).

Fútbol: espectáculo e identidad

Luis H. Antezana J.*

"Para admitirlo habría que plantear en el punto de partida la presencia de tres, y no sólo de dos actores: los dos combatientes y un testigo, un espectador, bajo la mirada de quien se desarrolla el combate".

Tzvetan Todorov

"Se puede ser de un equipo por muchos motivos (yo lo soy porque soy madrileño y no iba a ser del Atleti, qué ofensa; por Di Stéfano y por una niñera que me mentía diciéndome de niño que era novia de Gento, lo cual me lo hacía como de la familia)".

Javier Marías

Quizás, en su libro *La revolución que nadie soñó* (1996), Fernando Mires pudo haber también tratado la "revolución deportiva" junto a las revoluciones microelectrónica, feminista, ecológica, política y paradigmática, que habrían cambiado el mundo contemporáneo. En efecto, el mundo actual no sólo está plagado de actividades deportivas, sino que muy probablemente el deporte sea uno de los mecanismos de socialización más difundidos y, ahora, arraigados. En esa vena, no es arbitrario que se busque entender los procesos y procedimientos de identidad social en el mundo estudiando –investigando– los deportes.

En el nudo de esa (hipotética) "revolución deportiva" estaría, sin duda, el llamado "deporte espectáculo"[1]. Sin ignorar que el deporte espectáculo transita una gama que va desde los ejercicios aeróbicos que se realizan ante un aparato de televisión hasta los juegos olímpicos, pasando por la elección de Mister Universo en un teatro en Las Vegas o el US Open, y sin ignorar que, pese al parecido, cada juego tiene sus propias reglas, me limitaré aquí a examinar el espectáculo del fútbol.

En lo que sigue veremos primero algunos de los alcances y características del "fútbol espectáculo", y luego intentaremos articular esos índices con el tema que ocupa a este seminario, el de la identidad y el deporte. En este ensayo me han sido muy útiles los trabajos de Paul

Yonnet, relativos al deporte en general, y los de Christian Gromberger, dedicados, más concretamente, al fútbol.

Espectáculo

Quisiera evitarlas, porque ya son parte de nuestro sentido común, pero para diseñar un poco el horizonte repasemos algunas verdades de perogrullo futboleras.

Actualmente, el fútbol es el más universal de los deportes y supone una multitud de articulaciones sociales. Debido a su continuidad y frecuencia competitivas, es mucho más significativo aún que las olimpíadas. La red económica que implica es tan extensa y poderosa que, como se sabe, la FIFA es actualmente toda una multinacional, y la maraña empresarial ahí articulada es omnipresente[2]. Su articulación con los medios de comunicación masivos es tal que hoy en día, por ejemplo, uno puede pasarse días y días enteros viendo fútbol por TV: no sólo ya innumerables ligas (inter)nacionales, sino también múltiples campeonatos continentales, justas intercontinentales y, por supuesto, una serie de noticieros y programas relativos, muchos de ellos a su vez articulados con/en la Internet, medio cuyo seguimiento implica, de acuerdo a Travis, toda una "realfabetización" cultural (Travis, 1998).

Con un poco de participación activa uno puede andar comentando, hoy en día, los triunfos del Galatasaray turco, con el pie todavía mágico del rumano Hagi brillando por ahí, o los costos multimillonarios de la transferencia del portugués Figo al Real Madrid, o puede andar especulando sobre las motivaciones que impulsan a Berlusconi o a Gil y Gil, quienes alían fútbol, política y empresas como si fueran caras de una misma moneda. O, en otra vena, uno puede estar buscando leer las memorias de Di Stefano (*¡Gracias, vieja!*) o las recientes de Maradona (*Yo soy el Diego*), la biografía de Garrincha (*Estréla solitaria*) y, también, puede andar buscando o leyendo los ahora innumerables libros o compilaciones que la literatura y las ciencias sociales le han dedicado a este deporte. También se puede, si no hay un partido decisivo en escena, correr al cine para ver el estreno de *El portero* de Gonzalo Suárez. Etcétera, etcétera. En suma, desde pasiva hasta activamente, vivimos rodeados de fútbol, de "fútbol espectáculo". Muchos viven de él, diría, y muchos más vivimos, quiérase o no, en él.

¿Cómo vivimos en el fútbol? Obviamente, no todos lo vivimos jugándolo, en el sentido común –lúdico– del término. Tampoco lo vivimos, aunque es un nudo de nuestra articulación con él, observándolo directamente. Mi sospecha es que, fundamentalmente, lo vivimos

verbalizándolo. Dicho de otra manera: vivimos hablando –sea como sea– de él y de sus avatares.

Aquí, "hablar" o "verbalizar" están inclinados hacia las funciones pragmáticas del lenguaje, es decir, cuando el lenguaje es también acciones, actos ("actos de habla," diría Searle). Ejemplo: hay un penal en la cancha. De acuerdo a nuestras simpatías, lo consideramos legítimo o ilegítimo. Lo discutimos inmediatamente, y más aún: lo seguiremos discutiendo frecuentemente. Esa discusión o, más simplemente, esa aceptación o negación verbal, le otorga valores de sentido a dicho penal. Pues bien, nuestra participación activa en el fútbol espectáculo es a través de ese tipo de verbalizaciones. Esos valores –polémicos, en el ejemplo– no están en el juego, en el partido; más bien, se producen al hablar, comentar –discutir, aprobar, rechazar, etc.– esos otros actos que suceden o sucedieron en las canchas, en los partidos, en los campeonatos, o incluso en la historia y chismografía de este deporte. Nuestros gritos de alegría o nuestras expresiones de lamento ante los goles, nuestras loas a nuestros héroes o estrellas, nuestras imprecaciones a los árbitros, en fin, hasta nuestras reflexiones sobre este deporte son verbalizaciones pragmáticas, marcadamente performativas, es decir, otros tantos actos que se articulan con los que suceden en la escena. Así viviríamos en el fútbol: hablando de él, en performativo (nada extraño en rigor, pues en general así vivimos nuestras vidas sociales).

Este hecho podría ser subrayado con una observación de Bromberger, quien luego de indicar las características que facilitan el arraigo masivo del fútbol –reglas simples, recursos cómicos y trágicos, coparticipación de los espectadores (1998: 13-35)– destaca, precisamente, los alcances de su dimensión verbal:

> "Pero son las opiniones de [los] hinchas, quienes discuten infatigablemente los logros o fracasos de su equipo, las que nos dicen aún más [que las características mencionadas] acerca del sentido de este fanatismo y acerca de las razones profundas de su universalidad" (1998: 35, traducción libre).

O sea: "actos escénicos allí actos verbales aquí (o más allá)" sería pues la ecuación que socializa al fútbol espectáculo. Pero, claro, hay un espacio, digamos, donde se realiza esa serie de acciones. Ese espacio –o estructura, o sistema, si se prefiere– implica, mínimamente, a dos tipos de actores sociales: los jugadores profesionales rivales y los espectadores.

Con los jugadores como actores, creo, no hay ningún problema: ellos son parte fundamental de la puesta en escena. Los espectadores, a primera vista, no parecen tan activos: mientras lo primeros trabajan, literalmente, los otros ocupan su ocio. Pero hoy en día, cuando se caracteriza al fútbol espectáculo, es necesario destacar que allí los espectadores son también, en rigor, actores. Como en un teatro griego clásico –es una propuesta de Yonnet (1998: 30-31)– o en una ópera, los espectadores son el coro del espectáculo. Y, sin duda, constituyen coros sumamente activos. Basta observar las galerías en un partido relativamente importante para verificar la complejidad de ese hecho. Esta coparticipación, desde ya, no se reduce a los actores *in situ*. Más allá están los seguimientos corales a través de la radio o la televisión y, en última instancia, en las noticias escritas de los diarios o revistas, en Internet, o, simplemente, vía los chismes. Y nada más obvio sobre la participación activa de los y las "ausentes" que las celebraciones partidarias, regionales o (inter)nacionales por parte de actores multitudinarios, los que, por mera aritmética, no podían estar *in situ* en el momento de una victoria. Esas celebraciones son, dicho sea de paso, tan parte del espectáculo como la caída teatral para motivar, en nuestro ejemplo, un penal.

El fútbol espectáculo sucede dentro y fuera de la cancha. Mediando la verbalización performativa, ese espectáculo es prácticamente ininterrumpido, y, sin duda, multifacético. De ahí que vivimos en el fútbol... actuando, unos más explícita o frecuentemente que otros. Dicho sea de paso, los actores jugadores no sólo corren y patean, sino que también verbalizan permanentemente su juego, sobre todo fuera de la cancha[3]. Piénsese, por ejemplo, en el ahora inactivo Ronaldo o en los míticos Pelé, Beckenbauer, Platini o Maradona, entre tantos otros quienes, como nosotros los "espectadores" y como los jugadores "en ejercicio", no cesan de actuar futbolísticamente, aunque ahora sólo jueguen sus (otros) múltiples papeles fuera de las canchas.

Los actos, en general, y los actos verbales en particular, suponen –todos– órdenes sociales de comportamiento: "Es que las cubas huelen como el vino que tienen" (Gadda). Y, por ahí, no sólo entramos en el terreno de las socializaciones compartidas, sino también en el tenue –por difícil– terreno de la ética. No todas son flores en este espectáculo; en rigor, es también muy espinoso. El *fair play* es sólo un horizonte más que un conjunto de reglas. Desde los *fouls* a mansalva, pasando por las tarjetas amarilla y roja, y terminando en batallas campales *in situ* después –o antes– de los partidos, o en los asesinatos de rivales, el espectáculo del fútbol sucede, también, violentamente. Hay actores altamente especializados en esa parte del juego: las barras bravas, por ejemplo y, por supuesto, las fuerzas públicas del orden[4]. En la última Copa europea, las tácticas que discutían entrenadores y jugadores no

eran para otro juego, en rigor, que para aquel cuyas medidas de seguridad planteaban a su vez las policías holandesa y belga, en coordinación con el ministerio de gobierno británico, *vis-a-vis* los futuros participantes "espectadores" de los partidos. No conozco ni poseo una explicación amplia para este tipo de actos; las de detalle suelen ser motivadas pero son difícilmente generalizables. Las explicaciones *more* "naturaleza humana" o "condicionantes sociales" –o hasta "psicosocioanalíticas"– no acaban de convencerme. A ratos me inclino por la posibilidad teatral de no descuidar la inclusión de personajes "malos" en todo drama o comedia, como las polaridades locales entre clubes podrían ilustrar: todo bueno tiene su malo y viceversa, y sus encuentros tienen –curiosamente– la categoría de "clásicos" o "*derbys*"[5]. Aunque, quizás, menos analógicamente, habría que inquirir en los haceres de la "razón instrumental" que invertiría descrédito en un ámbito para obtener réditos en otro. Tal vez, esta otra cara del fútbol es parte del "precio" que esta forma de cultura debe pagar –éticamente– para constituirse como tal, en el sentido de Benjamin, según el cual todo monumento de cultura –de civilización– es, también, uno de barbarie (1980). Inversiones que, por otra parte, no dejan de producir ganancias y poderes: eso de "hacerse el macho", por ejemplo, claramente perceptible en estos actos, ha sido, como se sabe, una inversión instrumental altamente rentable a lo largo de la historia del mundo.

De todas maneras, sin olvidar estas facetas penumbrosas (dopaje incluido) el fútbol es una cadena –o red, si se prefiere– de actos y actores sociales.

Por otra parte, la coparticipación (ampliada) de los actores radicaría en el carácter democrático del juego. "Democrático" en el sentido de que cualquiera, independientemente de sus determinaciones sociales de origen, puede acceder, a través del fútbol, a la riqueza económica, a la fama internacional, en fin, al reconocimiento afín a los ámbitos sociales del poder o poderes vigentes. Como precisa Bromberger, recogiendo las propuestas de Ehrenberg (1992):

> "La popularidad de los deportes radica, en gran medida, en su capacidad de encarnar el ideal de las sociedades democráticas, mostrándonos, por medio de sus héroes que, 'sin importar quién, puede convertirse en alguien', que los status no se adquieren desde el nacimiento sino que se conquistan a lo largo de una existencia" (1998: 30-31, traducción libre).

Que ahí jueguen también aparatos "políticos" para acceder más lucrativa o rápidamente a esos poderes, es otra historia: lo notable es que se puede haber nacido en una favela y, años después, vía el fútbol, vivir como millonario y hasta gozar de una fama, como se dice,

"olímpica". Aquí estamos hablando, sobre todo, de los jugadores profesionales de las últimas décadas, cuerpos técnicos, empresarios, inversores, *mass* media. Pero, también, este hecho implica a los "espectadores", cuyos réditos habría que medir en ese otro tipo de dólar que es –siempre ha sido– el reconocimiento grupal (sobre este tema, ver Todorov, 1995). Y por ahí entramos en principio a temas relativos a la identificación futbolera pero pertinentes, ciertamente, a otras articulaciones sociales más amplias.

Al respecto, creo que las precisiones de Yonnet en su *Systèmes des sports* son las más sugerentes, sobre todo porque destacan el carácter "técnico" (hábil) del deporte en escena. Cuando caracteriza el "esqueleto" del deporte espectáculo destaca que ahí, en la arena, están –o debieran estar– rivalizando los mejores jugadores-actores existentes: [a]hí "se admira a fenómenos inimitables", dice, y añade:

> "[L]a admiración, lejos de impedir la identificación, parece, por el contrario, provocarla, arraigarla. En una primera aproximación se podría decir que porque existe esta distancia imposible de llenar, ese inaccesible de la ejecución [*performance*]; porque el deportista profesional que opera en el terreno no es un representante de la identidad técnica de aquellos que lo observan, ya sea porque estos están completamente incapacitados, ya sea porque sus aptitudes son limitadas, es por ello que [el deportista profesional en escena] se convierte en el representante de una identidad no técnica: *la identidad del grupo*. En el deporte sucede, pues, un fenómeno muy particular: la relación de identificación entre los espectadores y los deportistas que los representan sólo se construye y logra su plena fuerza explosiva debido a esta distancia técnica" (Yonnet, 1998: 45, subrayado del autor, traducción libre).

La admiración por los (muy) hábiles, además, es hasta rizómatica, es decir, suele diseminarse en los más extraños y ajenos ámbitos sociales. No faltan hinchas de un equipo relativamente difundido en cualquier parte del mundo y muchos héroes del fútbol son, en rigor, internacionales. Por otra parte añadiría que, en el fútbol, "la identidad del grupo" requiere a su vez pruebas pragmáticas de su cohesión, fidelidad, constancia, fama relativa, en fin, "fuerza explosiva", como la denomina Yonnet. Esta se traduce en los actos corales ya indicados y, a su manera, tiende a producir otros niveles de excelencia, sobre todo ante los grupos partidarios rivales. En la escena global del fútbol, habría entonces algo así como una "excelencia partidaria" paralela o proporcional a la "excelencia técnica" de los admirados jugadores... y equipos correspondientes. Para resumir ese hecho, en una entrevista de

ESPN, el *coach* Alex Ferguson del Manchester United decía recientemente que "Durante cuarenta años, nuestros fanáticos han sido los mejores del mundo y [por ello] se merecen lo mejor": el Manchester acababa de ganarle 5-1 al Anderlecht y estaban, entrevistador y entrevistado, valorando, entre otros, los tres goles de Andy Cole.

El peso proyectivo que tienen las victorias es el más evidente indicador de esta interrelación. Y ni que hablar de los campeonatos a niveles crecientes de excelencia universal. Pero no todo es para los vencedores. En el fútbol existe una máxima que también implica a los perdedores: "son cosas del fútbol", se dice, cuando se pierde. Fórmula que, por otra parte, implica el grado de incertidumbre que caracteriza, pese a los grados de excelencia, al juego. *Aufhebung*, por un lado; realismo o *catarsis*, si se prefiere, por el otro. Son actos desde ya inseparables[6] que a veces necesitan de batallas campales para ser completamente ejecutados –o de algún chivo expiatorio circunstancial, como por ejemplo los árbitros o los entrenadores.

Estas últimas notas parecen inclinarse hacia los resultados obtenidos en las canchas por los jugadores pero, en *retro*, el peso que tienen los juegos locales vs. los visitantes indica el papel decisivo de los actores corales en todo ello. Y si no basta con preguntarle a un árbitro cualquiera, quien en estos casos no sólo debe controlar el partido en juego sino, también, cuidar de no provocar excesivamente a la multitud partidaria presente. Lo de local vs. visitante parece algo mítico, fantasmal, sobre todo cuando se enfrentan equipos de muy distintos grados de excelencia. Sin embargo, así sucede: hasta en Brasil se planifica de otra manera cuando va a jugar de visitante, y su mayor tragedia histórica es aún el "maracanazo" uruguayo del '50. Al respecto, nosotros, los bolivianos, tenemos 3.600 m sobre el nivel del mar como parte de nuestra coralidad local (Mendoza, 2000). Aquí, en Quito, creo que andan por los 2.700 m[7].

Antes de dejar este acápite, quisiera añadir un hecho que también juega en los mecanismos de identificación afines al fútbol. Teniendo en cuenta que "nuestros" equipos no necesariamente participan en todas las lides y pensando, además, que los actuales seguidores del fútbol espectáculo persiguen –vía los *mass media*, sobre todo– muchos tipos de encuentros o campeonatos, no habría que olvidar el llamado "complejo de David". Dado que por principio se trata de un sistema de actos compartidos, los espectadores futboleros no podrían ser totalmente pasivos ante un partido de fútbol: deben decidir a quién apoyar, aunque los equipos en pugna les sean relativamente ajenos. En general, como se sabe, los espectadores circunstanciales optan por el más presuntamente débil de los equipos. Esta identificación no implica ningún tipo de arraigo intersubjetivo, pero es una actitud no sólo frecuente sino,

diría, hasta constante; y no es ajena, creo, al mecanismo de identificación propuesto por Yonnet, porque ahí también entran en juego las distancias técnicas que articulan su propuesta (por ejemplo, Yonnet, 1998: 104-106). Lo de David tiene que ver, por supuesto, con el gusto o la esperanza de ver caer a Goliat.

Hasta aquí he privilegiado la verbalización pragmática, performativa, como nudo articulador del "fútbol espectáculo". También he indicado los mecanismos de identificación social, destacando el papel que en todo ello juega para todos los actores el reconocimiento social. Y he señalado el "complejo de David". A continuación, veamos la cuestión de la identidad.

Identidad

Entre otras posibles aproximaciones, el tema de la identidad (social) en el fútbol podría ser considerado como parte del debate entre las identidades culturales vs. las metaidentidadades –o identidades universales. Hoy en día, ese debate supone una suerte de axioma: es necesario afirmar –es decir, no negar– las diversas identidades culturales existentes. Luego empieza el debate propiamente dicho. En grueso, para unos, hay ahí un desafío para aprender a vivir socialmente de otra manera: en heterogeneidad, en diversidad, como dirían los posmodernos; en abigarramiento, como diría Zavaleta Mercado (1983: 16-19). Para otros hay ahí un peligro, en la medida en que la sublimación de las identidades culturales tiende a convertir la vida social en un diálogo de sordos. Estos últimos desean algún tipo de universalidad –de metaidentidad– común que permita diálogos, concertaciones, en fin, tareas comunes entre las diversas partes[8].

En el fútbol podemos reconocer en juego tanto identidades culturales particulares como metaidentidades. Quizás algo de lo que ahí sucede podría, si no extrapolarse, por lo menos aproximarse al debate mencionado. Veamos.

En primer lugar tendríamos las identidades por clubes, llamémoslas *tifosi*, aprovechando el término italiano que implica un contagio febril. Las identidades *tifosi* son irreconciliables, como se sabe, y se producen incluso en una misma zona o localidad: Roma vs. Lazio, Celtic vs. Rangers, Inter vs. Milan, Boca vs. River, Espanyol vs. Barcelona, Pumas vs. América, etc. Para medir sus extremos, recuérdese a la OCAL o, más infamemente, a los enfrentamientos y asesinatos entre hinchas rivales[9].

En segundo lugar, es también un hecho que el fútbol implica metaidentidades nacionales, cuando de campeonatos mundiales o

intercontinentales –entre seleccionados nacionales– se trata (por ejemplo, Villena, 2000). Es un hecho, en este caso, que las identidades *tifosi* locales se dejan a un lado y se suscriben las identidades nacionales. Al respecto, recuerdo por ejemplo la decisión napolitana de pujar por Italia ante Argentina, en 1990, aunque su dios –Maradona– era parte de la selección argentina. En este caso habría una doble articulación de identidades, en la que una tiene que ver con la adicción al juego mientras que la otra se relacionaría con una articulación previa: la ciudadana. Por ejemplo, en los encuentros intercontinentales o, más precisamente, en las eliminatorias para el mundial, Grimson demuestra que los hijos de los migrantes bolivianos nacidos en la Argentina apoyan a la selección argentina vs. sus padres, que todavía apoyan a la boliviana (1999: 146-148). Suscribiría, en esta vena, las propuestas de los politólogos que consideran a la ciudadanía un articulador social mucho más dúctil que el restringido a funciones electorales o estatales afines (Arditi, 2000: 120-121).

Hasta ahí operan, en el fútbol, las articulaciones existentes entre las identidades *tifosi* y las nacionales. Desde ya, en ambos casos, como destaca Fernando Mayorga, la "camiseta" es el emblema de las identidades en juego (comunicación personal). Recuérdese, hoy en día, todos los rituales –dentro y fuera de la cancha– que acompañan su uso: incluso los 400 millones de dólares que la Nike le pagó a la FBF por incluir su logo en ellas. Antes de precisar el posible funcionamiento de dichas identidades, veamos algunos hechos convergentes.

La metaidentidad nacional ya no opera en otros tipos de campeonatos internacionales como las copas entre clubes, por ejemplo la Copa América o la Copa de Campeones europea. Ahí la identidad *tifosi* es, nuevamente, la determinante. Si mi rival *tifosi* juega contra un equipo extranjero, apoyaré al extranjero. Lo que importa es que mi rival local "pierda". En 1992, en el partido Boca vs. Oriente Petrolero, la hinchada de Boca pujaba por el Oriente en su propia cancha, pues si el visitante lograba empatar, River quedaba fuera de la Copa Libertadores. Si en estos casos surge alguna aparente metaidentidad es sin duda más por efecto del mencionado "complejo de David" que de una arraigada identidad nacional. No hay que olvidar que, en este tipo de torneos, dos equipos de la misma nación pueden, de hecho, disputar una final, como fue el caso del Real Madrid vs. el Valencia en la última Copa de Campeones de Liga europea. En estos casos, lo nacional es, obviamente, impertinente. Este tipo de probabilidad –y de hecho– es decisivo para no fantasear al respecto.

Por otra parte, la metaidentidad presente en los mundiales o copas de seleccionados nacionales nos indica el límite de sus alcances: puesto que siempre habrá un rival al frente, es imposible, en el fútbol, una

supraidentidad, llamémosla así, más allá de la metaidentidad nacional: sería como identificarse, al mismo tiempo, con los dos equipos que disputan la final de un mundial. En Occidente, salvo esquizofrénicamente, no veo cómo sería posible ese tipo de identidad múltiple.

A este nivel se suele asumir que cuando las finales –u otras etapas eliminatorias– son del tipo selección europea vs. selección latinoamericana, operaría una supraidentidad del tipo Europa vs. Latinoamérica. Ese presupuesto deja de lado que esos encuentros son también, de hecho y muy a menudo, Europa vs. Europa, Latinoamérica vs. Latinoamérica. Cuando surge esa –supuesta– supraidentidad me parece más coherente volver a tener en cuenta por un lado el "complejo de David" y, por el otro, no olvidar la dimensión fáctica de los discursos que, sobre todo en los *mass media*, aprovechan esas circunstancias. Lo fáctico, como se sabe, no implica un mensaje, o una articulación intersubjetiva sino, simplemente, el mero establecimiento de un contacto comunicativo con la audiencia. En esos casos, las posibles supraidentidades (latinoamericana, europea u otras posibles) mencionadas o invocadas son, simplemente, parte del discurso que utilizan los *mass media*, reitero, para interpelar mejor a su más inmediata audiencia: basta cambiar de canal para notar la diferencia.

En todo esto, no hay que olvidar que la identidad en el fútbol es un mecanismo relativo, básicamente binario: alguien tiene que perder para que otro gane. O sea: siempre habría por lo menos dos identidades sociales –*tifosi*, fundamentalmente– en juego. Dicho sea de paso, esa relación no es dialéctica, es diferencial: el perdedor pierde y el vencedor "gambetea nubes". Si hubiera alguna forma de síntesis totalizadora, el fútbol espectáculo perdería su significado fundamental, es decir, su carácter competitivo, azar o incertidumbre, espectadores incluidos.

Pero ahí, en el fútbol espectáculo, suponiendo arraigadas y de hecho manifiestas tanto la identidad *tifosi* como la metaidentidad nacional: ¿cómo se articulan? ¿Por qué no se excluyen mutuamente? ¿Por qué, en torneos internacionales, uno puede ser "nacional" a nivel de seleccionados, pero *tifosi* a nivel de clubes? Para mí la respuesta es gramatical. Y tengo que ofrecerla a ese nivel, pues, como vimos, articulé verbalmente –a nivel pragmático– nuestra manera de "vivir" el fútbol. Pese a las apariencias, gramaticalmente, los seres humanos no tenemos problemas para pasar de un "nosotros" exclusivo a otro inclusivo. Muchos idiomas, como el tupi y el quechua por estos lares, incluso poseen formas explícitas de esta operación gramatical que, obviamente, no implica ninguna torsión mental[10]. Más cerca, en nuestro mero castellano, fijándonos en los usos, a las mujeres no les es problemático utilizar, según los casos, "nosotras" o "nosotros". Son capacidades a la

vez distintivas y articuladoras que poseemos lingüísticamente –más o menos explícitas según los idiomas[11]. O sea, contamos con instrumentos verbales para no paralogizar estos (dos) tipos de inclusión colectiva. Este vehículo gramatical permitiría –digámoslo con García Canclini– "lo híbrido" que implica ser, a la vez, y de acuerdo a las circunstancias, *tifosi* y nacional.

Una palabra más: el fútbol espectáculo contemporáneo nos demuestra, por otra parte, que es posible no sólo pensar sino operar exclusiva e inclusivamente al mismo tiempo. Con una que otra excepción "localista", todos los equipos –grandes y pequeños– son, hoy en día, internacionales, es decir, integran metaidentidades nacionales en las *tifosi*: el penúltimo Barcelona parecía la selección holandesa. Más aún, como ejemplarmente lo ha demostrado la última selección francesa, campeón del Mundo y de Europa, una selección nacional puede ser, de hecho, multicultural: con el argelino Zidane, el argentino Trezeguet, el vasco Lizarazu, etc., y uno que otro "francés" como Barthez. Tanto que Francia, "la más nacional de las naciones" según Anderson (1993), reconoció, después del último mundial que, en rigor, era una nación "plurinacional".

Para terminar, una sospecha. En el fútbol, por lo visto, no es tan difícil conjugar aceptablemente múltiples "identidades culturales". Quizás en lo concreto es algo problemático, sobre todo para los entrenadores, lidiar con formas culturalmente distintas de jugar al fútbol, o para los profesionales andar cada año cambiando de camiseta o de idioma pero, en la mayoría de los casos, local o nacionalmente, el hecho es fácilmente observable: hay campeonatos y campeones –clubes y selecciones nacionales– plurinacionales, pluriculturales. Hipotéticamente, por lo que se puede observar en el fútbol espectáculo actual, bajo un sistema básico de reglas comunes, no parece ser ningún problema el hecho de articular diversas identidades culturales –*tifosi* y nacionales, en principio. Si el fútbol tuviera razón más allá de su –pese a todo– limitado recinto, entonces, quizás el problema entre las identidades culturales (locales) vs. las metaidentidades no sería, en rigor, un problema, salvo para aquellos que así lo quieren entender, vaya uno a saber por qué. Quizás.

Bibliografía

Alabarces, Pablo (comp.) 2000 *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).

Anderson, Benedict 1993 *Sociedades imaginarias. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (México: Fondo de Cultura Económica).

Arditi, Benjamin 2000 "El reverso de la diferencia", en Arditi, Benjamín (comp.) *El reverso de la diferencia. Identidad y política* (Caracas: Nueva Sociedad).

Barker, Paul 1996 "Jeux dangereux en Angleterre", en Ramonet, Ignacio y Christian de Brie (comps.) *Le sport c'est la guerre*, en *Le Monde Diplomatique* (Paris: Le Mondo Diplomatique) N° 30 Manière de voir.

Benjamin, Walter 1980 "Über den Begriff der Geschichte", en *Gesammelte Schriften* (München: Suhrkamp).

Brohm, Jean-Marie 1999 "Una multinacional del beneficio", en Segurola, Santiago (comp.) *Fútbol y pasiones políticas* (Madrid: Debate).

Bromberger, Christian 1998 *Footbal, la bagattelle la plus sérieuse du monde* (Paris: Bayard).

Bromberger, Christian y Jean-Marc Mariottini 1994 "Le rouge et le noir. Un derby turinois", en *Les enjeux du football* (Paris) Actes de la Recherche en Sciencies Sociales N° 103.

De Brie, Christian 1996 "Le marché de la corruption", en Ramonet, Ignacio y Christian de Brie (comps.) *Le sport c'est la guerre*, en *Le Monde Diplomatique* (Paris: Le Monde Diplomatique) N° 30 Manière de voir.

Ehrenberg, Alain 1992 "Estadios sin dioses", en *Revista de Occidente* (Madrid) N° 134-135.

Fontanarrosa, Roberto 2000 *Puro fútbol* (Buenos Aires: De la Flor).

Grimson, Alejandro 1999 "El fútbol o el debate sobre la nacionalidad", en *Debate de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires* (Buenos Aires: EUDEBA).

Leclerc, Marcel et al 1996 “Football, ombres au spectacle”, en *Les Cahiers de la Securité Intérieure* (Paris) N° 26.

Marías, Javier 2000 *Salvajes y sentimentales. Letras de fútbol* (Madrid: Aguilar).

Mendoza Leigue, Adolfo 2000 “La altura en el banquillo de los colonizados”, en Alabarces, Pablo (comp.) *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).

Mignon, Patrick 1996 “Racisme et violences”, en Ramonet, Ignacio y Christian de Brie (comps.) *Le sport c’est la guerre*, en *Le Monde Diplomatique* (Paris: Le Monde Diplomatique) N° 30 Manière de voir.

Mires, Fernando 1996 *La revolución que nadie soñó o la otra cara de la posmodernidad* (Caracas: Nueva Sociedad).

Murray, Bill 1994 “Celtic et Rangers. Les irlandais de Glasgow”, en *Les enjeux du football* (Paris) Actes de la Recherche en Sciences Sociales Nº 103.

Nys, Jean-François 1999 “Una apuesta económica”, en Segurola, Santiago (comp.) *Fútbol y pasiones políticas* (Madrid: Debate).

Ramírez, Jacques Paul 1998 “Fútbol e identidad nacional”, en *Ecuador Debate* (Quito) N° 43.

Ramonet, Ignacio y Christian de Brie (comps.) 1996 *Le sport c’est la guerre*, en *Le Monde Diplomatique* (Paris: Le Monde Diplomatique) N° 30 Manière de voir.

Ramonet, Ignacio et al 2000 “El fútbol y la cuestión nacional”, en Segurola, Santiago (comp.) *Fútbol y pasiones políticas* (Madrid: Debate).

Searle, John R 1990 *Actos de habla. Ensayo de filosofía del lenguaje* (Madrid: Cátedra).

Segurola, Santiago (comp.) 1999 *Fútbol y pasiones políticas* (Madrid: Debate).

Todorov, Tzvetan 1995 *La vida en común. Ensayo de antropología general* (Madrid: Taurus).

Travis, Molly Abel 1998 *Reading cultures. The construction of readers in the twentieth century* (Carbondale: Southern Illinois University Press).

Villena, Sergio 2000 “Narrativas y rituales de la identidad: la nación, la región”, en Alabarces, Pablo (comp.) *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).

Yonnet, Paul 1998 *Sistèmes des sports* (Paris: Gallimard).

Zavaleta Mercado, René 1983 *Las masas en noviembre* (La Paz: Juventud).

Notas

** Lingüista, sociólogo e historiador, CERES, Bolivia.*

1 Sobre los alcances y la definición de "deporte espectáculo" ver Yonnet (1998: 17-51, sobre todo, y *passim*), quien lo articula con –pero también lo distingue de– el "deporte distracción (*loisir*)".

2 Sobre el fútbol y la economía ver, por ejemplo, Brohm (1999), Nys (1999), y sobre la "cara sucia" de esa economía De Brie (1996).

3 Y dentro también, por supuesto, como cuando se ofenden mutuamente o reclaman tarjetas amarillas, o mejor rojas, al árbitro.

4 Sobre el tema de la violencia social en el fútbol ver el número monográfico relativo al tema que le dedicaron los *Cahiers de la Securité intérieure del IHESI* (Leclerc et al, 1996); también, destacando los vínculos entre fútbol, violencia y nacionalismo ver, por ejemplo, Barker (1996), Mignon (1996) y Ramonet et al (2000) (también en nota 9, *infra*).

5 Al respecto, la OCAL (Organización Canalla Antileprosa) puede considerarse ejemplarmente demostrativa. Para pertenecer a la OCAL no es necesario ser hincha de Rosario Central ("canallas"), basta con odiar a su rival local, el Newell's Old Boys ("leprosos"); sobre este tema, ver Fontanarrosa (2000: 76, 130).

6 En el fútbol profesional, el empate prácticamente no existe, aunque se lo cuantifique en determinados campeonatos. A la larga, gana el ganador por puntos, goles por diferencia, "gol de oro" o, finalmente, por penales.

7 Por el contrario, pero en la misma vena, hace poco escuché comentar por TV que en la actual Mercosur había aumentado notablemente el porcentaje de los partidos ganados por visitantes, y ello podría explicarse por la escasa asistencia de espectadores... locales.

8 Sobre este tema ver Arditi (2000), quien ofrece un buen panorama actual de los alcances y matices de este debate.

9 Sobre este tema y sus matices ver el capítulo "Nous et les autres" (Bromberger, 1998: 59-89) y, para algunos casos de detalle, por ejemplo, Murray (1994) y Bromberger y Mariottini (1994). Aquí no habría que olvidar las rivalidades regionales en juego, que, más allá de las locales, incluso implican "nacionalismos locales": ver por ejemplo Ramírez (1998), o el capítulo "El fútbol y la cuestión nacional" de Ramonet et al, en Segurola (1999).

10 En quechua, el nosotros exclusivo es *noqayku*, y *noqanchej* el inclusivo; en tupi, el *oré* y el *ñande*, respectivamente.

11 Esta articulación no impide desplazamientos del "nosotros" hacia otros usos como, por ejemplo, el uso retórico de "nosotros" por parte de algunas autoridades en sus discursos quienes, cuando dicen "nosotros", en rigor quieren decir "yo". Pero, la distancia gramatical siempre anda por ahí: no tiene el mismo alcance "nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos" que "nosotros, los seres humanos".

II
FÚTBOL
E IDENTIDADES TERRITORIALES

Fútbol e identidad regional en Ecuador

Jacques Paul Ramírez Gallegos*

"Un vacío asombroso: la historia oficial ignora al fútbol.
Los textos de historia contemporánea no lo mencionan,
ni de paso, en países donde el fútbol ha sido y sigue
siendo un signo primordial de identidad colectiva.
Juego luego soy: el estilo de juego es un modo de ser,
que revela el perfil propio de cada comunidad
y afirma su derecho a la diferencia"

Eduardo Galeano

Cuando se habla de la construcción de identidades colectivas, en las ciencias sociales, existen varias entradas teóricas para tratar el problema. Dentro de la perspectiva antropológica han surgido tres corrientes que explican el problema de la identidad: el esencialismo, el procesualismo y el constructivismo[1].

Sin embargo, existe cierto consenso en la actualidad, por lo menos dentro de la escuela francesa en contraposición al individualismo metodológico y a las teorías de la acción racional, en asumir las identidades no como atributos esenciales o transhistóricas, sino como un sistema de relaciones y representaciones. En tal medida, la identidad es procesual y dialógica: es decir, se construye y reconstruye en la práxis social a partir de la relación de alteridad que una entidad social definida tiene con otras entidades análogas, oposición que por lo general se da en torno a recursos tanto materiales como simbólicos que son necesarios para la existencia y continuidad sociocultural de los involucrados (Almeida, 1997: 175; Rivera, 1996: 1-5).

En este sentido, no es erróneo afirmar que el fútbol es un lugar, un espacio, un filtro, un espejo idóneo para observar dichas relaciones, contraposiciones y afianzamientos de identidades locales, regionales y nacionales.

Para comprender esta idea parto de dos supuestos. El primero es advertir las consecuencias analíticas que se derivan de la relación existente entre fútbol y sociedad. El deporte no está separado, no funciona en contra de la sociedad, sino que entre una y otra existen interconexiones. "El deporte forma parte de la sociedad, al igual que la sociedad tiene que ver con el deporte" (Medina Cano, 1996: 30). En segundo lugar, es preciso entender que para el caso ecuatoriano el fútbol se constituye en una metáfora de comprensión del problema regional. No está de más manifestar que los fenómenos sociales existentes en el fútbol –violencia, racismo, machismo, pandillerismo o regionalismo– no son situaciones y consecuencias atribuidas del deporte como tal sino que, por el contrario, son expresiones sociales existentes en nuestra cotidianeidad y que se hacen más visibles y notorias en los escenarios deportivos[2].

El interés primordial de este artículo es ver cómo a partir de un hecho socio-cultural como lo es, el fútbol al mismo tiempo expresa, condensa, visibiliza y acentúa las diferencias y los antagonismos regionales. Sin embargo, cabe considerar que si bien en otros ámbitos de la vida cotidiana también encontramos este problema –como en la política, por ejemplo– el campo de análisis de la problemática de "lo regional" en relación al fútbol adquiere nuevos matices por cuanto los discursos que circulan y recrean esta idea de regionalismo son originados desde espacios nuevos o no convencionales como lo son las barras de los equipos o los medios de comunicación. Estos elementos, sumados a los datos históricos de nuestro país, nos hacen plantear la hipótesis de que en Ecuador el ideal de "unidad" y de Estado Nación sólido y unificado se ven truncados por la existencia de "identidades primordiales" en términos de Geertz (1990) como las regionales. Para el trabajo que proponemos, es indispensable empezar por la conceptualización y el análisis de lo que se entiende por región, y entender qué es el regionalismo.

El concepto de región, la "cuestión regional" y el regionalismo

Antes de profundizar el tema es necesario aclarar algunas ideas que rondan en el imaginario de la mayoría de los ecuatorianos y que se han convertido en una especie de "conciencia nacional" respecto al espacio geográfico de nuestro territorio. Me refiero a la existencia de las tres regiones naturales: costa, sierra y oriente, una especie de panacea terrígena que ha avalado los más diversos procesos de separación sociocultural a los que nos hemos visto sometidos los ecuatorianos. Es decir "una aparente –o quizás real– ingenua concepción del relieve o de la ecología que funda identidades, lealtades y, en el extremo,

desigualdades, todas llamadas a constituirse en elementos claves de la nacionalidad ecuatoriana" (Trujillo, 1983: 53).

En esta medida, se ha producido una suerte de determinismo geográfico a partir del cual se piensa que el medio ambiente determina el accionar de las personas. Es obvio que a los seres humanos les afecta su entorno, pero no es el entorno el que crea una cultura (y/o regiones culturales) sino que, por el contrario, es el factor transformador del hombre el que crea cultura. El medio ambiente constriñe pero no determina. En esta medida, al hablar de región no hay que entenderla solamente como una unidad geográfica o como una unidad ecológica, ya que esto no bastaría para definirla como tal (Saint Geours, 1994: 145)[3]. Nuestro interés no es estudiar regiones "naturales", sino más bien detenernos en el análisis de las regiones socioculturales y ver cuándo llegan a constituirse en una "cuestión regional".

Varios son los trabajos que al respecto se han hecho en nuestro país, y en la mayoría de estos estudios se han planteado dos entradas al problema: unos consideran al hecho regional como una fenómeno político que se explica en términos de estructuras geográficas diferentes, y otros en cambio lo explican a partir de estructuras económicas diferenciadas que han persistido a través del tiempo (Maiguashca, 1983: 180). Sin embargo, son muy pocos los autores que al estudiar el caso ecuatoriano se han preocupado por la conceptualización del término "región" y por explicar qué es lo que determina que la variable región se constituya en una cuestión regional[4].

Para comprender este aspecto hay que retomar las ideas de Quintero y Maiguascha, para quienes lo regional es ante todo un fenómeno político. Así, "las regiones, más que un mero reflejo de estructuras geográficas y económicas, son construcciones de agentes sociales históricamente determinadas. En otras palabras, se trata de proyectos políticos colectivos, más o menos desarrollados según el caso, en los que determinaciones objetivas vienen procesadas en función del acervo cultural del grupo y de las circunstancias históricas concretas que le circulan" (Maiguashca, 1983: 181). Al plantearse el problema regional como algo político no se está excluyendo en el análisis los aspectos históricos, económicos, sociales, culturales y/o religiosos que de hecho están presentes en el problema regional.

Las regiones, por ende, no son algo dado que persiste inmutable e invariable con el paso del tiempo: por el contrario, son producto de todo un constructo histórico particular dado en un espacio geográfico determinado, que hace que se diferencien las unas de las otras. Es por esto que se hace indispensable para la existencia de regiones el reconocimiento de una alteridad a partir de la cual asumo la existencia de "mi región", siempre teniendo en cuenta que las regiones responden

generalmente, aunque no siempre, a proyectos políticos de un grupo hegemónico determinado.

Es importante señalar también que la región es una comunidad imaginada e imaginaria como lo es la "nación" en términos de Anderson (1993), aunque puede afirmarse que en virtud de su escala geográfica y de la mayor visibilidad de su substrato territorial, la región está más próxima a los intercambios sociales de base y, por lo tanto, es menos "anónima" y menos "imaginada" que ésta última (Gimenez, 1999: 4).

Teniendo claro esta conceptualización es necesario analizar cuándo el problema regional adquiere el carácter de "cuestión regional". Para José Luis Coraggio, "ubicarla como 'cuestión' es sólo una forma sintética de evaluar su potencialidad social" (Coraggio, 1989: 21). Y para que se la catalogue como tal se requieren dos condiciones:

En primer lugar, para catalogarla como "cuestión regional" propone que se constituya como una cuestión de Estado, es decir, como una cuestión que exige una resolución política, porque su reproducción socava la hegemonía del bloque en el poder.

La segunda condición fundamental que Coraggio propone para que un "problema regional" conforme una "cuestión regional" es que tenga carácter reproductivo. En otros términos, "se trataría de una contradicción que las estructuras de la sociedad procesan, reproduciéndola, sin poder resolverla dentro de sus propios límites estructurales" (1989: 23).

A estas dos características Quintero agrega una más, y plantea que la región como un hecho histórico demanda de un conjunto de actores socializados en un sistema que exprese síntomas de una desarticulación entre el Estado y la sociedad. Teniendo presente estos aspectos se puede afirmar que:

> "Sólo cuando se dé un conflicto social (actual o potencial) de base territorial, reproducible, cuya resolución afecte la correlación de fuerzas en el orden nacional (directa o indirectamente), que tenga raíces profundas en las estructuras de la sociedad civil o en nacionalidades o grupos étnicos relativamente autónomos, estaríamos en presencia de una situación que, afectando a la sociedad en su conjunto (aunque con efectos diferenciales para sus diversas etnias, clases o fracciones) puede constituirse en una Cuestión Regional" (Coraggio, 1989: 34).

Por otro lado, no se puede entender bien todo este problema sin entrar en el tema del poder y las hegemonías en relación con la cuestión regional. Al respecto, tanto Coraggio como Quintero reconocen la

particularidad de la cuestión regional y plantean que no hay que verla como determinada por el "modelo nacional", donde "lo regional" y su resolución estarían totalmente subordinados al tratamiento que le dé la sociedad a la problemática nacional que en sí misma sería a-regional (Coraggio, 1989: 21). Sin embargo, hay que reconocer que toda cuestión regional es una forma de manifestación de la cuestión nacional, comprendida ésta como el dilema teórico y político de las clases fundamentales para unificar económica, política y socialmente una comunidad cultural (Quintero, 1991: 34).

Ahora bien, si retomamos uno de los supuestos de los que parte esta investigación que está en relación con el manejo discursivo en torno a la selección nacional[5], discurso que apela a la "unidad nacional" y a un cierto espíritu nacionalista, éste queda truncado –y esto ha sido constatado en nuestras primeras observaciones– por la existencia de dos aristas transversales que son muy notorias en los escenarios deportivos, las cuales deforman, limitan y se interponen a esta idea de unidad nacional: regionalismo y racismo, están presentes no sólo en la mayoría de las personas, sino también en los medios de comunicación.

Lo dicho anteriormente queda reforzado si retomamos las palabras de Quintero y Silva, para quienes "la presencia y persistencia de una *cuestión regional* en una formación social concreta como la ecuatoriana delata, a nuestro entender, la ausencia de una clase hegemónica en la escena política para imponer su proyecto político como el proyecto histórico del conjunto de clases" (1996: 34-35). Paralelamente, los autores mencionados señalan cinco particularidades al tratar la cuestión regional. Para nuestro análisis mencionaremos solamente dos.

La cuestión regional no provoca un fortalecimiento de la conciencia nacional y, es más, inclusive puede provocar un fraccionamiento y debilitamiento de la misma, cuando da lugar al nacimiento de una conciencia regional, a ideologías regionalistas, y a prácticas políticas regionales[6] que no se constituyen en ningún nivel de apropiación de la cuestión nacional.

Como expresión de lucha política, como respuesta a la ausencia de resolución de los puntos nodales en materia de unificación nacional[7], la cuestión regional atañe básicamente a las contradicciones entre las clases dominantes, a su pugna por el poder y a la ausencia o debilidad de una clase capaz de unificar a las distintas tendencias económicas y políticas de las distintas fracciones de la clase dominante mediante un proyecto nacional.

Finalmente, para terminar este acápite, hay que saber qué es lo que se entiende por regionalismo. Al respecto algo se dijo en líneas anteriores. Debemos entender por regionalismo a "la tendencia política

de aquellos que son favorables a las autonomías regionales". Pero no siempre ha sido así. Apenas treinta años atrás una definición tal habría parecido muy extraña. Con la palabra regionalismo se indicaba, entonces, solamente la actitud de "excesivo interés y amor por la propia región"[8] (Bobbio, 1974: 1414-1415).

En este punto es importante señalar que al analizar el problema regional a partir del fútbol encontramos básicamente dos regiones: Quito y Guayaquil[9]. Y, al revisar la historia de nuestro país, encontramos que estas dos concepciones sobre regionalismo señaladas anteriormente son aplicables para el caso ecuatoriano. Así, cabe recordar la propuesta de las élites guayaquileñas en los años 1939 y 1959, que proclamaban un "Guayaquil independiente", debido sobre todo a la existencia de un marcado centralismo; y más recientemente, todas las propuestas de descentralización que han surgido en estos últimos años a raíz del cierre de frontera con el Perú en 1998. Sin embargo, el origen de este problema hay que ubicarlo muchos años atrás, incluso antes de la formación del Ecuador como república. Y ya cuando éste queda formalmente consolidado en 1830, una de sus principales dificultades fue forjar una identidad nacional, una identidad de ecuatoriano que resultó truncada por la existencia de otros tipos de identidades que compitieron con la identidad nacional: de tipo territorial, de tipo ético-religioso y de tipo étnico (Maiguashca, 1983: 185).

Si bien con el pasar de los años estas tendencias cambiaron paulatinamente, nunca desaparecieron en su totalidad, existiendo hasta la actualidad –en algunos casos– un exacerbado sentimiento regionalista que es muy notorio en los espacios deportivos donde se juega al fútbol. Este tipo de sentimientos que responden a la segunda noción de regionalismo planteada por Bobbio muchas veces responde a un manejo de los medios de comunicación (sobre todo en la radio y la televisión), quienes apelan a este discurso para acentuar la supremacía de una región sobre la otra.

Fútbol deporte, fútbol juego, fútbol espectáculo

Hasta el momento nos hemos dedicado a la problematización conceptual de la cuestión regional. Antes de analizar cómo se expresa el regionalismo en el fútbol ecuatoriano es necesario, siguiendo el hilo conductor de este trabajo, empezar por el análisis de cómo entender el fútbol desde una perspectiva antropológica.

Al adentrarnos en el fenómeno deportivo que es el fútbol no es nuestro interés analizar el comportamiento o las características propias

de los espectadores, ya sean de Quito o de Guayaquil. No se trata de ver si en unos estadios lanzan fundas llenas de orina o se lee la Pepe Mayo[10] y en otros no. Por el contrario, como se dijo en las primeras líneas, se trata de analizar al fútbol como fenómeno social, ver cómo desde el surgimiento del profesionalismo en nuestro país se hace notorio el problema regional y, finalmente, analizar los discursos (expresados en barras y cánticos) tanto de los hinchas como de los medios.

Desde el punto de vista sociocultural el fútbol es una práctica festiva que genera en las personas procesos de identidad y mecanismos de reconocimiento. Esta manera de ver el fútbol se contrapone a las formas tradicionales que lo interpretaban desde una lógica política o una económica. Así, para los unos:

> "La práctica y, más aún, el espectáculo deportivo, 'aparatos ideológicos del Estado', vendrían alentados para disuadir a las masas oprimidas de la lucha de clase contra sus explotadores, para favorecer el embrutecimiento intelectual y la despolitización del pueblo. El 'fundamento universal es consolar a los trabajadores con la diversión, justificando así la opresión, la miseria, el empobrecimiento, el chauvinismo, el culto al Estado'. Este 'opio del pueblo' produce un irremediable efecto de 'cretinización política'" (Bromberger, 1991: 154).

A esta visión completamente maniquea y manipulatoria se opondrá otro tipo de análisis también sesgado, el cual "se funda en la certeza de que la idolatría de la pelota es la superstición que el pueblo merece. Poseída por el fútbol, la plebe piensa con los pies, que es lo suyo, y en ese goce subalterno se realiza. El instinto animal se impone a la razón humana, la ignorancia aplasta a la Cultura y así la Chusma tiene lo que quiere" (Galeano, 1995: 36).

Estas ideas distan de ser estudios rigurosos sobre el tema del fútbol, ya que cuando el análisis de la actividad deportiva se esquematiza se pierde su dimensión cultural. Es por esto que al fútbol hay que entenderlo también desde una lógica simbólica, como catalizador de identidades sociales, regionales, nacionales y continentales. "Caracterizar al deporte como una forma de dominación y situarlo como un apéndice de los aparatos ideológicos del Estado, como un instrumento de control de las masas y una forma de evasión, es desconocer la función social que cumple y negar su valor cultural" (Medina Cano, 1996: 30). En este sentido, el fútbol se transforma en un fenómeno social de gran importancia, que envuelve una compleja red de relaciones sociales y de intereses, a veces más, a veces menos divergentes: lo que nos preocupa es su lógica simbólica, descubrir cómo

el deporte como medio permite la expresión de algunos valores de la sociedad. Para comprender estas ideas hay que entender que el fútbol es a la vez un deporte, un juego y un espectáculo.

El fútbol como deporte

Entre los autores que más se han dedicado al análisis de la formación del espectáculo deportivo (Pierre Bourdieu, 1983; Norbert Elias y Eric Dunning, 1995, entre otros), la mayoría coincide en que cualquier actividad que se defina actualmente como deporte tiene que ser valorizada por dos aspectos: por el culto al cuerpo y por su carácter lúdico. Pero esta doble valorización del deporte es parte de la concepción occidental moderna (Alves de Souza, 1996: 8). En esta misma dirección, se plantea también que el deporte es una esfera de la vida social destinada a contrabalancear las presiones y el stress provocados por la rutina, sobre todo en las sociedades urbanas e industrializadas. Es un alejarse de la realidad ordinaria.

Se trata, por lo tanto, de ver al deporte como una liberación de tensiones que produce una excitación agradable, proveniente de cierto grado de ansiedad y de miedo, lo que puede ser entendido como un proceso catártico. Sin embargo, el deporte no es la única forma de liberarse del stress:

> "De una manera simple o compleja, a un nivel bajo o elevado, las actividades de placer proporcionan, por un breve tiempo, la erupción de sentimientos agradables fuertes que, con frecuencia, están ausentes en las rutinas habituales de la vida. Y su función no es simplemente, como muchas veces se piensa, una liberación de tensiones, sino una renovación de esa medida de tensión, que es un ingrediente esencial de la salud mental. El carácter esencial de su efecto catártico es la restauración del 'tonus' mental a través de una perturbación temporal y pasajera de excitación agradable" (Elias y Dunning en Alves de Souza, 1996: 11).

Siguiendo a este autor, la excitación experimentada en el deporte como actividad mimética va acompañada de una acción des-rutinizadora, que posibilita una especie de "compensación alusiva" al stress, tanto para quien practica como para quien asiste. El deporte, en este sentido, representa una interrupción moderada en las habituales restricciones del comportamiento cotidiano. Es por esto que las partidas de fútbol

poseerían, en gran parte, fines en sí propios: "Y su finalidad, consistiría en dar placer a las personas" (Elias y Dunning en Alves de Souza, 1996: 11).

El fútbol como juego

Lévi-Strauss en su libro *Pensamiento Salvaje* (1962) cuenta una costumbre de los Gahuku-gama, tribu de Nueva Guinea, a quienes les enseñaron el juego del fútbol. Sin embargo, lo practican con una variante: juegan durante muchos días seguidos tantos partidos cuantos sean necesarios para equilibrar exactamente los ganados y los perdidos. Para Lévi-Strauss todo juego se define por sus reglas, las que son universalmente aceptadas por practicantes y asistentes, y tornan posible un número ilimitado de combinaciones de partidas.

Los juegos, según Caillois, tienen dos componentes: la *paidia* y el *ludus*. La *paidia* (palabra griega que significa niño) alude a la libertad originaria que da origen al juego, a la capacidad primaria de improvisación y de alegría vital, a la tendencia al divertimiento, a la fantasía incontrolada, a la impetuosidad que hay en el juego. Expresa la agitación desordenada y espontánea, la recreación impulsiva, relajada y a menudo desenfrenada, en cuyo carácter improvisado y sin reglamentar reside la verdadera, sino la única, razón de ser del juego. El *ludus* (palabra latina que significa juego) designa la tendencia inversa, la necesidad de someter el juego a convenciones arbitrarias, a obligaciones. Se refiere a la dificultad gratuita y reglamentada, a las convenciones imperativas y coactivas que determinan el juego. El juego va acompañado del placer de superar dificultades o riesgos artificiales, de salvar obstáculos creados por los propios jugadores (Caillois en Medina Cano, 1996: 35-36)[11].

Si nos detenemos en el segundo componente, es decir, en el *ludus* que hay en el fútbol oficial, se puede manifestar que el juego de fútbol consta de dos equipos, cada uno compuesto por once jugadores que se encuentran en una relación de interdependencia en constante movimiento y transformación. El lugar de la partida es sobre un campo o cancha de hierba de forma rectangular que mide entre 100-110 metros de largo por 64-75 metros de anchura. Cada juego dura legalmente noventa minutos dividido en dos tiempos de cuarenta y cinco con un intervalo de quince minutos entre tiempo y tiempo. El juego consiste en meter el balón –que es de forma circular, dimensiones de 68-71 cm de circunferencia y peso de 396-453 gramos– en un receptáculo contrario denominado arco o portería, de las dos que existen (una por cada equipo), con 7,32 m de largo por 2,44 m de altura. Al acto de meter el balón en el arco se lo denomina "gol".

La particularidad del juego consiste en que ningún jugador (excepto el arquero) puede utilizar las manos. El fútbol se realiza sobre todo con los pies, pero se puede utilizar el resto del cuerpo (cabeza, pecho, piernas,

etc.). Solamente se pueden utilizar las manos para los saques laterales (cuando el balón sale del rectángulo) y para acomodarlo cuando se ha pitado una falta o se cobra un tiro de esquina. Cada equipo puede hacer tres cambios de jugadores si el entrenador técnico lo estima conveniente. Gana el juego quien logra meter más goles a su adversario.

Además de los veintidos jugadores existentes en el terreno hay tres árbitros: uno central (que es el principal) y dos laterales. El árbitro central del partido es la autoridad máxima del encuentro: él es quien dictamina si un gol es lícito o no. Nadie puede contradecir la decisión del árbitro por más que éste se haya equivocado. Tiene igual poder en la cancha que un presidente de la república, que un rey o que un papa. Si lo desea puede expulsar a los jugadores enseñando una tarjeta roja o también amonestar, ya sea verbalmente o sacando una tarjeta amarilla de acuerdo a la gravedad de la falta. El árbitro se tiene que regir por un reglamento que se ha ido modificando constantemente con el paso del tiempo. Están prohibidas las jugadas desleales: se busca siempre que prime el "*fair play*".

Finalmente, cabe indicar que existe otro aspecto "extra-juego" que vale la pena tener muy en cuenta: su creciente racionalización. Cada vez más se juega seriamente: se juega para ganar, no solamente para competir y menos aún para gozar. Esta racionalización puede ser percibida en el ámbito de las reglas deportivas que, además de tratar de frenar o poner limitaciones al juego violento, también interfieren y limitan las excitaciones y el placer[12]. Galeano lo denomina "*la tecnocracia del deporte profesional*, la cual ha ido imponiendo un fútbol de pura velocidad y mucha fuerza, que renuncia a la alegoría, atrofia la fantasía y prohíbe la osadía. Por suerte todavía aparece en las canchas, aunque sea muy de vez en cuando, algún descarado carasucia que se sale del libreto y comete el disparate de gambetear a todo el equipo rival, y al juez, y al público de las tribunas, por el puro goce del cuerpo que se lanza a la prohibida aventura de la libertad (Galeano, 1995: 2)".

Dicha racionalización cobra fuerza a partir de la profesionalización e institucionalización de este deporte, como también por la transformación de los clubes en "empresas". Esta manera de ver a un club como una empresa, con un fuerte apego a la publicidad y al marketing, en donde los jugadores actúan como personas-propaganda, sirve como paradigma para el suceso financiero[13] en el fútbol profesional. Todo esto corresponde a la lógica económica de la que hablamos al inicio de este acápite (Alves de Souza, 1996: 19-20).

El fútbol como espectáculo

Para algunos autores al fútbol hay que considerarlo como espectáculo por la forma en que es jugado. La utilización primordial de los pies y las piernas, extremidades que son de difícil dominio, hace que se le considere como tal. Sin embargo, lo que lo convierte propiamente en un espectáculo es la capacidad de emitir y recibir mensajes, crear símbolos y condensar emociones. Es decir, es la capacidad de ritualización que tiene el fútbol la que le da esta característica:

> "El espectáculo futbolístico es una fiesta ritual multitudinaria que congrega a poblaciones enteras. Contiene un anhelo vehemente y profundo, una fuerza de participación y de creación. No es un Estado pasivo: es una reivindicación de la existencia, es expresión de contenidos comunitarios" (Medina Cano, 1996: 43).

Se convierte en ritual desde el momento en que el acontecimiento deportivo implica una ruptura con la cotidianeidad, y que el suceso se da en un espacio y tiempo determinado. Si se ve al fútbol como espectáculo ritual hay que saber que todo ritual tiene uno(s) marcador(es) de entrada y uno(s) de salida. Así, en el fútbol se puede observar claramente estos marcadores, que vendrían a ser todos los preliminares antes del inicio del encuentro o, concretamente, la entrada de los espectadores a los estadios (marcador de entrada), el "pitazo" final y la celebración o derrota (marcador de salida). También está el punto máximo de condensación, que viene a ser el gol. Sin embargo, para que sea considerado como tal, tiene que existir público[14]. El público es el asistente al juego, y cuando entra al lugar donde se llevará acabo el ritual adquiere una identidad de "hincha", y se une a un colectivo que está en confrontación con la hinchada adversaria. Es importante señalar que la palabra "hincha" viene del verbo "hinchar" y:

> "El verbo "hinchar" significa vibrar, gritar, gesticular, doblar, duplicar, enroscar, etc. El sustantivo "hincha" designa, por lo tanto, la condición por la cual se gesticula por un tiempo y se retuerce todos los miembros en la apasionada esperanza de la victoria. Con esta actitud, se reproduce más plásticamente la participación de espectador que co-actúa dinámicamente, de forma intensa, como si con esta conducta desesperada pudiese contribuir al éxito de su equipo" (Rosenfeld en Alves de Souza, 1994: 27).

Por otro lado, el estadio es el lugar del espectáculo deportivo. Es un espacio ritual: contiene la masa, la sensación comunal expresada por los colores del equipo, los gritos, banderas, movimientos sincronizados que

acompañan las situaciones creadas por los jugadores. Los que conforman esta comunidad son proyección del equipo, son copartícipes gozosos de una comunidad en la que su ego se diluye (Medina Cano, 1996: 46).

Según el autor citado, el estadio es una pirámide invertida, que permite por su forma concéntrica (por su fuerza centrípeta) sentir momentáneamente la percepción de la totalidad, como si la ciudad fuéramos todos. Lo sublime, la perfección espiritual no es lo que busca simbólicamente el hincha que acude al estadio: su punto máximo no es la altura, es la profundidad. No mira hacia arriba, hacia lo superior como las pirámides o las catedrales: el estadio es un cono invertido, como el infierno de la Divina Comedia, que se proyecta hacia lo terrenal, hacia la materialidad. No es el espacio de la racionalidad (por más que algunos quieran convertirlo en tal), del orden y la simetría social. Al ubicar su centro hacia abajo permite que la afectividad se precipite, que la emotividad se concentre y encuentre una salida. Los estadios son "sumideros de pasiones".

En este ritual existen dos contiendas: la que se realiza en la cancha y la que se da en los graderíos. Los jugadores que representan a alguna colectividad, cuando juegan fútbol, son los sujetos y actores del espectáculo, o sea, son los participantes directos; mientras que los hinchas, vía la identificación con los jugadores, se transforman también en sujetos simbólicos del espectáculo y de él participan indirectamente. Existen por lo tanto participantes directos e indirectos en el espectáculo del fútbol.

Dichos participantes indirectos mantienen una "guerra" con su adversario en los graderíos, en la medida de poder sentir una de las satisfacciones humanas más profundas, como lo es el ver derrotado a sus contendientes. Es por esto que se puede afirmar que el espectáculo deportivo cumple un doble papel: paradójicamente integra y divide. Por un lado vincula, con un renovado sentido de pertenencia, a personas de las más diferentes condiciones (económica, cultural, social, intelectual, racial). El individuo, al pertenecer a un mismo grupo de seguidores, renueva su condición de ser social y asimila su individualidad al ser colectivo. El triunfo de la selección nacional del país es una ocasión para afirmar su sentido de pertenencia. Por otro lado, es un medio de expresión dramática de las tensiones entre grupos y regiones, de las divisiones sociales más significativas, de los diferentes tipos de antagonismos. Permite expresar lealtades particulares y divisiones sociales y culturales. El campeonato nacional es un duelo entre regiones, entre ciudades, colores y estilos de juego que confirman la diversidad y la pluralidad cultural del país (Medina Cano, 1996: 33). En el Ecuador este segundo papel es mucho más notorio que su función integradora.

Todos estos elementos, las reglas, los personajes, el escenario, el tiempo y el espacio, hacen del fútbol un espectáculo con características rituales, un "juego profundo"[15] en términos de Geertz, en la medida en que produce sufrimiento antes del placer, lo que hace del fútbol no sólo un deporte, sino un juego y un espectáculo a la vez.

El fútbol como espacio de expresión y construcción de la identidad regional

Con los elementos que he desarrollado hasta el momento (la conceptualización de región, cuestión regional y regionalismo por un lado, y la manera de entender el fútbol como deporte, juego y espectáculo) se puede seguir en el desarrollo de la tesis central que va encaminada a invalidar el discurso de que en el Ecuador prima el ideal de "unidad" y de Estado-Nación sólido y unificado[16]. Este discurso, manejado sobre todo por el poder central y las fuerzas armadas, se ve truncado por la existencia de otro tipo de identidades: las regionales.

Así, es necesario reafirmar que en el fútbol ecuatoriano existen dos "potencias" regionales que han estado en constante conflicto y disputa por mantener una hegemonía tanto a nivel dirigencial-institucional (disputa por controlar la Federación Ecuatoriana del Fútbol) como a nivel de los triunfos obtenidos en los campeonatos nacionales. Nos referimos a Quito y Guayaquil. Las diferencias existentes entre ambas se pueden observar y analizar a través de los mensajes y símbolos que, dentro del espectáculo del fútbol, se expresan de manera clara en los cánticos y gritos de los hinchas, como también en el discurso de los *mass media*.

Teniendo siempre presente que el fútbol es un vehículo de socialización, un sistema que con sus símbolos permite la comunicación y la vivencia de valores colectivos, se trata de una actividad que suministra una forma colectiva de identidad. Cuando hablamos del fútbol como ritual se dijo que era un espacio en donde se creaban y recreaban símbolos. El símbolo es la unidad mínima del ritual y es "una cosa que, por acuerdo general, se considera como tipificación o representación o evocación naturales de otra por poseer cualidades análogas o por asociación real o de pensamiento" (Turner, 1995: 24). Los símbolos que se observan dentro de un estadio son de diferente índole: banderas, himnos, cánticos, objetos, caras pintadas, colores, movimientos, posiciones, vestidos, entre otros. Aquí sería útil introducir un esquema clasificatorio de los símbolos e indicios de "identidad regional", inspirado en la antropología simbólica o en la semiótica de la cultura.

Según Giménez (1999) los significantes primarios de la simbólica regional son de dos tipos: por un lado, todo lo que está ligado a la territorialidad, y por el otro lo ligado a los factores étnico-raciales. A estos dos hay que sumar el elemento histórico, indispensable para comprender este proceso de formación de identidades regionales. Es por esto que resulta importante anotar algunos aspectos del origen del profesionalismo del fútbol en nuestro país.

Si bien es cierto que existieron y que existen antagonismos locales, es notorio que los conflictos más relevantes se encuentran en el ámbito regional. Todo ello debido a la forma de estructuración del campeonato de fútbol. Cuando recién se institucionalizó este deporte, existían cuatro asociaciones: Quito, Guayaquil, Ambato y Manta. Cada asociación tenía su propio reglamento y se jugaban simultáneamente los campeonatos locales y el campeonato nacional. De estas cuatro asociaciones, la Federación Deportiva del Guayas y la de Pichincha eran las más importantes. Esto, a mi modo de ver, constituye el origen del surgimiento de un antagonismo regional dentro del fútbol ecuatoriano. El hecho de que no haya existido un campeonato unificado desde el principio, que Quito y Guayaquil hayan tenido sus propios campeonatos, fomentó que la disputa del campeonato nacional adquiriera matices regionales. Como bien señala Ibarra:

> "Si retrocedemos hacia los años '50 y '60, cuando surge el fútbol profesional, éste era un campo más de confrontación regional costa-sierra con los campeonatos nacionales de fútbol. A nivel local era la expresión de un tipo de identidades en conflicto. En Guayaquil[17], Barcelona, que representaba a los plebeyos, y Emelec, que representaba a los 'aniñados'. En Quito[18], LDU, que expresaba a las clases medias blancas (como la camiseta), y Aucas, que era la representación de los sectores populares" (Ibarra, 1997: 25).

Esta modalidad de campeonato local y nacional simultáneos se mantuvo por algunos años. Posteriormente el campeonato pudo unificarse, aunque, con el precedente que existió, se fue consolidando una idea de identidad regional: es por esto que hasta la actualidad, y no sólo en sus inicios, el fútbol constituye una confrontación regional. Es importante señalar como dato que son los equipos de Guayas y Pichincha los que han ganado los campeonatos nacionales disputados hasta el momento, excepto el del último año, ganado por primera vez en la historia por un equipo que no pertenece a ninguna de las dos provincias señaladas: el Club Olmedo de Riobamba. Así, de un total de cuarenta y dos competiciones disputadas entre 1957 y 2000[19], veinte y dos ocasiones han ganado equipos de Guayas (trece veces Barcelona, ocho Emelec y una Everest) y diez y nueve veces equipos de Pichincha

(once Nacional, seis L.D.U., y dos Deportivo Quito). Esto demuestra la supremacía de estas dos regiones a lo largo de la historia de los campeonatos de fútbol. En los primeros años existió un dominio de los equipos de Guayaquil, quienes ganaron los primeros ocho torneos a excepción del del año 1964, en el que no participaron equipos del Guayas. En la década de los '70 hubo una supremacía de los equipos de Quito, quienes ganaron la copa siete años consecutivos (1973 a 1978). Los siguientes años fueron más competitivos, pero inclinándose la balanza un poco más hacia los equipos guayaquileños.

Otro factor a considerar, y que constituye un elemento importante para la tesis central, se relaciona con la conformación de la selección nacional. Si bien es cierto que en la actualidad cuando juega la selección nacional florecen sentimientos nacionalistas, la noción de "patria" adquiere dimensiones exacerbadas. Así, se crea todo un discurso de pertenencias identitarias en torno a este deporte fundamentalmente cuando se disputan certámenes internacionales. Este vínculo nación-fútbol surgió sobre todo a raíz de la Copa América 1993 disputada en Ecuador y las posteriores eliminatorias de los mundiales. El ex presidente de la República Sixto Durán Ballén se refería a ello de esta manera: "La Copa América ha servido para demostrar que los ecuatorianos sí podemos unirnos; que se pueden lograr cosas imposibles si nos integramos; que podemos hacer patria y que, definitivamente, hacer deporte es hacer patria" (*El Comercio*, 12 de junio de 1993).

La frase "todos somos la selección" –slogan con que los medios de comunicación publicitaron la participación del equipo nacional en las eliminatorias para el mundial de 1998– es un ejemplo del tipo de discurso que se crea, invocando cierto "espíritu" de nacionalidad y de unidad. Este sentimiento de unidad tiene una duración muy corta: se derrumba inmediatamente si el resultado del encuentro es negativo y, si se gana, la duración de este sentimiento de unidad dura hasta el festejo, pero se va diluyendo lentamente.

Con respecto a la conformación del seleccionado ecuatoriano, es necesario traer a la memoria el siguiente hecho: en el año 1965 la selección de Ecuador tenía que medirse ante los seleccionados de Colombia y de Chile pero, por problemas de organización interna, la participación de la selección en dicha eliminatoria mundialista era cuestionada. Al respecto,

> "La Federación Deportiva Nacional del Ecuador (F.D.N.), ante el ningún trabajo [sic] realizado por la comisión técnica para encarar las Eliminatorias, resolvió que los juegos se realicen en Quito y Guayaquil. Sobre la base de elementos de Pichincha se conformará el seleccionado ecuatoriano que

medirá a Colombia en Barranquilla y Quito; y con la participación de jugadores del Guayas se integrará el plantel nacional que medirá a Chile en Guayaquil y Santiago" (*Revista Estadio*, 1965: 31).

Este hecho demuestra claramente que no se tenía –ni se tiene– una idea del Ecuador como país unificado. Por el contrario, queda demostrado claramente que en nuestro país prevalecen las identidades regionales llegando a tal punto que las regiones de Quito y Guayaquil en su momento representaron, cada una por su cuenta, a todo el Ecuador. Al ver este hecho, se comprende perfectamente las palabras de Francisco Maturana, ex entrenador de la selección nacional, quien manifestó: "cada región lucha por su sector" o "acá hay una realidad evidente y tengo licencia, por vivir un año en Ecuador, para darme cuenta: son *dos países en uno*. Históricamente han existido más hechos que los separan que aquellos que los unen"[20] (Maturana, 1997: 21, 35-36).

Todos estos aspectos han llevado a una exacerbación y al odio entre quiteños y guayaquileños, que se expresa claramente en los cánticos y barras de los diferentes equipos. No es raro oír en los estadios barras de los equipos de Quito como: "el que no salta es mono, mono maricón". Y la respuesta de los guayaquileños: "el que no salta es longo, longos mismo son". Si bien es cierto que todo esto es producto de la pasión y el placer que provoca el fútbol, se ha llegado a extremos de profundo "odio" hacia el otro. Así, encontramos barras mucho más fuertes como: "Guayaquileño ladrón marihuanero, después de ser ratero pasaste a maricón. Guayaquileño pedazo de hijo de puta, que vives en la puta rincón del Ecuador" o "y dale, y dale y dale niño dale, niño corazón"[21].

Estos cánticos van acompañados de una carga simbólica y de representaciones sociales que manifiestan un sentido de pertenencia y un grado de lealtad con la región. Cuando se hablaba al inicio de este trabajo de la identidad como un sistema de relaciones y representaciones, hay que entender, como manifiesta Rivera, que las representaciones sociales son un conjunto de nociones, imágenes y acciones que sirven de filtro para la percepción de sí mismo y de la realidad, y que funcionan como guía o principio de las actividades humanas. De esta manera, las representaciones no son simples imaginaciones subjetivas desprovistas de consecuencias prácticas, sino entidades operativas que determinan, entre otras cosas, el sistema de preferencias, las opciones prácticas y las tomas de posición de los individuos o grupos. En este sentido, el fútbol es un espacio donde se expresa y se construye dicha pertenencia y lealtad con la región. Un espacio para reafirmar la identidad regional.

Esta identificación con la región se puede adquirir a partir de dos tipos de membresías: por "membresía territorial" y por "menbresía espacial"[22].

En el primer caso, es el mismo espacio el que provee de una identidad a sus ocupantes, identidad que coexiste con otras, como la de clase y la de etnia. En el segundo caso, son los ocupantes los que otorgan identidad al espacio, lo que implica la presencia de una conciencia comunitaria que se impone sobre otras identidades. En Quito, Guayaquil y Cuenca predominó la membresía espacial. Cuando se habla de estos centros, no nos referimos a centros metropolitanos a secas, sino a comunidades unidas (imaginadas) por relaciones de parentesco, por lazos de cultura y por una memoria colectiva (Maiguashca, 1994: 362).

Finalmente, esta identidad regional expresada y construida a través del fútbol, fruto de todo un proceso histórico que ha marcado las diferencias existentes entre una región y otra, implica procesos específicos de producción, circulación y recepción de los discursos y los imaginarios que no sería posible sin los medios de comunicación. El papel que juegan en todo este proceso es fundamental y, a mi modo de ver, son responsables directos de esta diferenciación regional. Sin embargo, hacer el análisis de los discursos que se producen en los medios de comunicación es tema para una investigación aparte: solamente queremos dejar mencionado el "poder" que tienen y su influencia en las personas. Todo esto ha hecho que las identidades regionales se acentúen de manera tal que sobrepasan y se vuelven más "primordiales" que la débil y distorsionada noción de identidad nacional que existe en nuestro país.

Bibliografía

Almeida, José 1996 "Polémica antropológica sobre la identidad", en *Identidad y ciudadanía. Enfoques teóricos* (Quito: FEUCE-ADES-AEDA) Colección Utópicas.

Almeida, José 1997 "Identidades múltiples y Estado unitario en el Ecuador", en *Identidad nacional y globalización* (Quito: ILDIS).

Alves de Souza, Marcos 1996 *A "nação em chuteeiras": raça e masculinidade no futbol brasileiro* (Brasilia: Programa de Pós Graduação em Antropología Social do Departamento de Antropología da Universidade de Brasilia).

Anderson, Benedict 1993 *Comunidades imaginadas* (México: Fondo de Cultura Económica).

Bobbio, Norberto 1974 *Diccionario de política* (México: Editorial Siglo Veintiuno).

Bourdieu, Pierre 1983 "Como é possível ser deportivo?", en *Questóes de Sociología* (Río de Janeiro: Editora Marco Zero).

Bourdieu, Pierre 1996 *Cosas dichas* (Barcelona: Editorial Gedisa).

Bromberger, Christian 1991 "Per una etnologia dello specttacuolo sportivo", en *Identitá culturali* (Italia: Francoangeli).

Coraggio, José Luis 1989 "Los términos de la cuestión regional en América Latina", en *La cuestión regional en América Latina* (Quito: Ciudad-IIED).

Elias, Norbert y Eric Dunning 1995 *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (México: Fondo de Cultura Económica).

Galeano, Eduardo 1995 *El fútbol a sol y sombra* (Colombia: Tercer Mundo).

Geertz, Clifford 1990 *La interpretación de las culturas* (España: Editorial Gedisa).

Giménez, Gilberto 1999 "Materiales para una teoría de las identidades sociales", en José Manuel Valenzuela (comp.), *Decadencia y auge de las identidades* (México: El Colegio de la Frontera Norte – Plaza y Janes).

Guerrero Burgos, Rafael 1994 *Regionalismo y democracia social en los orígenes del CFP* (Quito: CAAP).

Ibarra, Hernán 1997 "La caída de Bucaram y el incierto camino de la reforma política", en Rivera, Freddy (ed.) *Ecuador Debate* (Quito: CAAP) N° 40.

Jiménez, Gilberto 1993 *Notas para una teoría de la región y de la identidad regional* (San Andrés Totoltepec).

Levi-Strauss, Claude 1962 *El pensamiento salvaje* (México: Fondo de Cultura Económica).

López y Rivas, Gilberto 1996 *Nación y pueblos indios en el neoliberalismo* (México: PyV editores).

Maiguashca, Juan 1983 "La cuestión regional en la historia ecuatoriana", en Ayala, Mora (comp.) *Nueva historia del Ecuador* (Quito: Corporación Editoria Nacional) Vol 12.

Maiguashca, Juan 1994 "El proceso de integración nacional en el Ecuador: el rol del poder central, 1830-1895", en *Historia y región en el Ecuador 1830-1930* (Quito: Corporación Editora Nacional-FLACSO).

Maturana, Francisco 1997 *¿Qué le pasa al fútbol ecuatoriano?* (Quito: Editorial El Comercio).

Medina Cano, Federico 1996 "Al calor de la jugada: el fútbol, signos y símbolos", en *Boletín de Antropología* (Antioquia: Universidad de Antioquia) Vol. 10, N° 26.

Ñuño, Juan 1996 "Razón y pasión del fútbol", en *Letra Internacional* (Madrid) N° 44.

Quintero, Rafael 1991 "Legitimidad, poder y región", en *La Cuestión regional y el poder* (Quito: Corporación Editora Nacional-FLACSO-CERALC).

Quintero, Rafael y Erica Silva 1983 "Estado, nación y región en el Ecuador", en *Ecuador Debate* (Quito: CAAP) N° 3.

Quintero, Rafael y Erica Silva 1991 "Región y representación política en el Ecuador contemporáneo (1939-1959)", en *La cuestión regional y el poder* (Quito: Corporación Editora Nacional-FLACSO-CERALC).

Rivera, Freddy 1994 "El ocaso de las representaciones: indios y Estado nacional en el Ecuador", ponencia presentada a la *XVI Asamblea General de Clacso* (Caracas).

Rivera, Freddy 1996 "La identidad: breves ámbitos de discusión", en *Identidad y ciudadanía. Enfoques teóricos* (Quito: FEUCE-ADES-AEDA).

Saint-Geors, Yves 1994 "La sierra Centro y Norte (1830-1925)", en *Historia y región en el Ecuador, 1830-1930* (Quito: Corporación Editora Nacional-FLACSO).

S/N 1965 "Ante la copa del mundo", en *Revista Estadio* (Guayaquil) N° 49.

S/N 1997 "Regionalismo en el Fútbol", en *Revista el Callejón* (Quito) Nº 3.

Trujillo, Jorge 1983 "La cuestión regional en el Ecuador", en *Ecuador Debate* (Quito: CAAP) N° 3.

Turner, Victor 1995 "Los símbolos en el ritual Ndebu", en *Cosmos, hombres y sacralidad* (Quito: Abya-Yala).

Velazco Mackenzie, Jorge 1991 *El rincón de los justos* (Quito: Editorial El Conejo).

Notas

** Antropólogo, investigador social del centro de investigaciones CIUDAD (Quito, Ecuador).*

1 Al respecto ver Almeida (1996).

2 En el mismo sentido Bourdieu (1996) manifiesta que para hacer un estudio del deporte es necesario poner en relación este espacio de los deportes con el espacio social que en él se expresa.

3 Para este autor, la "región" es el conjunto económico y social que se desarrolla en un espacio dado y con una estructura coherente y original que la diferencia de las otras. Sin embargo, esta definición no toma en cuenta algunos aspectos, como veremos más adelante.

4 Rafael Quintero y Erica Silva (1991), y Maiguashca (1994), son quienes más se han preocupado por este aspecto, siendo sus trabajos indispensables para cualquier estudio sobre la cuestión regional.

5 Se ha creado un complejo discursivo de pertenencia identitaria a la nación en torno a la participación ecuatoriana en los distintos certámenes internacionales que ha venido disputando.

6 Al respecto, ver Guerrero Burgos (1994).

7 Es importante señalar que muchas veces se ha considerado al regionalismo o a la cuestión regional como sinónimo de "anti-unitarismo". Tal equivalencia es fundada en un sentido, pero errada en otro. Es fundada por los aspectos señalados en líneas anteriores. Pero es errada en la medida en que no en todos los casos se tiende a la abolición de la unidad nacional. El caso del levantamiento de Chiapas es un ejemplo de lo que decimos (sobre este tema ver López y Rivas, 1996).

8 Es también pertinente la definición de Giménez (1999) quien plantea que se puede distinguir grados de pertenencia socio-territorial según el grado de involucramiento o de compromiso, que pueden ir del simple reconocimiento (*awareness*) del propio "status de pertenencia" al compromiso ideológico activo y militante. En este último caso se habla de regionalismo o de movimientos regionales.

9 Nos alineamos con la propuesta de Maiguashca, quien ubica tres regiones en la historia de la república ecuatoriana: Quito, Guayaquil y Cuenca. Sin embargo, para el caso que analizamos, Cuenca no constituye una "potencia regional" futbolísticamente hablando. Más adelante explicaremos con detenimiento esta idea.

10 Jorge Velasco Mackenzie, en su libro *El Rincón de los Justos*, cuenta que Pepe Mayo era una pequeña revista pornográfica de historias contadas a través de dibujos que, en Guayaquil, se vendía sobre todo en los estadios de fútbol.

11 Para este autor el juego cuenta con seis propiedades formales básicas. A su entender tiene que ser libre, improductivo, reglamentado, separado, incierto y ficticio.

12 Esta racionalización también se puede observar desde el punto de vista de las tácticas (cada día más conservadoras) utilizadas por algunos directores técnicos, para quienes lo único que interesa es el triunfo.

13 A finales de 1994, hablando en Nueva York ante un círculo de hombres de negocios, Havelange, presidente de la FIFA, confesó algunos números: "Puedo afirmar que el movimiento financiero del fútbol en el mundo alcanza, anualmente, la suma de 225 millones de dólares" (Galeano, 1995: 169).

14 Según Juan Nuño no hay juego sin público. Prueba de que el público es esencial al espectáculo es que cuando, por cualquier razón, se han tenido que disputar encuentros deportivos a prueba cerrada, esto es, sin público, no sólo ha decaído la calidad de la competencia sino que en cierto momento ha perdido su sentido.

15 O, en términos de Goffman, "una reunión focalizada", un conjunto de personas entregadas a un flujo común de actividades y relacionadas entre sí en virtud de ese flujo. Esas reuniones se forman y se dispersan; sus participante fluctúan; la actividad que los concentra es un proceso singular, particular, que se repite de cuando en cuando en lugar de ser un proceso continuo (Goffman en Geertz, 1990: 348).

16 La construcción de discursos y prácticas integracionistas "nacionales" ha atravesado varias etapas con distintas figuras y representaciones. Para un análisis detallado de estos procesos de representación de lo "nacional" como discurso, figura y política ver Rivera (1994).

17 En el campeonato guayaquileño participaron el Patria, Panamá, Everest, Barcelona, Emelec, Guayas, Nueve de Octubre, Español y Uruguay entre los más importantes.

18 En Quito los principales equipos eran L.D.U., Politécnico, Nacional, Deportivo Quito, América, Aucas y Católica.

19 En los años de 1958 y 1959 no hubo campeonatos nacionales.

20 Este problema también se siente a nivel de los jugadores que integran la selección. Algunos de ellos han sentido este desprecio y segregación (ver *Revista el Callejón*, 1997: 28-29).

21 Estas últimas barras se refieren al fenómeno del Niño que afectó principalmente la costa ecuatoriana y que simboliza no sólo el deseo de ver destruido el litoral sino también una cierta alegría por los destrozos ocurridos en esta región.

22 En la misma línea, Giménez (1999) plantea dos tipos de identificación regional, por pertenencia y por referencia, y mantiene la hipótesis de que se dan, en forma combinada, dependiendo de la extensión y de la escala geográfica en que se define lo regional.

La nación bajo un uniforme
Fútbol e identidad nacional en Colombia 1985-2000[*]

Andrés Dávila L. y Catalina Londoño[**]

¿Qué es Colombia?, les preguntaron a unos niños colombianos.
Colombia es un partido de fútbol, respondieron.

Iconos, símbolos e ídolos: tentativas para la construcción de una nación en Colombia

El proyecto *Iconos, símbolos e ídolos: tentativas para la construcción de una nación en Colombia* parte de la lectura que se ha hecho de este país como una nación huérfana de símbolos, instituciones e ídolos que cristalicen las identidades colectivas y que sirvan de sedimento en la construcción de una nación. Esta lectura sobre la posible orfandad y la no identificación ciudadana ha sido problematizada a la luz del estudio de algunas formas de identificación colectiva producidas por las prácticas culturales de los diversos sectores sociales.

El proyecto examina cómo se han manifestado algunas tentativas de construcción de la nación: qué ha pasado con las búsquedas y los proyectos que desde los diferentes ámbitos de la sociedad se han generado para intentar construir e imaginar posibles tipos de "nosotros" en torno a los cuales se definen las identidades fundamentales de una colectividad en un tiempo determinado.

Este proyecto apunta a la apertura de una línea de investigación en el tema con la participación de un equipo de investigación interdisciplinario con el cual, en una primera fase exploratoria, se pretende actualizar y

precisar la discusión conceptual sobre nación e identidad nacional en lo que resulta aplicable al caso colombiano, y describir y analizar tres estudios de caso como factores fundamentales en la construcción de discursos de nación: lo religioso, como mediación de lo sagrado (El Divino Niño); lo mass-mediático, el espectáculo (El reinado de la belleza); y lo deportivo, la nación bajo un uniforme (la Selección de Colombia). En el caso de la Selección de Colombia, en este artículo se trabaja la parte conceptual de la relación entre fútbol, nación y Selección Nacional. Se desarrolla un recuento de los principales rasgos del fútbol colombiano y, luego de justificar que esta temática deba estudiarse en el período 1985-2000, se hace una primera aproximación a los orígenes del período en el cual la Selección de Colombia fue gestora de un referente de identidad nacional, es decir, a lo sucedido entre 1985 y 1987.

Nación e identidad nacional

La pertenencia a la nación colombiana como una "comunidad imaginada"[1] se juega de manera fundamental en las dinámicas de reconocimiento social, en las formas de "vida juntos", las cuales se encuentran en un proceso permanente de construcción que se relata, donde está presente el cambio o la continuidad, el crecimiento o el declive. Pero la nación se vive a diario, en la cotidianidad influenciada y recreada por la memoria, las tradiciones y la historia, la cual al mismo tiempo es nutrida con aquellos atributos que dan sentido a quiénes somos hoy, cómo, dónde y en qué nos reconocemos y autopercibimos. Atributos que pasan por lo que Catherine Palmer ha llamado formas triviales y banales como la comida, la modelación del cuerpo y los imaginarios del paisaje (1998: 175-201). Los tres casos de estudio que se analizan se ubican en un lugar intermedio entre los referentes tradicionales, estructurales e históricos de construcción de la nación y los lugares banales a los que hace referencia Palmer. Con una variante importante: los tres casos mencionados se despliegan como reforzadores del discurso de la nación. Discurso que habla de resistencias y reapropiaciones, secuencias y combinatoria de tiempos, diversidad y heterogeneidad cultural; discurso que se construye a partir del reconocimiento en lo constructivo, en lo afirmativo del ser nacional, pero también en lo destructivo, en aquello que no quisiéramos ser. Se habla entonces de una identidad cambiante y no en riesgo de extinción, como muchas voces han querido afirmar, en la cual la representación del nosotros es "una compleja trama que relaciona región y nación, lo propio y lo extranjero, lo popular y lo elitista, pasado y presente, presente y destino posible" (Melo, 1992: 83).

A partir de los años '50 los procesos de identificación colectiva en Colombia incurren en un nuevo escenario cultural, marcado especialmente por la emergencia, consolidación y evolución de los medios masivos de comunicación. Nos encontramos frente a nuevos mentores, a nuevos narradores con una gran potencia para establecer mecanismos de reconocimiento colectivo, los cuales han creado un continuo de consumo cultural entre aquello propuesto por la cultura de élite y la cultura popular. Estos nuevos actores son nuevos creadores de discurso porque la identidad es básicamente un discurso configurado con símbolos, frases, mitos, estereotipos, nociones vagas, imágenes colectivas, formas triviales y banales; se trata en definitiva de un discurso capaz de construir una comunidad abstracta como es la nación, que se liga a la perspectiva de construir un Estado (Melo, 1992: 104).

Fútbol e identidad nacional

Varios son los interrogantes sobre la relación entre fútbol e identidad nacional. Preguntas que giran en torno a aquello que es específico del juego, del deporte, que hablan de un estilo, de una manera de jugar, del acontecer dentro de la cancha. Pero también preguntas sobre cómo los hinchas, los espectadores, los televidentes, se cuestionan a través del juego de la Selección acerca de aquello que los hace sentirse parte de, conformantes de una entidad llamada nación. En este artículo se parte de las siguientes preguntas: ¿por qué el deporte, y en particular el fútbol, es capaz de construir referentes de identidad nacional? ¿Qué define al fútbol y cómo conforma éste visiones colectivas e identitarias?

Se ha tratado de definir la adhesión y pasión al fútbol por varias vías. Para la política clásica, el fútbol podría servir para alcanzar legitimidad. Para empresarios, publicistas y medios de comunicación, consiste en un magnífico y lucrativo mercado del deporte. En este artículo se quiere mostrar que obedece a mediaciones más profundas y complejas que es difícil sintetizar en un único conjunto de rasgos y que son más bien el resultado de una sumatoria amplia, diversa, a veces paradójica, que surge del juego mismo, pero que es apropiada y consumida por todos aquellos que lo viven y lo sienten, de manera tal que también ayuda a reformular el evento deportivo, el ritual futbolero.

El fútbol, el "deporte rey" al decir de Desmond Morris, es entre los varios deportes profesionales que se han extendido a nivel mundial el único que por sí solo ha tenido esa increíble capacidad de difusión y permanencia. Pero no es sólo la universalización de su práctica la que cabe resaltar, sino el tipo, nivel de adhesión y pasión que genera entre

sus seguidores. Pretendemos rescatar la especificidad del fútbol para entenderlo como fenómeno social y cultural.

La categoría más amplia a la cual se puede adscribir el fútbol es al juego. Si a la manera de Johan Huizinga consideramos al juego como un componente central de la actividad humana y un componente originario de la cultura, las actividades que caben bajo esta denominación forman parte de un ámbito significativo y representativo de la vida social, mientras que no son simplemente actividades de segundo orden debido a su carácter no serio y no ligado de modo directo con la reproducción material de la vida social.

El juego se caracteriza por ser una acción que se lleva a cabo como si estuviera por fuera de la vida corriente, a la que representa, y en la cual el jugador se subsume por completo. Es una acción que no involucra ningún interés material ni conlleva la obtención de algún provecho de esta especie. Se desarrolla dentro de un tiempo y espacio alternos a los de la vida real, y dentro de un orden particular sometido a reglas.

El fútbol es juego, aún con toda la carga de profesionalización e intereses que ahora conlleva, pues en realidad no hay nada serio comprometido en su desarrollo. Como todo juego, crea una realidad alterna en la cual se subsumen jugadores, técnicos, directivos, periodistas y espectadores, al margen de la realidad cotidiana, y que podría no existir sin afectar el transcurrir de ésta. No obstante, este paréntesis que constituye el partido de fútbol es también al mismo tiempo una representación de la realidad. Simultáneamente nos aleja y nos acerca de la realidad, los placeres y sinsabores de la vida, la justicia e injusticias de la realidad social, las actitudes más egoístas y altruistas de las personas. Y es un juego, en todo el sentido de la palabra, porque el resultado es fundamental, pero es igualmente importante la forma en que se lo consigue. Allí convergen la acumulación de tensiones y el éxtasis breve pero definitivo, combinados de una forma que inevitablemente genera adhesión, o más bien adicción.

Se desarrollan a continuación algunas de las particularidades que desde nuestra perspectiva explican el éxito y vigencia del fútbol.

La sencillez y aparente simplicidad de las reglas del fútbol (con excepción de la norma del fuera de lugar) ha sido una de las características que para muchos explica la adhesión fácil y rápida de quienes lo practican o siguen como espectadores. Rápidamente se puede explicar en qué consiste el juego, anotar más goles que el rival, y las normas mínimas para conseguirlo, basadas en la conducción del balón con el pie para introducirlo dentro de una portería (que puede existir físicamente o a la cual se puede hacer referencia con dos ladrillos

y una extensión imaginaria de su perímetro). Basta con aclarar que el portero es fijo y puede agarrar el balón con la mano, que como no hay árbitro no se cobrará el fuera de lugar, y que se marcarán las faltas cuando sean cometidas.

El campo de juego en el fútbol tiene un claro referente campestre, bucólico, que genera un ambiente particularmente atractivo para los practicantes y espectadores. Si se le compara con otros terrenos de juego y superficies, son distintivas su simpleza y la escasa demarcación, que apenas fue complementada con la media luna en cada área y la circunferencia central. Estas demarcaciones cumplen un papel, por decirlo de alguna manera, simbólico: fijan la distancia mínima a la cual deben estar los jugadores en el momento del saque inicial o luego de un gol y en el momento de ejecución del tiro penal. Ir a fútbol, entonces, tiene ese pequeño sabor de salir de paseo en domingo, sujetos a todas las contingencias del clima: la lluvia, el frío, el fango en la cancha, o el sol inclemente sin ninguna protección. El campo, así, nos permite actualizar permanentemente esa ancestral necesidad de lo rural, lo campestre, lo natural, contrario a los ambientes de la vida urbana y laboral.

El fútbol es una manifestación estética. Independientemente del triunfo o la derrota durante el juego se pueden ofrecer acciones creativas y bellas de singular importancia y significado, al margen incluso del resultado y de las limitaciones impuestas por los agrupamientos defensivos y tácticos de un equipo. Además, en esta posibilidad creativa y estética influye el hecho de que el fútbol sea el único deporte fundamentalmente jugado con los pies y donde la utilización de las manos, indispensables en la evolución de las habilidades artesanales y técnicas de los hombres, está rigurosamente prohibida con excepción de los arqueros.

En el fútbol es posible encontrar bellas jugadas producto de la habilidad o reflejos de un solo jugador, pero también como resultado de una acción colectiva: una pared, una combinación que concluya en una jugada de gol o en un gol, etc. El fútbol ofrece, además, la posibilidad de que el resultado o el gol, pese a ser los objetivos del juego, pasen a un segundo plano. En efecto, hay un conjunto de jugadas y acciones que se auto-justifican y que pueden ser valoradas de tal modo. Claramente, como en ningún otro deporte, podemos retener en la memoria acciones de un jugador o varios, desempeños de un equipo o partidos en especial que poco tienen que ver con la aparente importancia del resultado. Quién no recuerda, más que muchos goles de Pelé, la jugada contra Uruguay en la semifinal del mundial de México 1970, en la cual recibió sin recibir un pase de Gerson, eludió a Mazurkiewicz con esa finta, fue a recibir el balón y disparó a un lado de la portería. O el disparo desde media

cancha contra Checoslovaquia que tampoco fue gol. Y quién no recuerda, más que a muchos equipos campeones del mundo, la Holanda del '74, el Brasil y la Francia del '82, o el Perú del '70 y del '78.

El tiempo en el fútbol organizado tiene una característica muy particular, al cual está ligada buena parte del éxito de este deporte: existe para el juego, determina un comienzo y un final del juego, y fluye de manera muy similar al tiempo de la vida cotidiana. No es un tiempo sujeto a los controles y restricciones de otros deportes, como el baloncesto o el fútbol americano, en los cuales el tiempo es fragmentado. Además posee una importante característica, es un tiempo que pertenece al árbitro y sólo a él, pues es el único que puede decidir cuánto alargar o acortar un partido de acuerdo con lo que considere necesario reponer. Para un autor como Juan Nuño (Nuño, 1996), el tiempo es el elemento que diferencia un deporte de otro, y al fútbol de lo demás. Además de las tensiones generadas por lo competitivo, en el fútbol se suma la tensión de un tiempo perfectamente igual al de la vida real y frente al cual jugadores y espectadores se enfrentan de la misma manera: luchan contra el paso inexorable del tiempo, de cuyo final sólo un único e inescrutable juez es el responsable.

El fútbol, como juego, cuenta con los cuatro componentes o impulsos que le asigna Caillois (1997). En primer lugar, está presente el *agón*, base fundamental dado su carácter de deporte de equipos en contienda. Estos se enfrentan en condiciones de igualdad, y el más habilidoso es recompensado con la victoria. La rivalidad en el fútbol es especializada, y en esta medida se da importancia al trabajo, la responsabilidad personal, la paciencia, la habilidad, la calificación y el entrenamiento, elementos que intentan eliminar todo efecto de azar. Por otro lado, el *agón* cumple otro papel central, que Janet Lever (1985) ha destacado suficientemente: genera cohesión en un proceso simultáneo con la generación de rivalidades y diferencias, crea una específica interrelación entre lo colectivo y lo individual, tensión que marca plenamente las posibilidades y limitaciones en el desempeño propiamente futbolístico.

En segundo lugar, el recurso a la suerte también está presente y, aunque subordinado a lo agonal, es a veces protagónico y prioritario. El desarrollo de un partido o campeonato de fútbol no es conocido previamente, y en esto consiste el placer del juego: en el riesgo de perder. La moneda para decidir el saque, el sorteo para definir los rivales y ciertos modos de finalizar jugadas, partidos, torneos, hablan con claridad del azar como componente básico del fútbol, más allá de lo lúdico y lo estético, lo agonal y todas aquellas fórmulas para, al menos, disminuir y controlar su incidencia: los esquemas tácticos, el tratamiento al jugador, su formación y preparación, etc. En el desarrollo de los partidos y los torneos, además, el azar, a veces con toda la carga

trascendente del destino, interpone sus oficios para confirmar o modificar el rumbo de equipos y jugadores y, con ellos, comunidades enteras, sociedades, países. Un tiro en el palo, un autogol, un rebote, una inexplicable decisión arbitral (como por ejemplo la mano de Maradona en el gol contra Inglaterra) definen de manera totalmente contingente, y muchas veces en contra de toda la preparación y la estrategia para triunfar en competencia, el resultado final.

En tercer lugar, el fútbol es un lugar privilegiado para la *mimicry*. Contiene este elemento en diferentes dimensiones y todas ellas hacen de este juego algo en lo cual el ser humano se identifica: hay una representación de una batalla[2] en la cual el fracaso o la victoria tienen valor simbólico. Sin embargo, allí se dan las actuaciones propias de una guerra, manifestaciones propias del ser humano que en la vida cotidiana no son consideradas dignas de ser expresadas, salvo en instituciones específicas, como las militares. Allí se puede recrear desde lo más loable y digno de la estrategia y la táctica para vencer al rival, pasando por las reacciones del saber ganar y saber perder (recordando o bien que sólo es un juego o bien que en la vida también se gana y se pierde, indistintamente), y hasta expresiones condenables de soberbia y desprecio tanto en el triunfo como en la derrota. En esta dimensión, sin embargo, interviene a veces la representación no sólo de la batalla y la guerra, sino de otras actividades y procesos de los individuos y las sociedades, como por ejemplo la vida laboral y la lucha por ascender socialmente. Como las oportunidades de sobresalir en la vida son reducidas, entonces el ser humano decide hacerlo por poder, por delegación. Se deja en la estrella, en el campeón, en los jugadores de una selección, la posibilidad de la ilusión con el éxito para así estar exento de los esfuerzos que se tendrían que realizar como elegido (Caillois, 1997: 262). Esta identificación con los jugadores es una *mimicry* donde se comparte tanto el éxito como el fracaso y donde, en todo caso, la carga de conseguirlo o no se le deja al ídolo o al colectivo, juzgado y vivido en su representación por quienes han depositado en él o ellos sus alternativas vitales (Morris, 1992; Verdú, 1980). Pero además, juego y jugadores representan en su dinámica y en la gramática roles, funciones, papeles, tareas, que son y no son los mismos de la vida cotidiana.

Ahora bien, para el que no es un jugador todo juego de competencia es un espectáculo, una representación múltiple y compleja. El fútbol necesita de espectadores para que compartan, juzguen, simpaticen y atiendan al juego, y en esta medida quiere hacer una representación lúdica, estética, agonal: una representación que identifique y atraiga al público. Si el juego se realizara a puerta cerrada no tendría sentido, por tanto se despliega en razón y en relación con los asistentes y seguidores. El fútbol, en esta dimensión de la representación, es ritual y

espectáculo, tiene su templo y su escenario, sus sabios y sacerdotes, sus héroes, mártires y víctimas, y también sus victimarios. Y allí, como es obvio, espectadores, fanáticos e hinchas se reconocen y se reflejan, y se construyen referentes de muy diverso tipo, siendo el de lo nacional uno de ellos (Verdú, 1980; Lever, 1985; Morris, 1992).

En cuarto y último lugar, el fútbol también da cabida al vértigo, o más bien gracias al vértigo, que permite configurar la mímesis en todo su sentido, se potencia para hundir sus raíces con mayor profundidad y menor posibilidad de escapatoria. La búsqueda de vértigo, aquel que destruye la estabilidad de la percepción, aquel que embriaga y libera, también se encuentra en el fútbol, en su capacidad insuperable de generar tensión y placer. Estos elementos son generados no sólo por el particular equilibrio entre lo lúdico, lo estético, lo competitivo, el ser jugado con el pie y lo simple de sus reglas, sino específicamente por el tiempo del fútbol: su concepción y su uso. Como ya lo hemos señalado, el tiempo del fútbol discurre de forma paralela al tiempo real y esto genera una doble tensión que hace del fútbol el deporte más apasionante: la tensión del juego en sí y la de la lucha que se establece contra el paso del tiempo (Nuño, 1996: 36). Dentro de este impulso o componente entra también el conjunto de sensaciones y sentimientos que Norbert Elías (Elías y Dunning, 1992) catalogaba bajo el nombre de mímesis y que incorpora una dimensión de regulación y desregulación de las manifestaciones de placer, éxtasis y violencia. En el fútbol se puede ganar o perder en el último minuto, o se puede trastocar un resultado trabajado por una jugada inesperada, o se puede recuperar la fe y la esperanza gracias a una inspiración individual. Y todos estos desempeños se traducen en desenlaces momentáneos que mezclan la incertidumbre y la esperanza, lo posible y lo imposible, lo deseable y lo rechazado de formas tales que parecen irresistibles y que trastocan por completo los sentidos, la racionalidad, las creencias. Que hacen saltar del cielo al infierno o lo contrario, a la manera de una indescriptible montaña rusa, salto al vacío o incluso ruleta rusa.

Pues bien, todos estos factores mezclados de diversas maneras y en diversos grados, adosados con otros de acuerdo con épocas y lugares, situaciones, equipos y públicos, configuran el amplio, complejo y diverso menú de motivos que le han dado al fútbol ese lugar tan especial en la sociedad contemporánea. Lugar en el cual está evidentemente acompañado por varios deportes, colectivos e individuales, profesionales y aficionados, de pelota y sin pelota, pero lugar también de una indescriptible soledad.

Selección Nacional de Colombia

Ya se han planteado los interrogantes que llevaron a una reflexión sobre el fútbol como factor identitario. Aquí se plantean otros más específicos alrededor de la Selección de Colombia. ¿De qué manera una Selección de fútbol se convierte en factor identitario? ¿A partir de qué momento la Selección de Colombia se constituye en escenario-referente de lo nacional? ¿Cómo lo hace? ¿Qué aspectos de esta construcción de identidad se relacionan específicamente con el juego-deporte y cuáles con la cotidianidad de los colombianos?

Al responder estas preguntas no se busca, como decía Archetti, mirar el fútbol como "reflejo de la sociedad", pero sí entenderlo como la arena simbólica privilegiada donde leer, oblicuamente, características de la sociedad (Alabarces, 2000: 214). Ver cómo a través del fútbol se construyen y fluyen discursos acerca de la nación y de la pertenencia a ella.

El fútbol se ha convertido en eje condensador de adhesiones y arraigos detrás de los cuales se nutre el sentimiento nacionalista. En Argentina, por ejemplo, como lo señaló Archetti en su artículo *Argentinian football: traditions and national identity*, el fútbol está asociado históricamente con la construcción de una identidad nacional a través del éxito internacional del equipo nacional y la exportación de grandes jugadores a Europa desde 1920 (Archetti, 1999: 103). En Costa Rica, como lo señaló Villena en su artículo *Fútbol, Mass Media y Nación en Costa Rica*, la invención de la nación en el fútbol se da gracias a los medios de comunicación, donde ésta no es fruto de una herencia milenaria sino de la voluntad asociativa que se da en el anonimato de la masa. Así vemos cómo el fútbol, independientemente de sus vías de promoción, ha generado discursos alrededor del tema de la nación. Vemos también cómo hay una referencia constante al Seleccionado Nacional, lo que nos demuestra como toda forma histórica tiende a ser universal: "cualquier diosa local tiende a convertirse en la gran diosa, cualquier pueblo es el centro del mundo, cualquier brujo pretende ser en sus ritos el soberano universal" (Eliade, 1979: 126). Vemos entonces cómo alrededor del mundo se ha dado ese proceso que Camus resumió así: "Patria es la Selección Nacional de Fútbol".

Los antecedentes y las razones históricas

El fútbol profesional colombiano aparece tardíamente si se le compara con lo sucedido en otros países de la región. Recién a finales de la década del '40 (1948) logra organizarse el primer torneo profesional

con diez equipos. Si bien hay antecedentes de esfuerzos previos de organización, y al menos desde la década anterior se habían vuelto comunes los partidos entre equipos medianamente organizados de diversas ciudades o de una misma ciudad, es sólo en ese momento que hizo su aparición definitiva el fútbol rentado.

Desde entonces, varios rasgos caracterizaron distintivamente la configuración de ese fenómeno que paulatinamente se convirtió en el espectáculo deportivo masivo de mayor incidencia a nivel nacional.

En primer lugar, el fútbol profesional colombiano surgió en medio de uno de los procesos de violencia que, de manera recurrente y cuasipermanente, han caracterizado al país en el último medio siglo. En efecto, el primer torneo se jugó el mismo año en que fue asesinado el caudillo popular Jorge Eliécer Gaitán y se produjo como reacción el "Bogotazo", uno de los levantamientos populares de mayor amplitud y significación en la historia latinoamericana y colombiana. Desde entonces, también, se produjeron profundos e inexplicados vínculos entre este deporte y el conflicto político, que muchos han querido resolver con la simplificadora explicación de "pan y circo". El fútbol, ese lugar que Norbert Elías (Elías y Dunning, 1992) considera privilegiado para una manifestación desregulada pero controlada de violencia, pareció servir de contrapunto complejo y cambiante a esa tendencia aparentemente insuperable de la sociedad colombiana que la ha llevado a resolver las diferencias con la eliminación violenta del otro. Y el fútbol, con su fuerza envolvente y su capacidad para inmiscuirse en la vida de las sociedades, se convirtió a la vez en espejo y reflejo, alternativa y diferencia, receptáculo y propuesta para esa sociedad atravesada por un conflicto que la desangra y la enceguece. Mientras liberales y conservadores se mataban cada vez con más saña y sevicia, los equipos profesionales eran a la vez competencia, espectáculo, negocio, arte, al menos para núcleos predominantemente urbanos que comenzaban a crecer y a masificarse con gran dinámica.

En segundo lugar, y en perfecta consonancia con el carácter de país de regiones y ciudades, el fútbol no se concentró en la capital, sino que sirvió también para expresar las diferencias regionales y, a la vez, como bien lo señalara hace ya bastante tiempo Janet Lever, para integrar por la vía de la rivalidad y la enemistad simbólica del juego competitivo: el torneo nacional sirvió para que compitieran y se reconocieran formas de vida y estilos de juego regionales como los paisas, vallunos, costeños, santandereanos y, sólo muy tímidamente, capitalinos. Así surgieron equipos profesionales en las principales ciudades, principalmente de la región andina, pero siempre con la presencia de equipos de la costa norte. Y en las principales ciudades (Bogotá, Medellín y Cali) surgieron pocos equipos: dos (y a lo sumo tres por algún período de tiempo, como

fue el caso de Cali cuando existía el Boca Juniors de esa ciudad), rasgo que parece reflejar una cierta semejanza con una arena política siempre dividida en dos, tercamente alrededor de los partidos políticos tradicionales. Sin embargo, ni siquiera en Bogotá, donde los dos equipos adoptaron para sus uniformes los colores de los dos partidos, la ruptura política se reprodujo en el fútbol. Lo interesante y diciente para el caso colombiano ha sido la ausencia de ésta o de alguna otra ruptura fácilmente descifrable que explicara la aparición y consolidación de grupos de seguidores de los equipos profesionales. Ni el factor clase social, ni lo étnico, ni lo rural/urbano o barrial o cualquier otro clivaje identificable jugaron un papel diferenciador significativo y, sin embargo, desde esa época los equipos gestaron sus hordas de seguidores, comparativamente muy leales pero fríos y poco apasionados hasta épocas muy recientes.

En tercer lugar, prácticamente desde sus comienzos se gestó una particular afinidad entre fútbol e ilegalidad. La importación de grandes figuras argentinas afectadas por la huelga de futbolistas profesionales de aquellos años (a finales de los años cuarenta), sin atenerse a las reglamentaciones de la FIFA, hicieron del fútbol colombiano uno de los mejor jugados y pagados de entonces, pero en un contexto clarísimo de irrespeto a las normas futbolísticas internacionales. Esta afinidad con lo fronterizo entre lo legal y lo ilegal resurgiría en la década de los años '80 con la presencia de los dineros y los intereses del narcotráfico en el fútbol[3].

En cuarto lugar, fue un fútbol de foráneos, quienes, provenientes de toda América Latina, coparon los cupos de los futbolistas locales. Algunos equipos con grandes figuras mundiales que llegaron a conformar verdaderas pléyades de estrellas internacionales, como fue el caso del Ballet Azul de Los Millonarios entre 1949 y 1953, y muchos otros con jugadores del montón provenientes de países exportadores de fútbol. Hasta finales de los '80 el fútbol colombiano sería un fútbol para los extranjeros, buenos, regulares y malos, que siempre ocuparon las posiciones más importantes dentro de la cancha (porteros, volantes creativos y goleadores), y retardaron considerablemente la consolidación del futbolista colombiano como profesional competitivo nacional e internacionalmente.

En quinto y último lugar, en gran parte por lo ya mencionado, los seleccionados nacionales tardaron mucho en conseguir algún resultado significativo. Aunque tales participaciones se remontan a 1945, antes de la aparición del profesionalismo en Colombia, la carencia de equipos competitivos fue la constante. Esporádicamente hubo pequeños logros que, ante la ausencia de verdaderos triunfos, se convirtieron en referentes reiterados por la prensa, los hinchas y, en general, la historia y

los historiadores del fútbol colombiano. Tal es el caso del primer triunfo en un sudamericano ante Uruguay en 1957, el empate ante la Unión Soviética de Lev Yashin en 1962 con todo y gol olímpico incluido, y la obtención del subcampeonato en la Copa América de 1975 luego de una muy destacada actuación a lo largo del torneo, aunque sin llegar a enfrentar ni a Brasil ni a Argentina.

Pero como bien lo ha señalado Eduardo Arias,

> "Selección Colombiana de Fútbol. Estas tres o cuatro palabras significan mucho, poco, nada, hacen reír o llorar, dan vergüenza, son motivo de orgullo (...). Pero la historia como tal no existe. Es una colcha de retazos cosida con hilos contradictorios, parches que la mayoría de las veces han sido pequeñas narraciones de éxitos y fracasos efímeros y aislados, para volver a empezar. Volver a empezar. Sobre todo, volver a empezar cada vez que salíamos del estadio, abatidos y con las banderas arriadas o cada vez que apagábamos el transistor o el televisor amargados por la derrota, pero con la secreta convicción de que los jugadores colombianos son buenos" (1991: 51).

Fueron décadas de una búsqueda inagotable pero siempre frustrada por hallar un referente único. Por eso la necesidad de ampararse en cualquier buen resultado que siempre pudo aparecer, pero que nunca alcanzó para definir un estilo y una identidad. "Cada Selección ha sido una historia aparte: (...) cada técnico y cada grupo de jugadores anteriores a 1985 (...) le han dado a cada equipo una identidad, muy pocas veces propia, al fútbol colombiano" (Arias, 1991: 54).

En síntesis, se tiene un fútbol rentado que pese a lo tardío se consolida nacionalmente desde aquella época de El Dorado[4], y que consigue superar épocas de vacas flacas, de pobreza, de inasistencia a los estadios, de magro nivel internacional, con un claro déficit en la configuración de una identidad en el juego, de un estilo que lo hiciera reconocerse en sí mismo, pero que desde siempre se nutrió de la escuela rioplatense (Pedernera, Di Stefano, Rossi, Moreno) y especialmente bonaerense. Un fútbol que en medio de dificultades se encontró en los años '80 con un nuevo Dorado, sólo que éste tenía dos facetas bastante contradictorias.

Por una parte, la irrupción de los ingentes recursos y múltiples intereses de los narcotraficantes, que hallaron en el fútbol una opción inigualable para legitimarse socialmente, para obtener status y reconocimiento en las cerradas élites locales y regionales, para incluso desarrollar una parte del negocio, el lavado de dólares, con las grandes contrataciones y la inflación de los precios de los jugadores locales. Tres

grandes ejemplos, con sus diferencias y especificidades, marcaron esta época: el América de Cali con su pléyade de costosas figuras extranjeras en la alineación titular y con una numerosa y también costosa nómina nacional en la suplencia; el Millonarios de los años '80, que probó con distintos técnicos y equipos, hasta que finalmente triunfó en el torneo colombiano defendiendo la discutible fórmula de ganar a cualquier precio, tal como lo hacían sus dueños en el negocio de las drogas; y el Nacional de Medellín, que si bien en un comienzo intentó políticas parecidas a las de América y Millonarios, hacia finales de 1986 se definió por "una política de puros criollos (que) sería la redención de un fútbol con historia pero sin identidad" (Dávila, 1994: 39).

Por otra parte, la azarosa y afortunada combinación de factores que permitió no sólo la presencia convincente y competitiva de Maturana en el Atlético Nacional de Medellín, sino su extensión a la Selección Nacional, con su nombramiento como director técnico del combinado de mayores en abril de 1987, durante el preolímpico en Bolivia. Detrás de Maturana se pudo experimentar con una propuesta que paradójicamente poco tenía que ver con los valores y principios del narcotráfico, pues se hacía mucho énfasis en que lo importante era jugar, divertirse, ser buenas personas, hombres íntegros, un grupo de amigos y, en la cancha, imponer las condiciones a partir de los rasgos técnicos y tácticos que mejor se adaptaban al futbolista colombiano, a sus posibilidades y sus condiciones futbolísticas y personales. Como se señaló en un trabajo previo,

> "En aquella Colombia sin referentes colectivos distintos a la inexistencia de referentes colectivos; crecientemente absorbida por la violencia, la corrupción y el enriquecimiento fácil; sumida en una crisis de valores unificadores y perdidos los mecanismos legitimadores tradicionales (la iglesia, los partidos); con significativos procesos de descomposición social; en aquella Colombia decíamos, el fútbol se convirtió en la única instancia aglutinadora en términos constructivos. Como lo manifestaba un cientista social colombiano: 'Maturana (el entrenador-ideólogo) integra lo negro-paisa-costeño en torno al pueblo barrio; marca el juego en coordenadas temporales y espaciales y con unos signos locales. Y con la Selección el pueblo existe realmente, no porque salgan a la calle a vitorear los triunfos sino porque el pueblo es una categoría real, presente en el juego de la Selección'" (Dávila, 1994: 23-24, citando a Quiceno, 1990: 96).

Pero antes de Maturana hubo un antecedente que es necesario mencionar, dado que fue el primer atisbo, en aquella década y en ese

complejo mundo que mezclaba al deporte y a ciertas actividades de dudosa reputación, de la propuesta y el proceso que permiten hablar de la definición de una identidad y un estilo. Tal fue el caso de la Selección Juvenil que obtuvo la clasificación al mundial de esa categoría en la Unión Soviética, luego de un destacado e inesperado papel en el Sudamericano de Asunción. Aquel equipo fue, a diferencia de muchos de los equipos colombianos que anteriormente habían competido sin éxito, "algo así como el manual de instrucciones de lo que debe ser el fútbol de Colombia (y) la gente se identificó con un estilo de juego que podía llamarse colombiano" (Arias, 1991: 60).

Estos hechos son los que justifican la decisión de iniciar el trabajo de análisis en aquel año de gracia de 1985 en el cual se inició la ruptura mientras se experimentaba el fracaso de aquello que siempre se había intentado. Si bien el mundial del '62 y el empate frente a la Unión Soviética, las actuaciones sobresalientes en preolímpicos más no en olímpicos, los esporádicos triunfos sobre seleccionados brasileños, argentinos y uruguayos en diversos torneos, y el subtítulo en la Copa América del '75, conforman la historia no ignorable del fútbol colombiano a nivel de Selección, parece evidente que no constituían un referente de identidad fuerte, reconocible, salvo por algunas leyendas y mitos de consumo interno y por aquello falsamente aducido del "jugar como nunca y perder como siempre". Lo que sucede a partir de 1985, y especialmente a partir de la Copa América de 1987 en la Argentina, marca sin duda una fase diferente, un "Proceso", como se le llamó entonces, que no sólo le daría un lugar reconocido y competitivo al fútbol de la Selección de Colombia y de los futbolistas colombianos en el mundo, sino que permitiría con mayor amplitud, extensión, profundidad y contradicciones, generar discursos de nación y referentes de identidad nacional, instancias de reconocimiento colectivo, experiencias de comunidad imaginada, que antes no habían conseguido transcurrir por el fútbol colombiano, la Selección de Colombia y sus jugadores. Todos ellos apoyados en un tipo de juego, en un estilo, de hondas raíces rioplatenses, pero bajo la traducción y adaptación de algunos "ideólogos" del fútbol como Maturana y el Bolillo Gómez. Y todos ellos, también, en una aguda, compleja y difícil coexistencia y tensión con los dineros y los personajes del narcotráfico que habían calado en el fútbol colombiano (y en toda la sociedad colombiana) desde algunos años atrás.

Una Selección y un fútbol que además tuvieron que luchar a brazo partido ese nuevo papel y esas opciones de reconocimiento y construcción con un deporte como el ciclismo, entonces triunfante y sin duda popular y masivo, como lo ha sido también desde los años '50. Un deporte que entre 1983 y 1988 se dio el lujo de "conquistar Europa" y sacudir la monotonía de unas competencias marcadas por muchos

avances tecnológicos pero con problemas para mantener el interés de los aficionados.

El fútbol y la Selección de Colombia, entonces, irrumpen en el período 1985-1987 en el escenario en disputa por la construcción de discursos de nación e identidad nacional que ayudaron a recomponer y relevar los desgastados papeles de las instituciones, las instancias y las personas que habían jugado ese rol a lo largo de la historia de Colombia. De allí el interés en reconstruir cualitativamente los rasgos centrales de tales sucesos.

Cuando empezamos a jugar como nunca, sin perder como siempre: los orígenes del "Proceso" (1985-1987)

En este apartado se quiere hacer un breve recuento de lo que han significado para Colombia y para el fútbol colombiano los orígenes del llamado "Proceso": 1985 puede considerarse como aquel año en que con los "juveniles" nacimos y morimos para el mundo, mientras que los "mayores" seguían dando tumbos.

Paradójicamente, mientras el equipo de mayores iniciaba su preparación para las eliminatorias al mundial de México '86 bajo el mando de Gabriel Ochoa Uribe, simultáneamente técnico del América de Cali, un grupo de muchachos desconocidos viajaba sin mayores compromisos ni expectativas al Paraguay. Para los primeros había un plan de trabajo a largo plazo y eso se notaba en la tónica de esa primera fase de acondicionamiento físico y mental. Fue allí donde el director técnico expuso su filosofía de juego, "ganar no es lo importante, es lo único", frase de profundo significado competitivo y guerrero, pero que en la mente de jugadores poco acostumbrados a este tipo de retos sonaba hueca o se convertía en un pesado fardo que nublaba la mente y amarraba las piernas. Frase que, además, no encontraba eco en la propuesta futbolística, acorde con lo que se jugaba en el fútbol mundial, pero siempre conservadora, temerosa, primordialmente defensiva y en la cual se premiaba a los jugadores obreros por sobre los jugadores creativos.

Como parte de la preparación se impuso una disciplina cuasimilitar, con restricciones y un ambiente en el que primaban la subordinación y el temor. También, y esto vale la pena señalarlo, fue aquella Selección la que optó por utilizar en el uniforme los colores de la bandera, en un gesto que replicaba lo hecho por los ciclistas en las carreras europeas, pero que además intentaba otorgarle simbólicamente el sentido de lo nacional al seleccionado de fútbol.

Los muchachos de la juvenil, entretanto, empezaron dubitativamente su participación frente a Bolivia, pero luego de ese triunfo consiguieron la hazaña de clasificarse, obligando a que se eliminaran Brasil y Argentina, favoritos del grupo. En esa fase mostraron un fútbol rico en técnica y desparpajo. Como pocas veces, repitieron las grandes actuaciones en varios partidos y dejaron la imagen de un grupo bien trabajado con algunas individualidades desequilibrantes. En las finales no ganaron, pero consiguieron la clasificación al mundial juvenil en la Unión Soviética.

De aquella propuesta liderada por Luis Alfonso Marroquín quedaron, como antesala del "Proceso" y de la significación del fútbol en lo nacional, dos hitos centrales. Por una parte, un primer fenómeno de reconocimiento hacia un estilo y hacia unos jugadores que, a diferencia de los de la selección de mayores, mostraban personalidad y capacidad de anteponer técnica, creatividad, diversión, goce a cualquier presión o compromiso con el resultado o con la aparente seriedad de lo que estaba en juego: fue, en verdad, una especie de nacimiento del fútbol colombiano para la región y el mundo. Esto se reflejó en algo que nunca o muy excepcionalmente había sucedido antes: en las calles, en los partidos de barriada, en los colegios y escuelas, los niños no pedían ser Maradona, Platini, Junior, Sócrates o Zico; querían ser Higuita (entonces todavía un portero inseguro y tímido) Núñez, Ampudia, Hurtado, Tréllez o Castaño.

Por otra parte, esa Selección, en ese torneo, remarcaría y reeditaría un rasgo de todo el "Proceso": los resultados deseados, pero sin nunca llegar a obtener con claridad y diferencia el triunfo, dejando siempre una dosis importante de sufrimiento y angustia en los partidos decisorios. Algo así como ganar sin ganar y sin alcanzar aquello que por un momento la hinchada, el periodismo e incluso hinchas y periodistas extranjeros veían como lo más justo futbolísticamente hablando.

A lo largo de 1985 la tensión y la diferencia entre los dos seleccionados, el de mayores y el juvenil, llegó a hacerse incómoda y patente, especialmente cuando los fracasos acabaron temporalmente con las ilusiones creadas. Mientras la selección de mayores no consiguió el cupo al mundial, la juvenil jugó varios torneos para, finalmente, enfrentar el reto mundialista. Con mucha dificultad, y sin reeditar plenamente el buen juego mostrado en el Sudamericano, se consiguió el paso a la segunda ronda y en ella se sucumbió ante un poderoso y reencauchado Brasil en el que jugaba Romario. Así como habíamos nacido para el mundo, en términos futbolísticos, con aquel 6 a 0 de la despedida, moríamos al menos como propuesta novedosa y distinta. El año correspondió entonces a la tónica señalada: surgir sin consolidarse y con dudas pese a las ilusiones y las esperanzas que empezaban a

convocar a un país en torno a su Selección y en derredor a lo que después sería denominado el "Proceso".

Lo sucedido en 1985 no pareció incidir, y durante 1986 el fútbol colombiano a nivel de selección de mayores no existió. Para 1987 cabe señalar que el azar y cierto tipo de resultados jugaron a favor del "Proceso". Tal el caso de las ya señaladas derrotas del América y la Selección, el rápido ascenso de Maturana como director técnico en un equipo de "puros criollos"[5], y su deseado nombramiento como seleccionador del equipo que asistiría al Preolímpico en Bolivia en abril y mayo de 1987.

Antes de este preolímpico, una Selección sin la magia de Marroquín, Higuita y compañía, pero con la ventaja de ser local, obtuvo por primera vez el Sudamericano juvenil, lo cual le dio el paso al mundial de la categoría en Chile. Al Preolímpico en Bolivia Maturana llevó la base de su equipo en el rentado y llamó, a diferencia de casi todos los técnicos anteriores, a un grupo de jugadores de gran condición técnica, aunque de poco sacrificio. Esta estrategia dio rápidos resultados y, con un fútbol vistoso y agradable, el combinado colombiano clasificó a las finales y apareció como favorito indiscutido. La altura, convertida más en un obstáculo mental que físico, condujo a una derrota contra Bolivia, el local, resultado que se repitió frente a Brasil y Argentina, aunque se les jugó de igual a igual. La buena labor desempeñada y el fútbol mostrado, aún sin obtener el título y sin conseguir la clasificación a los olímpicos, propiciaron la decisión clave para hacer posible lo que vendría meses y años después: Maturana fue nombrado director técnico de la selección de mayores que jugaría en junio-julio de 1987 la Copa América en Argentina.

Y en aquel evento se constató lo que se había supuesto ya que se fijaron los principios del "Proceso" y se reiteró una constante que acompañaría al equipo y a los colombianos desde entonces: ganar sin ganar, destacarse sin obtener el verdadero triunfo, quedar en la retina y en el gusto de periodistas e hinchas, pero sin conseguir el trofeo y el lugar que en las estadísticas resultara incontrovertible.

Entre los rasgos de ese torneo que vale la pena reseñar están aquellos relacionados con los resultados y con la propuesta futbolística: se triunfó con una gran exhibición de fútbol. Luego vino el partido decisivo contra Chile para definir el finalista del torneo, que finalmente se perdió y le impidió a Colombia mostrar su fútbol en instancias aún más decisivas.

Ese desempeño tuvo varios significados importantes. Entre los rasgos de la propuesta futbolística cabe destacar por lo menos tres: la conformación del grupo, el estilo de juego, y el reconocimiento interno y

externo del "Proceso". Por alguna extraña razón, en muchos de los seleccionados colombianos se dejaba por fuera a aquellos jugadores que tanto para periodistas como para hinchas parecían tener un lugar asegurado en el equipo. Hubo algunas excepciones a lo señalado, como el caso de la clasificación al mundial de 1962 y al subcampeonato en la Copa América del '75. Pues bien, lo primero que hizo Maturana para la Copa América del '87 fue llevar el equipo que en general todo el mundo compartía. No se dejó por fuera a ninguno de los jugadores que pedían pista para estar en la Selección y, por el contrario, se armó un equipo basado en los talentosos, los creativos, los que tal vez no eran obreros del fútbol, pero si tenían algo que mostrar con su juego. Tal vez la única injusticia que se cometió fue no darle una última chance a Willington Ortiz para despedirse triunfalmente de una Selección en la que siempre brilló casi en solitario. No obstante, se entendió tal gesto como una forma de romper con el pasado. Se contó, así, con un equipo joven, con poca experiencia internacional, pero dispuesto a construirla paso a paso hasta la consagración. Y se le dio cabida, titularidad y reconocimiento a aquellos que la venían pidiendo hacía algunos años: al pibe Valderrama no sólo como titular sino como capitán, puesto que no dejaría hasta 1998; a René Higuita, todavía consolidando su estilo, pero plenamente apoyado por el cuerpo técnico y sus compañeros; a Bernardo Redín, más promesa que realidad, pero siempre un excelente socio para Valderrama; a Leonel Alvarez y Ricardo "Chicho" Pérez, bastiones de un medio campo que se haría conocer en el mundo; y a Arnoldo Iguarán, el goleador que hasta entonces nunca había logrado un buen desempeño en la Selección, pero que lo consiguió por el calor humano y la camaradería que se respiró en aquel entonces. Amistad, compañerismo, personalidad, fueron los componentes de una mezcla exitosa. Esto se dejó ver en las luengas cabelleras y el estilo inconfundible de sus más representativos jugadores. Con sólo verlos en la cancha era fácil reconocer al equipo.

El segundo componente fue el estilo. Por fin Colombia salía a proponer un fútbol vistoso y desenfadado, apoyado en un esquema táctico adecuado plenamente a sus componentes, pero moderno y actualizado a lo que mejor se jugaba en el fútbol internacional entonces. Era un formato de 4-4-2, con defensa zonal en línea, arquero líbero y una línea de volantes en que predominaban el control del balón y el pase al compañero más cercano. Por arte de magia desapareció el fútbol violento y defensivo, y Colombia tuvo un equipo que quería tener siempre la pelota, divertirse con ella, llevarla de un lado al otro, a veces olvidando por completo que había que meter goles. Y ése fue el estilo que se impuso y que, aún sin obtener el triunfo en el torneo, quedó en la memoria de hinchas y periodistas. De allí el premio a Valderrama como mejor jugador de América y a Maturana como un técnico revelación. No

se ganó, pero el mundo, o al menos América Latina, empezaba a nombrarnos y reconocernos, y así lo reiteraba la prensa de toda la región, algo frustrada por el fútbol pobre y poco llamativo que produjeron Argentina, Chile y Uruguay, los otros tres finalistas. La Selección conseguía un triple reconocimiento: el de los colombianos, por fin identificados con una forma de jugar (así todos supiéramos de nexos y vínculos extraños); el de la prensa de otros países; y el de los hinchas argentinos, de quienes además habíamos siempre esperado ese reconocimiento.

Con la Copa América de Argentina se cumplió la primera fase de reconocimiento y consolidación del "Proceso". Ahora parece fácil, pero sin duda una paradójica mezcla de azar, trabajo y compromiso favoreció la opción por aquello que había comenzado inesperadamente en 1985.

Una posible agenda de investigación

Son muchos los caminos y temas que pueden investigarse con relación al fútbol y a la identidad nacional, sobre todo en lo referente a la Selección Nacional. La investigación, desde que este trabajo fue presentado en su versión inicial, ha continuado por dos caminos principales: primero ha intentado completar una subdivisión del período 1985-2000 escogido para el tema, ejercicio apoyado en una continuación de la reconstrucción hasta aquí desarrollada; segundo, ha buscado analizar en detalle el discurso periodístico y televisivo de alrededor de quince partidos o momentos claves de la Selección de Colombia en ese mismo período, para lo cual ya se recogieron los titulares de prensa de las páginas deportivas de un importante diario de circulación nacional, recolección a la cual se le están aplicando herramientas de análisis de textos para consolidar una masa crítica de información que permita un esfuerzo sistemático para responder a cuestionamientos como de qué manera se puede ver potenciada o debilitada la identidad colombiana a través del fútbol, si hay o no continuidad en la construcción de ese referente de identidad nacional, qué papel juegan y cómo se complementan los roles de los individuos jugadores, ídolos con los del equipo, la organización, el colectivo. En esta dirección se avanza, y los resultados parciales indican que vamos por buen camino.

Bibliografía

AA.VV. 1994[a] "Alrededor del fútbol", en *Revista Universidad de Antioquia* (Medellín) N° 236.

AA.VV. 1994[b] "Les enjeux du football", en *Actes de la recherche en sciences sociales* (París) N° 103.

AA.VV. 1996[a] *El Viejo Topo* (Madrid) N° 94.

AA.VV. 1996[b] "Fútbol e identidad nacional", en *Cuadernos de Ciencias Sociales* (San José: FLACSO) N° 91.

AA.VV. 1996[c] *Letra internacional* (Madrid) N° 44.

AA.VV. 1998 "Fútbol, identidad y política", en *Ecuador Debate* (Quito) N° 43.

Alabarces, Pablo (ed.) 2000 *Peligro de gol: estudios sobre deporte y sociedad en América Latina* (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales) Colección Grupos de Trabajo.

Anderson, Benedict 1990 *Imagined communities: reflections on the origin and spread of nationalism* (London: Verso).

Archetti, Eduardo 1998 "El potrero y el pibe: territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino", en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 154.

Archetti, Eduardo 1999 "Argentinian football: traditions and national identity", en Mader, Elke y Maria Dabringer (Hrsg.) *Von der realen Magie zum Magischen Realismus* (Berlín: Brandes & Apsel, Südwind).

Arias, Eduardo 1991 "Ay, la Selección", en Arteaga, José; Andrés Dávila y Juan Gonzalo Zapata *Colombia gol: de Pedernera a Maturana, grandes momentos del fútbol* (Bogotá: Cerec-LdeG).

Arteaga, José; Andrés Dávila y Juan Gonzalo Zapata 1991 *Colombia gol: de Pedernera a Maturana, grandes momentos del fútbol* (Bogotá:Cerec-LdeG).

Blatt, Robert 1996 "Dios existe", en *Letra internacional* (Madrid) N° 44.

Cárdenas, José María y Socorro Ramírez 1999 *Colombia-Venezuela: agenda común para el siglo XXI*. (Bogotá: Tercer Mundo Editores) Grupo Académico Binacional.

Caillois, Roger 1997 *Los juegos y los hombres* (Santafé de Bogotá: Fondo de Cultura Económica).

Dávila, Andrés 1994 "Fútbol y cultura nacional", en *Revista Universidad de Antioquia* (Medellín) N° 236.

Eco, Humberto 1996 "El mundial y sus pompas", en *Letra internacional* (Madrid) N° 44.

Eliade, Mircea 1979 *Imágenes y símbolos* (Madrid: Taurus).

Elías, Norbert y Eric Dunning 1992 *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (México: Fondo de Cultura Económica).

Huizinga, Johan 1987 (1942) *Homo ludens* (Madrid: Alianza).

Lever, Janet 1985 *La locura por el fútbol* (México: Fondo de Cultura Económica).

Maturana, Francisco y José Clopatofsky 1990 *Maturana* (Bogotá: El Tiempo Intermedio Editores).

Maturana, Francisco y José Clopatofsky 1994 *Maturana: talla mundial* (Santafé de Bogotá: Intermedio Editores).

Melo, Jorge Orlando 1992 "Etnia, región y nación: el fluctuante discurso de la identidad: notas para un debate", en *Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia* (Bogotá: Fundación Simón y Lola Guberek) Colección Historia N° 4.

Morris, Desmond 1992 *El deporte rey* (Barcelona: Editorial Argos Vergara).

Nuño, Juan 1996 "Razón y pasión del fútbol", en *Letra internacional* (Madrid) N° 44.

Palmer, Catherine 1998 "From theory to practice: experiencing the Nation in everyday life", en *Journal of material culture* (London) Vol. 3, N° 2.

Quiceno, Humberto 1990 "Jugar es algo más que ganar", en *Revista Foro* (Bogotá) N° 12.

Rey, Germán 2000 “La ficción de las diferencias: representaciones de las relaciones entre Colombia y Venezuela en la prensa escrita colombiana en la década de los noventa”, en Cárdenas, José María y Socorro Ramírez *Colombia-Venezuela: agenda común para el siglo XXI* (Bogotá: Tercer Mundo Editores).

Verdú, Vicente 1980 *El fútbol: mitos, ritos y símbolos* (Madrid: Alianza Editorial).

Notas

** Esta investigación forma parte del proyecto "Iconos, ídolos y símbolos: tentativas en la construcción de la nación en Colombia", elaborado para la convocatoria de proyectos interdisciplinarios de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes. En él participan los profesores Andrés Dávila (politólogo), Germán Ferro (antropólogo e historiador) e Ingrid Bolívar (politóloga); y los asistentes Catalina Londoño (antropóloga), María de la Luz Vásquez (antropóloga), y Julio Arias (estudiante de antropología).*

*** Andrés Dávila L. es politólogo, maestro y doctor en ciencias sociales de la FLACSO, México. Actualmente dirige la Maestría en Ciencia Política de la Universidad de los Andes y es profesor del curso Deporte y Sociedad para el Año Básico en Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes. Catalina Londoño es antropóloga de la Universidad de los Andes, investigadora en temáticas de violencia y hábitos urbanos.*

1 Se entiende a la "comunidad imaginada" desde la perspectiva de nación propuesta por Anderson. La nación es una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es imaginada porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión (Anderson, 1990: 23).

2 Janet Lever recordaba cómo se le consideraba una "guerra de mentirijillas".

3 Aunque es común escuchar opiniones acerca de los estrechos vínculos entre narcotráfico y fútbol en Colombia, y por más que sea prácticamente un hecho evidente la existencia de tales nexos, no es fácil encontrar estudios sistemáticos sobre el tema. Recientemente Luis Carlos Santamaría, estudiante de ciencia política de la Universidad de los Andes, ha tratado, en su tesis *Fútbol y narcotráfico en Colombia: entre la legitimación social y el lavado de dólares* (Bogotá, tesis para optar al título de politólogo, Universidad de los Andes, febrero de 2001), de ordenar y mirar comparativamente cómo fue que pareció darse ese proceso bajo esquemas algo diferentes en los tres equipos de mejor desempeño a lo largo de esa década: América, Millonarios y Nacional.

4 Tal fue el nombre dado al período del fútbol colombiano comprendido entre 1948 y 1953, rememorando la leyenda de la búsqueda de un lugar lleno de oro por parte de los conquistadores españoles. Cabe recordar el carácter ilegal que acompañó todo este proceso de surgimiento y consolidación del fútbol profesional en Colombia.

5 Nótese que para denominar al equipo de once colombianos, sin extranjeros ni nacionalizados, se habla de "puros criollos", con la plena aceptación de que los colombianos se identifican en el carácter de criollos, es decir, de hijos de españoles nacidos en Colombia. Se trata de una imagen y un significado fuertes en la definición del colombiano.

Futebol brasileiro e sociedade: a interpretação culturalista de Gilberto Freyre

Antonio Jorge Soares*

Introdução

O objetivo deste estudo é analisar os escritos de Gilberto Freyre sobre o futebol e o seu estilo de pensar a identidade brasileira. Seu modo de análise incidiu na formação de uma tradição que faz parte do modo de pensar as singularidades da cultura e da identidade brasileira e, por extensão, do modo brasileiro de jogar futebol. A necessidade de resgatar Gilberto Freyre dá-se em função do fato de que as leituras, descrições e interpretações sobre o futebol brasileiro reproduzem, conscientes ou inconscientemente, os argumentos e imagens freyreanos sobre o tema.

Como já demonstrei em outros estudos, os cientistas sociais quando se remetem ao passado para analisar a história do futebol no Brasil se apóiam no livro de Mário Rodrigues Filho, *O negro no futebol brasileiro* (publicado em 1947 e, republicado e ampliado, em 1964), que foi fortemente influenciado pelo pensamento de Freyre e pelo contexto de construção nacional nas décadas de 1930, 40, 50 do Séc. XX (Soares, 1999). É curioso que os cientistas sociais não considerem a influência do contexto histórico e de Freyre nas páginas do texto de Mário Filho. Em tese, posso afirmar que, pela ampla utilização do livro de Mário Filho, o estilo de Freyre e seu modo de pensar o Brasil, a cultura e,

especificamente, o futebol se constituiu numa tradição presente no campo das ciências sociais, no jornalismo e em nosso cotidiano. Vale aduzir que muitos dos argumentos utilizados pelos cientistas sociais são quase reproduções literais dos dados, palavras e interpretações de Mário Filho. Portanto, tais reproduções representam, em certo sentido, a continuidade da tradição freyreana na interpretação da cultura.

Parece existir um esquecimento tácito das influências de Freyre sobre a obra de Mário Filho que se tornou, por carência de fontes e/ou pelo vigor do texto, um cânone dos escritos sobre o futebol em nosso país. Por exemplo, Leite Lopes (1994) diz que quem faz uma leitura apressada do 4º capítulo "Ascensão social do negro", do *O Negro no futebol brasileiro*, poderia ter a impressão de um final feliz em relação ao racismo no futebol, entretanto, uma leitura mais atenta demonstraria que Mário Filho ali já anunciava a persistência do racismo –observe-se que este argumento é do próprio Mário Filho e está escrito em "Nota à segunda edição" (Rodrigues Filho, 1964, s/d). A persistência, segundo Leite Lopes, seria comprovada no acréscimo de dois novos capítulos que Mário Filho fez para edição de 1964. Para Leite Lopes, Mário Filho teria descrito nesses dois novos capítulos, a) o drama do recrudescimento do racismo ao perdermos a Copa de 50, e b) a posterior inversão dos estereótipos raciais com as vitórias nas Copas de 58 e 62. Seguindo essa mesma linha de interpretação Gordon Jr. diz que:

> "A constatação dessa lenta mudança, no entanto, não pode ser confundida com a idéia de plena "democracia racial" ou com ilusão de que por intermédio do futebol pusemos fim ao racismo. O livro de Mário Filho nos apresenta fatos que constituem um processo de democratização das relações raciais dentro da sociedade brasileira, no qual o futebol exerceu um papel de grande importância. Mas um processo que, não custa repetir, está longe de seu término" (1995: 74).

Leite Lopes e Gordon Jr., indicam, pelos argumentos apresentados acima, que *O negro no futebol brasileiro* não pode ser classificado como um exemplar da ideologia da democracia racial. Entretanto, esquecer ou deixar de apontar a influência de Freyre e da ideologia de integração nacional na obra em questão parece se constituir numa operação de "assepsia ideológica", no sentido de resignificá-la a partir de uma linguagem politicamente correta de denúncia do racismo. Tal interpretação sobre o texto de Mário Filho é fruto da falta de trabalho histórico, da ausência de novos levantamentos e de um certo ceticismo; atitude indispensável ao ofício de qualquer pesquisador. Leite Lopes e Gordon Jr. imputam a Mário Filho uma atitude crítica frente à ideologia da democracia racial. Transformar Mário Filho em crítico da 'democracia

racial' só pode ocorrer em função dos desejos ideológicos dos autores citados acima ou da falta de rigor na análise da fonte que tomam como base. Ao comparar as edições do NFB os verifiquei que Mário Filho, na edição de 1964, retira frases e parágrafos que decretavam o fim do racismo no futebol. Vale observar os textos suprimidos que aparecem grifados na citação abaixo:

> "A torcida do Flamengo andou afastada dos campos uns tempos, só voltou quando o team, sem Domingos, estava para levantar o tri-campeonato. Sem Domingos e sem Leônidas. Leônidas no São Paulo, Domingos no Corinthians, um pensando num restaurante quando deixasse de jogar foot-ball, o outro mandando construir casas em Bangu. Nenhum jogador tinha subido tão alto quanto esses dois negros do foot-ball brasileiro. Já se sabia, porém até onde podia chegar um artista da pelota, para usar um termo que ainda sai nos jornais. Branco, mulato ou preto. Porque em foot-ball não havia o mais leve vislumbre de racismo. Todos os clubes com seus mulatos e os seus pretos. (81) Um preto marca um goal, lá vêm os brancos abraçá-lo, beijá-lo. O goal é de um branco, os mulatos, os pretos, abraçam, beijam o branco (Rodrigues Filho, 1947: 293).

A notas de rodapé (números 81 e 82) retiradas por Mário Filho para a nova edição também indicam sua franca adesão à imagem que o Brasil havia resolvido, já na década de 1940, o problema racial:

> (81)– Dos quatro mil cento e quarenta jogadores que passaram pelo Departamento de Assistência Social da Federação Metropolitana de Foot-ball, durante a temporada de 45, 60% eram brancos, 21% mulatos, 2,5% caboclos e 16,5% pretos. (relatório de 1945 do Departamento de Assistência Social da Federação Metropolitana de Foot-ball). Todos os sessenta e três clubes filiados com brancos, mulatos e pretos em todos os seus teans, desde o primeiro até o de juvenis.
>
> (82)– E quem está na geral, na arquibancada, pertence a mesma multidão. A paixão do povo tinha que ser como o povo, de todas as cores, de todas as condições sociais. O preto igual ao branco, o pobre igual ao rico. O rico paga mais. Compra uma cadeira numerada, não precisa amanhecer no estádio, vai mais tarde, fica na sombra, não apanha sol na cabeça, mas não pode torcer

> mais do que o pobre, nem ser mais feliz na vitória, nem mais desgraçado na derrota (Rodrigues Filho, 1947: 293).

Essas provas e argumentos parecem suficientes para demonstrar que o texto de Mário Filho, em 1947, é um típico exemplar da ideologia da democracia racial. O não reconhecimento da relação intelectual entre Freyre e Mário Filho, ocorre, provavelmente, por Freyre ainda ser ligado a uma espécie de ingênua ideologia de democracia racial –apesar do ressurgimento do debate de sua obra no interior das ciências sociais brasileiras nos últimos anos. Tal postura em pode ocorrer em função dos autores lidarem com a imagem "popular do pensamento freyreano".

O "freyrismo popular" pode ser definido, por críticos ou adeptos, como a idéia de que no Brasil não existe racismo; idéia ingênua e simplista que não podemos atribuir a obra de Gilberto Freyre. Seu engajamento como intelectual e cidadão na luta contra o racismo e na militância para aprovação da Lei Afonso Arinos (1951) indica que Freyre tinha convicção da existência do racismo no Brasil, embora pudesse pensar na singularidade do racismo brasileiro e nas formas pacíficas de gradual superação. Freyre também pensava que a democratização era gradual e que a ideologia da morenidade auxiliava esse processo. Entretanto, há que se separar, ou pelo menos analisar com mais cuidado, as interfaces entre aquilo que Freyre escreve para os jornais (sua militância) de sua obra sistemática sobre o processo de desintegração do sistema patriarcal, e sobre a formação da cultura brasileira. A interpretação de Leite e Lopes e de Gordon Jr. sobre *O negro no futebol* brasileiro apresenta *bias* em função de terem acreditado nas palavras de Mário Filho em 1964:

> "Há de parecer estranho que sem ter que modificar nada que escrevi, conservando intactas as quatro partes da primeira edição do O negro no futebol brasileiro, a segunda surja aumentada e tenha a pretensão de definitiva" (Rodrigues Filho, 1964: s/p, Nota à segunda edição).

Não colocar o problema das influências e da relação entre Freyre e Mário Filho, possivelmente reduz os problemas daqueles que utilizam cegamente os dados do *O negro no futebol brasileiro* (Soares, 1999). Se os interpretes de Mário Filho não tiveram o distanciamento necessário, o mesmo não se pode dizer de Freyre em relação ao seu amigo. Freyre ao prefaciar a primeira edição do *O negro no futebol brasileiro* manteve certo distanciamento.

Freyre renderia todos os louvores a Mário Filho, pois, disse que ele como escritor é "ágil e plástico (...), é também pesquisador inteligente e pachorrento para quem a história do futebol em nosso país parece já não ter mistério

nenhum" (Freyre, 1947: s/p). Estendia os elogios a toda família "Rodrigues", dizendo não se espantar diante do talento de nenhum deles. Noutra direção, os elogios ganhariam um tom mais dúbio quando diz que "[O] futebol teria numa sociedade como a brasileira (...) uma importância toda especial que só agora vai sendo estudada sob critério sociológico ou parassociológico" (Freyre, 1947: s/p). O que quer dizer Freyre quando diz que a obra pode ser classificada como parassociológica? Talvez esteja indicando que o texto não possa ser classificado como sociologia propriamente dita. Tal ambigüidade parece ser esclarecida ao final do prefácio, na medida em que, esperava "ver Mário Filho se encaminhar cada vez mais, através de estudos mais demorados e mais profundos do assunto" (Freyre, 1947: s/p). Freyre talvez tenha se preocupado em colocar-se como um acadêmico diante de um texto que, apesar da proximidade com parte de suas idéias, ainda carecia de maiores aprofundamentos e rigor do ponto de vista sociológico.

O que estou argumentando, e isso não é novidade nenhuma, é que Freyre influenciou toda uma geração e auxiliou a criar uma nova interpretação do Brasil. Segundo Skidmore, "tornou-se o autor de não-ficção mais lido no Brasil porque foi capaz de tomar uma das questões que mais preocupavam a elite brasileira –se a supremacia branca nos Estados Unidos indicava o caminho único para o desenvolvimento nacional– e virá-la de ponta-cabeça" (Skidmore, 1994: 42).

A apreciação feita por Skidmore encontra ressonância no depoimento de Luis Jardim sobre o papel de Gilberto Freyre para o Brasil e para sua geração:

> "Porque antes dele não tínhamos, rigorosamente (pelo menos aqui em Pernambuco), o sentido cultural do brasileiro. Quero dizer, o sentido que nos devia dar um amplo conhecimento de nós mesmos, com todas as nossas qualidades e defeitos, aproveitando o que de mais puro e genuinamente brasileiro escapava aos estudiosos de nossa história e formação social. Foi sem dúvida graças a sua sensibilidade aguçada pelos estudos e pelas viagens, que tivemos tão desenvolvido o senso das nossas tradições de cultura, fora do exclusivismo europeu; o gosto pelo estudo dos nossos hábitos e costumes; das músicas, danças e ritos de religiões africanas (....) A cada cousa, expressão da nossa "cultura", que ia passando despercebida, dava Gilberto Freyre um interpretação nova, de que resultava um encanto, um interesse, um sentido especiais. É a sua descoberta da mulata, no novo sentido que lhe deu. Cantou-a mesmo no seu poema 'Bahia de todos os Santos e de quase todos os pecados' (...) Também é a do negro e a do

> mestiço, nas suas possibilidades culturais que tem procurado salientar do ponto de vista sociológico e histórico-social (...)" (Jardim, s/d: 17-19).

Roger Bastide diz que *Casa grande & senzala* não revolucionou apenas a sociologia brasileira, mas também teria exercido influência na literatura romanesca (Bastide, 1987). Nesta direção, pode-se dizer que muitos dos romances que tomam como tema às realidades regionais, as transformações econômicas e as relações raciais, passam a ter o pensamento de Freyre como fundo. Bastide cita que os temas regionalistas tratados por José Lins do Rego, por exemplo, não poderiam ser separados da obra de Gilberto Freyre. Mário Filho, que também fora influenciado pelas interpretações freyreanas, tivera, provavelmente, o mesmo sentimento de Luis Jardim, de José Lins do Rego e dos de sua geração. José Lins do Rego assumia publicamente e por cartas aos amigos à influência de Freyre em sua vida (Freyre, 1987).

José Lins do Rego era amigo de Freyre e a Mário Filho. Zelins, como era chamado pelos amigos, era um apaixonado por futebol; ou como Zelins diria, pelo Flamengo. Trabalhou como colunista do Jornal dos Sports cujo proprietário era Mário Filho. Zelins ao prefaciar o livro do amigo Mário Filho, *Copa Rio Branco, 32* (Rodrigues Filho, 1943), traduz o sentimento daquela geração sobre a miscigenação bem ao estilo freyreano no prefácio que nomeou como "A biografia de uma vitória":

> "Mário Filho escreveu a biografia de uma vitória. Nela pôs todas as cores do Brasil. Os rapazes que venceram em Montevidéu eram um retrato de uma democracia racial, onde Paulinho, filho de família importante, se uniu ao negro Leônidas, ao mulato Oscarino, ao branco Martins. Tudo feito à boa moda brasileira, na mais simpática improvisação. Lendo este livro sobre foot-ball, eu acredito no Brasil, nas qualidades eugênicas dos nossos mestiços, na energia e na inteligência dos homens que a terra brasileira forjou com sangues diversos, dando-lhes uma originalidade que será um dia o espanto do mundo" (Lins do Rego, 1943: 7).

Os escritos de Freyre sobre a cultura fizeram escola em sua época e acabou formar uma tradição que se reproduz em análises históricas, antropológicas e sociológicas. Contudo, tais análises estão muito mais próximas de um freyrismo popular; mais de seus escritos jornalísticos do que de sua obra sistemática. Nesse sentido, pode-se consultar as elaborações de Santos (1981), DaMatta (1982), Murad (1994), Gordon Jr. (1995), para citar alguns. Em síntese, esses autores associam o sucesso do futebol brasileiro as idéias/qualidades de manha, malícia, malandragem, capoeira, ginga, samba, improviso, arte etc. Essas

características assumem nos discursos sobre o futebol à pura expressão de singularidade ou de estilo cultural; singularidade que estava presente nos esparsos escritos de Freyre sobre o futebol. Em *Futebol, malandragem e identidade* (Soares, 1994) demonstrei que a singularidade de nossa identidade não está no futebol malandro ou no "traço sócio-cultural da malandragem", mas sobretudo nos discursos, acadêmicos e jornalísticos, que naturalizam tais características como uma quinta-essência dos brasileiros. Passemos à análise dos escritos de Freyre sobre o futebol para que observemos sua presença nessa tradição que acabamos de problematizar.

Hibridização, mestiçagem e apropriação cultural

Na introdução destaquei o argumento de que Freyre, ou uma espécie de freyrismo popular, está presente na historiografia do futebol. Tal presença ganhou força pela permanência do livro de Mário Filho nas atuais produções acadêmicas sobre o futebol. Entretanto, é bom lembrar que Freyre, mesmo antes de ter contato com o livro de seu amigo Mário Filho, já teria dedicado ao futebol alguma atenção.

Em 12 de dezembro de 1929, Freyre publica no periódico *A Província*, sob o pseudônimo de Jorge Rialto, um artigo intitulado "Fair Play", no qual critica a falta de esportividade da mocidade brasileira, comentando as agressões ocorridas num jogo realizado no Rio de Janeiro. Em 1936, na primeira edição de *Sobrados e Mucambos*, escreve um significativo parágrafo sobre a ascensão do mulato nos esportes, no Exército, na Marinha e nas Forças Públicas.

> "Observa-se, entretanto, nas gerações mais novas de brasileiros –gerações menos atingidas por aquela de garantias sociais– a ascensão do mulato não só mais claro como mais escuro, entre os atletas, os nadadores, os jogadores de foot-ball, que são hoje, no Brasil, quase todos mestiços. O mesmo é certo do grosso do pessoal do Exército, da Marinha, das Forças Públicas e dos Corpos de Bombeiros: dos seus campeões nos sports, entre os quais os negros retintos parecem que são cada vez mais raros, embora de modo algum ausentes. Predomina o pardo. O mestiço. Pardos e mestiços, que vêm enfrentando vantajosamente os brancos e os pretos nos jogos, nos torneios, nos exercícios militares" (Freyre, 1981 [1936]: 362).

Os feitos dos esportistas negros e mestiços, nesse espaço social, assim como os feitos de intelectuais, literatos e artistas (descritos por

Freyre em outras partes do livro), também da mesma origem étnica, eram a prova de que a raça e a mestiçagem não poderiam constituir-se em critério de desqualificação. É interessante nas reedições *de Sobrados e Mucambos*, após 1947, Freyre inclui nesta parte do texto a referência ao livro de Mário Filho, *O Negro no futebol Brasileiro*.

No *Diário de Pernambuco* (17-06-1938) escreve "Foot-ball Mulato", cuja linha de argumentação explica o sucesso do futebol brasileiro na Copa de 38 pela forte presença do elemento afro-brasileiro na equipe que foi à França. Freyre refere-se especificamente às qualidades do futebol brasileiro, que possui "um estilo que amolece em danças e curvas as áridas técnicas do futebol europeu". Em 1945, Freyre escreveu *Brazil: an interpretation,* livro no qual dedicou um par de parágrafos à forma dançada do brasileiro jogar futebol, estilo adquirido pela presença de elementos de dança africana que estariam entranhados 'racial e culturalmente' em nossa sociedade. Pode-se identificar que Freyre, além dos vínculos emocionais com o futebol, o vê como mais um elemento de agregação à sua perspectiva teórica e ideológica. Quando escreve suas grandes obras o futebol já é um elemento inteiramente disseminado em todas as camadas sociais e a ascensão social, via esse esporte, já estaria ocorrendo na sociedade brasileira na década de 30. Assim, o futebol ou qualquer elemento cultural importado na perspectiva de Freyre acaba recebendo os contornos ou é amolecido por nossa híbrida cultura.

No artigo, "Foot-ball mulato", fica evidente que ser brasileiro no futebol ou em qualquer espaço social equivale a admitir a presença do negro, sobretudo na figura do mulato:

> "Um repórter me perguntou anteontem, o que eu achava das admiráveis performances brasileiras nos campos de Strasburgo e Bordeaux".
>
> Respondi ao repórter (...) que uma das condições de nosso triunfo, este ano, me parecia a coragem, que afinal tivéramos completa, de mandar à Europa um time fortemente afro-brasileiro. Brancos, alguns, é certo; mas grande número, pretalhões bem brasileiros e mulatos ainda mais brasileiros. (...)
>
> O nosso estilo de jogar futebol me parece contrastar com o dos europeus por um conjunto de qualidades de surpresa, de manha, de astúcia, de ligeireza e ao mesmo tempo de espontaneidade individual em que se exprime o mesmo mulatismo de Nilo Peçanha foi até hoje a melhor afirmação na arte política.
>
> Os nossos passes, os nossos pitu`s, os nossos despistamentos, os nossos floreios com a bola, o alguma coisa de dança ou capoeiragem que marca o estilo brasileiro de jogar futebol, que arredonda e adoça o jogo inventado

pelos ingleses e por outros europeus jogado tão angulosamente, tudo isso parece exprimir de modo interessantíssimo para psicólogos e os sociólogos o mulatismo flamboyant e ao mesmo tempo malandro que está hoje em tudo que é afirmação verdadeira do Brasil" (17-06-1938: s/p).

O texto expressa o orgulho pela boa campanha brasileira na Copa de 1938. Para Freyre, a comissão técnica teve a coragem de colocar na seleção à "cara" daquele Brasil do qual as elites brasileiras se envergonhavam no passado. Freyre demarca nossas diferenças dos europeus, e com isso estaria inventando ou reforçando as singularidades que acreditamos ter o futebol brasileiro e o Brasil. O imaginário que existe por trás desta construção de identidade é que, magica ou criativamente, o brasileiro descobriria o próprio caminho como nação quando aceitasse o Brasil como 'ele é', isto é, miscigenado.

A construção de uma identidade positiva assume um tom psicanalítico. Colocar a auto estima da nação no divã da sociologia e da literatura brasileira foi o legado de Freyre: "[E]ra como se tudo dependesse de mim e dos de minha geração; da nossa maneira de resolver questões seculares. E dos problemas brasileiros, nenhum que me inquietasse tanto como o da miscigenação" (Freyre, 1981: xlvii). Apesar das adversidades, do complexo de inferioridade e da distância que o Brasil tinha dos países desenvolvidos, Freyre ressalta que os resultados da Seleção de 1938 era mais um dos indícios do potencial da 'civilização mestiça'. É possível notar que estamos diante de um discurso que tenta descobrir ou descortinar a nação ou o seu *dever ser* –e, de fato, a nação, na forma de estado nacional, não poderia desconsiderar o elemento afro-brasileiro ou nenhuma outra etnia. Este sentimento de realização da nação via futebol está estampado nas páginas dos jornais da época em que Freyre escreve essas linhas (Negreiros, 1998).

Freyre tinha um projeto de realização pessoal que incidiu na formação da cultura nacional. Ele foi um homem que desejava deixar sua marca na história, o que de certa forma logrou sucesso. Desejava tornar o Brasil um país que se orgulhasse de suas diferenças como marca de superioridade. A miscigenação em larga escala no Brasil, que no passado fora vista como um empecilho ao progresso e motivo de vergonha, torna-se um desafio para o pensamento de Freyre (Skidmore, 1994). Seu projeto foi buscar, no mar de contradições, violências e antagonismos próprios do desenvolvimento do "novo mundo", o que era *ser brasileiro*, isto é, tornar aquilo que era visto como vergonha em motivo de orgulho e identidade.

Freyre num processo de auto-reflexão afirma seus estudos nos Estados Unidos da América com o Professor Franz Boas o dera o

distanciamento necessário para observar o vigor da cultura brasileira: "Boas que me revelou o negro e o mulato no seu justo valor –separados dos traços de raça os efeitos do ambiente da experiência cultural" (Freyre, 1992: xivii). Assim, a separação entre raça e cultura fora uma ferramenta que herdara de Franz Boas para melhor entender seu país e sua cultura. A iluminação teórica conseguida nos Estados Unidos o fez entender, por comparação, que a miscigenação em larga escala e sua aceitação era uma das marcas da vigorosa experiência cultural que aqui se havia instalado. A tensão racial nos Estados Unidos era, provavelmente, pensada como um elemento que poderia destruir, no futuro, a unidade daquela próspera e invejada nação. A raça se torna no pensamento de Freyre produto do meio ambiente, do sistema alimentar e educacional, e não uma predisposição genética que pode ser qualificada como inferior ou negativa.

A construção da nação deveria partir das tradições culturais ao invés de raças. Nessa tese, Freyre (1992) apoia-se em Spengler quando afirma ser impossível transportar uma raça de um continente ao outro, o que demandaria levar a raça com seu meio físico. Os imigrantes, ao se instalarem em um outro meio físico, diverso daquele de origem, buscam novas adaptações, ainda que, forçosamente, desejem "recriar o meio de origem". O sistema de alimentação é uma das adaptações que teriam importância no processo de "diferenciação dos traços físicos e mentais dos descendentes de imigrantes". De fato, Freyre que marcar, tal como alguns de nossos higienistas no início do século, que os problemas do Brasil não eram decorrentes da raça, no sentido biológico e sim da falta de condições sanitárias e educacionais (Hochman, 1993). Contudo, apesar dos problemas contingentes, o vigor da cultural do Brasil decorreria justamente do encontro das diferentes de tradições culturais, das etnias, que aqui se acomodaram, conciliaram e formaram unidade. Diversidade, conflitos e contradições jamais são vistos como empecilhos, tal como numa perspectiva de uma sociologia do conflito. Observe no trecho a seguir como funciona o seu raciocínio frente aos antagonismos:

> "[A] tradição conservadora no Brasil sempre se tem sustentado do sadismo do mando, disfarçado em "Princípio de Autoridade" ou "defesa da ordem". Entre essas duas místicas –a da Ordem e a da Liberdade, a da Autoridade e a política, precocemente saída do regime de senhores e escravos. Na verdade, o equilíbrio continua a ser entre as realidades tradicionais e profundas: sadistas e masoquistas, senhores e escravos, doutores e analfabetos, indivíduos de cultura predominantemente européia e outros de cultura predominantemente africana e ameríndia. E não sem certas vantagens: as de uma dualidade não de todo prejudicial à nossa cultura em

formação, enriquecida de um lado pela espontaneidade, pelo frescor da imaginação e emoção do grande número e, de outro lado, pelo contato, através das elites, com a ciência, com a técnica e com o pensamento adiantado da Europa. Talvez em parte alguma se esteja verificando com igual liberalidade o encontro, a intercomunicação e até a fusão harmoniosa de tradições diversas, ou antes, antagônicas, de cultura, como no Brasil. É verdade que o vácuo entre os dois extremos ainda é enorme; e deficiente a muitos respeitos entre a intercomunicação entre duas tradições de cultura. Mas não se pode acusar de rígido, nem de falta de mobilidade vertical –como diria Sorokin– o regime brasileiro, em vários sentidos sociais é um dos mais democráticos, flexíveis e plásticos" (Freyre, 1992: 52)

Os antagonismos culturais, os vácuos entre diferentes tradições, são vistos como motivos de esperança sobre o futuro do Brasil, pois, para Freyre aqui havia se instalado um modo cultural flexível de lidar com essas contradições. Escravidão, violência, confraternização e miscigenação não são dados vistos sob um ponto de vista moral, mas apenas como elementos para pensar a continuidade do processo cultural e, consequentemente, o seu produto (Freyre, 1978). Freyre talvez pensasse o Brasil sartreanamente: o passado não deveria ser julgado; contudo, deveria se saber o que fazer com a herança dele no presente. Logo, sua preocupação foi pensar o que era ser brasileiro a partir da desintegração da família tutelar (ou patriarcal), com tudo que tinha de positivo ou negativo. Isto tornaria a mestiçagem, antes vista como empecilho ao progresso e gerada pela imoralidade do colonizador, simplesmente um dado que deveria ser equacionado e ter seus efeitos observados.

Freyre discorda da crença de que a mestiçagem e o peso do negro impediriam o desenvolvimento do país, tomando como contra-exemplo os Estados Unidos. Sua experiência com Estados Unidos dos anos 20, por ter uma política hostil e violenta em relação aos negros no sul, tornou-se uma referência para pensar positivamente as relações raciais no Brasil. O parâmetro comparativo para Freyre era sua experiência de jamais ter presenciado a mesma hostilidade e violência contra os negros que observou nos Estados Unidos. Aqui em nossa terra, a contemporização dos antagonismos teria criado um clima de maior tolerância, que auxiliaria o processo de democratização e de construção da unidade em torno da nação. O fantasma da desagregação norte-americana, pela intolerância racial, era uma imagem partilhada com os intelectuais brasileiros de sua geração que fornecia esperança para o futuro do Brasil. Os Estados Unidos, por suas semelhanças continentais

e por ser uma jovem nação, sempre fora tomado como referência, por intelectuais brasileiros, para identificar os motivos de atraso do Brasil (Skidmore, 1994).

A mestiçagem nos Estados Unidos teria também ocorrido –para Freyre a violência sexual é própria dos regimes escravocratas–, tendo sido, contudo, as relações sociais, familiares interétnicas fortemente reprimida pelas características do puritanismo da sociedade norte americana. No Brasil a convivência com a prole mestiça se deu de forma diferente justamente pelas características adaptativas e culturais da colonização portuguesa. Nos Estados Unidos, o sistema de classificação era assumidamente birracial: branco ou preto; isto significava que o mestiço era classificado como negro. Não existia a figura do mestiço (mulato ou *colored*). Isto é, ainda que as características fenotípicas de um mestiço fossem bem próximas da 'raça branca', este seria classificado como negro, pois, a "hipodescência" determinava a raça e justiçava a separação social. Tal separação entre brancos e negros foi legitimada legalmente, na medida em que o casamento inter-racial foi proibido por lei até meados do século XX em vários estados norte-americanos (Skidmore, 1976; 1994).

Freyre não descrevia apenas uma imagem idílica das relações raciais no Brasil (descreveu racismo, preconceito e violência sexual), contudo, sua esperança advinha da singularidade com que os portugueses contemporizaram os antagonismos raciais e culturais. Esse tema aparece descrito explicitamente em CG&S, SM e *Ordem e Progresso*. A não-repressão legal aos casamentos inter-raciais, a flexibilidade e o gosto do português pela mulher de pele morena (que vinha da história dos relacionamentos na Península Ibérica), além da inferioridade numérica de mulheres portuguesas no Brasil, teria feito da miscigenação um fator de contemporização de antagonismos e de aplainamento de tensões. Esses são alguns dos mecanismos culturais que para Freyre explicariam a positividade da miscigenação que se instalou no Brasil.

A contemporização de antagonismos acabou por tornar-se um modelo para pensar a formação social brasileira. Assim, o rígido e disciplinado futebol dos anglo-saxões teria sido amolecido ou arredondado seu estilo na plástica cultura brasileira. Mas quais antagonismos se equilibram, especificamente, no futebol? O problema é que este modelo se torna heurístico para pensar qualquer manifestação cultural no Brasil, sem que muitas vezes se demonstre onde estaria o equilíbrio de antagonismos. A sombra deste tipo de explicação transforma-se em pura construção de identidade ou mito quando os mecanismos não são explicados (Elster, 1994).

A nova cultura que aqui se instalou, reuniu o diverso, o múltiplo, o antagônico em todos os espaços sociais (da culinária, passando pela

política ao futebol). O futebol, assim, teria tornado-se parte dessa cultura híbrida. O brasileiro, no futebol e em outros espaços sociais, é visto como astucioso, manhoso, hábil, ligeiro, isto é, diante da adversidade dá um *pitu,* como foi descrito por Freyre sobre a Copa de 38. Na busca das singularidades, nosso autor inventa, ou apenas reforça, a intuição popular de que "alguma coisa de dança ou capoeiragem" existia no futebol jogado pelos brasileiros. Sugere uma espécie de semelhança estética entre futebol, samba e capoeira. Contudo, observe-se que a sugestão se torna, tanto no discurso popular quanto no acad6emico, uma 'verdade' que se confunde a 'essência' ou a naturalização da cultura brasileira.

Faz-se necessário realizar uma digressão no sentido de esclarecer a essencialização da cultura. Observe-se que DaMatta apresenta certa semelhança ou continuidade do tipo de tradição que tem em Freyre um dos seus representantes centrais:

> "É sabido no Brasil que o futebol nativo tem no jogo de cintura; ou seja, malícia e *malandragem***,** elementos inexistentes no futebol estrangeiro, sobretudo europeu, um futebol fundado na força física, capacidade muscular, falta de improvisação e de controle individual de bola dos jogadores. Em contraste com o futebol brasileiro, que existe essa improvisação e "jogo de cintura", o futebol na Europa surge como uma variante "quadrada" e autoritária da prática do mesmo esporte.(...) Na malandragem, como no "jogo de cintura", estamos nos referindo a um modo de defesa autenticamente brasileiro, que consiste em deixar a força adversa passar, (...)Em vez de enfrentar o adversário de frente, diretamente, é sempre preferível livrar-se dele com um bom movimento de corpo, enganando de modo inapelável. O bom jogador de futebol e o político sagaz sabem que a regra de ouro do universo social brasileiro consiste precisamente em saber sair-se bem" (1982: 28).

DaMatta parece que por vontade de marcar as singularidades acaba, por deslize da pena, por confundir a análise com a construção da própria identidade. De analista transforma-se em construtor e divulgador do Brasil 'imaginado', para usar um termo divulgado por Bendict Anderson. Destaquemos que o texto de Freyre, citado anteriormente, sobre o sucesso do futebol brasileiro na Copa de 38 foi escrito para um jornal e é um texto de militância de alguém afinado com a construção e afirmação da identidade nacional. Freyre é analista e construtor. O texto de DaMatta (1982), apesar de ser um texto acadêmico, apresenta muitas

semelhanças com o de Freyre mesmo tendo a distância temporal e ideológica. Penso que reflexões epistemológicas sobre o tema da identidade devem fazer parte de nossas preocupações, sobretudo, quando as ciências sociais apresentam continuidade e indiferenciação dos discursos produzidos por mediadores culturais (intelectuais militantes, imprensa etc.) e pelos homens comuns. Não é o papel das ciências sociais afirmar identidades nacionais, regionais, clubísticas ou outras de qualquer natureza, pois, seu papel é interpretar, analisar e explicitar os mecanismos dos processos de construção de identidades.

Freyre é um intelectual militante lutando pela valorização do popular e da cultura mestiça, assim sua reflexão perde o distanciamento necessário quando o objetivo é demonstrar o valor e o vigor cultural da parte do Brasil, da parte negra e mestiça, que antes era vista como inferior. A mestiçagem e o encontro das diferentes etnias se torna um motivo de orgulho, seja no futebol, no samba, na culinária, na política ou em qualquer espaço social. O futebol, como visto sobre a Copa de 38, teria sido apropriado por nossa cultura híbrida e mestiça. Essa visão é reforçada por Freyre quando escreve o prefácio da primeira edição do *O negro no futebol brasileiro.*

O prefácio escrito para *O Negro no futebol brasileiro*

No prefácio, o mérito que Freyre confere a Mário Filho poderia ser pensado com uma espécie de orgulho do criador de imagem do Brasil que se refletia em vários espaços e também nas páginas do *O negro no futebol brasileiro*. O elogio, assim, seria do 'mestre' ao 'discípulo Mário Filho' que assumia, ao seu próprio estilo, a mesma empreitada de construir uma imagem positiva do Brasil. Freyre buscava em todas as expressões, detalhes e produtos da cultura a afirmação das singularidades do Brasil, Mário Filho, construiu semelhante olhar sobre o futebol, sobretudo pela influência do negro que teria transformado o futebol anglo-saxão em brasileiro.

Futebol, metrópole, urbanização são marcas de um estilo de vida que certamente, para Freyre, representariam um processo de continuidade-descontinuidade da desintegração do sistema patriarcal. Não foi à toa que Freyre escreveu, no prefácio, que *O negro no futebol brasileiro* descrevia o Brasil na sua fase de transição predominantemente urbana, tanto do ponto de vista cultural quanto do social.

> "O futebol teria numa sociedade como a brasileira, em grande parte formada de elementos primitivos em sua cultura, (...) tomasse aqui o caráter particularmente que tomou (...). O desenvolvimento do futebol, não num

esporte igual aos outros, mas numa verdadeira instituição brasileira, tornou possível a sublimação de vários elementos irracionais de nossa formação social e de cultura" (Freyre, 1947: 10)

Freyre está expressando pontos de vista que estão em suas principais obras, a saber: *Casa Grande & Senzala* e *Sobrados e Mucambos*. A singularidade, visualizada, intuída ou simplesmente inventada, talvez possa ser encarada pelo fato do futebol parecer condensar simbolicamente aqueles elementos que Freyre entende como cultura vigorosa. Pode-se dizer que o pensamento freyreano pensa a uniformidade, a totalização de padrões, como exemplo de cultura árida e pouco fértil. É por esta razão que Freyre ataca, em *Sobrados e mucambos,* o processo de reeuropeização da sociedade brasileira como uma imposição de padrão no início do Séc. XIX. A monocultura latifundiária e escravocrata, em *Casa Grande & Senzala*, também é vista como um dos males sociais, pela uniformidade e pela devastação que causou na vegetação natural para obtenção do lucro fácil. Um dos efeitos da monocultura seria o "analfabetismo" rápido das novas gerações, que não conheciam sequer o nome das espécies locais (Freyre, 1992). Pode-se, com esses exemplos, entender que a diversidade dá movimento tanto à natureza quanto à cultura no pensamento freyreano. Daí decorre o valor e o vigor dado a miscigenação que teria se ocorrido racial e culturalmente no Brasil e em todas as expressões da cultura.

A "sublimação de vários elementos irracionais de nossa formação cultural" aponta para o lado positivo da reeuropeização, isto é, tal processo civilizou a sociedade brasileira. O futebol, assim, seria um destes elementos civilizadores, na linguagem freudiana, utilizada por Freyre, que ter-se-ia tornado:

"o meio de expressão, moral e socialmente aprovado pela nossa gente –pelo Governo, pela Igreja, pela Opinião Pública, pelo Belo Sexo, pela Imprensa– de energias psíquicas e de impulsos irracionais que sem o desenvolvimento do futebol –ou de algum equivalente de futebol– na verdadeira instituição nacional que é hoje, entre nós, teriam provavelmente assumido formas de expressão violentamente contrárias à moralidade dominante em nosso meio. O cangaceirismo teria provavelmente evoluído para um gangsterismo urbano, com São Paulo degradada numa sub-Chicago de Al Capones ítalo-brasileiros. A capoeiragem, livre de Sampaio Ferraz, teria, provavelmente voltado a enfrentar a polícia das cidades sob a forma de conflitos mais sérios que os antigos valentes dos morros e guardas-civis das avenidas, agora

asfaltadas. O samba teria se conservado tão particularmente primitivo, africano, irracional que suas modernas estilizações seriam desconhecidas, com prejuízo para nossa cultura e para seu vigor híbrido. A malandragem também teria se conservado inteiramente um mal ou uma inconveniência" (Freyre, 1947: s/p).

O Brasil se definiria como nação em processo de formação, no encontro de raças e de diversas tradições culturais, por vezes, antagônicas, que se acomodaram e aprenderam a viver em equilíbrio. Foi este processo que Freyre resolvera descrever com seus trabalhos, e o futebol seria apenas um dos elementos laterais do processo de reeuropeização que fora acomodado ou amolecido na cultura brasileira. Em outros termos, poder-se-ia dizer que Freyre está sentenciando que não existe cultura pura ou sem influência. No entanto, sua intenção é apontar para a singularidade dos arranjos culturais que aqui se formaram.

"A capoeiragem e o samba, por exemplo, estão presentes de tal forma no estilo brasileiro de jogar futebol que um jogador um tanto álgido como Domingos, admirável em seu modo de jogar mas quase sem floreios –os floreios barrocos tão do gosto brasileiro– um crítico da argúcia de Mário Filho pode dizer que ele está para o nosso futebol como Machado de Assis para nossa literatura, isto é, na situação de uma espécie de inglês desgarrado entre tropicais. Em moderna linguagem sociológica, na situação de um apolíneo entre dionisíacos. O que não quer dizer que deixe de haver alguma coisa concentradamente brasileiro no jogo de Domingos como existe alguma coisa de concentradamente brasileiro na literatura de Machado. Apenas há num e noutro um domínio sobre si mesmos que só os clássicos –que são, por definição, apolíneos– possuem de modo absoluto ou quase absoluto, em contraste com os românticos mais livremente criadores. Mas vá alguém estudar o fundo de Domingos ou a literatura de Machado que encontrará decerto nas raízes de cada um, dando-lhes autenticidade, um pouco de samba, um pouco de molecagem baiana e até um pouco de capoeiragem pernambucana ou malandragem carioca. Com esses resíduos é que o futebol brasileiro afastou-se do bem ordenado original britânico para tornar-se a dança cheia de surpresas irracionais e de variações dionisíacas que é. A dança dançada baianamente por um Leônidas; e por um Domingos, com uma

> impassibilidade que talvez acuse sugestões ou influências ameríndias sobre sua personalidade ou sua formação. Mas, de qualquer modo, dança" (Freyre, 1947: s/p).

A associação que Mário Filho realiza em seu texto entre futebol e literatura foi tomada por Freyre para reforçar sua noção de acomodação e de equilíbrio de antagonismos. O futebol de Domingos e a literatura de Machado seriam marcados fortemente pela influência inglesa, embora, se estudados ou olhados com atenção se "encontrará decerto nas raízes de cada um (...), um pouco de samba, um pouco de molecagem baiana e até um pouco de capoeiragem pernambucana ou malandragem carioca" (Freyre, 1947: s/p). A cultura brasileira poderia ser representada por Machado de Assis e Domingos da Guia, onde as marcas apolíneas se combinam com a expressão dionisíaca das tradições afro-brasileiras. Este foi o modelo criado por Freyre para entender a sociedade brasileira, cuja singularidade estaria nesta forma de conciliar o diverso, o múltiplo e o antagônico.

Freyre diz que nas páginas de Mário Filho poder-se-ia achar o conflito de duas forças, que adjetivaria como imensas, presentes no comportamento ou na vida dos brasileiros: a irracionalidade e a racionalidade, a oposição entre Apolo e Dionísio. Forças que derivariam do tipo de formação singular "de uma sociedade híbrida, mestiça, cheia de raízes ameríndias e africanas e não apenas européias" (Freyre, 1947: s/p). A diversidade de tradições formaria um verdadeiro "vigor híbrido", nas palavras de Freyre, que se acomodaria garantindo o equilíbrio e a unidade da nação.

Façamos uma pequena digressão: qual é a noção de cultura no pensamento freyreano? Pode-se dizer que Freyre possui uma dialética própria para entender os antagonismos e conflitos no Brasil. Não seria uma dialética segundo a qual, dos antagonismos culturais, raciais e de classe, surgiria uma síntese ou uma superação no sentido marxista. Não seria nesses termos que Freyre pensaria os antagonismos, pois eles jamais seriam superados, mas apenas aplainados e conciliados na formação cultural dos trópicos. O vigor cultural é produto do conflito, onde o racional é obrigado a conviver com as forças irracionais, o primitivo com o civilizado, o escravo com o senhor, a natureza com a cultura e Apolo com Dionísio, isto é, em um saudável estado de tensão. Conflito que nunca resulta em exclusão, mas na manutenção do antagônico, gerando ambigüidade e contradições permanentes. É nesta manutenção que se forma um equilíbrio entre os diversos antagonismos, que formariam uma cultura que guardaria as diferentes "essências, naturezas ou tradições".

O futebol, tal como o samba, seria expressão da cultura. Para Freyre, os contornos apolíneos do esporte bretão teriam se fundido com elementos primitivos do samba. O processo inverso também teria ocorrido com o samba. O samba só se tornou expressão da cultura brasileira pela presença do branco ou das diferentes etnias que formaram a nação, pois, caso fosse o contrário "teria se conservado tão particularmente primitivo, africano, que suas modernas estilizações seriam desconhecidas, com o prejuízo para nossa cultura e para o seu valor híbrido" (Freyre, 1947: s/p). Aqui fica evidente que o samba seria fruto das diferentes tradições que se condensaram neste gênero musical. O vigor da cultura para Freyre vem da mútua influência ou da circularidade entre o popular e o erudito, entre classes, entre brancos, índios, negros e mestiços. Segundo Vianna (1995), o samba como expressão da música nacional é uma das tradições inventadas que o próprio Freyre e outros intelectuais da sua época ajudaram a inventar.

A modo de conclusão

A invenção do povo, da cultura, de uma ancestralidade comum, a unificação língua e institucionalização de rituais nacionais, entre outros, foram poderosos instrumentos de eficácia simbólica na afirmação das nações (Hobsbawm, 1990). No Brasil, o processo de invenção da nação ou das singularidades de nosso povo (miscigenação, samba, futebol, culinária etc.) vem de uma tradição iniciada por Varnhagen em 1850 e que vai ter em Freyre e nos anos trinta a mais forte expressão desses sentimentos (Reis, 1999). É, portanto, importante que retomemos Freyre para refletirmos sobre boa parte da historiografia e das análises sociológicas do futebol brasileiro, reconhecendo que sob a aspiração das novas elaborações encontramos a reiteração dos elementos de uma tradição de interpretação da cultura e da identidade brasileira.

Diante dos argumentos apresentados no decorrer do estudo, podemos afirmar que o futebol, samba capoeira e outros elementos culturais foram e ainda são tratados como expressões de identidade brasileira. O problema epistemológico que se coloca é até que ponto nossas análises sociológicas ainda se confundem com o processo de afirmação de identidades nacionais num mundo onde esse 'sentimento coletivo' se perde e se fraciona diante dos novos arranjos econômicos e culturais. Ainda faz sentido pensar a nação e nacionalidade com as ferramentas conceituais que possuímos? Esse problema merece atenção em nossos futuros investimentos em nossa comunidade.

Bibliografia

Bastide, Roger 1987 (1953) "Apresentação de Gilberto Freyre", in *Folhetim Gilberto Freyre da Folha de São Paulo (1900-1987)* (São Paulo) 24 de julho.

DaMatta, Roberto 1982 "Esporte na sociedade: um ensaio sobre o futebol brasileiro", in DaMatta, Roberto (org.) *Universo do Futebol: esporte e sociedade brasileira* (Rio de Janeiro: Pinakotheke).

Elster, Jon 1994 *Peças e engrenagens das ciências sociais* (Rio de Janeiro: Relume-Dumará).

Freyre, Gilberto 1945 *Brazil: an interpretation* (N. Iorque).

Freyre, Gilberto 1947 "Prefácio", in Rodrigues Filho, Mário *O negro no futebol brasileiro* (Rio de Janeiro: Irmãos Pongetti Editores).

Freyre, Gilberto 1978 *Prefácios desgarrados* (Rio de Janeiro: Cátedra-INL).

Freyre, Gilberto 1981 (1936) *Sobrados e mucambos: decadência do patriarcado rural e desenvolvimento do urbano* (Rio de Janeiro: J. Olympio) Vol. I e II.

Freyre, Gilberto 1987 *Vida, forma e cor* (Rio de Janeiro: Record).

Freyre, Gilberto 1992 *Casa grande & senzala: formação da família brasileira sob o regime da economia patriarcal* (Rio de Janeiro: Record).

Gordon Jr., C. 1995 "História social dos negros no futebol brasileiro", in *Pesquisa de Campo/Revista do Núcleo de Sociologia do Futebol* (Rio de Janeiro: Dep. Cultural, UERJ) N° 2.

Hobsbawm, Eric 1990 *Nações e nacionalismos desde 1780: programa, mito e realidade* (Rio de Janeiro: Paz e Terra).

Hochman, Gilberto 1993 "Regulando os efeitos da interdependência: sobre as relações entre saúde pública e construção do Estado (Brasil 1910-1930)", in *Estudos Históricos. Os anos 20* (Rio de Janeiro: Editora da Fundação Getúlio Vargas) Vol. 6, N° 11.

Jardim, Luís s/f "Prefácio", in Freyre, Gilberto *Artigos de jornal* (Recife: Edições Mozart).

Leite Lopes, José S. 1994 “A vitória do futebol que incorporou a pelada”, in *Revista da USP, Dossiê Futebol* (São Paulo: USP) N° 22, Jun-Ago.

Lins do Rego, José 1943 “Prefácio: a biografia de uma vitória”, in Rodrigues Filho, Mário *Copa Rio Branco* (Rio de Janeiro: Irmãos Pongetti Editores).

Murad, Maurício 1994 *Corpo, magia e alienação -o negro no futebol brasileiro: por uma interpretação sociológica do corpo como representação social* (Rio de Janeiro: Departamento Cultural, UERJ) Pesquisa de Campo N° 0.

Negreiros, Plínio J. L. C. 1998 “Construindo a nação: futebol nos anos trinta e quarenta”, en *Motus Corporis* (Rio de Janeiro: Universidade Gama Filho) Vol. 1.

Reis, José C. 1999 *As identidades do Brasil: de Varnhagen a FH*C (Rio de Janeiro; FGV).

Rodrigues Filho, Mário 1943 *Copa Rio Branco 32* (Rio de Janeiro: Irmãos Pongetti Editores).

Rodrigues Filho, Mário 1947 *O negro no foo-ball brasileiro* (Rio de Janeiro: Irmãos Pongetti Editores).

Rodrigues Filho, Mário 1964 *O negro no futebol brasileiro* (Rio de Janeiro: Civilização Brasileira).

Santos, Joel. R. 1981 *História política do futebol brasileiro* (São Paulo: Brasiliense).

Skidmore, Thomas 1976 *Preto no branco* (Rio de Janeiro: Paz e Terra).

Skidmore, Thomas 1994 *O Brasil visto de fora* (Rio de Janeiro: Paz e Terra).

Soares, Antonio J. 1994 *Malandragem, futebol e identidade* (Vitória: UFES-SPDC).

Soares, Antonio J. 1999 “História e a invenção de tradições no campo do futebol”, in *Estudos Históricos* (Rio de Janeiro: FGV-CPDOC) Vol. 13, N° 23.

Vianna, Hermano 1995 *O mistério do samba* (Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed.).

Nota

** Professor e pesquisador UGF-BRA.*

Cultura, identidades, subjetividades y estereotipos: preguntas generales y apuntes específicos en el caso del fútbol uruguayo

Rafael Bayce*

Introducción y preguntas generales

Por más fértiles y pertinentes que hayan sido los conceptos de Benedict Anderson, Víctor Turner y Clifford Geertz en su aplicación al fútbol, y por más interesante que haya sido a partir de Roberto da Matta la contribución de la literatura brasileña en esa línea, nos proponemos reivindicar la pionera fermentalidad de Émile Durkheim para estos análisis que nos ocupan.

En efecto, es imprescindible el énfasis puesto por él tanto en la intrínsecamente dual constitución de la realidad en un sentido contrario a los monismos espiritualista y materialista decimonónicos –"consisten (los hechos sociales) en representaciones y acciones", como en la taxonomía de "maneras de hacer, pensar y sentir" (Durkheim, 1970); en el análisis de la constitución empírica interactiva de las 'representaciones colectivas' (1911); en la caracterización de las representaciones religiosas como formas elementales de las colectivas; en su revolucionaria definición del fenómeno religioso como indisolublemente integrado por el sistema de creencias y el ritual (Durkheim, 1898).

Tres cortas citas de Durkheim impostan suficientemente bien su abordaje pionero y su relevancia para nuestra temática:

> "El culto no es simplemente un sistema de signos por los cuales la fe se traduce hacia fuera: es la colección de medios por los cuales ella se crea y se recrea periódicamente" (1912).

> "Una sociedad no puede crearse ni recrearse sin, al mismo tiempo, crear el ideal. Esta creación no es para ella una especie de acto de supererogación, por el cual se completaría, una vez formada; es el acto por el cual se hace y se rehace periódicamente. (...) La sociedad ideal no está fuera de la sociedad real: forma parte de ella. Bien lejos de estar dividida entre ellas como entre dos polos que se rechazan, no podemos estar en una sin estar en la otra. Pues una sociedad no está simplemente constituida por la masa de individuos que la componen, por el suelo que ocupan, por las cosas de que se sirven, por los movimientos que efectúan sino, ante todo, por la idea que se hace de sí misma" (1912).

> "No puede haber sociedad que no sienta la necesidad de mantener y reafirmar, a intervalos regulares, los sentimientos colectivos y las ideas colectivas que constituyen su unidad y su personalidad. Pues bien, esta refacción moral no puede obtenerse sino por medio de reuniones, de asambleas, de congregaciones donde los individuos, estrechamente próximos los unos de los otros, reafirman en común sus sentimientos comunes; de allí las ceremonias que, por su objeto, por los resultados que producen, por los procedimientos que emplean, no difieren en naturaleza de las ceremonias propiamente religiosas. ¿Qué diferencia esencial hay entre una asamblea de cristianos celebrando las fechas principales de la vida de Cristo, de judíos festejando la salida de Egipto o la promulgación del decálogo, y una reunión de ciudadanos conmemorando la institución de una nueva constitución moral o algún gran acontecimiento de la vida nacional?" (1912).

Diríamos nosotros: ¿qué diferencia esencial, como ritual religioso, tienen hechos narrativamente construidos, discursivamente resignificados, comunicacionalmente encodificados tales como la clasificación de Costa Rica para el Mundial de Fútbol de Italia, su pasaje a la segunda ronda y su clasificación en el decimotercer puesto en el mundo, los triunfos olímpicos de Uruguay en 1924 y 1928, el del Mundial de 1930 y del Sudamericano de Santa Beatriz de 1935, y el Mundial de

1950 en Maracaná, el logro del bicampeonato mundial argentino en 1986, y la consecución del tetracampeonato mundial brasileño en 1994?

Ciertamente que los conceptos de Talcott Parsons de "cuasi-religión" (1967) y de su discípulo Robert Bellah de "religión civil" (1964) nos proveen de matices fértiles también. Pero su impronta genial abre paso a contribuciones tan fermentales como las más recientemente recordadas y utilizadas de Anderson, Turner y Geertz.

Acabamos de asistir a uno de los rituales más significativos de nuestra civilización actual, los Juegos Olímpicos de 2000, ritual a través del cual el mundo intenta verse a sí mismo como una unidad a pesar de las nacionalidades y a partir de su integración por la competición, la premiación, los desfiles, las celebraciones, los éxitos y las derrotas, las sorpresas y los dramas. Es el gran espectáculo massmediático de una sociedad de consumo que se idealiza pura y que exorciza sus demonios a través de la lucha contra el doping.

¿Qué rituales construyen las autoimágenes colectivas y qué papel juegan los rituales futbolísticos? No sólo los partidos como juegos deportivos, sino también las hinchadas, la cobertura massmediática, los equipos como encarnaciones de solidaridades y rivalidades, los jugadores como ídolos, héroes y modelos de rol, los periodistas como narradores épicos populares, como "constructores de la tradición", como coautores de leyendas y mitos fundantes, como responsables de la mitopoiesis y de su sustentación, como interpretantes de nuevos hechos, como resignificadores.

Esos rituales de constitución, refacción y, a veces, desmoronamiento de autoestima y autoimágenes son, sin embargo, muchas veces, el producto de una narración y de discursos impuestos massmediáticamente desde elaboraciones de heteroimágenes, más o menos aceptadas o más o menos resistidas en la construcción de las subjetividades y de las identidades.

El ya clásico libro de Said (1990) nos informa la lejanía que la idea de lo "oriental" de los occidentales tiene respecto a la autoimagen que los orientales tienen de sí mismos. Un artículo de Bayce (1994) puntualiza cómo a partir de la elaboración hollywoodense de la figura de la cantante y bailarina Carmen Miranda y del personaje de *cartoon* Zé Carioca (loro auriverde de sombrero de paja "Chevalier", saco colorido y bastón) se elabora una "heteroimagen" del Brasil que lo beneficia turísticamente y que, de algún modo, su clase media playera introyecta. Pero desde hace treinta años la narrativa y la ensayística (por ejemplo, de Guimaraes Rosa, Amado, Freyre) han sido sucedidas por una creatividad musical sincrética y culturalmente voraz (Caetano Veloso, Gilberto Gil) que ha sido temáticamente acompañada por una negativa a aceptar como

autoimagen esa heteroimagen hollywoodense. A ella han sobrepuesto una nueva autoimagen exportable de la que son mojones conocidos los filmes "Bye Bye Brasil", "Pixote" y "Central del Brasil", que rechazan la simplificación del estereotipo hollywoodense por falso y empobrecedor de la riqueza cultural brasileña. La fascinación que la música, la danza, la literatura, el deporte y el cine brasileños ejercieron en el mundo cultural urbano occidental autoriza la aparición de un estereotipo alternativo y sucesor del de Carmen Miranda/Zé Carioca: Brasil, laboratorio sociocultural del futuro.

A un estereotipo se sucederá otro. Desde Max Weber (1985) y, más claramente, desde Berger y Luckmann (1967), sabemos que construimos nuestras cogniciones por tipificación y que en esa reducción de complejidad para la interacción intersubjetiva comunicativa las autoimágenes se proyectan en heteroimágenes y éstas se introyectan en autoimágenes, en una rica ritualidad sociocultural de variados resultados dependientes de la fuerza simbólica de los elementos en interacción sociodinámica.

Desde Todorov (1988) y Grudzinski (1996) sabemos que las heteroimágenes no se imponen impune ni totalmente –aunque estén apoyadas por la fuerza física– a las autoimágenes, y que éstas erosionan e influyen también en las coyunturalmente hegemónicas. Linton nos ha mostrado cómo son las variadas resistencias a la imposición de normas heterónomamente impuestas a raíz del contacto cultural.

¿Qué preguntas generales y qué apuntes específicos podemos formular sobre esa base conceptual respecto del fútbol uruguayo (y quizá también del de otros países)?

1 ¿En qué medida, y cómo, autoimágenes, heteroimágenes y sus interacciones y transformaciones constituyen las identidades y subjetividades en el fútbol?

2 ¿Qué grado de correspondencia puede descubrirse entre los rasgos identitarios de las comunidades (país, región, barrio, vecindario) y los de los equipos en ellas nacidos y que las representan?

3 Los rasgos futbolísticos, ¿pueden deducirse de los rasgos comunitarios?

4 ¿Hasta qué punto son capaces los hechos deportivos y futbolísticos de contribuir a las representaciones colectivas macrosocietales?

5 ¿Cómo se construyen intergeneracionalmente esas representaciones colectivas? ¿Cómo se inventa, trasmite y transforma la tradición simbólica en el caso del fútbol? Pensemos,

nuevamente, no sólo en naciones, sino en regiones, barrios, equipos específicos cuyas representaciones colectivas alimentan y son alimentadas por las futbolísticas.

Algunos apuntes específicos sobre el fútbol uruguayo respecto a esas preguntas

Sobre la pregunta 1 supra

Decía César Luis Menotti (jugador del seleccionado argentino y director técnico del equipo campeón mundial de 1978) que los jugadores juegan de acuerdo con la idiosincracia de sus países, y que los sudamericanos juegan con la improvisación que caracteriza a la extracción pobre de la mayoría de sus jugadores, que deben "inventar" cotidianamente para subsistir, que no pueden confiar en su dotación física natural sino en su habilidad técnica e ingenio táctico.

Así también decía que la tropicalidad brasileña impulsaba el juego creativo y lúdico de aquellos que invierten su vida en la supervivencia pero que cuando pueden jugar desahogan el ludismo refrenado en la lucha diaria. Niños ricos con juguetes que quieren ganar cuando disputan un juego deportivo, pero niños sin juguetes, que luchan el cotidiano y que, cuando pueden, quieren jugar más que ganar. Esos conceptos se extienden también a la mayor proclividad a la violencia entre quienes priorizan el triunfo con respecto a quienes subrayan la diversión.

Pues bien, ¿cuánto hay de cierto en esto? ¿Los estilos futbolísticos de las selecciones nacionales reflejan algún supuesto unánime o a un promedial conjunto de caracteres de los países? ¿Pueden sostenerse esos estereotipos? ¿Hay un fútbol distintivamente sudamericano, tropical, brasileño, rioplatense, uruguayo, argentino? Y a su interior, ¿hay características de Boca Juniors y River Plate, de Peñarol y de Nacional, del Real Madrid o del Barcelona, etc.?

Para los europeos y norteamericanos de los años '20 y '30, según diarios de la época, el fútbol rioplatense era el mejor del mundo, sólo comparable por su juego colectivo al fútbol inglés, apartado de los torneos internacionales en ese entonces.

Para los periodistas rioplatenses de esa misma época la diferencia estaba en una innata capacidad de improvisación frente a la esquemática táctica europea o sajona y su confianza en el potencial físico-atlético por sobre el técnico-táctico. El estereotipo neomítico de la "picardía criolla" o la innata capacidad de improvisación fue una

autoimagen endógenamente generada. Para los europeos, los rioplatenses de entonces eran simplemente mejores, imagen ésta exógenamente generada.

Por esa misma época, los rioplatenses eran igualados por periodistas, técnicos y jueces por la heteroimagen de mejores y por la autoimagen de pícaros improvisadores frente a repetitivos atletas. El neopopulista y neorromántico facilismo pseudolúdico de los escritos de Eduardo Galeano exaspera ese estereotipo construido a partir de una autoimagen que triunfó desde los diarios posteriores a la final de 1930 (y ya, paradigmáticamente, desde el partido en que Argentina goleó a Estados Unidos). Sólo quien nunca jugó en serio y nunca estuvo en un vestuario antes, durante o después de una final puede sostener ese neorromanticismo lúdico como dominante en el fútbol uruguayo.

¿Hay alguna base para esos estereotipos? Alguna hay, pese a que el neorromanticismo sin conocimiento técnico y sin vestuario de Galeano lo exagere: el jugador uruguayo está mucho más obsesionado por ganar que por divertirse. En primer lugar, poblaciones de físicos mayores, con antecedentes de carrera o alistamiento militar prolongados (o con juegos deportivos fuertemente dependientes de cualidades físico-atléticas como el fútbol americano, el béisbol, o el básquetbol) tendieron a confiar más en esos atributos diferenciales. En efecto, en 1928, durante los juegos olímpicos de Amsterdam, los alemanes disponían de dos equipos: mientras que uno era más fuerte, alto y potente físicamente, el otro era más técnico y liviano. Eligieron el primero para jugar la semifinal contra Uruguay y fueron goleados. Estados Unidos confió también en eso en la semifinal de 1930 ante Argentina y también fue goleado.

Esta confianza excesiva en la improvisación y en la técnica tuvo un rotundo desengaño en 1958 cuando Uruguay fue eliminado del Mundial de Suecia 5 a 0 en Asunción y cuando Argentina encajó seis goles a los checos durante ese torneo.

Costó caro el estereotipo generado a partir de una heteroimagen de superioridad técnico-táctica que parecía real y una autoimagen de pícaros improvisadores que relegaban el aspecto físico-atlético.

Es éste uno de los tantos ejemplos de construcción de representaciones colectivas a partir de una mezcla de narrativas épicas periodísticas impuestas como explicaciones diletantes en la opinión pública. La influencia de los *mass-media* no es nueva; siempre construyó el inconsciente colectivo y los estereotipos, creando y combinando autoimágenes y heteroimágenes. Es un apasionante proceso de seguimiento discursivo y narrativo que el Uruguay se debe, tanto desde sus periodistas especializados como desde sus científicos sociales.

En el caso uruguayo, ese estereotipo neorromántico diletante de "pícaros" superiores que ganaban por aptitudes naturales idiosincráticas y que podían dispensar el orden táctico y el esfuerzo de entrenamiento que los menos dotados precisaban, fue un freno importante al gran impulso de desarrollo y difusión del fútbol y a su competitividad futura.

Paradojalmente, otra virtud supuestamente idiosincrática, la "garra charrúa" o "garra celeste", plus de concentración, sobreesfuerzo y competitividad épica en los momentos más difíciles o disputados, será otra virtud especialmente desarrollada como explicación posterior a la de la "picardía criolla" en el momento a partir del cual los triunfos empezaron a costar más que en 1924 y 1928.

Del mismo modo en que en la final mundial de 1930 se pasó de perder 2 a 1 con Argentina en el primer tiempo a ganar 4 a 2, en el Sudamericano de Lima de 1935 un 3 a 0 con algunos jugadores de más de treinta y cinco años fue el "canto del cisne" de la generación gloriosa de quince años. Así como durante el Mundial de 1930 surgieron los contenidos de la "viveza o picardía criolla" rioplatense como virtud supuestamente distintiva, después de 1935 apareció y se impuso la garra "charrúa" o "celeste" como explicación adicional para los triunfos deportivos uruguayos. El triunfo de 2 a 1 sobre Brasil en el Maracaná remontando un 0 a 1 lo confirmó años después.

Veblen decía que era característica de las sociedades arcaicas la excesiva valoración de la proeza. En ese sentido, ganar por ser mejor –como afirmaban los europeos– no significaba proeza; sí lo era ganar con "picardía" sin entrenar como los otros y sin su físico. Lo era también ganar de atrás y en condiciones desfavorables.

Si el estereotipo endogenerado de la "picardía" nos diferenciaba como rioplatenses del resto del mundo en la autoimagen adoptada por la opinión pública desde la épica narrativa periodística, la garra "charrúa" o "celeste" (mientras que los charrúas eran los más famosos e indómitos aborígenes que habitaban el ahora Uruguay, el celeste es el color de la camiseta nacional y uno de los de la bandera) era nuestra "diferencia específica" con los argentinos, más allá de la común picardía que nos distinguía del resto del mundo futbolístico. Esta fue otra autoimagen endogenerada que se exportó con éxito y que contribuyó a nuestro atraso técnico, táctico y de entrenamiento que tan caro costó reconocer y que no terminamos de superar, aunque también es cierto que contribuyó a lograr triunfos importantes en lo deportivo, no sólo futbolísticos.

Sobre la pregunta 2 supra

Pero a pesar de que la picardía y la garra fueron autoimágenes endogeneradas a partir de una épica narrativa periodística introyectada por la opinión pública, esas cualidades en cierto modo tenían antecedentes históricos que hacían verosímil su posesión por parte de los futbolistas y deportistas uruguayos. En efecto, la picardía era una cualidad rastreable en los "gauchos" matreros y libérrimos, en los diversos modos de resistir diplomáticamente el centralismo virreinal bonaerense y en los sucesivos intentos de dominación española, afrancesada, inglesa, bonaerense, portuguesa y brasileña. Asimismo, la "garra" parecía prefigurada en el rechazo a los invasores ingleses, en la epopeya artiguista ("si no tengo soldados pelearé con perros cimarrones") y en la epopeya de la independencia simbolizada en el General Lavalleja y los treinta y tres orientales que iniciaron la liberación del territorio.

Entonces, la autoestima y autoimagen del fútbol uruguayo se originan, más que en indudables y valiosos triunfos internacionales del máximo nivel, en una narrativa épica deportiva que postula la causalidad principal de la picardía y la garra como proezas idiosincráticas, representaciones colectivas constituyentes, mixturas de realidades, leyendas, mitos y explicaciones diletantes. Pero la fuerte credibilidad en esa épica deportiva de picardía y garra no carecía de sustento histórico en la narrativa épica nacional hegemónica. Más bien era profundamente compatible con ella, y quizá fue tan fácilmente adoptada porque parecía una ancestral idiosincrasia nacional manifiesta en el deporte. La patriótica (o patriotera) frase de la época que compendiaba la singularidad superior que el Uruguay creía tener en sus épocas doradas era "como el Uruguay no hay", otra creencia que nos ha hecho mucho mal y que desafortunadamente titula una exposición interactiva de hechos y objetos significativos del Uruguay que se desarrolla actualmente en el Museo Blanes en Montevideo.

Podría rastrearse también la influencia en el inconsciente colectivo futbolístico de la iconografía patriótica de la historia nacional en la pose erguida, de piernas separadas, gesto adusto y brazos cruzados del capitán celeste José Nasazzi desde 1923 (campeón sudamericano) hasta 1935 (también campeón sudamericano, pasando por los títulos olímpicos de 1924 y 1928, el Mundial de 1930 y dos Sudamericanos más). Dicho gesto, arrogante, seguro y autoritario, no era usual en las fotografías de equipos de la época, pero es casi igual al gesto de un famoso cuadro del pintor Blanes que representa al héroe nacional José Artigas (José, como Nasazzi) acaudillando el sitio de Montevideo desde la Ciudadela a principios del siglo XIX.

Hasta aquí hemos visto algunos estereotipos específicos del fútbol uruguayo (garra "charrúa" o "celeste") y otros específicos del fútbol rioplatense (picardía, viveza, improvisación) junto a estereotipos ya no endógenamente generados sino exógenamente atribuidos (habilidad, destreza, mejor juego), respectivamente interpretados como autoimágenes y heteroimágenes. Todas eran representaciones colectivas, generadas desde hechos y narrativas épico-periodísticas que se introyectaron en el imaginario simbólico uruguayo y luego fueron exportadas, con lo que a continuación fueron especialmente reimportadas por el Uruguay como heteroimágenes que reforzaron por importación lo que eran en realidad autoimágenes exportadas.

Sucedió lo que de algún modo sucede con la "opinión pública" luego de los sondeos "científicos" divulgados no siempre fielmente por la prensa. El público pasa a creer que ésa es su opinión, aunque a veces sea realmente una autorreflexión motivada por el sondeo y otras un producto artificial de un sondeo sesgado e imperfectamente científico.

Pero también vimos que los estereotipos futbolísticos exclusivamente uruguayos (garra), tanto como los compartidos con los argentinos en las décadas del '20 y el '30 (picardía, viveza, improvisación), tuvieron un exitoso ingreso en el imaginario simbólico, no sólo por lo que de verdad había en ellos sino quizá también por la verosímil y plausible compatibilidad con una épica nacionalista que se remontaba a la época colonial y que fue reforzada durante el período de la Independencia.

Hasta aquí estamos tipificando a las construcciones de autoimágenes como rasgos culturales o representaciones colectivas expresivas, aunque Geertz en su célebre trabajo sobre las riñas de gallos en Bali nos hizo pensar que la cultura material puede no ser sólo expresiva sino también catártica y hasta proyectiva. Al sugerir apuntes respecto a la pregunta 3 supra integraremos esta sutileza de Geertz.

Sobre la pregunta 3 supra

La pregunta propone el tema de la contribución al imaginario colectivo macrosocietal de las representaciones colectivas (estereotipos, autoimágenes, heteroimágenes y su dinámica interactiva).

El trabajo de Sergio Villena (2000) sobre la influencia de la clasificación del equipo nacional costarricense al Mundial de Italia en 1990, su décimo tercer lugar en él y la significación que esos hechos adquirieron en el imaginario simbólico nacional, nos proveen de un excelente ejemplo para pensar la función y papel que los triunfos futbolísticos (muy superiores a los costarricenses) tuvieron en la

configuración de la autoestima nacional y en la autoimagen deportiva y futbolística uruguayas.

Las conquistas futbolísticas olímpicas de 1924 y 1928 y la mundial de 1930 hicieron conocer al Uruguay en la opinión pública deportiva mundial, con los efectos que un triunfo deportivo tuvo en ese entonces (y más todavía en el futuro) como indicador de "*mens sana in corpore sano*" y como indicador indirecto de buen nivel nutritivo, sanitario y de virtudes morales y corporales. La "Suiza de América", la "Atenas del Plata" era además una especie de David capaz de vencer a Goliats y eso parecía confirmar que "como el Uruguay no hay" y que, como lo pensaba uno de los hacedores del Uruguay moderno (José Batlle y Ordóñez), se podía construir un país modelo que no arrastrara las seculares desigualdades y rivalidades que conspiraban contra la paz y el bienestar en Europa.

Sucesivos triunfos futbolísticos y deportivos parecían ir confirmando esta autoestima por una parte autogenerada, por la otra exogenerada, y especularmente reproducidas ambas en sus ámbitos de reflejo y en las cajas de resonancia internacionales y/o nacionales.

Aunque la pérdida de la "virginidad" futbolística se produjo en el llamado "partido del siglo" (derrota de 4 a 2 en alargue en la semifinal con la célebre "máquina húngara" de Puskas en 1954 en el Mundial de Suiza), la verdadera demolición del orgullo, honor y autoestima nacionales ocurrió cuando Uruguay no calificó para el Mundial de Suecia en 1958, recibiendo un traumático 5 a 0 contra Paraguay en Asunción. Durante ese campeonato, Argentina, aunque clasificó, sufrió un trauma casi semejante, perdiendo 6 a 1 con Checoslovaquia en su serie.

Los gigantes rioplatenses, dominadores durante treinta años o más del panorama futbolístico mundial, son ignominiosa y simultáneamente destronados y ven surgir al Brasil como heredero de los estereotipos futbolísticos y socioculturales de los rioplatenses.

Uruguay inclusive había derrotado a Inglaterra en 1953 en Montevideo en el primer enfrentamiento directo entre el campeón olímpico y mundial y los míticos creadores del fútbol automarginados de los torneos mundiales amateurs y mundiales, y la volvió a derrotar 4 a 2 en el Mundial de Suiza en 1954.

Los estereotipos de "garra" y "picardía" no son negativos intrínsecamente en la medida en que es mejor tener garra que ser frío, indiferente e incapaz de hiperconcentración, sobreesfuerzo en juegos deportivos y en la vida en general. También es mejor ser pícaro y poder sortear obstáculos técnicos, materiales, físicos o corporales mediante el ingenio y el uso sagaz de los recursos que se poseen aunque éstos parezcan a primera vista insuficientes para lograr el objetivo. El personaje homérico Ulises encarna el mito occidental constituyente de la

ingeniosidad para escapar mediante un uso pícaro y sagaz de recursos menores a un destino supuestamente ineluctable a partir de condicionamientos teóricamente superiores como obstáculo.

De modo que no tenemos nada contra la garra ni contra la picardía. Por el contrario. Pero lo que sí negamos es la secundarización de la preparación física, la indiferencia a las novedades tácticas y la miopía al ignorar los progresos técnicos de los países que otrora eran inferiores en esos aspectos. La técnica no es genética ni congénita ni garantizada por el hecho del nacimiento en un país; tampoco es imposible adquirir técnica, sacar ventajas en preparación física y modernizarse tácticamente para neutralizar las antiguas diferencias a favor de los rioplatenses. Y no nos olvidemos de que las juventudes europeas de los años '20 y '50 estaban diezmadas y marcadas por la guerras mundiales. Cuando se recuperaron de esos traumas compensaron con progresos en técnica, táctica y preparación física la ventaja inicial que los rioplatenses habían sacado. Y Brasil también lo hizo. Y África desde la década del '80. Y Asia en los '90.

Sobre la pregunta 4 supra

Pero si la excesiva confianza en esos estereotipos diferenciales autogenerados retrasó al Uruguay en su evolución en aspectos que consideraban innatos y no lo eran, la identificación del orgullo, honor y autoestima nacionales con los triunfos deportivos y, más aún, con los futbolísticos, se convirtió, de un blasón legítimo e indicador potencial de un estado de civilización y desarrollo, en una enfermiza obsesión por triunfar a cualquier precio, confundiendo garra con inescrupulosidad y picardía con sobradora impotencia disfrazada de autosuficiencia despectiva del otro.

Quizá la coyuntura internacional desfavorable y "el ocaso del Estado protobenefactor" condenaron a un Uruguay decadente en su funcionamiento social, en su producción y redistribución económica, en su estabilidad política y en su seguridad cultural, a refugiarse en la nostalgia deportiva victoriosa y en la negación miope y autista del presente para el mantenimiento de la autoestima nacional.

Pese a que algunos triunfos de clubes y de selecciones juveniles mantienen brasas de victoria donde antes hubo llamas, se sigue creyendo infundadamente en la posibilidad de un triunfo "como los de antes", aunque la historia reciente y la opinión pública mundial indiquen claramente la improbabilidad de ese deseo ya desesperadamente obsesivo y autista.

Un ejemplo elocuente de dicha desmesura en la autoevaluación producto de la desesperada necesidad de compensar con triunfos futbolísticos lo proporciona un análisis de Bayce (1986) de una encuesta mundial organizada por Gallup International antes del Mundial de Italia en 1990. En ella se les pregunta a encuestados de treinta y cuatro países (incluidos la mayoría de los participantes en la fase final de dicha Copa y a otros) en qué ubicación piensan que quedará cada uno de los dieciséis finalistas y (en el caso de los países que estaban clasificados) cómo piensa que clasificará su propio país.

Gallup publicó el promedio mundial respecto a la ubicación de cada país y el promedio de la ubicación que cada país le daba a su propio equipo. Yo calculé un cociente entre ambos (ubicación dada al propio país dividido por la ubicación promedialmente dada por el mundo a ese país) como "proxy" de distancia entre autoimagen y heteroimagen, o "coeficiente de irrealidad".

De modo psicológicamente sano y como era esperable, el cociente de todos los países fue mayor que uno. Todos los países pensaban de sí mismos (o bien verbalizaban sus deseos o su incapacidad de expresar lo contrario) mejor que lo que lo hacía promedialmente la opinión pública mundial. Pero la distancia variaba según país. Llamaba la atención el hecho de que España pensase sobre su clasificación seis veces mejor que lo que pensaba el mundo sobre ello. Pues bien, Uruguay pensaba cuarenta y nueve veces mejor de sí mismo que el mundo de Uruguay, distancia ocho veces mayor que la segunda mayor divergencia auto/heteroimagen.

Terminado el torneo, donde Uruguay se ubicó mucho más próximo a la heteroimagen relevada que a su autoimagen, Gallup Uruguay sondeó a la opinión pública nacional sobre los porqués de la pobre performance uruguaya en comparación con la esperanza puesta en ella. Los ítem más comunes eran la parcialidad de los jueces, los errores del entrenador, la ausencia de jugadores que debieron haber sido incluidos más minutos en el juego o en el plantel, errores de planificación de la preparación por los dirigentes, pérdida de amor a la camiseta por jugadores radicados en el exterior con fabulosos sueldos, etc. Los "chivos emisarios" acostumbrados en esos casos. Sin embargo, me llamó la atención que no hubiera respuestas tales como "eran mejores", "fuimos peores", "jugaron mejor que nosotros", "jugamos peor", etc.

Sabía que la fantástica hiperestima inhibiría dichas respuestas, pero nunca hubiera esperado que nadie las manifestara, al menos en proporción minoritaria. Fui a la empresa Gallup y pregunté sobre ello. Esas alternativas de respuesta no figuraban entre los ítems de posibles respuestas. La divergencia autoimagen/heteroimagen ya revelaba obsesión, autismo y desmesura, pero que esas alternativas fueran

consideradas o bien como impensables o bien como desechables desde el punto de vista del análisis y generadores de frecuencias imposibles de cruzar por su baja reiteración nos muestra el grado de obsesivo autismo en la autoimagen futbolística que alcanza a los diseñadores de formularios científicos de sondeo de opinión pública.

Unos veinticinco años antes de este hecho falleció el que fue considerado en las décadas del ‘20 y del ‘30 como el mejor delantero del mundo: el uruguayo Héctor Scarone, *insider* derecho de los equipos de 1923, ‘24, ‘28, ‘26 y ‘30. En sus palabras de despedida frente al féretro en el cementerio, el capitán de todos esos equipos, José Nasazzi, dijo: “éramos jóvenes, éramos ganadores, éramos unidos, creíamos que éramos indestructibles”.

La derrota y la muerte estaban fuera del imaginario simbólico de los jugadores uruguayos de fútbol de la generación dorada. Autoimágenes sustentadas en hechos y reforzadas por heteroimágenes descartaban psicosocialmente la derrota aún cuando ya había ocurrido reiteradamente y el mundo, sensatamente, esperase nuevas derrotas.

Algunos rasgos autoatribuidos y antiguamente atribuibles al fútbol uruguayo constituyen autoimágenes sustentables en hechos deportivos y en episodios históricos compatibles con ellos. Sobre esa base se convierten en fuertes estereotipos que sobreviven como desesperadas proyecciones de autoestima y que obstaculizan el *aggiornamento* técnico, físico-atlético y táctico. Costaba mucho reconocer el cambio como evolución y no reaccionar con una negación psicosocial y una nostálgica regresión uterina hacia el mítico y ahora estereotipado pasado que es, además, maquillado para erigirse en panacea frente a la cada vez más frecuente e hiriente derrota.

Es decir que –y para reunir en un apretado balance las preguntas 1, 2 y 3– los estereotipos futbolísticos son autoimágenes compatibles con rasgos nacionales preexistentes y que se basan en hechos y heteroimágenes. Esas heteroimágenes refuerzan las autoimágenes en estereotipos fuera del espacio-tiempo de su vigencia y producen rasgos que pueden ser obsesivos y obstáculos para la construcción de identidades y subjetividades edificadas sobre bases diversas de las que produjeron autoimágenes verosímiles en el pasado, anclas para identidades y subjetividades posibles en el pasado, difícilmente posibles hoy y en el futuro. ¿Sería demasiado decir que la resignificación y reconstrucción de identidades y subjetividades es más ardua y difícil que la mitopoiesis y producción originaria de identidades y significaciones?

Sobre la pregunta 5 supra

La interacción de hechos históricos nacionales antecedentes, autoimágenes y heteroimágenes, generó rasgos verosímiles que, al perder base factual, devinieron estereotipos que pueden impedir la construcción de identidades y subjetividades más ajustadas a los nuevos tiempos que a los maquillados pasados añorados por magulladas autoestimas. Pero la perversa trasmutación de autoimágenes verosímiles en estereotipos caricaturales y paralizantes de una necesaria refacción de identidades y subjetividades hace fuerza.

Como vimos, las representaciones colectivas mundialmente afirmadas por medio de los triunfos futbolísticos no carecieron de antecedentes históricos compatibles con esa mezcla de auto y heteroimágenes que consolidó los estereotipos futbolísticos. Pero fueron perdiendo sustento en la medida en que las victorias fueron menguando y las derrotas aumentando. Si las representaciones colectivas se mantuvieron, fue por refugio de la decadencia real en un pasado dorado maquillado, que impedía la toma de conciencia necesaria para paliar las causas de la pérdida de hegemonía futbolística.

Sin embargo, las consecuencias van todavía más allá. En la medida en que el orgullo, honor y autoestima nacionales se depositan neuróticamente en los triunfos futbolísticos, y que los antiguos dioses olímpicos vernáculos son progresivamente elevados a la categoría de héroes nacionales, los nuevos jugadores sienten el enorme peso de la responsabilidad de reiterar dichos fastos épicos, emulando jugadores y triunfos maquillados, mitificados y obsesivamente necesitados por el imaginario simbólico psicosocialmente sentido.

Europa había superado las guerras mundiales y perfeccionado la técnica y el entrenamiento específico para el fútbol, y con ello la posibilidad de figuras y dinámicas tácticas superiores a las que habían sido superiores y rioplatenses. Los jugadores uruguayos enfrentan un mundo futbolístico mucho más abigarrado y competitivo sin *aggiornamentos* como el europeo, el brasileño y la velocidad de desarrollo incipiente del África.

Nuevamente es la prensa deportiva la narradora épica de la mitificada epopeya antigua y la que, hipertrofiada, carga a los jóvenes jugadores con la responsabilidad de restaurar la autoestima perdida. El vocabulario de los *mass media* es épico-militar y de epopeya. Se habla, más que de partidos o juegos, de “bregas”, “luchas”, “rivalidades”, “enemigos”, instancias “a muerte”, en que “hay que dar todo”, “sudar la camiseta”, “la patria espera”, los presidentes aleccionan moral y patrióticamente en los vestuarios, y madres y padres dialogan plañideramente a través de teléfonos, micrófonos radiales y diálogos en pantalla.

Los resultados no podían ser buenos. A chicos de barrio no se les puede convertir en neohéroes nacionales estando ellos en condiciones muy inferiores a las que vivieron los triunfadores anteriores, a quienes nunca se les exigió eso.

Un jugador cargado con ese stress entra a la cancha tensionado, muscularmente duro, deteriorado en su psicomotricidad fina, relativamente incapaz de sutilezas, pases cortos, precisión de pegada y de intercepción, etc. El pelotazo, la carrera alocada y el patadón por hipermachismo e hipertensión proliferan.

Los jugadores introyectan todo eso y quieren demostrar que no están aburguesados por sus salarios ni carentes de patriotismo. Cada pelota es una epopeya personal en que cada uno introyectó su papel épico de neohéroe de epopeya, que debe demostrar lo que vale, lo que entrega y lo que siente de su responsabilidad histórica. Y juegan inevitablemente mal, peor que en equipos donde no tienen que luchar con pesos que los perjudican biomecánicamente; sin cohesión colectiva, como colección de desmesurados e hipertensos héroes épicos que sienten que deben decidir por sí y ante sí, y que deben exteriorizar su compromiso histórico con la patria.

En un libro en el que participé, el entrenador nacional Tabárez apoyó mi tesis de que los jugadores rendían menos en la Selección que en sus clubes no porque estuvieran aburguesados y faltos de patriotismo sino justamente por lo contrario, paralizados psicotécnicamente y abrumados por la responsabilidad desmesurada que les había sido depositada y por su desesperado intento porque no se creyese que estaban aburguesados y carentes de fibra patriótica.

El equipo juvenil sub-17, vicecampeón mundial en 1996 en Malasia, llevó a un psicólogo deportivo con la finalidad de drenar esa sobrecarga psicosocial en los jugadores, en cuyas declaraciones era patente su deliberada intención de liberarse de comparaciones con los míticos ancestrales y de verse como jugadores de fútbol antes que como neohéroes patrios.

Estos apuntes esperan y desean investigar los temas esbozados con mayor sistematización y método.

Bibliografía

Bayce, Rafael 1986 "Qué nos creemos que somos en fútbol", en *Semanario Jaque* (Montevideo).

Bayce, Rafael 1991 "Fútbol uruguayo, economía, política y cultura", en *¿Nunca más campeón mundial?* (Montevideo: FESUR).

Bayce, Rafael 1994 "Conceituando a interação cultural Brasil-EUA", en Giucci, G. y M. Dias (orgs.) *Brasil-EUA* (Rio de Janeiro: Le Viata).

Bellah, Robert 1964 "Religious evolution", en *American Sociological Review* (New York) Vol. 29.

Berger, P. y T. Luckmann 1968 *The social construction of reality* (Buenos Aires: Amorrortu).

Durkheim, Émile 1898 "De la définition des phénomènes religieux", en *L'Année Sociologique* (Paris).

Durkheim, Émile 1911 "Répresentations individuelles et répresentations collectives", en *Revue de Métaphysique et de Morale* (Paris).

Durkheim, Émile 1912 *Les formes elementaires de la vie religieuse* (Paris).

Durkheim, Émile 1970 (1904) *Las reglas del método sociológico* (Buenos Aires: La Pléyade).

Grudzinski, Serge 1996 *La colonización de lo imaginario* (México: Fondo de Cultura Económica).

Parsons, Talcott 1967 "The theoretical development of the sociology of religion", en *Essays in sociological theory* (Boston).

Said, Edward 1990 *Orientalismo* (São Paulo: Companhia das Letras).

Todorov, Tzvetan 1988 *A conquista da América* (São Paulo: Martins Fontes).

Villena, Sergio 2000 "Imaginando la nación a través del fútbol: el discurso de la prensa costarricense sobre la hazaña mundialista de Italia '90", en Alabarces, Pablo (comp.) *Peligro de Gol* (Buenos Aires: CLACSO).

Weber, Max 1985 (1903) *El problema de la irracionalidad en las ciencias sociales* (Madrid: Tecnos).

Nota

** Doctor en Sociología (Stanford, Estados Unidos) y en Ciencia Política (Río, Brasil). Catedrático universitario en la Universidad de la República y en la Universidad Católica. Consultor Internacional. Entrenador de fútbol y periodista radial y gráfico.*

III
DEPORTE, GLOBALIZACION Y POSTMODERNIDAD

Los días en que Maradona usó kilt: intersección de identidades profundas con representaciones massmediáticas

María Graciela Rodríguez*

"Fragmentos. O la anécdota como conocimiento"
Paul Auster

Hace unos años, en el programa de televisión argentino "Sorpresa y media", se puso en escena una curiosa intersección entre imágenes mediales globalizadas e identidades locales. Contaba la historia que el Aborigen Rugby Football Club de Formosa tenía un equipo de rugby formado, en su mayoría, por integrantes de las etnias toba y pilagá. Este equipo creó un *jaca* (hurra) inspirado en el jaca de los neocelandeses, basado, a su vez, en un viejo canto ritual maorí. En esa apropiación, la diferencia partió de la misma similitud: ambos jacas se cantan en las respectivas lenguas nativas. El rito neocelandés había sido escenificado en una publicidad muy conocida e impactante de VISA, un producto que justamente pone el énfasis en la globalización y en esta cuestión de que el intercambio material de dinero y mercancías es global mientras que las tradiciones pueden seguir manteniendo su colocación local.

Ya no asombra que un viejo *sport* inglés como el rugby sea apropiado por una etnia de la periferia: es parte de los procesos coloniales. No sólo eso sino que, además, en el caso de los tobas y pilagás puede pensarse que el deporte se ofrece como vehículo de socialización y, a su modo, de acceso al mundo de la cultura. Pero es interesante que una publicidad que se apoya sobre la relación local-global y los flujos intraplanetarios

haya servido de insumo para "inventar", o más bien recrear, un rito deportivo. Lo que resulta curioso, y por eso se lo señala, es que un consumo cultural que por su misma razón de ser se inserta en el corazón conceptual de la globalización sea reprocesado en función de viejas tradiciones étnicas cuya negociación termina formando parte, entonces, de su identidad para recrear un rito deportivo moderno. Esta operación de negociación de la identidad se inscribe ya no en las relaciones imperialistas sino en las redes de flujos globales de este fin de siglo. Estamos ante un caso, como ya lo ha señalado García Canclini (1991), de operaciones basadas en consumos culturales globales que van formando fronteras horizontales, transnacionales e invisibles, proceso que, dicho sea de paso, rompe con el tradicional concepto de nación con límites territoriales.

Viajes, migraciones, diásporas. De Gran Bretaña a sus colonias. De las élites locales a los sectores populares. Hoy los ritos se cruzan a través de las redes de consumo global. Y un maorí dialoga con un toba.

Maradona y los escoceses

El ejemplo de la introducción es un caso paradigmático de los que Appadurai (1990) describió como los procesos de dislocación entre cinco dimensiones del flujo de la cultura global, que pueden ser agrupados en: etnoscapes, mediascapes, tecnoscapes, finanscapes e ideoscapes[1]. La apropiación de las etnias podría analizarse desde la relación entre el etnoscape local y el mediascape global. Sin embargo, a pesar de que el proceso de negociación produce modificaciones en la identidad étnica, no es aquél un ejemplo donde se ponga en juego el nacionalismo. Los flujos, publicitarios en este caso, hicieron centro en un particular grupo y región.

Un espacio cultural donde los mediascapes se intersectan con los ideoscapes son los Campeonatos Mundiales de Fútbol. Si entendemos, con Appadurai, que los ideoscapes son una concatenación de imágenes directamente relacionadas con lo político y con las ideologías y/o contra-ideologías destinadas a obtener poder estatal, el nacionalismo cae dentro de esta categoría. Por su parte, los mediascapes generan imágenes, privadas o estatales, que son centradas en una narrativa basada en una síntesis, generalmente compuesta de metáforas o sinécdoques que permiten construir las narrativas del otro. Esto se torna especialmente radical en el contexto de una mundialización de la cultura en el que ciertos fragmentos de narrativas nacionalistas estabilizadas se encuentran coyunturalmente en un centro situado temporalmente: las Copas del Mundo. Ideoscapes y mediascapes confluyen hacia y emanan

desde ese centro y entran en contacto durante los días que dura el evento mundial porque estos espectáculos son oportunidades casi únicas para poner en escena los referentes de las identidades nacionales: el otro lejano obtiene visibilidad a través de las cámaras, lo extraño se incorpora a la cotidianeidad de un Campeonato de Fútbol y la lejanía se acorta. Como afirma Renato Ortiz: "Los medios de comunicación aproximan, y mezclan, lo que se encontraba separado" (1996: 43).

En algunos casos, como sucedió en el Mundial de Francia '98, estos cruzamientos producen sentidos fugaces y banales los cuales, finalizado el evento, emprenden trayectorias propias, de nuevo territorializadas y no siempre conectadas con narrativas nacionalistas 'profundas'[2].

Efectivamente, durante el Mundial de Francia '98, algunos fans escoceses adquirieron notoriedad a través de la exhibición –espectacularizada por los medios- de tres rasgos: sus atuendos tradicionales, su afición a la bebida y la extravagancia de levantar las kilts para mostrar sus desnudeces. En las calles de París el periodismo vernáculo argentino salía a buscar las notas de color que llenaran los minutos vacíos de satélite. La fórmula local fue tan simple como eficaz y, en términos de espectáculo, económica: uno o varios jóvenes más caraduras que simpáticos recorriendo las calles de las ciudades-sede y los alrededores de los estadios, a la caza de hinchas de fútbol carnavalescos y alcoholizados. Haciendo gala de cierta soberbia y estableciendo con el destinatario al otro lado del mar un contrato de lectura cómplice, los cronistas tenían que llenar las horas del satélite gratis que quedaban vacías de fútbol y a contramano de los husos horarios. El segmento se editaba con muchos cortes, estilo que, sumado a las tomas en perpetuo movimiento, producía un efecto hiperkinético. Mientras tanto, desde los estudios, un coro griego riendo a carcajadas de sus intervenciones, en un volumen aturdidor, completaba el "envío especial". Uno de los motivos predominantes de estos cronistas fue la construcción del otro, nunca tan distante y diferente como en el Mundial de 1998, donde los "otros" deambulaban por las escenográficas calles francesas luciendo sus atributos diferenciales[3]. A mayor extrañeza de esos atributos, mayor impacto en las pantallas argentinas. Los escoceses, por lo tanto, con sus kilts, su alegría etílica y sus desnudeces, eran especímenes perfectos para lograr este cometido. Aunque para la lógica de este contexto de producción fue una verdadera lástima que Escocia haya quedado eliminada tan temprano, lo cierto es que estos escoceses conquistaron una visibilidad ante el mundo que los erigió en representantes de una Escocia que, en verdad, lejos está de sostenerse en esos únicos tres rasgos exóticos.

Una primera entrada al tema tomaría para sí los procesos de codificación por los cuales los medios, en su economía narrativa, congelan al 'Otro' en un ícono que dificulta la posibilidad de generar sentidos distintos. Con el agregado de que el referente de una comunidad nacional se articula con estereotipos construidos a priori, lo que permite distinguir el proceso de *sinecdoquización* (Clifford, 1989) a través del cual circulan por el espacio público. Estos estereotipos que recortan una parte y la convierten en el todo parecen portar unos atributos diferenciales que les permiten a los medios (desde la literatura a los medios electrónicos) codificar más fácilmente el referente icónico de una comunidad, así como a la recepción decodificar un significado medianamente estable. En otras palabras, los estereotipos son más fáciles de codificar y decodificar en términos de identidad negativa, porque si todos somos similares no habría posibilidad de construir un 'otro', lo cual, en un Mundial de Fútbol, representa un valor significativo.

Por otra parte, en la sociedad contemporánea, son los medios los encargados de hacer circular información sobre las diferentes formas de vida y de proveer, de esta manera, los marcos referenciales comparativos para la formación de los grupos: "mientras más distante de mí está el punto elegido en el continuo, más generalizado, más tipificado es mi conocimiento de las personas que lo ocupan" (Bauman, 1990: 43).

Los escoceses que aparecían en la superficie masmediática (esto es: no todos los escoceses) respondían a ese estereotipo.

> "Y ellos, vestidos con la camiseta azul de su selección y con sus pintorescas polleras… (…) …festejaron al límite del éxtasis. (…) Cientos y cientos cargaban sobre sus cuerpos litros y litros de cerveza, otra de sus marcas registradas" (*Clarín Deportivo*, 24 de junio de 1998, p. 2).

> "Colitas frescas: Más que desinhibidos (¿serán los efectos de la cerveza?), los hinchas escoceses parecen no tener ningún problema en demostrar que no acostumbran a ponerse nada debajo de sus kilts (faldas), (…) …robustos muchachos con las polleras levantadas (de espaldas, claro)" (*Clarín Deportivo*, 11 de junio de 1998, p. 7).

Durante el Mundial de Francia el periodismo argentino los encontró aptos para su puesta en escena, especialmente cuando cantaban una canción (especie de "hoky poky", una canción infantil que incluye movimientos) dando gracias a Maradona por la "mano de Dios" que dejó afuera a los ingleses en el Campeonato Mundial de 1986. A la alegría que exhibían se le sumó la

oposición a Inglaterra, todo lo cual colaboró para diferenciarlos de los duros hooligans ingleses.

La serie que se generó en los medios locales, aunque el disparador fue el último punto, se encadenó más o menos de la siguiente forma:

No son hooligans.

No son ingleses.

Son enemigos de nuestros enemigos.

Son nuestros aliados.

Son divertidos y toman alcohol ("aguante" carnavalesco).

Apoyándose en Mills, Giulianotti refiere que el proceso de construcción de significados identitarios en el universo futbolístico depende de dos principios: el semántico que establece lo que se es, y el sintáctico que señala lo que no se es (1999b). El eje semántico estaría dado aquí por las tradiciones, mientras que el sintáctico recae sobre la oposición con Inglaterra, lo que coloca a Diego Maradona como el nexo que completa el sentido.

Lo que aparece como un dato peculiar en este caso es la conexión establecida coyunturalmente entre estos fans escoceses y Diego Maradona, convertido ya no sólo en 'héroe' deportivo de la Argentina sino también de Escocia.

"Los personajes en cuestión son los escoceses. Que hacen una reverencia y gritan 'Maradooo…' cuando ven a un argentino. Y que cantan el himno a la mano de Diego contra los ingleses en el Mundial '86" (*Clarín Deportivo*, 24 de junio de 1998, p. 2).

"Todos con un vaso de cerveza en cada mano, teniéndose en pie quién sabe cómo. Otra reverencia, otro saludo a Maradona, otro insulto a los ingleses" (Ibidem).

"Cada tanto, cantan una versión en inglés de Guantanamera, en la que agradecen a Diego Maradona el haber eliminado a Inglaterra, su rival de siempre, en México '86" (*Perfil,* 10 de junio de 1998, p. 36).

Sea una versión libre de Guantanamera o un himno, a partir de la anécdota del "hoky-poky" intentaré exponer tres cuestiones que pueden vincularse con ella y que difieren entre sí por el tipo de argumentación que su deriva permite. En primer lugar, un ítem de tipo informativo-descriptivo sobre la caracterización de los fans escoceses en su

diferenciación interna y externa. En segundo término, un abordaje de análisis textual respecto a la cobertura y tratamiento masmediático realizados por los medios gráficos argentinos de mayor tirada sobre los fans escoceses. Por último, en relación a estos dos puntos, una argumentación que, poniendo de relieve el carácter de representación y no de práctica, recorra algunas peculiaridades en la constitución de la identidad con el trasfondo de una cultura mundializada.

La Tartan Army[4]

…but most of all we hope that the Tartan Army returns from England with its reputation unblemished. It is far better to lose a football match than to gain reputation on the continet for thuggery and xenophobia. Ask England.

Scotland on Sunday, 9 de junio de 1996

Entre las décadas de 1970 y 1980, las identidades de los hinchas militantes del fútbol escocés se bifurcaron en dos direcciones ubicadas en dos estilos contrastantes: la Tartan Army y los *soccer casuals*. Estos últimos aparecen como una nueva generación de hinchas que operan sobre líneas subculturales, por ejemplo, vistiendo ropa de marca, lo que implica un desafío al cuerpo policial más acostumbrado a buscar e identificar los estereotipos. Los estudios sociológicos realizados evidencian que, antes que excluidos, los *casuals* están incorporados social y económicamente a la sociedad. Su objetivo en los estadios es lo que en nuestro contexto se denomina el "aguante"[5]. Internamente, cada formación de *casuals* tiene punteros cuyo estatus es asegurado clásicamente, en términos masculinos (asistencia regular a los estadios y juego limpio en las confrontaciones entre hinchas). Sus blancos más preciados son otros *casuals* del equipo rival. Cada formación puede describirse como una red de un grupo pequeño de amigos cuya asociación voluntaria permite realizar actividades más allá del fútbol. Por su parte, como el juego no les provee la fuente de esa experiencia, los *casuals* encuentran en su propias actividades un retorno emocional más efectivo. Los resultados de los partidos no son importantes toda vez que ellos poseen su propio deporte en las calles: su propio partido contra los rivales (Finn, 1994).

Por su parte, la Tartan Army apoya al equipo nacional incondicionalmente, sin importar el resultado del partido, y encuentra el clímax de la experiencia en las relaciones con su equipo y los esfuerzos realizados, sigue al equipo nacional en el exterior y viste los colores de la

selección. Diseñada para el extranjero, su composición es proporcional a la población escocesa (aunque con énfasis en Edimburgo y Glasgow). Este grupo sociable y de costumbres gregarias fue reconocido en torneos internacionales por su amistosidad y buen comportamiento y la presentación de sí atraviesa el eje oposicional anti-hooligan, anti-violencia. Externamente su repertorio establece una identidad nacional basada en la diferenciación respecto de Inglaterra, en especial frente al estereotipo de que los hinchas ingleses son hooligans[6]. A pesar de esto, entre los hooligans y los amigables escoceses no existen diferencias socio-económicas sino culturales. Internacionalmente, cuando se congregan como Tartan Army, no pueden vestir los colores de clubes locales y rivales, y sin embargo, algunos Tartan Army son *casuals* en su propia ciudad. En el caso de Escocia, las identidades de clubes rivales son subsumidas en una identidad común escocesa que adopta, al contrario de los hooligans ingleses, patrones de conducta carnavalesca en tanto norma grupal. Las diferencias entre los hinchas son superadas por el sentido de pertenencia grupal, el consumo de alcohol, el sentimiento anti-inglés, la identidad masculina y el comportamiento gregario (Giulianotti, 1995).

Este repertorio que echa sus raíces en el carnaval popular está asociado a los excesos hedonísticos, el goce por comer, beber, cantar y hacer bromas, el uso de atavíos estilizados, el disfrute de las actividades sexuales y la interacción social. Giulianotti (1995) es también crítico hacia las conductas carnavalescas. Al contrario de las antiguas prácticas, las actividades del carnaval moderno son prácticas limitadas: no sólo las autoridades identifican los espacios apropiados para ellas, sino que, además, los medios buscan imágenes coloridas para ser impresas. O como afirma Terry Eagleton, “el carnaval es un asunto autorizado en todos los sentidos, una ruptura permisible de la hegemonía, un desahogo popular contenido igual de turbado y relativamente ineficaz que la obra de arte revolucionaria” (1981: 225). La ambigüedad del carnaval, como señala Giulianotti, es que a pesar de permitir la construcción de la *communitas* (Turner, 1980) y la emergencia del sentido de integración, también amenaza con traspasar las fronteras autorizadas. El sentimiento anti-inglés se convierte en central para acceder a la experiencia de la *communitas* pero a través del carnaval, en forma de una positiva adaptación a las tradiciones culturales que llevan a experiencias comunes e intensas entre los hinchas escoceses (Finn, 1994). Por otra parte Finn señala: “Los hinchas escoceses buscan ahora crear el potencial para vivir experiencias pico a partir de su propia participación en los eventos sociales que rodean al partido en sí” (Finn, 1994: 112).

La presencia de estos hinchas sumada a los dispositivos de los medios escoceses, que intentan “colapsar la distancia cognitiva entre

equipo, seguidores, medios y lectores para lograr una forma de auto-celebración entre las cuatro categorías" (Finn y Giulianotti, 1998: 197), produjo una suerte de focalización de la mirada en el rol de la comunidad escocesa de hinchas tanto como en la de los jugadores[7]. Sin embargo, y a pesar de que los hinchas escoceses parecerían haber quedado colocados por encima del propio equipo escocés en los medios locales, la Tartan Army es depositaria de una mirada crítica que apunta básicamente a varios argumentos relacionados entre sí: por un lado, más allá de los ecos 'amistosos' en el exterior, este nacionalismo neurótico de los '90 de la Tartan Army establece vínculos también con una imagen negativa de nación (comportamientos intoxicados, estrategias sutiles para seducir mujeres, etc.) que los medios se encargan de amplificar. En relación a los episodios de Suecia en 1992, Giulianotti afirma: "Sin embargo (…) el uso de vestimenta típica pareció adquirir en Suecia una utilidad que iba más allá de lo estético, con varios testimonios personales que proclamaban su utilidad como pasaporte sexual hacia las mujeres locales" (Giulianotti, 1995: 204).

En el caso argentino, esto fue retratado de la siguiente forma:

> "Hasta que, de pronto, se les cruza una mujer. Y vuelven, entonces, al viejo chiste de ensayar un paso de baile para que la pollera levante vuelo y los deje al desnudo (…) Están felices con su gracia. Y a las francesas les encanta" (*Perfil*, 10 de junio de 1998, p. 36).

Pero, además, se pone en tela de juicio el alcance de las definiciones de identidad por la oposición: si Escocia quiere ser parte de la Unión Europea en el siglo XXI, su sentido de nación tiene que ir más allá de un mero sentimiento anti-inglés. Aún más, las críticas más radicalizadas advierten que los elementos kitch utilizados por la Tartan Army deben su presencia a factores ligados tanto al patronazgo de los monarcas ingleses como al consumo turístico, lo que, en opinión de Giulianotti, revela una suerte de identidad esquizofrénica del tipo Jeckyl and Hyde (Giulianotti, 1999[a])[8]. Estas críticas llevan a interrogar también sobre el complejo cruce entre cultura popular e identidades políticas: como la identidad escocesa en el fútbol no descansaría en un sentido positivo sino negativo, en conjunto las críticas asumen que el nacionalismo dentro de la cultura popular desalienta el sentido potencialmente político de 'escocesidad' (Finn y Giulianotti, 1998).

Afirma Giulianotti que la imagen violenta de los hinchas ingleses aseguraba, antes que amenazar, la reputación de los hinchas escoceses. Sobre la responsabilidad de ser escocés de cara a la entrada a la Unión Europea, este párrafo de un importante periódico de Escocia expresa adecuadamente esta idea:

"(…) estamos, naturalmente, encantados con nuestra nueva reputación internacional de 'santidad' pero, ¿cómo diablos vamos a hacer para mostrar que somos diferentes cuando los ingleses aprendan a comportarse?" (*The Herald*, 17 de junio de 1992, citado en Giulianotti, 1995: 211).

En polleras y con las caras azules

Los medios gráficos argentinos produjeron sobre los escoceses un conjunto de textos confusos e híbridos donde no existió discriminación alguna respecto de las diferenciaciones internas entre *casuals* y Tartan Army e, inclusive, se extremó y generalizó al límite la utilización de descripciones de rasgos típicos.

"Parecen fascinados con la sorpresa que despierta en los demás el hecho de que no usen ropa interior debajo de sus polleras. Y lo explotan como chicos que se ríen de su primer comentario pícaro. O, mejor dicho, como hombres algo excedidos de alcohol que ya no necesitan demasiadas sutilezas" (*Perfil*, 10 de junio de 1998, p. 36).

"El problema se originó cuando los escoceses estuvieron a punto de ser rechazados en la Aduana francesa, ya que llegaron con caras pintadas de azul, con nutridas pelucas de bucles rojos y vistiendo sus tradicionales faldas, lo que hacía imposible comparar las fotos de sus pasaportes" (*Clarín Deportivo*, 9 de junio de 1998, p. 16).

"Gaitas y tambores. Polleras y jeans. Whisky y caipirinha" (*Clarín Deportivo*, 9 de junio de 1998, p. 2).

Contrariando acaso las expectativas de la Tartan Army, todo individuo con un comportamiento violento y alcoholizado pasaba a ser denominado hooligan[9]:

"Según informó la Policía, este hooligan, cuya identidad no fue dada a conocer… (…) tal como ocurrió el martes en la fiesta inaugural, cuando hooligans escoceses arrojaron botellas por los aires" (*Olé*, 11 de junio de 1998, p. 10).

O versiones más sutiles de lo mismo:

"La Policía y la Gendarmería de Francia no dan abasto. Además de los serios incidentes en Marsella, varios escoceses y alemanes protagonizaron algunos escandaletes, no tan serios como los de los hooligans ingleses" (*El Gráfico*, 23 de junio de 1998, p. 27).

Puede inferirse de esto una cierta internalización de la palabra *hooligan* que designaría a todo individuo de conductas violentas en el ámbito del fútbol[10]. Y ante este estereotipo, la Tartan Army responde con otro. La reproducción del estereotipo, como la otra cara de la moneda, también puede considerarse como parte de un éxito en la consecución de los logros buscados por la Tartan Army, intuitivamente sabedora de que las exhibiciones de las tradiciones conecta más fácilmente con los estereotipos anclados en tiempos largos que construyen las subjetividades.

"…el viaje de los hinchas escoceses arrastra consigo todo su equipaje. Sus típicos atavíos –incluyendo los tradicionales kilts–, un buen cargamento de whisky y cervezas y el espíritu en alto que los lleva a pensar que no todo está perdido en su grupo" (*El Gráfico, El Diario del Mundial*, 16 de junio de 1998, p. 14).

"Los escoceses se toman todo, es verdad" (*Olé,* 17 de junio de 1998, p. 12).

"Además, en la noche de París, se pudo ver deambulando a varios hinchas escoceses. Casi todos estaban completamente borrachos. Y no era para menos. Porque habían empezado a beber alcohol desde la fiesta inaugural, que sirvió de excusa para matar el tiempo" (*Olé,* 11 de junio de 1998, p. 10).

Por otro lado, es interesante observar en el tratamiento mediático algunas atribuciones de positividad relacionadas con el comportamiento amistoso de los fans escoceses que privilegiaban la diversión y el carnaval sobre la violencia, lo que podría señalarse como un elemento diferenciador y que, en realidad, inicia la serie interpretativa mencionada más arriba.

"Aunque ayer, de no ser por el humor escocés, hubiera sido una pesadilla. Desde temprano la ciudad se vistió de piernas peludas, remeras azules y barrigas de cerveza. Todo era Escocia (…) Los escoceses vivaron hasta al árbitro (…) …vivaban los córners como si fueran mano a mano con el arquero rival. (…) …fueron hasta donde estaban sus hinchas y festejaron juntos una actuación dignísima. (…) Las polleras se agitaban por la espuma y por la vida" (*Olé,* 11 de junio de 1998, p. 8).

"Los escoceses no pierden el tiempo y se divierten de lo lindo" (*Olé,* 10 de junio de 1998, p. 7).

"En paz, sin destrozos, cantando, copando los bares, bañándose en la fuente de la plaza y armando un picadito frente al majestuoso edificio de la Alcaldía" (*Clarín Deportivo,* 24 de junio de 1998, p. 2).

"Lejos de la violencia tan temida, este grupo de fanáticos posa para los fotógrafos y se divierte. (…) …algo está cambiando en los hábitos de los hinchas" (*Clarín Deportivo,* 9 de junio de 1998, p. 2).

"Cantan en la calle, se divierten sorprendiendo con sus tradicionales polleras y hasta tienen una broma que seduce a las francesas" (*Perfil,* 10 de junio de 1998, p. 15).

De todos modos, el eje de mayor relevancia estuvo colocado sobre la línea significante que ubica a Inglaterra como metonimia de Gran Bretaña y, por ende, a los violentos como representantes de no importa cuál nación del Reino Unido. En otras palabras: si tienen comportamientos violentos y provienen de la isla, son hooligans más allá de la bandera que enarbolen, lo que exhibe, impúdicamente, la escasa importancia otorgada por los medios argentinos a una investigación más profunda que permitiría el discernimiento de las diferencias.

Estas consideraciones, de algún modo, dan cuenta de la factibilidad y viabilidad de los mecanismos exitosos o no por los cuales un grupo conquista mundialmente la representación de una nación. Por otra parte, ponen de relieve, además, la permeabilidad de los dispositivos masmediáticos para construir la visibilidad de lo exótico. La Tartan Army, en estas condiciones de producción, se convierte en un *exemplum,* es decir, en la canonización de valores preexistentes a través de un proceso de generalización (Ford y Longo, 1999), mientras que el *casual fan*, más allá de que sus comportamientos estén ligados a rivalidades locales y no nacionales, se mimetiza con un individuo común. Es decir que, así como el *Braveheart* de Mel Gibson remite más a la categoría de escocés que el personaje de *Trainspotting* porque esta historia bien podría suceder en cualquier ciudad[11], la Tartan Army porta más atributos tradicionales que los *casuals* cuyos rasgos podrían ser atribuidos a fanáticos de cualquier nacionalidad. De allí que el intertexto refiera a William Wallace y no a Ewan McGregor:

"Nacido entre el verde, las montañas y la bruma de las Tierras Altas de Escocia, al zaguero se lo conoce popularmente, a raíz de su 'determinación

de tigre', como el William Wallace del fútbol escocés, en honor al mítico héroe que liberó a su país del dominio de Inglaterra en el siglo XIII, y a quien rescató de los libros de historia el actor Mel Gibson con su multipremiada película 'Corazón Valiente'" (*Olé,* 10 de junio de 1998, p. 7).

Maradona no usa kilt

Como ya se señaló en otro lugar[12], Maradona fue el último gran héroe del relato nacional argentino en lo que a fútbol refiere. Y sin embargo, a pesar de su perentoriedad simbólica (Conde, 2000), en el caso que nos ocupa funcionó como mediador entre identidades, en tanto permitió, coyunturalmente, definir qué es ser escocés oposicionalmente a qué no es ser inglés, pero también qué es ser argentino. La serie con la que enlaza Diego Maradona en la confrontación con Inglaterra recorre desde la "mano de Dios" a la propia reinvindicación realizada en la Universidad de Oxford.

En ese contexto, entonces, el "hoky-poky" que cantaban los grupos de hinchas escoceses a favor de Diego Maradona por haber dejado afuera a los ingleses en el Mundial de 1986 puede (debe) leerse como una delgadísima línea que conectó coyunturalmente, y en el breve lapso de dos semanas, dos formaciones culturales: un particular fragmento de cierta expresión de *nacionalismo banal* (Billig, 1995) con un personaje del fútbol argentino que en su momento recibió la carga simbólica de engañar primero y de humillar después a los 'viejos enemigos' ingleses en su propio campo[13].

Esta delgadísima y precaria línea dibujó, más que un vínculo de ida y vuelta, un triángulo en el cual el vértice simbólicamente más poderoso y a la vez el menos 'visible' era, justamente, Inglaterra. El sentimiento anti-inglés de la Tartan Army que funciona como su elemento aglutinador y también como su objetivo estratégico (diferenciarse de ese "ellos") fue el conector con Diego Maradona, especie de adalid de esta lucha desigual. Con un ingrediente agregado que es lo que permitió que la triangulación adquiriera sentido: ambas naciones tienen una colocación periférica respecto de Inglaterra, aunque por diferentes motivos.

En este punto, y siguiendo a Giulianotti (1999[b]), se ponen en juego los discursos de la inequidad económica que hacen centro en que los grupos subalternos reclaman para sí la representación del alma frente al poder económico de los poderosos. También dice Finn: "La creencia de los hinchas de que el club les pertenece aparece como una distorsión de

la realidad económica, pero se trata más bien de una afirmación de la intensidad del sentimiento de los hinchas por su equipo y una expresión de que ellos son parte genuina de él" (Finn, 1994: 101). Este eje que Giulianotti y Finn plantean para los clubes locales (donde la debilidad financiera de un club estaría compensada por la posesión del verdadero sentimiento) vale también para el tipo de oposiciones nacionales donde lo marginal está destinado a una posición económica de subalternidad: "La diada atraviesa antagonismos nacionales y rivalidades internacionales" (Giulianotti, 1999[b]: 8)[14].

Dice Mary Douglas (1991) que la fuente de poder está en los márgenes, allí donde acechan también las fuentes del peligro. Sin embargo, en este caso no se trata de unos márgenes donde se produciría la contaminación, sino de posiciones periféricas estructurales que adquieren una visibilidad precaria a través de la confrontación en un campo, el deportivo, que no modifica las relaciones de poder. Quizás sea en los efectos de la mundialización de la cultura, de los cuales los mundiales de fútbol son uno de sus máximos exponentes, donde se encuentra la clave de esta particular asociación. El establecimiento de unas posibilidades de articulación entre identidades nacionales y representaciones masmediáticas que permiten estos fenómenos no se sostuvo en este caso, como afirmaría Douglas, en episodios ritualísticos para restaurar la pureza sino, más bien, en una triangulación, provisoria, coyuntural y lábil, sobre el nivel sintáctico (de oposición) cuya carga negativa recayó sobre uno de los vértices mientras los otros dos mantuvieron la positividad que los vincula. Mientras que sobre Inglaterra recaían los atributos negativos necesarios para el establecimiento de una identidad oposicional tanto escocesa como argentina, en los representantes de estos dos últimos (la Tartan Army y Diego Maradona) permanecían, resaltados, los positivos.

Esta positividad puede leerse, a través del "hoky-poky" puesto en escena en Francia, como un agradecimiento en retribución por un peculiar obsequio recibido en 1986, aún cuando, obviamente, este obsequio no iba dirigido a Escocia: si la "mano de Dios" de Diego Maradona ofreció la recompensa de una satisfacción moral en el contexto argentino[15], para la Tartan Army, o, más específicamente para los retazos de Tartan Army que pululaban por las calles de París, el obsequio de Diego Maradona pudo haber sido entendido como un obsequio al mundo y, en especial, a los más necesitados. Como afirma Bauman, este tipo de obsequios liminales se ofrecen sin tener en cuenta la calidad del receptor sino solamente su categoría de persona necesitada porque representa un beneficio en términos morales que es proporcional a la pérdida (Bauman, 1990). Los cantantes del "hoky-poky" se autoatribuyeron, en esta coyuntura, la categoría de "persona necesitada". De allí que, en términos de la triangulación antes

mencionada, ese obsequio probablemente fuera considerado como una retribución moral también para la línea simbólica que sostiene la Tartan Army.

La hipótesis que guió esta breve aproximación a una anécdota fragmentada es que allí se cruzaron dos mediascapes básicamente diferentes: el ícono Diego Maradona, soporte simbólico de las glorias futbolísticas argentinas, y el ícono escocés, que, en cambio, se sostiene en una práctica con cierto grado de reflexividad y que no puede ser relevo de la totalidad de una epicidad escocesa, por otra parte, inexistente desde el punto de vista futbolístico. Porque además, mientras que Diego Maradona es un ícono construido imaginariamente sobre los valores de "pibe" y de "potrero", en tanto dos configuraciones liminales enraizadas en la cultura popular argentina (Archetti, 1998), la Tartan Army es producto de un desplazamiento simbólico desde el equipo y/o los jugadores representativos de una nación hacia sus hinchas.

Final sin gaitas

A juzgar por los atributos icónicos, estos fans de kilts y boinas no son todos los hinchas escoceses sino que pertenecen a un particular grupo de hinchas de esa nación que eligieron seguir a los equipos nacionales en el extranjero. Especie de embajadores sin permiso, están dotados de una aparente reflexividad[16] a partir de la cual intentan colocarse en oposición a los ingleses.

Y aquí conviene puntear algunas provisorias conclusiones. En primer lugar, el hecho de que los medios argentinos hayan preferido reproducir el estereotipo antes que indagar sobre estas diferencias pone en evidencia los mecanismos de generación de narrativas específicas. En estos procesos, el signo, en este caso el ícono del fan escocés, emerge como *exemplum*, lo que dificulta la posibilidad de conectar el objeto con series estructurales mayores y obtura el ejercicio interpretativo.

En segundo lugar, el carácter de representación y no de práctica (en el sentido de experiencia compartida y significada) que atraviesa el corpus remite a un elemento entre otros de los procesos de constitución identitaria. Porque a pesar de que las representaciones (o su consumo) pueden ser consideradas parte de un mecanismo de construcción de identidades, nada sabemos de su recepción, y en este caso las representaciones así escenificadas se acercan más al nacionalismo banal de Billig que a la construcción de identidades nacionales 'profundas'.

Siendo que la representación por definición no satura al sujeto empírico sino que se coloca como el punto de pasaje entre los discursos y el sujeto, lo que interesaría entonces es el análisis de las relaciones entre la dimensión socio-cultural en relación al consumidor y las formaciones discursivas. Que el sentido en recepción otorgue coherencia a la representación o produzca una ruptura crítica dependerá de la particular configuración de la posición específica del sujeto interpelado. La representación sólo ofrece al sujeto posiciones de inteligibilidad específicas y lo inclina a preferir ciertas lecturas sobre otras, pero lo que no puede hacer es garantizarlas. La cuestión de la producción de sentido será siempre una cuestión empírica que se desenvuelve en el momento del encuentro entre la representación y el sujeto. Sin embargo, si, como afirma Billig el nacionalismo es un espejo de Narciso (1995), los campeonatos mundiales de fútbol sirven, en todo caso, para poder mirarse nuevamente en ese espejo y re-construir, aunque provisoria y precariamente, las identidades especulares (Alabarces, 2002) tan necesarias para la construcción de la totalidad.

En tercer lugar, se debe resaltar el carácter situado del proceso de triangulación descripto, y esto en dos sentidos: como recorte temporal secuencializado por los campeonatos mundiales de fútbol, y coyuntural en función del desempeño y la continuación o eliminación de los equipos en cuestión.

Esta anécdota, vale la pena insistir, permite, solamente y en principio, registrar un momento en que las identidades profundas relacionadas con la nación, que no garantizan por sí mismas que los rasgos comunes aseguren la solidaridad, como afirma Bauman (1990), se intersectan con representaciones masmediáticas fuertemente codificadas que, a la inversa, remiten a atributos fuertemente estereotipados de una tradición. Los lazos afectivos, si los hubiera, no persisten una vez que Escocia es eliminada del Mundial. Dicho de otro modo: Maradona nunca usó kilt y entre los excesos cometidos en su vida no se cuenta, todavía, el exhibicionismo.

Bibliografía

Alabarces, P. 2002 *Fútbol y Patria: el fútbol y las narrativas de la Nación en la Argentina* (Buenos Aires: Prometeo, Libros de confrontación).

Alabarces, P. y Rodríguez, M. G. 1996 *Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura* (Buenos Aires: Atuel).

Alabarces, P. y Rodríguez, M. G. 2000 "Football and Fatherland. The crisis of the national representation in the Argentinean Football", en *Culture, Sport, Society* (London: Frank Cass), Vol. II, Nº 3.

Alabarces, P., Ferreiro, J. P. y Rodríguez, M. G. 2003 "El fútbol, mito cotidiano. Identidades, medios masivos y violencia en la Argentina", en Bodemer, Klaus; Pagni, Andrea y Waldmann, Peter (comps.): *Argentinien Heute* (Frankfurt: Vervuert).

Appadurai, A. 1990 "Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy", en Featherstone, M. (ed) *Global Culture. Nationalism, Globalization and Modernity* (London: Sage).

Archetti, E. 1997 "'And give joy to my heart': Ideology and Emotions in the Argentinian Cult of Maradona", en Giulianotti, R. y Amstrong, G. (eds.) *Entering the field* (Oxford: Berg).

Archetti, E. 1998 "El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino", en *Nueva Sociedad* (Caracas) marzo-abril Nº 154.

Bauman, Z. 1990 *Pensando sociológicamente* (Buenos Aires: Nueva Visión).

Billig, M. 1995 *Banal Nationalism* (London: Sage).

Clifford, J. 1989 "On etnography authority", en *The predicament of culture* (Cambridge-London: Harvard University Press).

Conde, Mariana 2000 "Fútbol, mujeres y nacionalidad en los Campeonatos Mundiales de Fútbol de Italia '90, Estados Unidos '94 y Francia '98", Tesis de licenciatura, inédita (Buenos Aires).

Douglas, M. 1991 *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú* (Madrid: Siglo XXI).

Eagleton, T. 1981 *Walter Benjamin. O hacia una crítica revolucionaria* (Madrid: Cátedra).

Finn, Gerry T. 1994 "Football violence: a societal psychological perspective", en Giulianotti, Richard; Bonney, Norman; Hepworth, Mike (eds.) *Football, Violence and Social Identity* (London: Routledge).

Finn, G. y Giulianotti, R. 1998 "Scottish fans, not English hooligans! Scots, Scottishness and Scottish Football", en Brown, A. *Fanatics! Power, Identity and Fandom in Football* (London: Routledge).

Ford, A. y Longo, F. 1999 "La exasperación del caso", en *La marca de la bestia* (Buenos Aires: Norma).

García Canclini, N. 1991 *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad* (México: Grijalbo).

Giulianotti, R. 1994 "Social identity and public order: political and academic disocurses on football violence", en Giulianotti, R., Bonney, N. y Hepworth, M. (eds.) *Football, Violence and Social Identity* (London: Routdledge).

Giulianotti, R. 1995 "Football and the Politics of Carnival: An Ethnographic Study of Scottish Fans in Sweden", en *International Review for Sociology of Sport* (London: Sage) Vol. 30, Nº 2.

Giulianotti, R. 1997 "Drugs and the media in the era of postmodernity: an archaelogical analysis", en *Media, Culture & Society* julio (London: Sage) Vol. 19, Nº 3.

Giulianotti, R. 1999[a] "Hooligans and Carnival Fans: Scottish Football Supporter Cultures", en Armstrong, G. y Giulianotti, R. (eds.) *Football Cultures and Identities* (London: Macmillan).

Giulianotti, R. 1999[b] "The essence of Football: the historical and social bases of the global game", en *Football: a sociology of the global game* (Cambridge: Polity Press).

Ortiz, R. 1996 "El viaje, lo popular y lo otro", en *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo* (Buenos Aires: UNQ).

Rodríguez, M. G. 1998 “Maradona, un héroe global en apuros (o la agonía del último dinosaurio)” en Alabarces, P., Di Giano, R. y Frydenberg, J. (comps.) *Deporte y Sociedad* (Buenos Aires: Eudeba).

Turner, V. 1980 (1967) *La selva de los símbolos* (Madrid: Siglo XXI).

Notas

* *Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.*

1 Mantengo el sufijo *scape* en su versión inglesa, respetando las consideraciones del mismo Arjun Appadurai respecto de que *scape* no remite a relaciones objetivas que permitirían obtener una mirada única, sino a una construcción profundamente sesgada por las visiones históricas, lingüísticas y políticas de los distintos actores en cuestión. Para ampliar ver Appadurai (1990).

2 "Profundidad" definida ligeramente en oposición a lo que Billig (1995) denomina "nacionalismo banal".

3 Aunque cabe aclarar que en Francia '98 se reunieron treinta y dos equipos a diferencia de, por ejemplo, España '82, donde se encontraron veinticuatro representaciones nacionales, o de Argentina '78, donde sólo hubo dieciséis.

4 Este ítem es, en verdad, un resumen de los trabajos de Richard Giulianotti y de Gerry Finn. Todas las referencias les pertenecen.

5 Las palabras exactas utilizadas por Giulianotti son: "standing, decking the opponent and backing the favoured side" (1999[a]).

6 En Suecia los hinchas escoceses celebraban la victoria de Suecia frente a Inglaterra, para proveer una forma de reconocimiento (Giulianotti, 1995: 212). Francia '98 no es la primera ocasión en que este sentimiento anti-inglés juega un papel de adhesión en las relaciones positivas con los locales (Ibídem: 214). La imagen de sí mismos que proyectan deliberadamente los hinchas escoceses es la de ser escoceses-no-ingleses. Los hinchas escoceses estigmatizan a los ingleses como hooligans y expresan su desprecio por esa práctica definida nacionalmente, lo que genera empatía con los locales que abrazan un sentimiento anti-inglés (Finn y Giulianotti, 1998).

7 Como sostiene Finn (1994), las relaciones dentro y fuera del campo de juego son complejas. La presentación de la Tartan Army en el extranjero ha devenido tanto o más importante que el resultado de los partidos. De algún modo los fans escoceses fueron más exitosos que los jugadores, especialmente a partir de 1992 en las Finales del Campeonato Europeo jugadas en Suecia, donde los hinchas escoceses recibieron el premio UEFA al Fair Play por su amistosidad y conducta deportiva (Finn y Giulianotti, 1998).

8 Extremando las críticas, también señala Giulianotti que las actividades de la Tartan Army representan un elemento residual de los festivales públicos del carnaval de la

clase obrera escocesa, donde se ponen en juego fuertes expresiones de la masculinidad. Ejemplo de esto son las bromas para "seducir" mujeres (1999[a]).

9 Cosa que ocurría también con los alemanes: "Los salvajes hooligans alemanes dejaron en coma a un policía" (*El Gráfico*, 23 de junio de 1998, p. 113).

10 El término *hooliganismo*, aún siendo de origen británico, se reveló útil para representar particulares tipos de espectadores de fútbol no sólo de Gran Bretaña. Pero como advierte Giulianotti (1994), es el término y no la práctica lo que se ha internacionalizado, lo que significa especialmente que no se debe pensar en cierto tipo de difusión de la práctica. No existe, por ejemplo, nada hooligan en la violencia argentina.

11 Esto no es absolutamente cierto. Edimburgo se ha disparado desde mediados de los '80 como la ciudad con mayor cantidad de infectados de HIV por consumo de drogas intravenosas. Para ampliar ver Giulianotti (1997).

12 Rodríguez (1998) y Alabarces y Rodríguez (1996 y 2000).

13 Para ampliar ver Rodríguez (1998) y Alabarces y Rodríguez (1996 y 2000).

14 Ver también Alabarces, Ferreiro y Rodríguez (2002).

15 El obsequio es simplemente la alegría, y puede resumirse en el estribillo de una canción de Fito Páez que reza: "Y dale alegría, alegría, alegría a mi corazón". Para ampliar ver Archetti (1997).

16 La reflexividad de los fans escoceses es sólo aparente. Siguiendo a Giulianotti (1999[a]), los Tartan Army y los *casuals* exploran diferentes opciones identitarias relacionadas con la violencia: mientras que los *casuals* se desmarcan de las primeras estilizaciones hooligan y están preocupados exclusivamente por una batalla por la supremacía doméstica, la Tartan Army emerge con un código conciente de no-violencia cuyo objetivo es promover la identidad escocesa en el extranjero.

Fútbol y nacionalismo de mercado en el Chile actual

Eduardo Santa Cruz A.*

"Ese equipo es el que mejor refleja el cambio de mentalidad que vive nuestro país. Somos una nación jugando al ataque, la única manera de ganar. Y ya no queremos más triunfos morales, ni copas a medias. Queremos ser campeones de verdad (...) la historia de este Colo-Colo no es distinta a la de una empresa exitosa. Un club que, como pocos en América no está quebrado sino que, por el contrario, es un buen negocio. Una institución que entendió que en el deporte, como en la economía, no hay milagros y que los éxitos se consiguen con planificación y esfuerzo".

El Mercurio, Santiago de Chile, junio de 1991,
acerca del triunfo logrado por Colo-Colo en la Copa Libertadores

Espectáculo, ritual, apropiación, identidades

Desde su origen en nuestro país el fútbol quedó incorporado a nuestra sociabilidad como un componente fundamental. El proceso de apropiación masiva convirtió al juego en una pasión. Lo transformó de una práctica recreativa en un fenómeno social y cultural, donde simbólicamente se expresan conflictos, esperanzas, frustraciones y sueños, individuales y colectivos. Así, el fútbol pudo ser instancia de asociación y reconocimiento; expresión y espacio de construcción de identidades clasistas, regionales o nacionales; lugar de encuentro para una estructura social en proceso de heterogeneización y bruscas transformaciones.

La intuición es que ello está conectado en términos simbólicos con la construcción o refuerzo de ciertas identidades de reconocimiento y del logro de un espacio o sitio en la sociedad. El triunfo o la derrota, el lucimiento o el fracaso, vienen a ser elementos simbólicamente compensatorios o confirmantes de subordinaciones, frustraciones o resentimientos sociales locales o nacionales.

La vida grupal desarrollada en torno al esparcimiento y al juego ha coexistido con los aspectos institucionalizados y, a menudo, los precedió. Se sigue jugando a la pelota en terrenos baldíos, escuelas, playas, etc.,

sin estar organizados. El deporte amateur ha seguido siendo básicamente un juego, una diversión y una posibilidad de compartir socialmente. En las barriadas urbanas y en los campos, los partidos dominicales constituyen para miles una posibilidad de esparcimiento. Las canchas de tierra son un lugar de encuentro y reconocimiento comunitario, en donde el partido es una actividad que tiene sentido mucho más allá de sí misma. El club deportivo y la cancha de fútbol muchas veces se han constituido en espacio de articulación de la organización popular, pero ello inseparablemente ligado al sentido propio de diversión y entretenimiento.

En todo caso, un factor clave que está en la base de las representaciones de cualquier tipo es el hecho de que los clubes deportivos constituyen organismos sociales análogos a otros de carácter sindical, vecinal, escolar, cultural, etc. Es decir, se constituyeron como asociaciones voluntarias surgidas de la base social y la vida cotidiana de pequeños grupos y, aunque con el tiempo se hayan ido transformando en grandes instituciones profesionalizadas que mueven presupuestos milonarios y son dueñas de importantes bienes, el club sigue siendo propiedad de quien quiera integrarlo o seguirlo.

En este plano, desde los inicios, todos los clubes han seguido un patrón común: surgieron desde un grupo que se organizó para practicar el fútbol, y en una primera etapa sus integrantes se confundieron en los roles de jugador, dirigente o entrenador. Justamente la competencia con otros es la condición para el paso a una segunda etapa. Ya sea por los triunfos posibles, por demostrar ciertas características especiales (como habilidad y virtuosismo o derroche de amor propio y pujanza), por la capacidad de asumir la representación de cierto sentimiento colectivo, o por la combinación de estos factores, se van generando a su alrededor círculos cada vez más amplios de hinchas y seguidores. La masificación de su convocatoria es lo que históricamente provocó el paso a la etapa del profesionalismo en muchos casos.

En este marco, el fútbol como expresión cultural de masas ha significado:

> "el despliegue de ciertas fuerzas emotivas, no racionales, emparentadas en cierto modo, en otro contexto, con determinadas 'situaciones límites'. La irrupción de estas potencias ocultas, imprevisibles, aunque no por ello menos humanas, no deja de tener un fuerte sentido de recuperación existencial, particularmente significativo al interior de un orden que en forma sistemática se ha preocupado por reglamentar" (Ossandon, 1985: 18).

En esa dirección, sigue diciendo el autor que:

> "la ida al fútbol se transforma así en una vivencia cultural sui generis, masiva, donde los asistentes recobran momentáneamente una identidad perdida o negada, renaciendo incluso determinados aspectos de una memoria histórica reciente (para nadie es un misterio el origen político de muchos de los gritos que se escuchan en el estadio)" (Ossandon, 1985: 19).

Lo que queremos afirmar, por lo tanto, es que la asistencia al fútbol, así como su práctica aficionada, asumen entre nosotros un carácter ritual que como tal ha constituido una importante expresión de cultura popular y masiva, contradictoria, abigarrada y compleja, pero que posee facetas de alto valor simbólico, ya que:

> "en la participación de un único espectáculo, el match de fútbol, se ponen de manifiesto dos características fundamentales del hombre: el sentido de pertenencia, con la comunicación sensitiva, y el derecho a la opción personal y al triunfo en buena lid (son once contra once) (...) Estas son algunas de las facetas liberadoras que tiene (...) la participación masiva en los estadios y que pueden plasmarse, más allá del fútbol, en un sentido muy diverso al que desearía el orden" (Ossandon, 1985: 21).

Lo dicho anteriormente se inscribe en una perspectiva más general de interpretación del fenómeno que en lo sustancial señala:

> "Al fútbol, como fenómeno propiamente histórico, pertenecen las estructuras que lo gobiernan como espectáculo-mercancía y al fútbol, como fenómeno no histórico, corresponde el sistema como ceremonia-acontecimiento (...). En la primera, el tiempo fuerte es el tiempo de la Historia económica y social; en la segunda, el tiempo fuerte es el de la vida simbólica e individual, (...) es el Gran Tiempo (mítico, no cronológico), un espacio que es la escena tribal y una energía que es la Líbido (vida/muerte)" (Verdú, 1980: 8).

En esta perspectiva, fenómenos culturales como el fútbol, en nuestro caso, aparecen fundamentalmente como prácticas complejas y multifacéticas. Lo mestizo y lo híbrido parecen ser lo característico de dichos procesos, tanto en sus formas como en sus contenidos. Es obvio que cualquier manifestación cultural masiva constituye siempre objeto de codicia para el poder. El fútbol como espectáculo no escapa a ello. Producto del desarrollo del capitalismo, el fútbol organizado y profesional es, efectivamente, un espectáculo-mercancía que puede ser visto como análogo a otros fenómenos generados por la industria cultural moderna.

En el fútbol chileno, desde sus orígenes y durante un siglo, la articulación entre ambas dimensiones subsistió más bien de manera complementaria que contradictoria. Y esto se explica porque desde su inicio el fútbol se mostró como un deporte para ser visto. Sin espectadores, su práctica pierde parte importante de su sentido y esto es válido tanto para el fútbol profesional como para el aficionado. Todo hincha es espectador de algo que al menos alguna vez ha practicado, permitiendo que aflore como síntesis la facultad de crítica. Más aún, la repetición de la observación provoca el mismo resultado, aunque no exista el precedente de la práctica propia en el caso específico de la incorporación paulatinamente creciente de la mujer a los estadios y las canchas.

No es posible la ingenuidad de suponer que los procesos de construcción de representatividad social y cultural constituyen fenómenos espontáneos y puros. Justamente por su rápida y creciente masificación, el fútbol despertó tempranamente la codicia de distintos poderes. En ese sentido, por ejemplo, desde la aparición de la prensa deportiva especializada, la influencia de los medios para afianzar o mantener popularidades de equipos, jugadores, entrenadores, etc., aún artificialmente, no ha sido para nada desdeñable. El problema no es el desarrollo de la dimensión de espectáculo que tiene el fútbol, sino si el sentido de éste se complementa o articula con otros sentidos incluidos en y ligados a la dimensión ritualística y simbólica.

En el caso chileno, ambos procesos se articularon y se confundieron en uno solo, al ser tomados el deporte y el fútbol, en sus orígenes y durante gran parte del siglo XX, como elementos integrantes del desarrollo educacional y cultural. Se vieron así insertos, en tanto que instrumentos, en la cruzada de la ilustración y de la educación popular.

Un poco de historia

La década de los ‘30 no es una etapa cualquiera en la historia de nuestro país: es un período en el que se produce una rearticulación global de la sociedad chilena en todos sus planos, después de la crisis y el derrumbe del modelo modernizador liberal-oligárquico en los años ‘20. El proyecto desarrollista emergente no sólo significó la necesaria incorporación al sistema de los sectores medios y proletarios, hasta entonces marginados, vía satisfacción de algunas de sus demandas. Dicha integración, a su vez, fue apreciada por estos sectores no sólo porque implicaba objetivamente el mejoramiento de sus condiciones de existencia, sino también porque les creó nuevas y mejores condiciones

desde donde crecer y desarrollar un proyecto nacional, con pretensiones hegemónicas.

De este modo, en el plano cultural se replanteó la cuestión de la identidad. Si bien el progreso y la modernidad no son abandonados como meta, sí se dejó de lado la vieja concepción liberal de que ellos serían el resultado un tanto mecánico del traspaso de las pautas culturales de los países avanzados. Lo moderno como elemento constitutivo del nuevo país a construir debía originarse desde adentro, desde lo propio, lo autóctono. Ideológicamente esa identidad debía reconocer de alguna manera a los sectores populares. Surgirá la valorización de la tierra y el folklore, del *roto* y el pasado indígena.

Durante la vigencia del proyecto desarrollista, es decir desde los '30 a los '70, la articulación de esa dimensión comercial (con todas sus contradicciones) con la dimensión cultural del fútbol se logró por la vía de otorgarle a éste, y al deporte en general, un rol protagónico en el esfuerzo de integración y unidad nacional. El fútbol es visto como un importante instrumento de cooperación con el papel activo del Estado en la difusión de la educación y en la elevación del nivel cultural del pueblo. En ese sentido se puede graficar brevemente lo anterior a partir de considerar el discurso que la prensa especializada difundía acerca de lo que consideraba trascendental como función de la actividad deportiva.

A poco de asumir el gobierno del Frente Popular, con Pedro Aguirre Cerda a la cabeza, aparece la revista *Estadio*, en septiembre de 1941. Dicha publicación –que constituye el más alto nivel de periodismo deportivo que se ha hecho en Chile– señalaba en su primer número:

> "creemos contribuir con nuestra labor a la campaña de 'chilenidad' y mejoramiento de la raza en que está empeñado Su Excelencia, el Presidente de la República" (*Revista Estadio*, septiembre de 1941).

Dicha publicación fue un permanente difusor y propagandista del rol social y cultural que jugaba el fútbol y el deporte en el proceso de desarrollo del país, pero en ningún caso fue una excepción. Por el contrario, más bien recogía y sistematizaba un sentido común masivamente compartido al respecto. De este modo, señalaba:

> "El deporte es escuela de democracia" (*Revista Estadio*, noviembre de 1946).

Así, el fútbol era visto como una actividad social capaz de potenciar determinados valores. Por ello, argumentaba años después:

> "El deporte es ejemplo de disciplina, de cooperación, de juego de equipo. No caben en sus postulados la envidia ni el egoísmo, y enseña que un esfuerzo coordinado en el que todos trabajan para una sola insignia es más noble y

rendidor. El espectador de la fiesta deportiva vive ese clima, se empapa de él y llega a comprenderlo y adoptarlo a su vida cotidiana" (*Revista Estadio*, septiembre de 1950).

Una de las principales tareas que se le pedía y reconocía al fútbol era la de contribuir a la elevación de los niveles culturales y morales del pueblo. En ese sentido, se valoraba el hecho de que:

"Ha conseguido llevar lo que fue una simple distracción dominguera de pequeños grupos a ser preocupación permanente de una juventud ansiosa de vivir al aire libre. (...) Importancia en la educación colectiva, en el alejamiento del vicio y de los bajos ambientes" (*Revista Estadio*, junio de 1958).

En este aspecto se enfatizaba en la necesidad de integrar masivamente a los niños como cultores y espectadores. Así, la revista abogaba en otro artículo porque los niños tuvieran entrada gratis a los estadios, señalando que:

"A los niños no se les persigue con la luma de la autoridad, al niño no se le hace a un lado. Y en esto el deporte tiene la obligación de permanecer en la avanzada, de marcar rumbos, de dar el ejemplo, como lo está dando en muchos otros problemas ciudadanos. El deporte es escuela de entereza, de hidalguía, de paz. Debe ser también el líder de los derechos del niño" (*Revista Estadio*, junio de 1950).

En el cumplimiento de estos roles no se distinguía entre fútbol profesional y su práctica aficionada o informal. Por el contrario, se las veía más bien relacionadas e interactuando:

"El deporte, como espectáculo, tiene una misión muy grande que cumplir. (...) Es una misión de propaganda, es un afiche y una bandera, es una clarinada que despierta y empuja a los indecisos (...) esos sesenta mil ciudadanos que en la tarde de un domingo se apretujan en las graderías del estadio, son sesenta mil hombres que fueron arrancados a la cantina, al vicio" (*Revista Estadio*, septiembre de 1950).

Lo dicho anteriormente no implica que la actividad deportiva y futbolística estuviera instrumentalizada directamente por los gobiernos o por el Estado. Pero tampoco es posible sostener la total independencia frente al mundo político. Más aún, en el período que estamos examinando, al igual que otras actividades culturales, el fútbol demandó permanentemente la atención y el fomento de parte del Estado y de los

gobiernos, justamente destacando como mérito para ello su rol social y cultural. En ese sentido se estableció una compleja relación, ya que los límites de la autonomía relativa del fútbol respecto de la autoridad no estaban absolutamente precisados. Entonces, si bien se pedía de ella apoyo, especialmente en términos de infraestructura y aporte de medios, se custodiaba celosamente la independencia frente a una intromisión directa.

Por ejemplo, a raíz de la elección presidencial de 1946, se reconocía que "(E)n proporción más importante que nunca en el pasado, en el último lustro el Estado reparó en el deporte", pero se le advertía al gobierno que asumía que:

> "El Estado debe aumentar su aporte. Tiene la obligación de responder al constante progreso de esta actividad, encauzándola de manera que los beneficios se expandan y alcancen al mayor número de chilenos" (*Revista Estadio*, noviembre de 1946).

Algunos años después se constataba con pesar que ello no había ocurrido, al menos en la medida suficiente:

> "Comisión especial en la Cámara de Diputados, proyectos, declaraciones, todo hacía creer que tanto los funcionarios del Gobierno como los legisladores habían comprendido la importancia de la cultura física en el desarrollo de la ciudadanía" (*Revista Estadio*, agosto de 1953).

Más de una década después se reiteraba la queja acerca de la insuficiente comprensión gubernativa sobre el rol social del deporte, señalando que:

> "El deporte no se cultiva sólo por el deporte mismo, sino como fuerza impulsora de una nación que mira de frente lo que viene (para que) de una vez, sobre todo en los poderes gubernativos y parlamentarios, se le otorgue la categoría que el deporte y, por ende, la educación física merecen como actividad vital y trascendental en el despliegue de una nación" (*Revista Estadio*, mayo de 1964).

La intervención gubernativa en los asuntos internos del fútbol fue más bien excepcional. De manera sintética, el que fuera Director de Deportes del Estado, Coronel (R) Julio Moreno J. expresó el pensamiento predominante sobre la relación entre la actividad deportiva y el poder estatal:

> "El Departamento de Deportes se creó para fomentar el deporte y ayudarlo, no para intervenirlo" (Marín y Salviat, 1976: 13).

Lo ocurrido en esta relación entre fútbol y política con posterioridad a 1973 significó un violento contraste con lo reseñado antes. La implantación de la dictadura militar y la acción de su régimen llevaron a cabo una permanente intromisión manipuladora del deporte y del fútbol. No hubo práctica social ni expresión cultural que el régimen dictatorial no tratara de instrumentalizar, de manera muchas veces brutal, para la remodelación de la sociedad chilena. En muchos planos el régimen logró la transformación deseada. En el fútbol tuvo éxitos parciales y grandes fracasos. La intervención descarada, la manipulación desembozada, la politización autoritaria no lograron, sin embargo, los efectos de transformación radical que se perseguían. En otras palabras, en el caso del fútbol el régimen desarticuló lo existente, provocándole una profunda crisis, pero no pudo generar una nueva estructura, un nuevo sistema, basados en sus postulados programáticos, que en el terreno del fútbol profesional apuntaban a subordinar su faceta de expresión social y cultural a la dimensión comercial del fútbol como espectáculo-mercancía.

La siniestra figura del encapuchado que recorría los pasillos interiores del Estadio Nacional señalando aquellos detenidos que serían llevados a las sesiones de tortura constituye un símbolo. Los camarines convertidos en calabozos donde se hacinaban hasta ciento veinte presos. Las dependencias interiores de la Tribuna Numerada, bajo Marquesina, cumpliendo la función de salas de interrogatorio. Los túneles por donde salen los jugadores a la cancha, sirviendo de celdas de castigo. El velódromo, ocupado para los interrogatorios duros e incluso fusilamientos. Durante los dos meses posteriores al golpe militar del ‘73, miles de personas fueron víctimas en el Estadio Nacional. De igual modo, muchos otros miles lo fueron en otros campos deportivos del país. El sitio del ritual futbolístico, que había congregado a las masas populares durante más de treinta años para vivirlo como espectador o practicante, fue profanado. El grito de gol fue ahogado por el gemido del golpeado y torturado. La bendición papal en 1987 fue explícitamente orientada a lavar la afrenta. También lo hicieron las manifestaciones masivas de protesta antigubernamental vividas en jornadas futbolísticas de la década del ‘80.

El impacto del régimen militar sobre el fútbol se dejó sentir en distintos planos, influyendo de manera directa o indirecta sobre su desarrollo. Uno de los efectos más importantes se dio en el terreno económico. Es sabido que la transformación radical de la economía chilena, en función de reorientarla tras un nuevo patrón de acumulación capitalista, tuvo uno de sus momentos más importantes con el ajuste recesivo buscado por la llamada política de *shock* a comienzos de 1975. La disminución del gasto público, la restricción forzada de la demanda por la vía de rebajar el poder adquisitivo de los salarios, las primeras medidas tomadas contra la protección de la industria nacional, el

encarecimiento del crédito, etc. generaron una violenta contracción de la demanda y el alza violenta de la cesantía, mientras la inflación se mantenía en altos niveles.

Ello significó una profunda crisis para el fútbol profesional y para muchos de sus clubes, especialmente aquellos que dependían exclusivamente de las recaudaciones o aportes voluntarios de sus directivos, una gran cantidad de ellos industriales o comerciantes afectados por la crisis económica general. Aparecieron las huelgas de jugadores impagos en sus sueldos, bajó la asistencia de público, y con ello las recaudaciones. Al desatarse la recesión de 1975 el impacto sorprendió a un gran número de clubes sin ninguna posibilidad de solventar sus gastos. El régimen militar creyó que había sonado su hora. Apoderarse de Colo-Colo podía significarle tener en sus manos el control del fútbol como espectáculo. Así, por medio de oscuras maniobras, que involucraron al por entonces Secretario General de Gobierno, Gral. Hernán Béjares, el gobierno impuso la destitución de la directiva legítima y la entrega de la gestión del club al Grupo Financiero BHC, que aparecía como un símbolo del nuevo modelo económico. Parecía haber llegado el tiempo del fútbol-empresa.

> "Se pensaba que ellos aplicarían un criterio empresarial y harían de Colo-Colo la fuerza espectacular que estaba llamada a ser. Hubo varios supuestos erróneos. Primero: los recién llegados, hombres de negocios, no eran especialistas en el 'negocio del fútbol'. Segundo: no eran empresarios ligados a la producción, sino a las finanzas, en un momento en que el país de papel ahogaba al país productivo. Por último, la remoción directiva significaba una amputación dolorosa en el propio corazón colocolino, ahora declaradamente sujeto a intereses ajenos. (...) Cuando el grupo económico llegó, puso dinero. Con torpe ingenuidad, algunos sostuvieron que era un 'regalo': obviamente el club seguiría (y sigue) pagándolo por muchos años. (...) Todo resultó dramáticamente ridículo. (...) La situación –con malos resultados deportivos y económicos– se prolongó por casi tres años" (Marín, 1987: 293).

Para completar la farsa y la tragicomedia, en ese período Pinochet se hizo nombrar Presidente Honorario de Colo-Colo. De ahí en adelante su estrategia fue distinta, y en gran medida se desenvolvió de manera velada a través de maniobras que no fueron conocidas públicamente, para lo cual contó con la complicidad de un importante sector del periodismo deportivo. De modo que muchas cosas no es posible probarlas, aunque fueran secreto a voces. Un elemento decisivo que usó el Gobierno Militar a su antojo fue el control de los enormes fondos recaudados por el Concurso de Pronósticos

Deportivos y su reparto a través de la DIGEDER (Dirección General de Deportes y Recreación), que estuvo a cargo de sucesivos generales.

Manejando enormes sumas frente a un fútbol con problemas económicos endémicos, la DIGEDER impuso sus condiciones, apuntando a lograr el control de las directivas generales del fútbol y de los clubes, colocando a sus partidarios directos o personeros gubernamentales, o tolerando dirigentes anodinos y temerosos. Esta intervención fue claramente desembozada en los equipos provincianos, cuyas directivas, en general, fueron copadas por alcaldes, intendentes y oficiales de las Fuerzas Armadas (Santa Cruz, 1991).

Los intentos directos de control de la actividad futbolística por parte del régimen encontraron en los hechos una actitud de rechazo de las masas populares. Especialmente en el período 1983-1986 y en el marco de un ascenso general de movilización social, la presencia multitudinaria en los estadios derivó, en muchas ocasiones, en masivas protestas y demostraciones antigubernamentales[1]. Por último, la permanente crisis y pugna directiva con trasfondos de escándalos y acusaciones de corrupción entre los distintos bandos impidió la transformación más profunda de la actividad en el sentido de orientarla a la dimensión espectáculo-mercancía y subordinando, cuando no eliminando, el plano de expresión deportivo-cultural y todo su contenido simbólico. El escándalo del Maracaná no sería sino la culminación grotesca de un proceso de descomposición.

Por otro lado, todavía en 1974 se podía caracterizar al hincha chileno diciendo que:

> "Nuestro público no es agresivo (...) pero el hincha chileno es exigente. No se conforma con cualquier cosa y le pide el máximo a los jugadores. Silba cuando se dejan estar y los anima cuando juegan bien. Son los propios jugadores los que levantan el ánimo al público. (...) En general, un público frío y poco aspaventoso" (Biblioteca del Almanaque, 1974: 93).

A fines de esa década y en el contexto del régimen militar reseñado antes,

> "emergió un público distinto. Las banderas, los gritos y el apoyo organizado se hizo semanal costumbre, generando un fervor hasta entonces desconocido en nuestras canchas" (*Revista Estadio*, enero de 1980).

Ello no constituyó un fenómeno de generación puramente espontánea. En 1979 los dirigentes del fútbol impulsaron la creación de barras de nuevo tipo, tomando por modelo los cantos, banderas y serpentinas comunes en el fútbol argentino. Intentando manipular el

fenómeno que comienza a generar este nuevo tipo de hincha, gran parte de la prensa estimuló y alentó, y convirtió en modelo este nuevo tipo de hinchada. Con bastante ligereza se justificó un comportamiento masivo caracterizado por la agresión verbal permanente, olvidando que estos fenómenos adquieren siempre dimensiones muy complejas y asumen diversas facetas posibles. Así se señaló, por ejemplo, que:

> "los incidentes fueron una válvula de escape para una hinchada que no dejó un momento de 'vivir' el partido y que al final buscó el desahogo menos apropiado, pero no por eso poco válido en estos tiempos en que el fútbol dejó de ser para timoratos y pusilánimes, para transformarse en esfuerzo, en temperamento, en sudor, en guerra" (*Revista Estadio*, septiembre de 1980).

Así, se insistió en la necesidad de crear en el hincha una mentalidad ganadora para la cual el triunfo debía conseguirse a cualquier costo, o aquello de *imponer la condición de local* por cualquier medio. Dicha prédica, al caer en un contexto social como el creado por la dictadura, que impuso la violencia, la fuerza, la intolerancia y la represión como forma de vida cotidiana, generó las condiciones para que los estadios se convirtieran en espacios para la explosión de la agresividad y la presión social que no tenía cauces de expresión. Probablemente tenga asidero la acusación de que lo anterior no fue casual y que se trató de desviar la energía social contestataria. Sin embargo, cual aprendiz de brujo, dicho sector de la prensa contribuyó a desatar fuerzas ocultas imposibles de controlar.

Durante la década del '80 el desborde social en los estadios tuvo al menos dos destinos: por un lado la explicitación masiva de una respuesta política al régimen militar que en vano la prensa trató de ocultar, y por otra parte se manifestó como violencia ciega contra jugadores, árbitros, hinchas rivales e incluso contra sí misma. Justamente porque el fútbol como expresión multitudinaria condensa elementos simbólicos y culturales que van muchos más allá de él, el surgimiento de estas barras implica una realidad de gran complejidad, donde se hacen presentes sentimientos, odios, frustraciones, etc. individuales y colectivos. En este marco, hay que agregar el impacto degradante sobre la moral colectiva que significó la aplicación durante años del concepto de que el fin justifica cualquier medio. De ese modo, por parte de algunos, se sigue validando hasta hoy la tortura y el crimen como forma de obtener información; el fraude y el engaño, como manera de hacer buenos negocios; la mentira y la censura, como forma de manipular la verdad.

Particularmente en el caso chileno, la existencia de las barras bravas no es ajena a este marco en que no están de moda ni los principios, ni la

consecuencia mínima. Es probable que muchos de esos jóvenes, participantes de la lucha contra la dictadura militar y que conservan esa memoria en sus símbolos, sus cantos, etc. y ahora protagonistas de movilizaciones en el ámbito político o estudiantil, prefieran un lenguaje claro, opiniones definidas, actitudes no equívocas o ambiguas, y en esa perspectiva es posible explicarse también la búsqueda de espacios de expresión o identidad, de una causa por qué jugársela, donde la vida conserva una cuota de aventura y heroísmo, de entrega gratuita, sin cobrar y sin negociación o intercambio de por medio.

Lamentablemente, son escasos los análisis o comentarios que han trascendido de lo meramente espectacular: enfatizar la violencia y destrucción que han provocado, o tender un manto de denuncia global sobre el imperio de la drogadicción y el alcoholismo que habría en sus filas. Algunos han querido explicar el fenómeno como un gesto puramente imitativo, como eco repetitivo de situaciones ocurridas en otros países. Estas visiones se niegan a considerar la posibilidad siquiera de que en la propia convivencia nacional estén las raíces del fenómeno en cuestión. Por otro lado, ha habido quienes han querido ver manos negras que manipularían a estos hinchas, la gran mayoría muy jóvenes, con el propósito de crear alteraciones del orden público.

La violencia de estas barras obedece a causas variadas que se ubican en distintos planos, algunos de ellos claramente extra-futbolísticos. Todo lo anterior no pretende justificarla, pero ayuda a entenderla. Por eso es que son ángeles y demonios a la vez. Víctimas y victimarios, expresando en su accionar algunas de las contradicciones más crueles y brutales del contexto y algunos de los procedimientos en que ha operado la modernización de la sociedad chilena. De lo anterior fluye la convicción de que el motor y lazo de unión del grupo es un sentimiento de entrega a una causa, a la defensa de un ideal, lo cual genera una base de identidad colectiva, pequeña (desde el punto de vista macrosocial), pero suficiente para otorgar sentido a una actividad común. Este fenómeno estaría relacionado con el actual carácter de la sociedad moderna. Es algo intermedio: la constitución en todos los dominios, sexual, religioso, cultural, de pequeñas identidades, a las que se les ha llamado tribus urbanas, como expresiones colectivas que están a medio camino entre la sociabilidad y el individualismo.

Nacionalismo y *glocalización*

El proceso de restauración democrática creó condiciones favorables para la aceleración y legitimación del proyecto modernizador globalizante (Moulian, 1997). La etapa actual de la modernidad, es sabido, se verifica en un contexto cualitativamente distinto a proyectos anteriores, en la

medida en que la modernización se nos ofrece con una sola dirección y contenidos posibles, es decir, en que los fines y supuestos del orden social se nos presentan naturalizados. La reformulación y/o fragmentación de las identidades colectivas, los procesos de desterritorialización y descolección cultural, al decir de García Canclini, son fruto de un proyecto que tiene como elemento central la articulación que el mercado ejerce sobre todas las prácticas sociales.

Una cuestión que se hace cada vez más constante es la presencia de la compleja relación que los procesos de modernización actuales establecen entre el localismo y la globalización cultural. De tal modo, el impacto de lo culturalmente universal sobre esas realidades locales constituye en nuestra realidad mediática un metarrelato que discurre por tipos sociales y situaciones, significados desde un enfoque que pretende, porque supone posible, la subsistencia de lo local al interior y en la perspectiva de lo global. Dicha visión no parece muy lejana de aquella que sostenía al comenzar la década de los '90 que un desarrollo cultural democrático podría enfrentar las contradicciones generadas por la modernización a partir del estímulo de la diversidad (Brunner et al, 1988).

El hecho de que la industria cultural y las comunicaciones globalizadas se constituyeran en el eje articulador de la vida y la cultura cotidianas masivas podría en esa visión ser apuntado hacia la posibilidad de corregir los conflictos que provoca el malestar de la modernidad, con un espíritu democrático. De este modo, la diferenciación y heterogeneidad culturales favorecerían la diversidad y el pluralismo. Sin embargo, la apariencia de una diversidad creciente como la planteada antes escamotea, entre otras cosas, la problemática del poder y la pregunta por la igualdad, cuestión que en nuestro país nunca ha sido precisamente un sinónimo, ni análogo, de diferencia.

La segmentación y diversificación culturales tienen como motivación central las necesidades de un mercado en permanente expansión y no implican solamente la lógica de la diversidad. Están también marcadas por los signos de la exclusión y la segregación. Así, en el mercado cultural y comunicacional se genera la coexistencia de la tendencia a la concentración y centralización, por un lado, y a la segmentación interna, por otro. Dichos fenómenos, a primera vista contradictorios, son en definitiva complementarios. Por una parte la lógica del universalismo, y por la otra el multiculturalismo asociado a diferentes estilos de vida.

En momentos en que la integración de la sociedad chilena al ámbito de la globalización pone legítimamente en discusión al menos el desperfilamiento del Estado-Nación, en lo económico, lo político y lo cultural ha aparecido un discurso que rearma las piezas, junta los fragmentos y retóricamente re-instala la supuesta vigencia de una cierta 'chilenidad'. Basta mencionar lo sucedido con las fiestas patrias, el fútbol

(especialmente alrededor de la Selección Nacional), la Teletón, etc. entre otros eventos de producción mediática que apuntan en la misma dirección.

Sin embargo, dicho desperfilamiento del Estado no implica obviamente su desaparición. Más bien, la modernización globalizante, en tanto fase actual del capitalismo a escala planetaria, está obligando al desarrollo de nuevas formas de legitimación del Estado. Efectivamente, como muchos autores han planteado, el Estado actual se ve sometido a una doble presión que proviene por una parte de su relativa impotencia y el estrechamiento de su campo de acción ante la globalización económica, política y cultural, y por otro lado se debe a la contratendencia que ello provoca en el desarrollo de los localismos étnicos, sociales, económicos y culturales, provenientes de la fragmentación y atomización social, así como los procesos de individualización y privatización de lo colectivo y lo público.

Esto último, bajo la apariencia de seudoprogresismos, fomentados y estimulados por sectores políticamente interesados, no hace sino reforzar el discurso de lo global, no sólo como el único mundo posible, sino como un espacio de desarrollo de lo propio, convertido en instrumento de competencia en los mercados internacionales. Una primera expresión de ello, en el caso chileno, la constituyó la experiencia del iceberg como símbolo nacional en la Feria de Sevilla en el '92. Sin embargo, la polémica desatada en ciertos ámbitos intelectuales mostró que dicha manifestación discursiva se había excedido en sobrevalorar los componentes universalistas de nuestra modernización. Se trató más bien de exaltar allí lo que Brunner llama el nacionalismo de la competitividad, el cual:

> "sin embargo, es una ideología completamente distinta del nacionalismo de la sangre y la tierra y lleva consigo, necesariamente, un fuerte componente cosmopolita" (Brunner, 1998: 118).

En ese sentido, el discurso identitario oficial y hegemónico produce una rectificación a favor, retóricamente desde luego, de los elementos particulares. Aparece así mucho más cercano a la postura de autores que conciben a la modernidad como "la afirmación de la capacidad de los sujetos, individuales y colectivos, de hacer su historia, que cada sociedad inventa y tiene su propia modernidad" (Garretón, 1994: 53).

Agrega el autor que la modernidad latinoamericana, y por extensión la chilena, debería considerar tres elementos fundantes. En primer término, su raíz occidental, lo cual implica la racionalidad instrumental, el desarrollo tecnológico y el predominio de ciertas instituciones. Por otro lado, una vertiente de expresividad, comunicación e imaginación, una

cierta estética, el impulso y la pasión, en una curiosa actualización del viejo paradigma sarmientino decimonónico de civilización y barbarie, y por último, que dichos fundamentos deberían contextualizarse en la memoria histórica de cada sociedad. Es decir, que es factible instalarse en lo global desde una base de 'chilenidad', superando la aparente contradicción entre lo global y lo local, ya sea en la perspectiva de la relación de la nación con el mundo, o en el plano interno entre los sectores más incorporados a la lógica de la modernización y aquellos otros retrasados o reticentes.

En ese sentido, la visión de la 'chilenidad' que se construye discursivamente asume fundamentalmente el carácter de síntesis. Es decir, se recogen diversos elementos, de manera fragmentaria, de los distintos discursos que sobre lo nacional recorrieron el siglo XX. Digamos de paso que ese esfuerzo retóricamente integrador no se confina solamente al espacio del fútbol. Asimismo, cabe poner de relieve que la realidad cultural anterior se caracterizaba por la existencia de un espesor y densidad cultural, política e ideológica de base, que se articulaba con proyectos de modernización diversos y competitivos, vale decir, en un contexto donde la configuración del orden social, sus supuestos y fines no sólo estaban en discusión, sino que constituían lo medular del debate público.

Pero, con ello no estamos hablando de la realidad de los últimos años. Debilitados, por decir lo menos, o francamente desaparecidos, dichos movimientos populistas clásicos, los Estados nacional-desarrollistas o una izquierda con fuertes proyectos ideológicos, la hipótesis es que todo ello generó un vacío ocupado por actores como la televisión o la radio, principalmente, que han encontrado las mejores condiciones para constituirse en los fundamentales referentes de construcción de imaginarios colectivos masivos en torno a lo político, lo público y los procesos de modernización. En ese sentido, lo que hacen el discurso televisivo en general, y los géneros ficcionales como la telenovela, o los fenómenos masivos como el fútbol, específicamente, es construir una cotidianidad en la cual aparezca como verosímil la idea de que por sobre la heterogeneización cultural y en conjunto con la universalización proveniente de la inserción en el mundo global, sería posible la subsistencia de lo nacional. Para ello, ha echado mano al discurso más tradicional y conservador como matriz básica, incorporándole fragmentos provenientes de otras discursividades, descontextualizados y desustancializados[2].

Fútbol e identidades

Es en el marco de lo anterior que el discurso nacionalista actualmente imperante se hace cargo de dar una respuesta al viejo problema de la identidad nacional. Recientemente se ha afirmado que ninguno de los discursos conocidos sobre la identidad se hace cargo de ella como modernidad y sobre todo la modernidad realmente existente en América Latina. En sus palabras, la de las ciudades, la internacionalización de la cultura, el avance desigual de la educación, la expansión de los mercados, la destrucción del medio ambiente, el olvido del pasado, el creciente secularismo, la pobreza masiva, la exclusión de los indígenas, etc. A la vez, tampoco esos discursos se harían cargo de las nuevas maneras de hablar y crear identidades: la de los medios, en especial la televisión, y de los múltiples otros lenguajes que se generan con la vida urbana, con los movimientos del mercado cultural y con las nuevas formas de inserción de los países en la economía global (Brunner, 1995).

Con ello el autor quiere poner de manifiesto, como señala en otro texto citado anteriormente, que la idea de cultura nacional, en el sentido de un núcleo esencial constituido de una vez para siempre, se habría desvanecido en el aire (parafraseando a Marshall Berman), y que lo que llamamos de esa manera sería más bien un complejo entramado de simbolizaciones y productos culturales, provenientes de los más diversos orígenes y temporalidades y articulados por un campo cultural crecientemente universalizado.

Se puede sostener que en nuestro país el discurso televisivo en especial ha sido capaz de crear una textualidad que establece una síntesis entre la identidad nacional entendida como modernidad y los elementos básicos de un discurso conservador y tradicionalista, más aún, usando a éstos como matriz de sentido. Como señaláramos antes, frente a la fragmentación y heterogeneización social y cultural y la creciente universalización de la cultura y la vida cotidiana, el discurso televisivo rearma las piezas, junta los fragmentos y retóricamente reinstala la vigencia de una cierta 'chilenidad'[3].

El punto de unión de esas piezas, muchas de ellas contradictorias desde una perspectiva moderna clásica, no es otro que el uso y consumo de símbolos patrios. Lo que nos hace chilenos es la compra de una camiseta de la selección nacional de fútbol y la participación en eventos masivos de folklore, deporte, religión, etc. No se trataría de un discurso que oculte o falsee una realidad poseedora de una inmanencia o sustantividad diferente o contraria, con sus propias claves explicativas. No se trata de que encubra, entonces, una realidad, sino que construya y ofrezca una perspectiva de sentido, que no tape las contradicciones o conflictos, sino que las resuelva en las ideas de progreso y modernidad, no planteadas como teleología y por tanto como causa y como proyecto,

sino que como pura cotidianidad, como puro presente. A lo más la meta es colocada, como lo ha hecho el Presidente Lagos, en la perspectiva de una década (el Bicentenario de la República) y en términos tales que, cualquiera que sea la realidad que exista para esa fecha, pueda retóricamente ser mostrada como un logro y un progreso. Toda teleología se instala en el tiempo de la vida y no en el tiempo de la historia, es decir, en la cotidianidad de los individuos y simbolizada por metas que no son otra cosa que el desarrollo previsible de las tendencias de un presente, renovado desde, por y dentro de sí mismo.

Se trata de una identidad que no remite, ni lo pretende, a algún basamento social, político, económico, religioso, etc. a la manera como lo hacían los discursos identitarios clásicos; que no interpela a sujetos o actores sociales situados en territorios específicos y fijos dentro de la estructura social, sino al individuo en tanto consumidor-ciudadano, es decir, como poseedor de demandas provenientes de su particular experiencia de vida que plantea indistintamente al mercado, al Estado, a los medios, etc. bajo un mismo patrón. No se está frente a un ideario presentado como una causa colectiva, sobre la base de un deber-ser totalizante de la vida individual y colectiva, que exija en nombre de la defensa de la identidad nacional sacrificios o desgarramientos existenciales, sino que se vive en la forma de eventos interactivos y a través del consumo.

En esa dirección parecería sostenible la hipótesis de que la fórmula del evento interactivo constituye el escenario predilecto para la vivencia de este discurso identitario. Situado más allá del espectáculo, lo incorpora. El evento es propio de la actual fase de desarrollo de la modernidad y tiene como base su desarrollo tecnológico. El espectáculo todavía admite, en tanto que formato, ser de origen espontáneo o ser expresión de una cotidianidad social y colectiva: el partido de fútbol en la cancha de tierra de la población es un espectáculo y esa categoría no se la da el pago de una entrada, sino los protagonistas y especialmente los espectadores que libremente concurren. En cambio, el evento requiere ser producido, inducido, mediatizado y tecnificado. El mercado ha logrado introducir esta lógica como fórmula de base para todo acontecimiento: el fútbol, la política, el arte, la caridad y la fe se constituyen en eventos que deben ser “marketineados” y promovidos.

Sin embargo, lo distintivo del evento (y lo que introduce en estos tiempos la complejidad necesaria para superar viejas dicotomías) es el hecho de que necesariamente es integrador. El público debe jugar un papel en el evento: más aún, éste produce e induce su actividad. El evento involucra a todos los que participan en él, directa o mediáticamente. En la medida en que constituye una fórmula de mercado, el evento es una operación productiva cuyos beneficios se

reparten segmentadamente. Además, sus beneficios no se agotan en lo material y se reparten en distinto grado. Por ello el evento puede incorporar o no el formato del espectáculo, pero lo que hace es borrar la distancia escénica y, con ello, la posibilidad del engaño, de la falsa conciencia y la alienación. En el evento no hay sujetos ni objetos, sólo operadores en distintos roles. Si bien el evento tiende a situarse en el plano de la universalidad de los formatos, no se trata de que haga tabla rasa de lo particular o lo local: por el contrario, lo incorpora, pero lo despoja de sustancialidad al integrarlo a un libreto.

Dicho de otra forma, la identidad nacional profusamente propagandeada actualmente desde los medios no constituye parte de alguna utopía planteada desde el Estado o desde alguna ideología política, sino que es un discurso integrante de una convocatoria hecha desde el mercado, entendido éste por un discurso oficial como el lugar del ejercicio de una auténtica democracia, que administra y orienta el orden social vivido como algo dado, naturalizado y no discutible en sus fines y supuestos, a partir de las decisiones de consumo de los individuos[4].

Una identidad nacional que se realiza y se expresa en la capacidad de competitividad en los mercados mundiales, y de allí la importancia pública que adquiere la ubicación en los rankings elaborados por agencias internacionales sobre la calidad de las distintas economías nacionales desde el punto de vista de los intereses globales. Asimismo, ha encontrado un ámbito preferente en las competencias deportivas, en nuestro caso especialmente el fútbol y el tenis, donde se busca, un tanto frenética y estridentemente, la confirmación simbólica de un país exitoso y eficiente, capaz de pararse de igual a igual frente a cualquier otro. Lo anterior no ha estado precisamente exento de contenidos agresivos, que se han traducido a veces en actos de violencia como el ocurrido en la disputa de la Copa Davis entre Chile y Argentina en 1999.

Asimismo, esta verdadera ansiedad colectiva por ganar de cualquier manera ha permitido que dicho discurso nacionalista incorpore matices provenientes de ciertos comentaristas que cuentan con amplia llegada masiva y que difunden la xenofobia, el racismo y un belicismo que conecta las competencias deportivas con conflictos guerreros del pasado histórico. En este sentido, se ofrece aquí un espacio más para la recuperación y cooptación retórica de culturas, identidades y formas simbólicas locales o correspondientes a otras épocas y re-significadas por el misterio, lo sobrenatural o lo exótico, con capacidad para integrarse al mundo global desde lo propio. Pero, debido a que lo propio no es mucho más que una superficie discursiva y significante, puede ser continuamente acomodado a la marcha del proyecto modernizador. Se trata entonces de un discurso *ad hoc*, ya que todo futuro posible ya está

contenido en el presente y allí tiene su fundamento, por lo cual la lectura y re-escritura del pasado es necesaria para también presentificarlo. Dicho de otra manera, es un discurso que no requiere ser validado o confrontado con ninguna realidad exterior a él mismo, porque a su vez incluye, construye, interpreta y da sentido a toda realidad posible.

Eliminatorias, mercado y nacionalismo

Desde hace algunos años, el fútbol nacional ha tenido que ir adecuándose a la nueva realidad de un fútbol mundial caracterizado por algunos como propio del capitalismo desarrollado de consumo (Verdu, 1980)[5]. La expresión orgánica de este tipo de fútbol, que ya se instaló hace años en Europa, es la empresa futbolística: la transformación de los clubes en sociedades anónimas. Así el fútbol, en tanto es parte de una economía cuya herramienta central de modernización es la plena inclusión en los mercados mundiales, está viviendo de manera contradictoria el hecho de basarse en organismos sociales, propios de la sociedad civil, que deben manejarse cada vez más con criterios propios de la empresa, es decir, privilegiando la rentabilidad y el beneficio, teniendo que adecuar sus presupuestos al nivel de precios internacionales en el mercado futbolístico, etc.

La propia conducción que le ha impuesto la FIFA al fútbol mundial, privilegiando la plena mercantilización de la actividad, entendida como uno de los más grandes negocios transnacionales, está generando profundas transformaciones, cuyas consecuencias y efectos son difíciles aún de visualizar en toda su profundidad, dado que estamos al interior de un proceso en pleno desarrollo. Así, el propio estatuto del hincha es el que está cuestionado o reemplazado por el de espectador-consumidor, que además debe constituirse en un número más del espectáculo. En ese marco, un elemento central es el papel jugado por la comercialización de la actividad futbolística, a un nivel de mercados globalizados, en los cuales las transnacionales televisivas constituyen uno de los principales inversionistas y financistas de la producción y distribución de la mercancía llamada fútbol. Con ello se ha estado desarrollando un mercado futbolístico global que se articula de manera compleja y generalmente conflictiva con las realidades nacionales.

En el caso chileno, ello ha generado la existencia de dos planos en los cuales discurre la actividad futbolística y deportiva en general. Por una parte, aquel conectado o integrado a los mercados globales a través de la participación de la Selección Nacional o unos pocos clubes en las competencias internacionales (sean éstas eliminatorias para mundiales, Olimpíadas, Copa América, Copa Libertadores o Copa Mercosur), las

cuales reciben una amplia y para algunos sobredimensionada cobertura mediática.

Desde el punto de vista de los espectadores, ello se complementa con la oferta, especialmente televisiva, de espectáculos deportivos y futbolísticos internacionales. Este es el mundo o el segmento de mercado de grandes figuras, de sumas enormes de dinero, de grandes espectáculos. En ese sentido, las dirigencias locales del fútbol chileno han concentrado buena parte de sus esfuerzos en intentar ser parte del mercado global, ya sea a través de la participación de equipos o selecciones y/o por la participación individual de deportistas nacionales.

Con ello se han producido repercusiones importantes sobre el mercado interno. A pesar de que éste no se ha abierto totalmente (subsisten, por ejemplo, restricciones como el número posible de jugadores extranjeros en los equipos nacionales), se ha generado una cierta homologación del nivel de remuneraciones de un segmento de los jugadores, produciendo un efecto general de encarecimiento de los costos para un fútbol nacional incapaz de generar los recursos internos necesarios siquiera para financiarse[6]. Por otro lado, la atención del espectador, en tanto consumidor, se ha desplazado, en buena medida debido a la promoción que los medios hacen de su oferta de coberturas e informaciones internacionales, al consumo del fútbol global, subordinando el interés hacia las competencias locales. De este modo, la prensa deportiva nacional promueve mucho más lo que sucede en campeonatos europeos que lo que ocurre en los torneos locales.

Ello se relaciona con el carácter del discurso nacionalista e identitario al cual aludimos antes y el cual tiene como instrumento fundamental para su materialización en el sentido común masivo la performance de los jugadores chilenos en competencias extranjeras, en especial figuras como Zamorano o Salas. Lo dicho ha tenido respuestas inmediatas en los consumidores, expresadas en sintonías, ratings y compra de camisetas y otros artículos de los clubes en los cuales dichas figuras van participando. En la medida en que su éxito o fracaso en la competencia a nivel global es presentado como símbolo de logros o derrotas de un espíritu nacional desplegado por el mundo, la cobertura periodística centrada en ellos constituye un contenido medular de programas periodísticos televisivos o radiales, de suplementos deportivos en la prensa escrita, etc., todos los fines de semana[7].

Lo anterior se ve facilitado por el hecho de que la cantidad de jugadores chilenos instalados en las mayores competencias internacionales no es mucho más que una veintena. Pero eso mismo es presentado como signo de progreso y avance en el camino de un fútbol que estaría desarrollándose, se dice, como nunca antes, en condiciones de competitividad a nivel mundial. Junto a ello, y claramente subordinado

en la presencia mediática, discurren las competencias internas profesionales, en sus distintas divisiones, donde se vive la realidad de una baja sistemática e histórica de asistencias de público a los estadios; de crisis económica permanente de los clubes, expresada en sueldos impagos e imposibilidad de cubrir los gastos más básicos; de una gran mayoría de jugadores prefesionales con bajas remuneraciones, etc. Por otro lado, el fútbol amateur no recibe prácticamente ninguna atención o cobertura de parte de los medios.

Sin embargo, no se trata de dos realidades autárquicas que se desarrollan separadamente sino de segmentos de mercado, articulados bajo el predominio de lo que podríamos denominar fútbol mediático. Esto ha provocado, internamente, una situación novedosa a nivel de las hinchadas. Dado que los tres principales clubes profesionales chilenos son de la capital del país, se ha producido un fenómeno de una cierta doble adhesión, que se expresa en hinchas de dos o incluso tres clubes, según si el de su localidad o actividad participa en alguna de las cuatro divisiones del fútbol chileno.

Con esto se están produciendo cambios importantes en los fenómenos de representaciones sociales de los clubes y de construcción de identidades en torno a ellos. Aparece entonces la figura de un hincha nómade, que se siente seguidor de algún club italiano o argentino (como ha ocurrido con River Plate o Lazio, por el paso de Marcelo Salas por esos clubes) español o italiano (Real Madrid e Internazionale, por Iván Zamorano), de alguno de los clubes nacionales importantes y que están presentes cotidianamente en la prensa y, por último, del equipo tradicional de su familia o su ciudad[8].

Cabe remarcar que todos los procesos de transformación modernizadora del fútbol tienen al centro el desarrollo del mercado televisivo. La modernización ha traído consigo el fenómeno de la globalización de las comunicaciones, en el cual nuestras sociedades se han visto inmersas, sin pausa ni transición. La televisión es el agente central del proceso: se ha expandido la oferta televisiva hasta límites insospechados hasta hace pocos años. Aumento de las estaciones de televisión abierta, desarrollo de la televisión por cable y codificada. El crecimiento de la oferta televisiva tiene como uno de sus productos fundamentales el espectáculo futbolístico. Ello significa no sólo recibir cualquier fin de semana encuentros de diversos países del mundo sino también que las propias dirigencias del fútbol local vean en la televisación del fútbol el instrumento básico para el financiamiento de la actividad en los niveles que exige el mercado futbolístico mundial, pasando a ser secundaria la asistencia a los estadios de los hinchas. Cada vez más el fútbol ha debido subordinarse a las exigencias

programáticas y económicas de la televisión, subordinando de forma cada vez más clara y estricta los factores estrictamente deportivos.

Lo dicho se expresa en el caso del fútbol chileno en el hecho de que el 44,21% del total de sus ingresos proviene del actual contrato suscrito por la televisación del torneo local con la cadena FOX-SKY. Ello supone una cifra anual de poco más de U$S 10 millones. En 1994 se celebró el primer contrato de este tipo por una cifra de U$S 7,2 millones anuales, el cual entre otras cosas le dio un enorme impulso a la masificación de la televisión codificada, vía cable, en nuestro país. Sin embargo, la participación de la televisión en el negocio del fútbol implica que junto a ella se incorporan muchas otras empresas tras una multitud de negocios posibles (¿por qué no también ilícitos, como es un secreto a voces?), que van desde los propios medios y la prensa hasta los modestos comerciantes que venden comestibles, bebidas y artículos deportivos que se instalan en la entrada de los estadios, pasando por las empresas que producen dichas mercancías o que introducen el hecho futbolístico al interior del giro específico de sus negocios.

Dicho de otra forma, se trata de una gigantesca operación comercial que beneficia segmentadamente a empresas e individuos en distintos niveles. Este es el fenómeno medular que está en la base, por ejemplo, de la transformación que también ha vivido el periodismo deportivo para convertirse más bien en promotor del espectáculo, rol muy distante de aquel autoasignado en proyectos modernizadores pasados y al cual aludiéramos en páginas anteriores. Abandonando toda pretensión ilustradora o formativa de una opinión y un público, en el sentido habermasiano del término, se caracteriza mayoritariamente en la actualidad por una dinámica autorreferencial en que se sobrevaloran las capacidades de tal o cual jugador, técnico o equipo, y se condena a la oscuridad a otros; se sobredimensiona la importancia de encuentros o competencias, llegando a veces a lo grotesco; se infla la popularidad de algunos de manera artificial; se ocultan hechos o se es cómplice de otros, etc.

Todo ello en función de estimular el consumo de los distintos productos, incluyendo el periodístico e informativo, que supone el hecho futbolístico. Ahora bien, los procesos de eliminatorias para los mundiales de fútbol han sido ocasiones propicias para el desarrollo de orquestaciones mediáticas en nuestro país, apelando al chauvinismo nacionalista, como ocurrió ya en el proceso eliminatorio para el Mundial de España en 1982. Son muy pocos los sectores de prensa que no participaron de este gran coro en el cual el fútbol no constituyó una excepción, si consideramos lo que fue en general la prensa uniformada en esos años. Lo sucedido con las eliminatorias para el Mundial de Italia y todo lo relacionado con los métodos usados para intentar lo que nadie

ha conseguido –dejar a Brasil fuera de un torneo de ese tipo– no fue sino la culminación de esa etapa.

Sin embargo, el proceso eliminatorio para el Mundial de Francia '98 y el del torneo del 2002 en Japón/Corea han vinculado más estrechamente aún la relación entre el discurso identitario y las expectativas del mercado. Así, por ejemplo, la prensa ha consignado el hecho de que la presencia de la selección chilena en el Mundial de Francia significó un aumento del 30% en la venta de televisores durante el segundo trimestre de ese año, en relación con 1997. Otro caso que se cita para ese mismo período es la venta de balones de fútbol, la cual se cuadruplicó respecto del año anterior (*Diario La Tercera*, julio de 2000).

El solo hecho de no clasificar para el Mundial significaría perder los U$S 10 millones que la FIFA paga a los equipos asistentes por la participación en primera fase. De igual modo, lo anterior implicaría que se han tenido malas actuaciones en el proceso clasificatorio y eso, al menos en nuestro país, repercutiría de manera directa en la disminución de asistencia a los partidos. De hecho, la Asociación Nacional de Fútbol Profesional (ANFP) tiene estimada en otros U$S 10 millones la pérdida por una mala venta de entradas en una campaña clasificatoria deficiente y no exitosa.

El reportaje citado agrega también (consignando fuentes no identificadas de la dirigencia nacional) que aquellos:

> "están conscientes de que importantes firmas japonesas y surcoreanas esperan el desarrollo de las clasificaciones para decidirse a auspiciar a algunas selecciones" (*Diario La Tercera*, julio de 2000).

De todas formas, las repercusiones por el hecho posible de no clasificar también afectarían los contratos que la ANFP tiene con los mayores sponsors de la Selección, que son Coca-Cola, Umbro (ropa deportiva) y OMO (detergentes). De hecho, a raíz de los relativamente malos resultados obtenidos en los primeros partidos eliminatorios, Umbro vio frustradas sus expectativas de vender en el presente año 60 mil camisetas de la Selección. Digamos que esta empresa aporta U$S 1.350.000 anualmente por su auspicio. En resumen, los cálculos ideales que han hecho los dirigentes chilenos sobre la base de clasificar y pasar la primera ronda del Mundial próximo, al igual que ocurrió en Francia, significarían un ingreso de U$S 52 millones al fútbol nacional, todos los cuales dejarían obviamente de percibirse de no alcanzar esas metas.

Es decir, la Selección Nacional (popularmente, *La Roja*) es el centro de variadas y complejas operaciones comerciales por montos que para el mercado nacional son cuantiosos. Pero todo ello está supeditado a dos fenómenos: uno es el éxito que es necesario conseguir, y, a partir de

él, la adhesión masiva de espectadores entusiastas, volcados hacia el consumo de todos los productos ligados al hecho futbolístico, cuestión sujeta totalmente al logro de las metas fijadas.

Por eso es que en ese punto se ligan las expectativas del mercado y un discurso nacionalista e identitario que busca motivar la participación activa de los hinchas en él, en tanto espectadores-consumidores. Debido a esto, el origen del discurso y la convocatoria identitaria no están en el Estado o en el mundo político (que más bien se suman a la campaña, intentando obtener algún logro en términos de imagen), sino que fundamentalmente radican en la publicidad de las empresas directa o indirectamente involucradas y en la prensa deportiva y los medios en general, los cuales comienzan a inundar sus mallas programáticas de contenidos futbolísticos. En ese sentido, no es baladí el papel que juega Coca-Cola en toda esta operación. Autoproclamada "primera hincha de la Roja" convierte sus spots publicitarios en verdaderas arengas patrióticas. Como dijimos, este discurso construye una idea de nación cuya característica central son un conjunto de virtudes colectivas que le permitirían competir exitosamente en el mundo, en el deporte o en los negocios.

Sin embargo, esta retórica no es nueva. Ya apareció a principios de los '90, y también ligada al fútbol. En 1991, por primera y hasta ahora única vez, un equipo chileno (Colo-Colo, históricamente representativo del mundo popular) ganó la Copa Libertadores de América. A raíz de eso, el presidente del club declaraba: "La Copa representa no sólo nuestra superioridad en el fútbol. Es una prueba más de que Chile es líder en todo en América Latina" (*Diario El Mercurio*, junio de 1991).

El diario, haciéndose eco de estas palabras, agregaba que se había terminado una cierta mentalidad insular, de país pequeño y aislado en el confín del mundo, y estableciendo la continuidad entre la modernización impulsada por el régimen militar y la re-instalación del régimen democrático señalaba a su vez que "en las últimas décadas nuestro país sufrió una verdadera revolución. Nuestro éxito económico primero y político después nos ha convertido en un modelo de ejemplo para la comunidad internacional, la que no deja de alabarnos" (ídem).

Así, el diario establecía una analogía con el crecimiento económico y con las entonces incipientes incursiones de empresarios chilenos conquistando mercados y llevando sus inversiones a otros países de la región y ello como el producto de transformar la sociedad chilena y la mentalidad y cultura cotidiana:

> "Cuando un país está en las ruinas, como el Chile de 1973, el camino a seguir, si bien doloroso es conocido. Sabíamos que había que terminar con las ineficiencias de un aparato estatal burocrático y gigantesco, con el

> despilfarro de las empresas públicas, con la ficción de los subsidios que mantenían a muchas compañías privadas. Había que volver al mercado, volver al mundo. Y lo hicimos. Con esfuerzo, pero con éxito (...) Colo-Colo recorrió el mismo camino. Hoy está en la cumbre" (ídem).

Este discurso de país líder en la región (los jaguares de América Latina) no tuvo hasta finales de los '90 un correlato en los resultados internacionales del deporte y el fútbol chileno, en particular. Por el contrario, sólo una vez más se llegó a una final de la Copa Libertadores y se perdió, y en otras competencias, como la Copa América, se vivieron fracasos notorios. Además, el fútbol chileno fue marginado por una sanción del Mundial de 1994.

Sin embargo, las eliminatorias para el Mundial de Francia, con el éxito de la clasificación, permitieron volver a reconocer al fútbol como el escenario simbólico para el despliegue de una retórica identitaria en los términos en que la hemos venido caracterizando. Coincidente con ello, el tenis, a través de Marcelo Ríos, entregó otra vertiente a aprovechar cuando éste logró mantenerse circunstancialmente por algunas semanas como el número uno del ranking mundial de tenistas profesionales[9].

Si bien en las presentes eliminatorias los resultados han sido más bien regulares, el reciente logro alcanzado con el tercer lugar en los Juegos Olímpicos de Sidney ha potenciado la campaña. A ello se ha unido la convocatoria política del gobierno del presidente Lagos, en orden a prometer que para el Bicentenario de la Independencia, a celebrarse en el año 2010, el país habrá alcanzado plenamente el desarrollo y la modernidad y logrado en sus índices económicos el estatuto de algunos países del llamado primer mundo, sobre la base de reimpulsar y profundizar el proyecto modernizador globalizante.

Bibliografía

Biblioteca del Almanaque 1974 *El fútbol* (Santiago de Chile).

Brunner, José Joaquín 1995 *Cartografías de la modernidad* (Santiago de Chile: Ediciones Dolmen).

Brunner, José Joaquín 1998 *Globalización cultural y posmodernidad* (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica).

Brunner, José Joaquín et al 1988 *Chile: transformaciones culturales y modernidad* (Santiago de Chile: FLACSO).

Garretón, Manuel Antonio 1994 *La faz sumergida del iceberg* (Santiago de Chile: Ediciones CESOC-LOM).

Marín, Edgardo 1987 *Historia de los campeones* (Santiago de Chile).

Marín, Edgardo y Julio Salviat 1976 *De David a Chamaco. Medio siglo de goles* (Santiago de Chile).

Moulian, Tomás 1997 *Chile actual: anatomía de un mito* (Santiago de Chile: Ediciones LOM-ARCIS).

Ossandon B., Carlos 1985 *Reflexiones sobre la cultura popular* (Santiago de Chile: Nuestra América Ediciones).

Santa Cruz A., Eduardo 1991 *Crónica de un encuentro: fútbol y cultura popular* (Santiago de Chile: Ediciones Instituto ARCOS).

Verdú, Vicente 1980 *Fútbol: mitos, ritos y símbolos* (Madrid: Alianza Editorial).

Notas

** Investigador del Centro de Investigaciones Sociales, Universidad ARCIS, Santiago de Chile. Académico de la Universidad de Chile.*

1 Así, por ejemplo, en ocasión de la despedida del fútbol de Elías Figueroa (quizás la única figura que explícitamente se alineó con el régimen) el 8 de marzo de 1984, se produjeron, durante y despúes del espectáculo, ruidosas manifestaciones de protesta que culminaron en incidentes con carabineros. Ya en 1981, en ocasión de la clasificación de Chile para el Mundial de España, el gobierno, a través de Televisión Nacional, intentó desarrollar en plena Alameda un carnaval de celebración que le sirviera de marco para desatar el chauvinismo. Sin embargo, la masa que repletaba el sector del cerro Santa Lucía, donde se había levantado un escenario, pasó rápidamente a conferirle a la manifestación un sello de protesta antigubernamental, con lo cual la Alameda se convirtió en campo de batalla entre manifestantes y fuerzas policiales, en medio de lo cual se derrumbó el escenario. La propia despedida del fútbol de Carlos Caszely –el mayor ídolo popular en la historia del fútbol chileno hasta entonces, con una explícita postura de izquierda– constituyó una gran fiesta político-cultural, ante la cual el régimen vio impotente su total marginación.

2 Se puede sostener que el discurso de la televisión de libre recepción lleva a cabo una operación sistemática para crear efectos de sentido sobre la vida y cultura cotidianas. En esa perspectiva establece una relación compleja con el sentido común y con imaginarios colectivos, en un plano de interacciones y mutuas determinaciones. Se trataría de una racionalidad no exterior a dicho sentido común, que partiría de la misma visión hegemónica de mundo. A la vez, implica una puesta en texto a partir de la operación de cierto lenguaje, como el audiovisual, el cual contiene en sí mismo una multiplicidad de códigos que tiene a la imagen como eje articulador, lo cual significa a su vez interpelar una sensibilidad y ciertos mecanismos específicos para entender y comprender el mundo distintos a los de la cultura letrada. En ese contexto es posible concebir a la televisión de libre recepción producida en nuestro país como un actor socio-cultural, productor de discursos y difusor de sentidos. Incluso, pareciera que la realidad del mercado antes señalada conllevara a que los procesos de segmentación le exigieran afinar y orientar más delicada o finamente sus lecturas interpretativas de la sociedad chilena. Es decir, se trata de entender al medio no como un puro instrumento o canal de otras lógicas, sino como un actor que opera sobre el contexto socio-cultural, desde una estrategia propia, y en esa perspectiva, interactuando con otras dinámicas que provienen desde otros ámbitos o prácticas sociales.

3 En ese sentido, el discurso televisivo no es discernible desde su pura inmanencia, sino desde la radical historicidad de toda estrategia comunicacional o periodística. Es un lugar común destacar la importancia de las estrategias comunicacionales y periodísticas en la vida social moderna, pero de lo que se trata es de conocer rigurosa y profundamente cuál es, en qué consiste y a través de qué mecanismos y procesos se construye y concreta esa influencia. Uno de los ámbitos que se les reconoce como campo de acción importante es el de la conformación de opinión pública, si bien muchas veces se limita éste o en términos espacio-temporales (coyunturas específicas, un determinado gobierno, etc.) o en ámbitos reducidos, ligados generalmente al de la política, entendida ésta solamente como ejercicio o aspiración hacia el poder estatal. Sin embargo, las estrategias comunicacionales, en el sentido amplio, operan de manera quizás aún más trascendente en, sobre y desde procesos socio-culturales más profundos: formación de identidades, intercambios y producción simbólica, etc. Más aún, la transmisión de información que es propia de toda estrategia es tanto transmisión de conocimientos como, y sobre todo, de formas y maneras de conocer e interpretar. Esta finalidad puesta en una planificación estratégica se halla relacionada con el plano de la acción social: así, el hacer-saber se convierte en un saber-hacer.

4 En ese marco, la televisión de libre recepción opera de manera significativa en la escritura y construcción cotidiana de la realidad nacional, semantizando su instalación en los procesos universales y globales de desarrollo del capitalismo actual. Todo ello de manera incluyente, globalizando lo particular y nacionalizando lo global (al decir de algunos, *glocalizando*). Dicho de otra forma, constituyéndose en uno de los principales actores o gestores de la modernización del país. Ahora bien, en función de lo anterior, la televisión de libre recepción aparece como un ámbito con ventajas comparativas frente a otros, predominantes en otras épocas como el sistema de partidos, para relacionarse directamente con los individuos, recoger sus demandas circunscriptas a ámbitos específicos, difundirlas, generar debates en torno a ellas y, muchas veces, darles satisfacción.

5 El autor establece una homología caracterizada por el modelo de fútbol dirigido a alcanzar una polivalencia funcional que garantice la práctica del *fútbol total*. Su paradigma sería la electrónica representada en la figura del ordenador: jugadores de acción binaria, juego simple, test en el programa de preparación, etc.

6 Como remedio para estos males se discute actualmente en la Cámara de Diputados un proyecto de ley que permitiría la transformación de los clubes deportivos en sociedades anónimas, a la vez que pretende estimular el aporte y la participación de la empresa privada en general.

7 Así se llega a ciertos extremos un tanto ridículos, como pasar revista semanalmente, jugador por jugador, en Italia, Argentina, Francia, México o Inglaterra, dando cuenta de cuántos minutos jugaron o si fueron citados a la banca, si hicieron o no goles, etc.

8 Es obvio que lo dicho no se limita al ámbito del fútbol o del de deporte, sino que es un fenómeno general ligado a los procesos de fragmentación social y ruptura de identidades duras, ligadas a la política, la producción, la religión, etc.

9 Dicho logro fue alcanzado por el tenista al ganar un torneo en Estados Unidos. A la vuelta al país no sólo fue recibido en audiencia especial por el entonces Presidente Frei, sino que éste le acompañó a saludar, desde los balcones de la sede del gobierno, a una gran multitud reunida bajo la convocatoria mediática, a pesar de ser en día y hora laboral.

Idolatria e malandragem: a cultura brasileira na biografia de Romário[1]

Ronaldo Helal[*]

Introdução

Desde 1998 venho estudando a forma como são "construídas" as trajetórias de vida de alguns ídolos esportivos[2]. Essa empreitada tem consistido em investigar as mensagens sociais e simbólicas que os ídolos esportivos transmitem para a comunidade, sempre atentando sobre a forma como a mídia os legitima.

De saída, uma diferença básica entre ídolos do esporte e de outros universos, como música e dramaturgia, se mostrou reveladora. Enquanto os primeiros freqüentemente possuem características que os transformam em heróis, os do outro universo raramente possuem estas qualidades. A explicação para este fato reside no aspecto agonístico, de luta, inerente ao universo do esporte. O "sucesso" de um atleta depende do "fracasso" do seu oponente. Edgar Morin (1980) e Joseph Campbell (1995) já haviam chamado a atenção para a diferença entre celebridades e heróis. Enquanto os primeiros vivem somente para si, os heróis devem agir para "redimir a sociedade". A saga do herói clássico fala de um ser que parte do mundo cotidiano, se aventura a enfrentar obstáculos considerados intransponíveis, vence-os e retorna à casa dividindo os seus feitos com seus semelhantes[3].

A possibilidade da construção de "ídolo-herói" transforma o universo do esporte em um terreno extremamente fértil para a produção de mitos significativos para a comunidade. Assim, venho selecionando algumas biografias expressivas do mundo esportivo com o intuito de analisá-las à luz das questões concernentes à saga do herói clássico (Campbell, 1995 e Brandão, 1993). A idéia é analisar materiais de jornal, filmes e livros sobre a vida de alguns ídolos do esporte. Dentro da fertilidade da produção de heróis que esse universo nos oferece, a pesquisa vem investigando a forma como são construídas na mídia as histórias de vida de alguns mitos do esporte, particularmente do futebol brasileiro. A quantidade de ídolos na história do nosso futebol é muito grande. Diferentes enquanto sujeitos, suas biografias podem ser agrupadas em alguns modelos singulares, próprios da cultura brasileira. Enquanto paradigmas de modos possíveis de existir, as biografias destes heróis "editadas" ou "construídas" com o auxílio da mídia falam freqüentemente de trajetórias recorrentes (Coelho e Helal, 1996). Assim, agrupar alguns modelos de ídolos do futebol brasileiro e investigar a edição "midiatizada" de suas trajetórias podem nos ajudar a entender melhor a relação entre mídia e cultura popular.

Nos trabalhos produzidos até o momento[4], fica evidente a importância do estudo da idolatria no esporte para o campo da cultura e da teoria da comunicação, principalmente para as questões relativas ao debate em torno da cultura de massa. O fenômeno da idolatria no esporte moderno encontra na mídia sua condição de possibilidade. A mídia é a mediadora por excelência da relação entre fãs e ídolos, legitimando os últimos como heróis da sociedade.

Neste ensaio é meu objetivo iniciar uma análise sobre a forma como vem sendo construída na mídia a figura de Romário. O material analisado aqui concentra-se em dois períodos emblemáticos da trajetória de Romário rumo ao posto de herói da seleção brasileira: partida entre Brasil e Uruguai nas eliminatórias para a Copa de 1994 (uma semana antes da partida e uma semana após); e Copa do Mundo de 1994 (uma semana antes do início da Copa até duas semanas após a conquista)[5]. A escolha destes períodos para a análise que se segue deve-se ao fato deles marcarem peremptoriamente o lugar de Romário no rol dos heróis do futebol brasileiro.

O herói "tipicamente brasileiro"

De certa forma, as narrativas das trajetórias de vida dos ídolos rumo à fama e ao estrelato apresentam muitas características semelhantes. Em quase todas observamos, por exemplo, a ênfase em uma perda ou

dificuldade na infância juntamente com o talento nato que surge bem cedo. Mais adiante, temos provações no caminho do candidato a herói que, de forma arrebatadora, vence os obstáculos e retorna de sua missão dividindo sua glória com seus semelhantes. Por isso, Campbell (1995: 15) ao tratar da narrativa em torno da figura do herói afirma que "é sempre com a mesma história –que muda de forma e não obstante é prodigiosamente constante– que nos deparamos". No entanto, apesar das semelhanças em quase todas as narrativas, algumas diferenças são observadas e, por isso mesmo, merecem ser sublinhadas.

Na análise sobre a biografia de Zico (Helal, 1999)[6], por exemplo, ficou evidente tratar-se de um modelo mais próximo do herói clássico, universal. Estávamos diante de uma narrativa que enfatizava sobremaneira a superação constante de vários obstáculos e a vitória conquistada primordialmente com muito trabalho, determinação e obstinação. No entanto, ali mesmo eu alertava para o fato desta biografia ser antagônica ao modelo de herói mais predominante no Brasil:

> "A biografia de Zico ao enfatizar, de forma peremptória, o sucesso através do esforço e do trabalho, se junta aos modelos de heróis mais próximos das sociedades anglo-saxônicas, permeadas por uma ética única do trabalho e do indivíduo. Este modelo é antagônico ao padrão predominante na construção da idolatria nas narrativas, por assim dizer, 'oficiais' –nas quais a mídia é o instrumento legitimador– no Brasil. Aqui, temos freqüentemente um ideal 'essencializado' de seres 'moleques' e 'irreverentes' (...)" (Helal, 1999: 42).

O diferencial nas narrativas brasileiras estaria centrado justamente no predomínio da ênfase na conquista através da "genialidade", "irreverência" ou "malandragem". E os recursos acionados pela mídia na construção da figura de Romário enfatizam sobremaneira estes atributos considerados pela sociedade como "tipicamente brasileiros". Este modelo de herói que podemos denominar como "Macunaíma" ou "Malasartes", passa a ser mais predominante no país a partir da urbanização das cidades brasileiras e sob a influência do movimento Modernista[7].

Notemos ainda que a trajetória de Romário rumo ao estrelato coincide justamente com o encerramento da carreira de Zico, em fevereiro de 1990. Apesar de polêmico e de ter suas atitudes criticadas por muitos, Romário foi, durante a década de 90, o atleta de futebol mais festejado pela mídia e torcida brasileira.

A missão de salvar a pátria

A consagração maior de Romário veio com a conquista da Copa do Mundo de 1994 e a trajetória do jogador neste período é rica em elementos sociológicos que podem servir como chave para uma compreensão do fenômeno da idolatria na cultura brasileira.

Nas eliminatórias para a Copa do Mundo de 1994, chegou um momento em que a seleção brasileira precisava vencer a do Uruguai para garantir sua vaga. Romário, que tinha sido afastado da seleção em dezembro de 1992, por ter se recusado a ficar na reserva em uma partida amistosa contra a Alemanha, é convocado pelo então técnico Parreira para a partida decisiva. Na época, havia dúvidas entre os integrantes da comissão técnica com relação à convocação do atacante, por conta de problemas disciplinares. No entanto, sob forte pressão da mídia e de torcedores e devido aos resultados pouco convincentes da seleção, Parreira decide convocá-lo para a partida contra o Uruguai.

Guedes (1995: 27), analisando a mesma temática, nos lembra que Romário já era famoso internacionalmente como um dos melhores atacantes do futebol brasileiro e por isso, "sua longa ausência do selecionado revela, com a mais absoluta transparência, a predominância do valor disciplina, compreendido aqui como obediência cega às determinações da equipes técnica e dirigente (...)". Esta colocação é importante no sentido de ficarmos atentos para o fato de que foram as qualidades excepcionais de Romário que o trouxeram de volta à seleção, desafiando o processo de "disciplinarização" daquela comissão técnica. Assim, o "desempenho" de Romário confronta-se com a "disciplina" imposta na seleção. E este jogo de forças será marcado por uma tensão muito grande durante todo o período, até a conquista da Copa do Mundo de 1994.

O fato é que Romário retorna, desta feita, com a missão de salvar a seleção de uma possível eliminação. Monta-se, assim, o palco para uma trajetória mítica pontuada por lances que nos remetem, por um lado, à saga clássica do herói e, por outro, ao "tipo ideal"[8] de herói brasileiro.

A manchete do *O Globo* de 8 de setembro de 1993 estampava: "Os Uruguaios que se cuidem". Era uma alusão à chegada de Romário e o texto desta matéria enfatizava o retorno do "verdadeiro futebol brasileiro" à seleção. Em um *box* no canto da página temos uma reportagem com o título "Um Craque Indisciplinado Desde as Seleções Amadoras" em que são lembrados, em ordem cronológica, vários atos de irresponsabilidade e indisciplina do jogador. No entanto, a matéria ameniza os atos ressaltando os gols do atleta. Ou seja, temos aqui o exemplo do "desempenho" como categoria que possibilita a redenção do próprio atleta e não somente como esperança de êxito na Copa do Mundo. Na

página seguinte, uma entrevista com o jogador que diz em um determinado momento: “sei que sou bom e estou em boa fase (...) Eu sempre soube fazer gols e isso é o que todo mundo quer. Em 13 jogos no Barcelona já fiz 17 gols. Na Holanda, em 142 jogos fiz 148 gols. Por isso eles gostam de mim”. Este excesso de confiança e individualismo que costuma ser interpretado como arrogância e egoísmo, é amenizado em uma nota que destaca os atos altruístas de Romário, como por exemplo, a preocupação de ajudar parentes e amigos.

Curioso notar que esta “sinceridade” em se achar bom e competente não é uma atitude muito comum no Brasil. Roberto Da Matta (1977), por exemplo, já tinha sublinhado o fato de que, diferente da sociedade americana, dificilmente um brasileiro se diz bom em alguma coisa. A falsa modéstia é uma vertente muito mais comum e recorrente em nossa cultura. Romário consegue com esta faceta de sua personalidade confundir e até mesmo polemizar com aqueles que o idolatram[9].

Desde sua chegada, o noticiário esportivo produziu um número expressivo de matérias sobre seu passado e sua “missão redentora”. A ênfase freqüentemente recaía na “malandragem” unida à competência do atleta em fazer gols. No dia 12 de setembro de 1993, *O Globo* estampava na página de esportes “O Pequeno e Travesso Romário”. A pouca estatura e as “travessuras” ajudam a compor o que nós, brasileiros, costumamos idealizar como a “malandragem positiva”, ou seja, o sujeito que é ao mesmo tempo “ingênuo” e “astuto”, cheio de “ginga”, “malícia” e “picardia”[10]. No texto da matéria, uma menção do pai de Romário reforça o estereótipo de “marrento” como algo nato, que já nasceu com o jogador: “já era um baixinho invocado –lembra seu Edevair”. “Marrento” e “invocado” falam de uma característica de se envolver em brigas, confusões, ter um temperamento “tinhoso”, “difícil”. Na mesma edição, temos um box com o sugestivo título “Brigas, nunca mais”, em que Romário se diz amadurecido e ter aprendido muito com as “confusões” que se envolveu ao longo de sua carreira.

Os recursos acionados pela mídia nesta construção vão formando um personagem singular, “irreverente”, de “temperamento difícil”, mas amadurecido, sabendo dosar o lado “marrento”. Ou seja, sabendo ser “malandro”, não confrontando-se mais de frente com as forças do sistema, mas caminhando na fronteira entre a ordem e a desordem[11]. Assim, Romário é o protótipo do candidato a herói “tipicamente brasileiro”. Resta a conquista da missão que lhe foi concedida para que o posto de herói seja alcançado.

De forma emblemática a matéria com a manchete “Um Príncipe do futebol-moleque” (*O Globo*, 13/09/1993) inicia da seguinte forma:

> "Irresponsável. Irreverente. Irrequieto. Egoísta. Debochado. Abusado. Explosivo. Quase uma bomba que tem pernas. Autoritário. Radical. Parece o dono do mundo. Talentoso. Rápido. Craque. Artilheiro. Faz gol como quem brinca. Baixinho. Pernas arcadas. Língua presa. Biotipo plebeu para um príncipe do futebol-moleque: Romário".

As primeiras características apontadas no texto nos remetem a uma personalidade negativa, de certa forma repudiada pela sociedade. No entanto, logo a seguir surgem as características positivas de "brasilidade": artilheiro, craque, "faz gol como quem brinca", reforçando assim o lado "lúdico", "alegre", "criança" e "ingênuo" de Romário.

E mais adiante, como que para amenizar os atributos negativos apontados no início do texto temos o seguinte:

> "(...) Mas há nele um lado altruísta. Desde a típica primeira atitude do generoso garoto pobre que sobressai no futebol –adquirir uma casa para a família– até a defesa de companheiros que mal conhece, como um episódio em que comprou a briga do então pouco famoso Lira com o técnico Lazaroni, no Vasco, em 1987".

O altruísmo se confronta assim com o egoísmo e o individualismo, compondo um personagem dúbio mas que, no entanto, torna-se coerente com a destreza e habilidade do jogador em superar dificuldades no campo de jogo. Apesar da ênfase do tipo "sou bom" ou "sou o melhor", repetida por Romário em diversas entrevistas, as conquistas no terreno futebolístico, ainda mais em uma Copa do Mundo, são compartilhadas com os torcedores, fãs e entusiastas do esporte. Ou seja, independente das ações altruísticas de Romário fora de campo, vez por outra noticiada na mídia, suas conquistas, em termos de seleção, serão sempre a de todos os brasileiros.

Notemos também que o elemento de "picardia" é louvado como o retorno do que convencionamos chamar no Brasil de "futebol-arte". Esta é uma discussão que começou na Copa de 1958, quando a seleção enfrentou o "futebol-científico" da então União Soviética. De lá para cá, a dimensão dada a esta oposição tornou-se singular para se entender o fenômeno futebolístico no país e sua correlação com a cultura. Atentemos para o fato de que quando estamos diante de campeonatos locais e nacionais, a discussão entre "arte" e "força", torna-se secundária e a ênfase no discurso da vitória recai sobre elementos tais como "união", "conjunto" e "determinação". Ocorre que a seleção brasileira tem o poder de se transformar em metáfora da nação, na "pátria de chuteiras", como muito bem alcunhou o dramaturgo e escritor Nelson

Rodrigues décadas atrás[12]. Aqui, principalmente em Copas do Mundo, tendemos a valorizar o lado mais estético, alegre, criativo, e "artístico" do futebol, como sendo características típicas da sociedade brasileira.

Assim, no dia 15 de setembro daquele ano, a matéria com o título "Irreverência e Habilidade na Granja. É Romário" apresenta, logo de início, o sugestivo texto: "o mesmo jeito relaxado, de pouco empenho e até uma certa má vontade no aquecimento. Na hora da bola rolar, malícia, habilidade e competência." Temos então que a malícia e a habilidade se sobrepõem ao treino e à preparação física. Como a seleção não vinha apresentando um futebol considerado "arte" pela mídia –em várias reportagens anteriores comentava-se que estava faltando "alegria", "picardia", enfim "malandragem" na seleção– o retorno de Romário tornava a seleção mais "brasileira". Ou seja, no imaginário da identidade nacional do Brasil, Romário aparece como o elemento capaz de nos fazer reconhecer no futebol da seleção.

Curioso notar que em um *box* nesta mesma edição a reportagem "A dupla dos sonhos não se entrosa fora dos gramados" enfatiza a diferença entre Romário e Bebeto, seu companheiro de ataque. Bebeto faz o estilo bom moço, bem comportado, segue à risca o treinamento, obedece as leis, não discute com o treinador, etc. Já Romário não gosta de treinar, desafia o comando e os regulamentos impostos. O antagonismo entre os dois é enfatizado posteriormente em várias outras notas e reportagens, compondo um quadro que parece ter a intenção de juntar o "malandro" com o "caxias"[13].

No primeiro treino para a partida decisiva, o noticiário ressalta o entrosamento da dupla Romário-Bebeto, mas sempre enfatizando o lado "malandro" do primeiro. Na matéria publicada em 15 de setembro de 1993, sob o título "Dez para a dupla diabólica" temos o seguinte destaque: "Romário, com jeito moleque, disse que nem sabia quantos gols tinha feito (marcou três...)". Em um *box* com o título "Romário, um craque até na arte de provocar risos" temos a seguinte declaração do atleta: "antes eu era o problemático, o polêmico... salvador da pátria, vai ser mole para mim" e ainda falando sobre o adversário: "não sei o nome de nenhum zagueiro, nem quero saber. Para mim, com líbero ou cinco laterais é a mesma coisa. O único que me chateia é o goleiro, que tira os gols da gente".

A ciência que Romário tem de seu papel naquele momento assemelha-se ao início da saga clássica do herói que atende ao chamado e parte em busca da missão redentora (Campbell, 1995 e Brandão, 1993). Porém, Romário age com uma boa dose de picardia ao tratar da missão como algo fácil e encarar os adversários com um certo ar de deboche, nos fazendo lembrar de Garrincha, "a alegria do povo", o

herói brasileiro cuja biografia antagonizava com a de Pelé na década de 60[14].

A saga do herói e a mitificação da mídia

Veio a partida contra o Uruguai e Romário, autor dos dois gols da vitória por 2 a 0, "veste" a capa do "herói", do "redentor", do "salvador", daquele que "ouviu o chamado, partiu para a missão e saiu-se bem sucedido, dividindo o feito com seus semelhantes" (Campbell, 1995).

No dia seguinte à partida a manchete da edição de esportes de *O Globo* estampava "O Show de Romário" com o seguinte texto:

> "O futebol agradece a Romário. Os torcedores santificam Romário. Zagalo aplaude Romário. Bebeto quase chora ao lado de Romário. O mundo se rende a Romário. Não é exagero... O pequeno atacante do Barcelona cumpriu tudo o que prometera durante a semana. Fez os dois gols da vitória por 2 a 0 sobre o Uruguai (...) e deu autêntico show, ontem no Maracanã, para delírio de mais de cem mil torcedores (...)Romário é craque. Romário é arte. Romário é gol(...) O Indisciplinado, rebelde, irreverente, o atrevido baixinho nascido no Jacarezinho e criado na Vila da Penha provou que sua arte dentro do campo compensa seus eternos problemas e até a má vontade para treinar" (*O Globo*, 20/09/93).

A promessa tinha sido cumprida. o Brasil vencera o Uruguai com dois gols de Romário e estava classificado para a Copa do Mundo de 1994. A narrativa enfatiza sobremaneira a conquista com "show" e "arte", atributos que redimem Romário das "indisciplinas", do "atrevimento" e da "má vontade para treinar". De forma emblemática, contribuindo para a construção da narrativa mítica, o texto diz que "o mundo se rende a Romário", ressaltando no final tratar-se de um "atrevido baixinho nascido no Jacarezinho e criado na Vila da Penha". A ênfase em uma origem pobre é uma constante em quase todas as narrativas das biografias de nossos heróis futebolísticos. Aqui gostaria de chamar a atenção para o estudo, já considerado clássico, de Umberto Eco sobre o mito do *superman*. Em sua análise, Eco (1979: 247) chamava a atenção sobre a possibilidade do sucesso do herói das histórias em quadrinhos estar ancorado justamente no fato dele sair das vestes de um homem comum, de "um tipo aparentemente medroso, tímido, de medíocre inteligência, um pouco embaraçado, míope (...) Desta forma:

> "Através de um óbvio processo de identificação, um *accountant* qualquer de uma cidade norte-americana qualquer, nutre secretamente a esperança de que um dia, das vestes de sua perosnalidade, possa florir um super-homem capaz de resgatar anos de mediocridade" (Eco, 1979: 248).

A ênfase na origem pobre de Romário contribui para uma maior identificação do ídolo, do herói com seu público. Não que esta origem não corresponda a realidade. Certamente ela é verdadeira. Estou chamando a atenção para a dimensão dada a ela. E, neste sentido, a narrativa mítica em torno da biografia de Romário assemelha-se a de quase todos outros heróis do nosso futebol. Encontramos freqüentemente neste universo narrativas que enfatizam a passagem do anonimato para a fala e da pobreza para a riqueza[15].

Porém a construção da biografia de Romário é também pontuada por passagens que "glamourizam" a malandragem, a irreverência, o deboche e o relaxamento (não gostar de treinar). É como se estivéssemos diante da vitória construída somente com talento e arte, como se trabalho, concentração, determinação e esforço fossem elementos dispensáveis para o êxito. E, neste sentido, a biografia de Romário antagoniza com a de Zico, o maior ídolo da década de 80, conforme mencionei anteriormente e voltarei a falar mais adiante.

Durante a Copa do Mundo de 1994, a pressão sobre a missão de Romário vai ganhando um novo contorno: o atleta deveria, além de ganhar a Copa, fazer a seleção jogar o "verdadeiro futebol brasileiro". Descontentes com o esquema tático utilizado pelo técnico da seleção, jornalistas e colunistas não poupavam críticas à forma de se apresentar da seleção. Romário passa a ser visto como o único jogador capaz de resgatar a "brasilidade" na seleção. Além disso, Romário, volta e meia, desafiava a comissão técnica dando declarações de insatisfação com as apresentações da seleção. Ele passou, assim, a ter voz e um espaço considerável na mídia[16].

Uma semana antes da estréia contra a Rússia, o noticiário já se voltava para Romário dividindo-se em relatos de seu temperamento rebelde e de sua consciência da missão que lhe era atribuída: ganhar a Copa[17]. A rebeldia de Romário é tratada de forma positiva como, por exemplo, na matéria "A dura missão de Dunga: domar o irreverente Romário" (*O Globo*, 16/06/94). Aqui, o texto destaca declarações de Dunga de que Romário está amadurecido, mais consciente de seu papel na seleção como um dos líderes. Interessante notar que é justamente Dunga, o emblema do jogador limitado tecnicamente, mas que se "esforça" o tempo todo e cumpre à risca as determinações táticas, quem tem autoridade para falar de Romário. O jogador que tinha sido marcado

negativamente na Copa de 1990 –"Era Dunga"[18]– como o exemplo do futebol que o Brasil deveria execrar, surge como o atleta que tem a missão de "domar o irreverente Romário". Dunga está para a "ordem", assim como Romário está para a "desordem". Ou seja, temos aqui de forma paradigmática a convivência da "ordem" com a "desordem". E mais ainda a evidência do freqüente processo de redenção que o universo esportivo nos oferece[19]. Dunga teria a oportunidade de se redimir da fama que lhe impuseram na Copa anterior. Podemos especular sobre a possibilidade de que o fato dele ser o capitão da equipe e dividir o quarto com Romário, uniu de forma emblemática, o que se convencionou chamar de "futebol de resultados" (uma variação do "futebol-força") com o "futebol-arte", ou a "disciplina" com a "indisciplina"[20].

Após a vitória na estréia contra a Rússia por 2 a 0, a anchete da seção de esportes de *O Globo* dizia "Vila da Penha 2 X 0 Kremlin" com o seguinte texto: o Kremlin ser rendeu à Vila da Penha do baixinho invocado: a estréia da seleção, uma maíscula vitória por 2 a 0 sobre a Rússia, foi o jogo de Romário". Mais uma vez, a mídia recorre a elementos ligados à origem pobre do brasileiro. Porém, esta origem é tratada de forma positiva, pois é através dela que temos a "brasilidade" de Romário. A ciência da missão de ganhar a Copa é enfatizada mais uma vez em "O Gênio da área –Romário diz que apenas começou a jogar" (*O Globo* 22/06/94) com a seguinte declaração: "o gol na estréia foi só o começo. Já disse que esta Copa é minha"[21].

A partir daí o que temos é uma sucessão de declarações de Romário dizendo que "vai ganhar a Copa para o Brasil"[22], manchetes e textos que enfatizam sobremaneira a "brasilidade" de seu futebol como, por exemplo, na matéria "Romário salva a batucada" (*O Globo* 5/07/94), publicada no dia seguinte à vitória sobre os Estados Unidos. O texto, após ressaltar as dificuldades pela qual a seleção passou durante a partida contra os Estados Unidos, destaca: "mas o Brasil tem a ginga de Romário, o solista que a Vila da Penha deu à seleção para resolver as coisas"[23].

Partida após partida, estas matérias vão se repetindo e terminam por "construir" um personagem heróico, com os atributos daquilo que "essencializamos" como sendo "tipicamente brasileiro". Assim, em "Romário, o nome do tetra verde e amarelo" (*O Globo*, 18/07/93) temos o seguinte:

> "O tetracampeonato tem nome, sobrenome e origem: Romário de Souza Faria, de 28 anos, nascido no Jacarezinho e criado na Vila da Penha. Por isso mesmo, o tetra não poderia ser mais brasileiro, mais verde e amarelo. A trajetória de Romário é a cara do futebol do país. Dos campinhos de terra

> batida de um subúrbio do Rio até o Maracanã, a Europa, os EUA...o mundo. Ver Romário campeão é acreditar que o Brasil do jeito que a gente conhece pode ser mais. Pode ser campeão mundial" (...) A fala cheia de gírias, os dribles que derrubam a lenda de que no futebol moderno não há lugar para a habilidade –dribles de uma petulância só admissível nos campinhos da Vila da Penha. Romário é assim. Já disse que, para ele, qualquer jogo é uma pelada em seu subúrbio. O que faz lembrar um atacante de pernas tortas, campeão do mundo, que chamava todos os laterais de João (...)".

Fecha-se, assim, um círculo iniciado com a convocação de Romário para a partida contra o Uruguai pelas eliminatórias da Copa do Mundo. O "indisciplinado" Romário, através do excepcional talento, venceu a "disciplina" –"os dribles derrubando a lenda de que no futebol moderno não há lugar para a habilidade". A origem humilde somada a "fala cheia de gírias" conferem peremptoriamente o caráter de brasilidade ao herói, fazendo nos sentir ainda mais singular. Na edição "midiatizada" evidencia-se ainda um discurso do futebol como metáfora da nação bem como da junção do indivíduo com o coletivo: "ver Romário campeão é acreditar que o Brasil do jeito que a gente conhece pode ser mais. Pode ser campeão mundial". A vitória de Romário é a de todos nós e a referência à Garrincha ao final do texto, contribui ainda mais para conferirmos características de "brasilidade" –bem ao estilo Macunaíma– do novo herói.

Considerações finais

Na edição da biografia de Romário como o herói da conquista da Copa do Mundo de 1994, os recursos acionados pela mídia construíram um personagem singular na nossa cultura. A "indisciplina" de Romário transformou-se em um ato de rebeldia política contra uma ordem estabelecida que primava pela disciplina e rigidez de esquema tático, violentando, assim, as características consideradas "brasileiras" de jogar futebol. A autoridade conferida a Romário naquele período evidencia-se de forma clara em vários momentos em que o atleta critica o sistema de jogo da seleção[24]. Aos poucos, o Romário fora de campo, passa a ter características de um rebelde "com causa", mais "politizado, ainda que "malandro" (fala cheia de gírias), unindo em sua figura tanto o elemento Macunaíma como o "Contestador Político"[25].

Ressaltemos também que as exigências que fazemos quando a seleção está jogando voltam-se freqüentemente para o estilo de jogo.

Como esporte de massa, o futebol jogado no cotidiano brasileiro não produz com a mesma intensidade os discursos de "futebol-arte" que é reivindicado quando a seleção está jogando. Nos campeonatos locais e nacional, o discurso futebolístico raramente transcende o universo do esporte[26]. Mas o que importa aqui é que a valorização do lado estético deste estilo de jogo nos remete à que idealizamos em nossa cultura, onde o "talento" e "irreverência" predominam sobre o "esforço" e a "disciplina"[27].

Por isso, chamei atenção em alguns momentos para a biografia de Zico como um modelo antagônico ao de Romário. De fato, a construção da narrativa mítica em torno de Zico é toda pautada no predomínio do trabalho, do esforço e da disciplina, aproximando-se assim das narrativas mais universais, clássicas da saga do herói. O fato de antagonizar com a biografia de Romário, esta com estilo que "essencializamos" como sendo "tipicamente brasileiro", não significa que a biografa de Zico não seja cultuada no país. O que ocorre é que quando nos referimos à Zico, estamos lidando com o nosso lado mais disciplinado, mais ordeiro que fica estrita e primordialmente localizado em alguns momentos isolados, como no próprio culto a esta biografia. Já quando falamos de Romário, apesar de dividir mais opiniões do que Zico[28], estamos lidando com as "essencializações" que fazemos de nós mesmos, como seres mais "irresponsáveis", "irreverentes" e "indisciplinados", com tudo de bom e de ruim que estes atributos carregam. A diferença é que a biografia de Romário lida com aspectos mais impregnados em nosso imaginário, não ficando restritos a sua biografia. Os atributos ressaltados na biografia de Romário são os mesmos que destacamos na representação que fazemos de nós diante de um estrangeiro[29].

Bibliografia

Brandão, Junito de Souza 1993 *Mitologia Grega, vol. 3* (Petrópolis: Vozes).

Campbell, Joseph 1995 *O Herói de Mil Faces* (São Paulo: Cultrix).

Coelho, Maria Claudia e Helal, Ronaldo 1996 "A Indústria Cultural e as Biografias de Estrelas: as histórias de Babe Ruth e Tina Turner" en *Cadernos Pedagógicos e Culturais* (Niterói: Centro Educacional de Niterói) Vol. 5 n°2.

DaMatta, Roberto 1977 *Ensaios de Antropologia Estrutural* (Petrópólis: Vozes).

DaMatta, Roberto 1979 *Carnavais, Malandros e Heróis: Para uma Sociologia do Dilema Brasileiro* (Rio de Janeiro: Zahar).

Eco, Umberto 1979 *Apocalípticos e Integrados* (São Paulo: Perspectiva).

Guedes, Simoni L. 1995 "O Salvador da Pátria: considerações em torno da imagem do jogador Romário na Copa do Mundo de 1994", en *Pesquisa de Campo* (Rio de Janeiro: Núcleo de Sociologia do Futebol/Universidade do Estado do Rio de Janeiro) N° 1.

Gordon, César e Helal, Ronaldo 2001 "The Crisis of Brazilian Football: perspectives for the twenty-first century" en J. A. Mangan e Costa, L. (orgs.) *Sport in Latin American Society: past and present* (Essex: Frank Cass Publishers).

Helal, Ronaldo 2000 "Campo dos Sonhos: esporte e identidade cultural", in *Comunicação Movimento e Mídia na Educação Física* (Santa Maria: CEFD/Universidade Federal de Santa Maria) Vol. 3 ano 3.

Helal, Ronaldo 2000 "As Idealizações do Sucesso no Imaginário Brasileiro", en Alabarces, Pablo (org.) *Peligro de Gol: estudios sobre deporte y sociedade en America Latina* (Buenos Aires: CLACSO).

Helal, Ronaldo 1998 "Mídia, Construção da Derrota e o Mito do Herói" in *Motus Corpori*s (Rio de Janeiro: Editora Gama Filho) Vol. 5 N° 2.

Helal, Ronaldo e Gordon, César 2001 “Futebol - Mitos e Representações do Brasil” en Villaça, Nízia e Goés, Fred (orgs.) *Nas Fronteiras do Contemporâneio: território, identidade, arte, moda, corpo e mídia* (Rio de Janeiro: Mauad).

Morin, Edgar 1980 *As Estrelas de Cinema* (Lisboa: Horizonte).

Rodrigues, José Carlos 1992 “O Rei e o Rito” in Rodrigues, José Carlos *Ensaios em Antropologia do Poder* (Rio de Janeiro: Terra Nova).

Soares, Antônio Jorge 1994 *Futebol, Malandragem e Identidade* (Vitória: Secretaria de Produção e Difusão cultural).

Notas

** Professor adjunto do Programa de Pós-Graduação em Comunicação (Mestrado) da Faculdade de Comunicação Social da Universidade do Estado do Rio de Janeiro (PPGC-UERJ).*

1 Este artigo foi apresentado no Grupo de Trabalho "Comunicação e Sociabilidade" no 11º Encontro Anual da Associação Nacional dos Programas de Pós-Graduação em Comunicação –COMPÓS 2002– realizado na Universidade Federal do Rio de Janeiro.

2 Estes estudos fazem parte do projeto de pesquisa "Meios de Comunicação, Idolatria e Cultura Popular no Brasil", apoiado pelo CNPq.

3 Ambos espaços da produção cultural como música e esportes podem produzir celebridades com o estatuto de herói. Apenas enfatizo o fato do universo esportivo ser mais propício à produção de heróis.

4 Ver por exemplo os seguintes artigos já publicados: "Campo dos Sonhos: esporte e identidade cultural in *Comunicação, Movimento e Mídia na Educação Física*, vol. 3, ano 3 - CEFD / Universidade Federal de Santa Maria, 2000; "As Idealizações do Sucesso no Imaginário Brasileiro" in *Logos* n° 10, Faculdade de Comunicação Social/Universidade do Estado do Rio de Janeiro, 1999 e "Mídia, Construção da Derrota e o Mito do Herói" - *Motus Corpori*s –vol. 5, n. 2– Revista de Divulgação Científica do Mestrado e Doutorado em Educação Física da Universidade Gama Filho, Editora Gama Filho, 1998.

5 Sou grato aqui ao meu bolsista de iniciação científica da Uerj, Gerardo Catunda Martins Júnior, pela coleta do material impresso. A coleta foi feita sobre o jornal *O Globo* e envolveu também os seguintes períodos: vinda para o Flamengo em 1995, ano do centenário do clube, incluindo aí o desentendimento com o atleta Sávio na época tido como sucessor de Zico no Flamengo; o corte na Copa de 1998; a saída do Flamengo e a ida para o Vasco. A seleção destes períodos deveu-se à percepção do pesquisador, no acompanhamento diário do noticiário esportivo, de que estes períodos foram aqueles em que o atleta teve maior exposição na mídia. Este material será analisado em uma outra etapa.

6 O mesmo artigo foi publicado posteriormente em Alabarces Pablo (org.) *Peligro de Gol: estudios sobre deporte y sociedad*, Buenos Aires, Clacso, 2000, e em Helal, Ronaldo, Soares, Antônio J. e Lovisolo, Hugo *A Invenção do País do Futebol: mídia, raça e idolatria*, Rio de Janeiro, Mauad, 2001.

7 Podemos especular ter sido este modelo construído como uma forma de romper com o modelo mais ordeiro, positivista, que predominava no século anterior e que inclusive inspirou os dizeres "ordem e progresso" da nossa Bandeira.

8 No sentido weberiano da expressão, reunindo os traços dominantes, as características mais significativas de um sistema, uma "construção abstrata que o pesquisador faz no processo de apreensão de um fenômeno social, a partir de sua diversidade no real" (Soares,1994).

9 Em entrevistas informais com alunos que o tem como ídolo, todos amenizavam esta "sinceridade" ou "arrogância" com um "no fundo ele não é nada disso" ou "ele é muito simples e incompreendido".

10 DaMatta (1979) já apontava para o fato de que a malandragem fica a um passo da marginalidade. Ver também Soares (1994).

11 Mais uma vez, ver DaMatta (1979) e Soares (1994).

12 Apesar de que a metáfora vem perdendo força nas últimas décadas, como César Gordon e eu mostramos em outras ocasiões. Ver por exemplo "A Crise do Futebol Brasileiro e a Pós-Modernidade: perspectivas para o século XXI" in *CD-ROM da COMPÓS* 2001; "The Crisis of Brazilian Football: perspectives for the twenty-first century" –in J. A. Mangan e COSTA, Lamartine (orgs.) *Sport in Latin American Society: past and present*– Essex: Frank Cass Publishers, 2001; "Futebol- mitos e representações do Brasil" in Villaça, Nízia e Goés, Fred (orgs.) *Nas Fronteiras do Contemporâneio: território, identidade, arte, moda, corpo e mídia* –Rio de Janeiro, Mauad, 2001.

13 Ver, por exemplo, a matéria "Romário e Bebeto, tabela incompleta" (*O Globo*, 19/09/93).

14 Não estou com isso dizendo que a biografia de Garrincha fez mais sucesso do que a de Pelé. Apenas enfatizo a "glamourização" de uma biografia malandra em contraponto a uma outra mais ordeira, mas não necessariamente "caxias".

15 Ver por exemplo a análise de Rodrigues (1992) sobre a biografia de Pelé, e Coelho e Helal (1996) analisando as biografias do lendário jogador de beisebol Babe Ruth e da cantora de rock Tina Turner.

16 Interessante notar que a rebeldia mais ao estilo "Macunaíma", hedonista, "não gostar de treinar", ser "preguiçoso", vai dando lugar a uma rebeldia mais "politizada", "denunciadora". Para uma discussão mais detalhada desta transformação da rebeldia "Macunaíma" para uma "politizada", ver, mais uma vez, o trabalho de Guedes (1995).

17 Ver por exemplo a matéria “Romário: Sou um vencedor. Vou arrebentar nesta Copa” (*O Globo*, 16/06/94)

18 Esta expressão foi alcunhada pelo técnico da seleção brasileira de 1990, Sebastião Lazaroni”, para exprimir o estilo de jogo que pretendia adotar na Copa do Mundo. Com a derrota do Brasil para a Argentina, a mídia “decretou” em diversas reportagens o fim da “Era Dunga”.

19 Ver Helal (2000).

20 Com o cuidado de, no entanto, observarmos que “disciplina” não se relaciona automaticamente com “futebol de resultados”, assim como “indisciplina” não se equaciona automaticamente com “futebol-arte”. Zico e Falcão, por exemplo, eram “disciplinados” e praticavam o “futebol-arte”. Já Serginho Chulapa, centro-avante da seleção na Copa do Mundo de 1982, era indisciplinado e nunca foi representante do “futebol-arte”. A sedução pelo maniqueísmo termina muitas vezes por impregnar o jornalismo esportivo de equações simplistas. Mas isso é tema para um outro trabalho. Fiquemos aqui com o fato de que a “indisciplina” de Romário é muito mais observada fora de campo (atraso aos treinos, por exemplo) do que dentro de campo, onde raras vezes é expulso ou mesmo advertido pelo árbitro. No caso em questão a indisciplina de Romário passa a ser vista na imprensa como positiva, no sentido de desafiar os considerados rígidos padrões de disciplina tática impostos pela comissão técnica daquela seleção.

21 Uma outra afirmação de Romário destacou-se no noticiário do dia 21 de junho de 1994: “foi uma estréia na Copa. Mas encaro todos os jogos como se fossem uma pelada” (*O Globo*, 21/06/94). Esta afirmação e o destaque dado a ela, lembrou, uma vez mais, Garrincha na Copa de 1958 onde ele teria dito que chamava todos os marcadores de “João” 13.

22 Ver por exemplo “Romário - Fico mais à vontade na hora de decidir” (*O Globo*, 13/07/94)

23 Ver também “Brasil na Cabeça: Romário” (*O Globo* 14/07/94) com o destaque para o sub-título: “o Brasil precisou esperar nervosa e pacientemente por 80 minutos para se lembrar do óbvio: O Brasil tem Romário”.

24 Ver por exemplo “Romário critica. Parreira se cala” (*O Globo* 06/07/94) e “Esta Copa foi Minha” (*O Globo*, 18/07/94).

25 Notemos que hoje em dia esta junção torna-se ainda mais evidente. Fora de campo, Romário, tanto no Flamengo, quanto no Vasco ou na seleção, passou a ser voz reivindicadora dos direitos dos jogadores.

26 Aqui valoriza-se a união do grupo, o conjunto, a determinação e aplicação tática, características inerentes aos esportes de equipe, conforme sublinhei anteriormente.

27 Basta observarmos, por exemplo, a edição que se faz com o estudante que passa em primeiro lugar no vestibular. Diz-se sempre que ele (ou ela) levou uma vida normal, namorou, foi ao cinema e à praia, etc., quando freqüentemente sabemos que o estudante passou horas dos dias estudando para a prova. No próprio universo do futebol, chamar alguém de "esforçado" é o mesmo que dizer que ele não sabe jogar bola.

28 Percepções do autor baseadas no acompanhamento diário do noticiário esportivo no país.

29 O mais curioso é que Romário contribui ainda mais para o antagonismo das duas biografias ao declarar que "Zico nunca foi nada na seleção" (*O Globo*, 13/07/94). Esta e outras declarações de Romário em relação à Zico, aparecem ao longo da década de 90, culminando com o corte do jogador da seleção em 1998. Mais importante ainda foi o fato de Romário, após a Copa de 1994, ter jogado no Flamengo por quase 5 anos, clube que tem Zico como seu maior ídolo. Conforme mencionei na nota quatro, este período será analisado em uma outra etapa.

Tédio e espetáculo esportivo

Hugo Lovisolo*

Introdução

Este texto tem um proposital caráter de ensaio. Estou interessado em contribuir para abrir sendas que acredito promissoras para o entendimento do espetáculo esportivo. Usarei exemplos da vida cotidiana, tomados como dados de bom senso ou de percepção comum e os explicarei a partir de premissas que não sendo originais estão submersas ou pouco trabalhadas nas ciências sociais. De fato, estou mais interessado em argumentar a favor do valor iluminador de algumas premissas. Realizarei minha exposição em dois movimentos. No primeiro, de forma breve, afirmarei um conjunto de sentenças sobre as quais acredito que existe um consenso considerável. Esses acordos significam o pano de fundo sobre o qual, num segundo movimento, apresentarei algumas "hipóteses" de leitura sobre o esporte competitivo e o espetáculo esportivo. Não acredito que sobre as segundas contemos com o mesmo grau de consenso que existe sobre as primeiras. Vamos, então, na direção dos acordos.

Creio que nos resultaria muito difícil imaginar o atual esporte competitivo sem nenhum vínculo com o espetáculo esportivo e, tradicionalmente, com o jornalismo esportivo no rádio e na imprensa (Lovisolo, 1999). Isto significa que nos meios de comunicação considera-

se a competição esportiva como conteúdo adequado e valioso para uma programação atraente, excitante. Consideram, então, o esporte espetáculo ou esporte espetacular como bom de audiência e, a esta, como estando na procura do lazer, da emoção, da passagem para um tempo excitante mediante o "esporte espetacular" (Lovisolo, 1997). Estamos pressupondo que podemos afirmar que os meios formam parte de empresas orientadas pelo lucro e que, de modo geral, agem num mercado concorrencial objetivando a ganhar o maior número possível de "clientes".

Creio, em segundo lugar, que não podemos já imaginar o espetáculo esportivo sem alguma forma de competição: entre equipes, entre indivíduos, entre marcas comerciais ou entre recordes. Assim, sobram palavras em nosso título e, portanto, podemos entender que espetáculo esportivo é quase sinônimo de esporte competitivo.

Diria que, em terceiro lugar, não podemos imaginar o espetáculo esportivo separado do mundo "bem prático" dos negócios. De fato, o espetáculo esportivo tornou-se um campo polifacético e tentacular de investimentos e lucros. Um campo de negócios ainda em crescimento e vinculado, de modo geral, à indústria do lazer. Os estudos econômicos indicam a crescente participação da produção do lazer nas economias nacionais e durante os anos de grande crescimento da economia americana, '90 a '96, a ocupação em suas atividades foi a que teve o maior crescimento.

Em quarto lugar, em todas as etapas do processo esportivo, desde a formação do atleta à transmissão do espetáculo, houve uma crescente racionalização e especialização. Assim, o esporte competitivo e o espetáculo esportivo são dirigidos por especialistas, peritos ou *experts* e, cada vez mais, por empresas especializadas. Temos, então, racionalização, especialização, tecnificação e organização empresarial como dimensões do espetáculo esportivo. As universidades crescentemente participam da formação desses especialistas, isto é notório no caso do Brasil.

Creio, em quinto lugar, que o espetáculo esportivo competitivo demanda o herói, a estrela esportiva. Sem essas figuras perderia força, e sabemos que assistimos tanto pelo prazer do jogo coletivo quanto pelo gerado por os desempenhos individuais. Ronaldo Helal tem insistido suficientemente sobre este aspecto central. Quando Guga passou a ganhar os grandes prêmios do tênis, meus colegas tenistas amadores manifestavam abertamente a confiança e esperança no seu crescimento, agora sim, no Brasil.

Por último, podemos concordar em afirmar que o espetáculo esportivo tornou-se transnacional, globalizou-se ou apagou as proteções das

fronteiras naturais e as políticas. O espetáculo esportivo competitivo penetrou até nas sociedades consideradas como primitivas e tradicionais. Não raro, fazendo declinar as formas tradicionais de diversão ou despertando a pretensão de reconhecimento dos jogos tradicionais como esportes competitivos. No caso do Brasil, por exemplo, a pretensão de reconhecimento da capoeira enquanto esporte olímpico está presente na capoeira, embora parcela dos capoeiristas defendam sua não inserção no campo do olimpismo. Coisa semelhante parece estar acontecendo com o "ioga esportivo", que torcendo os tradicionais significados religiosos e higiênicos ou de saúde, aparece com pretensões de esportivização competitiva e espetacularização.

Podemos concordar em atribuir ao espetáculo esportivo uma capacidade de mobilização e recrutamento de espectadores que é única. Podemos dizer que se tornou um "atrator mediático" de caráter universal. Contudo, durante as últimas três décadas a televisão, e em particular o espetáculo esportivo, tornaram-se alvo de pesadas e diversificadas críticas, sobretudo, a partir das perspectivas dos projetos emancipatórios. Embora esta crítica esteja perdendo força, diante das que salientam os aspectos sociais e culturais positivos do esporte, continua ainda vigorando no campo das análises dos esportes.

Explicações universalistas e relativistas

Irei na direção das questões que me preocupam e formularei algumas premissas interpretativas tendo como horizonte os paradoxos gerados pela contradição entre a importância do espetáculo esportivo, em especial para a televisão, e suas críticas.

Parece-me que uma questão relevante, embora não seja nova, envolve a contradição entre uma profunda, intensa e ampla globalização do esporte espetacular, universalizante e racionalizante, e a reivindicação de reconhecimento e defesa da diversidade e, sobretudo, das culturas particulares ou "locais", étnicas e nacionais. Assim, no campo das atividades esportivas o confronto entre universalistas e relativistas tornou-se um vetor constitutivo das propostas de desenvolvimento.

Diria que essa poderosa contradição gera três movimentos ou estratégias práticas no campo dos movimentos esportivos: a defesa dos "esportes tradicionais locais", a tentativa de universalizar as práticas esportivas locais e as tentativas de participação e destaque no esporte espetacular, e posto como universal, dominado pelo Ocidente.

Em aparente contradição, essas estratégias foram e estão sendo mobilizadas isoladas ou simultaneamente. O objetivo do reconhecimento nacional ou étnico, e mesmo individual, aparece *prima facie* como fundamento dessas ações. Suas vias, no entanto, podem ser diferentes.

A vontade de reconhecimento, entretanto, leva na direção de um paradoxo: para ser reconhecido é necessário estar na mídia, portanto, é necessário aceitá-la e dela participar. Ou seja, o trabalho crítico, quase sempre presente nas reivindicações de reconhecimento, mesmo das práticas consideradas como tradicionais ou da própria cultura, apenas pode ser realizado no interior da própria mídia. Depende-se do meio que se critica. Assim, para afirmar o valor da diferencia –da própria cultura– daquilo que está na televisão –a suposta cultura ocidental dominante– é necessário fazê-lo na própria televisão.

Surge uma questão mais específica e que acredito bem mais significativa. Como explicarmos, se aceitamos e acreditamos na diversidade –mais ainda, se acreditamos na "necessidade" do pertencimento e de sua expressão– a profunda difusão e penetração da mídia ocidental, e sobretudo do espetáculo esportivo, no universo da diversidade das culturas?

Destaquemos, antes de continuarmos, que os programas de alta difusão internacional são os que habitualmente caracterizamos como destinados a entreter, a divertir a ocupar o tempo de lazer, pressupondo a existência do tédio e a necessidade do divertimento. Assim, a comunicação dominante parece estar destinada a ajudar os espectadores a passar o tempo, a divertir-se, a emocionar-se, a superar o tédio. Desta 'peculiaridade' parece decorrer a importância ganha pelo esporte nos meios, e de modo mais amplo pela indústria em expansão do lazer.

O fato de que culturas absolutamente diversas –africanas, asiáticas e latino-americanas– aceitem o espetáculo televisivo, e o esportivo em particular, parece constituir um argumento anti-relativista ou, dito de forma mais suave, uma relativização do próprio relativismo, pois somos levados a pensar que existe alguma coisa universal nessa adesão entusiasta.

Sob o ponto de vista universalista, parece ser fácil apontar que a necessidade de diversão ou "antitédio" do "ser humano", e a demanda correlata de atividades que a satisfaçam, constituiria a base para darmos conta da importância ganha pelo espetáculo esportivo ocidental. Contudo, podemos também nos perguntar sobre os motivos que levariam a abandonar ou a fazer coexistir as atividades tradicionais com o esporte espetacular ocidental. Teria este uma maior carga antitédio do que as formas tradicionais e por isso as substituiria de forma crescente?

Sua atração seria produto de sua carga cosmopolita e das possibilidades diferenciadas de circulação que abre? Ou, o eu talvez seja mais provável, sua força reside na combinação que satisfaz diversas necessidades e aspirações?

O pensamento crítico usa a brecha da ausência de resposta e desenvolve a idéia, não menos poderosa, de que a universalidade na aceitação do espetáculo seria produto de imposições, do vigor da influência, dominação ou poder de Ocidente sobre culturas bem distintas. Observo que esta segunda também é uma premissa geral, não menos universalista que a primeira, embora desloque a explicação da esfera clássica da necessidade para a esfera, não menos clássica, do poder. Acredito que esta explicação, no caso do esporte espetacular, esquece que esportes tradicionais, e não ocidentais, como as artes marciais orientais forma incorporadas tanto à cultura esportiva ocidental quanto ao esporte espetacular. Mais ainda, esquece que o Comitê Olímpico Internacional funciona como uma espécie de platô de reconhecimento: um esporte tradicional para se tornar olímpico deve galgar esse platô mediante sua organização nacional e internacional.

O esporte que apresenta a capacidade de organização e de pressão será reconhecido com Olímpico. Temos, assim, uma seleção competitiva estabelecida pelo modo de funcionamento do reconhecimento, muito semelhante ao modo de funcionamento da democracia americana (Wolf, 1970).

Como é mais ou menos evidente que podemos enunciar exemplos contrários para ambas as hipóteses, temos que reconhecer que estamos numa situação dilemática: não sabemos se realizamos escolhas de explicações universalistas ou relativistas.

Creio que a literatura em ciências sociais sobre o esporte acaba realizando uma combinação do universalismo e do relativismo. Supõe que a vontade ou necessidade de jogar é universal, a partir dos clássicos exemplos de animais e crianças, para depois afirmar sua realização cultural singular. As explicações seguem, embora com algumas diferenças, os lineamentos traçados por Huizinga em *Homo Ludens*[1]. Creio que colocado dessa forma cometemos dois equívocos.

Primeiro, supomos que a vontade de jogar é universal, eu diria que se há universalidade ela reside na vontade de fugir do tédio. As atividades de lazer, de diversão, constituem um “remédio” para o tédio. Interpretaria as contribuições de Norbert Elias nessa direção, a busca da excitação baseia-se na vontade de escapar do tédio. Creio que poderíamos encontrar fundamentos neurofisiológicos e neuroquímicos para a necessidade de combater o tédio. Não creio que os encontremos para a vontade de “jogar”. Sob o ponto de vista da política das ciências sociais,

quando elas estavam nascendo seus fundadores foram muito oportunos em rejeitar fundamentos e sobretudo redução às ciências da natureza. Contudo, hoje, quando as ciências sociais são legítimas, é de boa política reatar as pontes com as das natureza, sem que isso signifique necessariamente redução, mas vontade de integração, de desfragmentação. Em segundo lugar, o relativismo que praticamos me parece conciliador, pois supõe uma necessidade universal que apenas pode se realizar localmente. Isto não é nada diferente de afirmar que a capacidade de fala é universal e sua realização diferenciada, já no fato básico de que cada língua apenas usa alguns dos sons que temos capacidade de emitir. Estamos afirmando que a questão ou o problema é universal, porém que admite várias soluções. Não acredito que haja algum universalista que esteja contra essa formulação.

A conciliação, ainda, não soluciona a questão sobre a aceitação do esporte espetacular. Creio que temos que refinar nossos instrumentos conceituais e os dados para podermos aproximar respostas a essa questão.

Lazer, tédio e espetáculo

Em nosso campo de conhecimento, as ditas ciências dos esportes e do lazer, estamos presos a argumentos elaborados no século passado. Parece-me importante destacar que, desde o século passado, os argumentos a favor do lazer estão muito amarrados a uma linguagem economicista e utilitária, quando, por exemplo, o lazer foi criticado por ser contrário à produtividade (Thompson, 1998) ou, quando, mais tarde, foram salientadas as vantagens do lazer para a produtividade do trabalhador (Rabinbach, 1992). No segundo caso, o lazer devia contribuir para diminuir esse mal que era a fadiga provocada pelo desenfreado e estafante desejo de produção e lucro. Hoje, não raro, os argumentos utilitaristas são repetidos em relação ao estresse, ocupando este o lugar da fadiga (Lovisolo, 2000). O lazer ao longo de nosso século foi definido em suas relações de afinidade com o tempo livre, em oposição ao tempo necessário e regulado do trabalho, continuando a incidência da matriz criada ao longo dos últimos dois séculos (a considerável produção de Dumazedier centra-se sobre essas relações). Destaquemos que quando falamos de trabalho temos em mente qualificativos como pesado, duro, degradante, esforçado, mas, também, adjetivos como monótono, entediante, não divertido[2]. Os adjetivos do trabalho relacionados com o tédio ganharam importância na sociedade "pós-industrial", embora os relacionados com o esforço ainda sejam realidade dura para grande parte da população mundial. O ideal de trabalho que está em processo

de definição é aquele visto sob o prisma das atividades antitédio. Escolheremos crescentemente os trabalhos não entediantes e prazerosos, eles possuem propriedades do ócio.

Eu proporia desviar a o olhar e observarmos o esporte dentro do lazer em termos de sua oposição com o tédio. Deslocaria, então, o privilégio concedido na definição do lazer as relações com as necessidades de produção e reprodução. Autonomizaria o lazer mediante o reconhecimento do tédio. Definiria o lazer como qualquer atividade que nos distancia do tédio ou permite combatê-lo. O tédio é como uma sombra que nos espreita em qualquer sociedade e cultura. Assim, inventar atividades antitédio é uma das esferas de intervenção da criatividade cultural. O jogo seria uma atividade antitédio. Creio que as coisas ficam mais claras se eliminamos a igualdade que domina nas relações entre tédio e jogo, digamos que a categoria do tédio pertence à ordem da competência, o jogo, à do desempenho.

Há uma ampla valorização daqueles –produtores, artistas e esportistas– que participam da geração da diversão, embora, por vezes, sejam considerados como personagens liminares, com estilos de vida próprio que tanto podem ser criticados moralmente quanto se tornarem modelos estéticos a serem perseguidos. Os meios de comunicação especializaram-se em apresentar a vida desses modelos. Creio que nos interessamos neles porque supomos que sus vidas são excitantes, divertidas, com poucas oportunidades de tédio.

A questão principal que ainda subsiste, a partir do pensamento crítico, é sobre o porque as pessoas dedicam tanto tempo as banalidades dos meios de comunicação. Diria que as pessoas estão dominantemente escapando ao tédio e, inspirado em Elias, poderia sugerir que quando mais segura é uma sociedade mais tédio comporta e, portanto, mais cresceram as atividades antitédio, dentro das quais se destaca o esporte espetacular. Assim, sob minha perspectiva, que as sociedades crescentemente seguras, em função da riqueza e das políticas públicas, ao mesmo tempo sejam sociedades do espetáculo não nos deveria estranhar. O espetáculo pretende tirar-nos do tédio, mediante promessas do superinteressante, do superexcitante, do superespetacular, etc.

Sem recorrermos ao tédio não poderemos explicar porque as pessoas perdem o tempo com programas banais ou espetaculares da televisão. Em artigo escrito faz mais de uma década, Enzensberger (1991) sistematizou as críticas mais comuns à televisão, questionou seus fundamentos e elaborou uma hipótese alternativa para entendermos a conduta do espectador. O argumento positivo de Enzensberger é que os meios de comunicação alcançam seu objetivo quando se aproximam do "estado de meio zero" (1991: 84), um estado no qual o conteúdo perde

qualquer importância, como na arte moderna. Mas, não ocorre alguma coisa semelhante com o esporte? Qual o conteúdo de um esporte? As regras, seu desempenho e o resultado. Temos que admitir que é um conteúdo limitado. O jogo e o esporte não tratam de, eles estão para ser praticados ou vistos. Não perguntamos sobre de que o trata, como faríamos com um filme ou um livro, perguntamos: como foi o jogo? Aceitando a redução do conteúdo, sua pouca importância, as questões significativas passam a ser formuladas sob o ponto de vista do espectador, do público, do usuário. Bem distante de se deixar manipular (educar, informar, culturalizar, ilustrar, advertir), ele imporia suas preferências aos meios. Os meios que não se inclinam diante de seus desejos seriam desligados. O espectador seria consciente de que lida com um meio de negação da comunicação, o meio "zero", e isso o atrairia. As demandas para a televisão seriam, então, as de divertir ou entreter, ajudar a passar o tempo, reduzir o tédio e contribuir para relaxar e, então, a falta de conteúdo seria uma das condições para a realização dessas intenções.

Então, Enzensberger, formula o núcleo de sua visão: "O espectador conecta a televisão para desconectar-se" (1991: 89). "A televisão é utilizada primariamente com método bem definido para uma prazerosa lavagem cerebral; proporciona uma higiene individual, é automedicarão. O meio zero é a única forma universal e de massas de psicoterapia" (Enzensberger, 1991: 90).

A televisão funciona porque desconecta e quando faz isso entretém, faz o tempo passar, é um divertimento. A televisão é, sobretudo, um caminho de divertimento, de lazer, e os caminhos de lazer supõe uma desconexão. O tempo do lazer é, sobretudo, um "outro tempo", como na teoria do jogo de Huizinga. As diversas teorias do lazer lidam com a questão sobre a especificidade do tempo do lazer. Que tempo é esse? Eu digo, é um tempo antitédio. De fato, desligamos o televisor ou trocamos o canal quando provoca tédio.

O antropólogo americano M. Sahlins, em artigo que foi clássico da antropologia econômica, defendeu o ponto de vista de serem as sociedades ditas primitivas as verdadeiras sociedades afluentes. Nelas, segundo seus dados etnográficos, as pessoas dedicariam mais tempo ao "lazer" do que as sociedades ditas avançadas ou afluentes. Os historiadores, por seu lado, demonstraram que a quantidade de dias laboráveis na Europa pré-moderna era bem inferior aos que se tornaram prática no mundo moderno. Assim, ócio ou lazer ocupavam grande parte do tempo das sociedades primitivas e tradicionais, ainda que, não raro, sob a forma de ritual religioso.

Fechando suas explorações sobre os conceitos de cultura e religião, Eliot entendia que a religião dá um significado aparente à vida, fornece

uma estrutura para a cultura e "protege a humanidade do tédio e do desespero" (1988: 48). Em nossas sociedades ocidentais, onde acabou sendo dominante o lazer não religioso, podemos facilmente perder de vista a proteção que a religião ofereceu, e talvez ainda oferece, contra o tédio, conservando apenas sua contribuição na produção de sentido e de proteção contra o desespero. Os religiosos cristãos, sobretudo os católicos, talvez deixaram de compreender a função antitédio. A renovação católica no Brasil passa por incorporar as ações antitédio dentro do ritual. O caso do padre Marcelo, "casualmente" formado em educação física, é exemplar como introdutor de elementos antitédio no ritual católico.

Se procuramos a religião apenas quando nos invade o desespero, e nos protegemos do tédio com outros recursos, a televisão entre eles, parece ser apropriado que os responsáveis pela religião visualizem as condutas dos fiéis e espectadores como desagregadoras ou como provocando a perda dos vínculos religiosos. O mesmo argumento foi repetido pela crítica política progressista quando perdeu a capacidade de aliar atividades antitédio a política. Creio que quando a política perde sua cor de "aventura", de "esporte", os militantes saem. No caso do Partido dos Trabalhadores no Brasil é paradigmático: tentou, e ainda tenta, incorporar a diversão, a alegria, a excitação dentro dos eventos políticos.

O lazer e os valores do trabalho

Nas sociedade ditas industriais, dois processos parecem haver ocorrido como ondas superpostas em relação ao tempo livre ou tempo de lazer. A primeira onda, significou uma valorização do tempo destinado as tarefas úteis e, sobretudo, ao trabalho disciplinado às custas do tempo disponível para as conversas, os jogos e a bebida, entre outras formas de estar a toa, de passar o tempo, como diz Chico Buarque, "olhando a banda passar". O simples passar do tempo foi criticado, quando não demonizado, para impor a imagem de que o tempo não pode ser gasto, que ele é valioso demais e que deveria ser usado para produzir coisas úteis. De modo geral, os historiadores vinculam essa onda à configuração formada pela Reforma Protestante, o processo de transformação do trabalhador em assalariado, à industrialização, à racionalização e regulamentação do trabalho, à obtenção do lucro de forma racional, enfim, à vida regulada pela artificialidade do tempo do relógio. Porém, é muito menos destacada que a contra-reação não parece ter demorado muito em crescer. Ao longo do século XIX cresceu a luta pela redução do tempo do trabalho e a valorização do tempo de lazer ou de ócio que continuou até hoje, favorecida pelo aumento

tendencial da produtividade que permitiu uma formidável redução do tempo de trabalho. A partir das últimas décadas do século XIX, os cientistas, baseados na fisiologia do esforço ou do trabalho, passaram a recomendar crescentemente as atividades de lazer, embora com argumentos utilitários ou econômicos[3]. Não poucos elogios do ócio foram escritos.

Poderíamos sugerir a hipótese de que a alternância entre o trabalho e o lazer seria resultado da vontade de proteger-se do tédio. Mais ainda, poderíamos pensar que o tédio existe, sobretudo, quando não há trabalho ou gasto energético superior à reposição, como no caso da classe ociosa. Poderíamos pensar que numa sociedade caracterizada pelo pouco tempo de trabalho, devido aos ganhos de produtividade, os problemas derivados do "passar o tempo", de encontrarmos atividades para não sentir tédio, tornar-se-ão centrais. Nessas sociedades, a televisão ganha um valor relevante e tudo indica que o esporte espetacular grande destaque.

Temos, no entanto, um sério problema provocado pela permanência da moral do trabalho produtivo[4]. De modo geral critica-se a mídia quando apenas diverte, entretém, faz passar o tempo de modo agradável, enfim, quando apenas realiza uma função antitédio. O lazer do espectador da televisão, por exemplo, é considerado como um lazer passivo, improdutivo. Estamos de cheio sendo falados pela dimensão moral da linguagem econômica. A distinção entre lazer produtivo e improdutivo forma parte da discussão moral do lazer. Assim, o lazer não seria um bem de valor unívoco, positivo ou negativo, adquiriria um ou outro valor em função do tipo de lazer e das circunstâncias no qual ocorresse e, muito especialmente, dos valores sociais ou objetivos sociais que pudesse promover. Dormir 14 ou 15 horas por dia poderia ser considerado um lazer improdutivo. Em contrapartida, o jogo e as brincadeiras poderiam ser considerados como produtivo, quando aceitamos o valor de sua contribuição ao desenvolvimento físico, moral e intelectual de crianças e adolescentes. A valorização do lazer não ficou imune, portanto, à linguagem econômica e moral. Como o trabalho, o lazer passou a ser qualificado: lazer produtivo versus lazer improdutivo; lazer moral versus lazer imoral. Contudo, o lazer ganhou seu direito a existir e tornou-se um bem social[5].

Um aspecto muito importante, então, é o fato de que grande parte da crítica ao lazer diante do televisor, que inclui o espetáculo esportivo, deve-se ao seu suposto caráter pouco formativo e pouco enriquecedor das personalidades e interações sociais. Assim, a televisão promoveria o lazer improdutivo por ser passivo, não-reflexivo, não-participativo e freqüentemente solitário.

Estamos no terreno que preocupa a Thompson (1998), o das mudanças na percepção do tempo, orientadas pela questão de como a mudança no senso do tempo afetou a disciplina do trabalho e influenciou a percepção interna de tempo dos trabalhadores. As relações de compra-venda de trabalho levariam na direção do interesse do empregador de usar o tempo. O tempo faz-se moeda e ninguém passa o tempo, na realidade gasta-se o tempo, como se gasta a moeda. Poupar o tempo, usar bem o tempo torna-se paralelo da poupança e uso da moeda. Thompson faz a história dessas mudanças que não acontecem sem resistências e adesões, sem aceitações e rejeições, sem a presença dos costume recentes ou antigos, sem reinterpretações e novas orientações.

Contudo, o que interessa destacar é que Thompson formula a hipótese de que o "padrão de trabalho sempre alternava momentos de atividade intensa e de ociosidade quando os homens detinham o controle de sua vida produtiva" (1998: 282). Podemos pensar que a alternância era produto da vontade de recuperar as forças, contudo, também as podemos supor como resultado da vontade de gerar momentos antitédio. Não há iincompatibilidade em pensarmos que o descanso está a serviço tanto da recuperação das forças quanto da invenção de momentos antitédio. A permanência na modernidade desse padrão, ainda que residual, leva a Thompson a perguntar-se se ele "não é um ritmo natural" de trabalho humano, portanto, universal. Assim, um ritmo natural e universal reaparece na avaliação do historiador, como já tinha aparecido entre os fisiólogos do esforço e do trabalho. Em oposição a esse ritmo natural e universal, Thompson descreve a propaganda mediante a qual tal naturalidade teria sido associada à preguiça, a imprevidência, à indolência no mundo que se estava tornando industrial e capitalista. Nele, martelaram os propagandistas: fazendo bom uso do tempo os homens se tornam ricos. Todavia, Thompson descobre as resistências e persistências dos modos mais antigos de perceber o tempo e se pergunta: "Até que ponto temos o direito de falar de restruturação radical da natureza social do homem e de seus hábitos de trabalho?" (1998: 298). Abre as portas para as resistências que teriam levado na direção de velhas persistências. Mais ainda, interroga sobre a possibilidade que teríamos no tempo livre crescente, pelo aumento da produtividade, reaprendermos artes de viver que pareceriam ter-se perdido na Revolução Industrial, "como preencher os interstícios do seu dia a dia com relações sociais e pessoais mais enriquecedoras e descompromissadas; como derrubar mais uma vez as barreiras entre o trabalho e a vida" (Thompson, 1998: 302). "É passar o tempo à toa seria comportamento culturalmente aceito" (Thompson, 1998: 303).

A linguagem econômica e moral é, portanto, recuperada pelo historiador sob o pano de fundo da valorização da unidade entre vida e

trabalho. Relações sociais e pessoais mais "enriquecedoras" poderiam ser desenvolvidas, ou seja, temos de novo a temática do lazer bom e produtivo. Contudo, essa revalorização econômica e moral de passar o tempo entra em tensão com o desejo da aceitação de passar o tempo à toa. Depois de tudo, estar à toa e não ter nada a fazer e isso poderia levar na direção do tédio. Conversar e brincar com os amigos não seria exatamente estar à toa. Significaria muito mais um modo socialmente aceito de passar o tempo sem tédio, um modo divertido, como pescar, jogar futebol ou assistir um espetáculo esportivo emocionante..

Dois movimentos merecem ser destacados. O primeiro, já mencionado, é o de que as características do tempo de lazer bom foram codificadas como espelhando as que habitualmente entendemos que caracterizam o trabalho. Pensando ao modo de Thompson, poderíamos dizer que entre resistências e aceitações, entre adesões e reinterpretações, entre permanência e renovação, chegamos a uma espécie de estado ou acordo valorativo no qual o lazer bom é aquele que tem algumas das características do trabalho. Expressamos isso na linguagem econômica da riqueza, das atividades "enriquecedoras" sociais e pessoais, embora não direta ou abertamente produtivas.

AAssim, o lazer não-ativo, não-reflexivo, não- participativo e solitário, como o sono ou o estar diante da televisão, é ainda malquisto. O lazer, portanto, ficou carregado com valores do trabalho produtivo, apesar de sua carta de cidadania, que talvez a obteve porque pagou o custo de ser carregado com os valores do trabalho. A própria valorização de Thompson do passar o tempo ainda carrega essa força da tradição ocidental. Mas, por outro lado, aumentamos nossa valorização do subjetivo nas atividade do tempo de lazer ou lazer, entendendo como tais as que são realizadas em função do gosto e não dos compromissos, necessidades ou obrigações. O tempo de lazer e o ppróprio lazer, embora possam ser justificados e legitimados na linguagem normativa e utilitária, é, sobretudo, tempo de gostos, de desejos, de vontades livres (Lovisolo, 1997).

É discutível, no entanto, a irreversibilidade da quebra entre vida e trabalho ou entre lazer e trabalho. Se num momento alguma continuidade foi restaurada, mediante a idéia de um lazer bom, um lazer produtivo e disciplinado, quer para o desenvolvimento social quer para o pessoal, talvez estejamos fazendo uma segunda restauração, mediante a imaginação de um tempo de trabalho que pode gerar prazer, satisfação, gosto. Levamos esta idéia para a esfera do trabalho e com isso o estetizamos, pois pretendemos tornar o trabalho possibilidade de prazer, de gosto, de autorealização e autodesenvolvimento, ao invés de mera utilidade ou satisfação de necessidades (Lovisolo, 1997).

Estamos diante da vontade de reconstituir a continuidade. O trabalho não precisa ser pensado na linguagem da obrigação, da necessidade, do compromisso imposto desde fora e associado com o esforço, a tensão, o cansaço e o tédio. Poderia ser entendido, sob o ponto de vista de um novo ideal regulador favorecido pela produtividade, como campo de realização pessoal, de opção e de gosto, e no qual esforço, tensão, cansaço e tédio fossem reduzidos e contassem com contrapesos.

Herdamos do século XIX e XIX uma tremenda valorização do trabalho. Herdamos a idéia de que mediante o trabalho produzíamos riqueza, objetos, acumulação. Essa, contudo, não foi a idéia mais importante do legado. O verdadeiro significado foi pensar que mediante o trabalho produzíamos a nós mesmos e, assim, colocávamos o trabalho no pedestal mais imponente. Claro que existiram e ainda existem modalidades de trabalho que nos embrutecem ao invés de enriquecer-nos material e espiritualmente. Porém, os críticos marxistas supunham, em suas medidas previsões sobre o assunto, que uma vez corrigidas as relações sociais de produção, e revalorizadas as atividades desvalorizadas, a verdade do trabalho floresceria: produzindo nos produzimos.

Num sentido mais profundo, dar o verdadeiro estatuto ao trabalho significaria apagar as distinções entre trabalho e vida, entre trabalho e lazer. Alguns, no entanto, suspeitaram dessa herança. Reivindicaram o lugar positivo e criativo do estar à toa, do lazer. Contudo, tratava-se de controvérsias entre intelectuais. O movimento real foi na direção de mantendo o trabalho aumentar o tempo que podia ser destinado ao lazer.

Um novo personagem apareceu com bastante vitalidade: o tédio. Para a grande maioria o tédio era e é uma presença. Ele está sempre na espreita e domina-nos quando menos o esperamos. A presença do tédio foi claramente entendida, talvez sem teorizações rigorosas, e dedicaram-se a investir recursos e engenhos na expansão do lazer, o divertimento, enfim, os antídotos do tédio.

Os americanos foram a vanguarda na produção do antitédio de massa: rádio, cinema, televisão, parques temáticos, brinquedos, carros, esportes, turismo, gastronomia e compras agregaram-se as formas de diversão tradicionais da família, dos amigos, da comunidade e da Igreja. A indústria da diversão continua ainda poderosa e tudo indica que em crescimento. O antitédio gerado pelo mercado ganhou destaque sobre aquele produzido no seio de relações extramercado, tradicionais ou comunitárias. Interessa apontar que no debate atual sobre a recuperação do público nos estádios de futebol, afirma-se que seria necessário incluir o jogo num espetáculo englobador cujo modelo de referência é o Superbowl.

As diversões geradas contra o tédio são seriamente não sérias. Temos uma disposição natural para aceitar os produtos contra o tédio, desde o futebol ao xadrez, desde os programas de televisão à literatura. Descemos a guarda diante do que aparece como uma nova forma de divertir-nos e estamos habitualmente dispostos a realizar experiências que podem levar tanto à adoção quanto ao esquecimento rápido de novas ofertas. Os produtos antitédio parecem possuir a propriedade de gerar poucas resistências e o próprio Ocidente adotou vários desses produtos gerados no Oriente, desde o xadrez ao ópio. A popularização dos Jogos Olímpicos e do futebol parece responder a esse princípio de receptividade diante dos divertimentos ou atividades antitédio, embora sua adoção e difusão não devesse ser pensada como mera cópia.

Mídia e antitédio

Há, tudo indica, uma presença universal da possibilidade do tédio. Sair do tédio significa entusiasmar-se de tal maneira que o tempo passa sem sentirmos. O tédio expande o tempo, faz pesada e pastosa sua passagem. O divertimento elimina a passagem do tempo, faz aparecer o assombro diante da rapidez de seu transcorrer. Se agregamos à universalidade do tédio uma especial permeabilidade ou capacidade de recepção das atividades antitédio, parece ser bastante plausível que a interculturalidade encontre no seu campo uma via bem mais fácil de operação. Assim, podemos entender a universalização das atividades antitédio da mídia. Seu desligamento em relação a contextos culturais específicos é uma condição facilitadora de sua circulação.

Se as considerações realizadas têm alguma consistência e plausibilidade segue-se o corolário de que a própria informação deve transformar-se em atividade antitédio para circular. Por essa razão, ela tende a tornar-se espetáculo, procurando atingir as emoções (Elias e Dunning, 1995). Procura situar-se no campo do extraordinário –e disso também se ocupam a religião e a mitologia–, lugar por excelência para combater o tédio, o estado ordinário. A própria ciência quando pretende divulgação assume o valor do extraordinário, espetaculariza-se, pretende excitar para atrair.

Digo para finalizar que devemos afinar nossos instrumentos conceituais e empíricos para entendermos a dinâmica do tédio e antitédio se pretendemos entender dimensões significativas centrais do esporte competitivo espetacular.

Bibliografia

Berlin, Isaiah 1982 *Vico e Herder* (Brasília: UNB).

Berlin, Isaiah 1998 "A volta do Volksgeist: nacionalismo, bom e mau", en Gardels, N. P. (comp.) *No final do século, reflexões dos maiores pensadores de nosso tempo* (Rio de Janeiro: Editora Objetiva).

Elias, Norbert e Eric Dunning 1995 *Em busca da excitação* (São Paulo: Difel).

Eliot, Thomas S. 1988 *Notas para uma definição da cultura* (São Paulo: Perspectiva).

Enzensberger, H. M. 1991 *Mediocridade y delirio* (Barcelona: Anagrama).

Gardels, N. P. 1998 *No final do século, reflexões dos maiores pensadores de nosso tempo* (Rio de Janeiro: Objetiva).

Gombrich, E. H. 1991 *Tributos* (México: Fondo de Cultura Económica).

Lovisolo, Hugo 1997 *Estética, esporte e educação física* (Rio de Janeiro: Sprint).

Lovisolo, Hugo 1999 "Saudoso futebol, futebol querido: a ideologia da denúncia", en *Revista Logos* (Rio de Janeiro) Ano 6, 1º Semestre, N° 10.

Lovisolo, Hugo 2000 *Atividade física, educação e saúde* (Rio de Janeiro: Sprint).

Rabinbach, Aaron 1992 *The human motor, energy, fatigue and the origins of modernity* (Los Angeles, University California Press).

Taylor, Charles 1997 *Argumentos filosóficos* (Buenos Aires: Paidós).

Thompson, E. P. 1998 *Costumes em comum: estudos sobre a cultura popular tradicional* (São Paulo: Cia. das Letras).

Walzer, Michael 1993 *Las esferas de la justicia* (México: Fondo de Cultura Económica).

Wolf, P. R. 1970 "Além da tolerância", in *Crítica da tolerância pura* (Rio de Janeiro: Zahar).

Notas

** Doutor em Antropologia Social, Coordenador de Pesquisa e Pós-graduação da Universidade Gama Filho, professor da Faculdade de Comunicação Social da Universidade do Estado de Rio de Janeiro.*

1 Minha interpretação de Huizinga está fortemente influenciada pelo Gombrich (1991).

2 Ver na obra de Walzer (1993) as excelentes descrições do trabalho e do lazer.

3 Baseio-me aqui na significativa contribuição de Rabinbach (1992).

4 Observe-se que a própria tradição marxista é devedora dessa tradição em suas inesgotáveis elaborações e discussões sobre o trabalho produtivo e improdutivo, gerador de mais-valia ou não. Se os economistas são moralistas, o centro moral da economia marxista é essa discussão.

5 Um dos capítulos mais interessantes da obra de M. Walzer (1983), *Spheres of Justice. A defense of Pluralism and Equality*, é o que trata sobre o tempo livre, sobre o lazer como um bem com critérios especiais ou próprios de distribuição.

Gol-balización, identidades nacionales y fútbol[*]

Sergio Villena Fiengo[**]

El fútbol, según lo señaló en 1997 el sociólogo inglés M. Jacques, podría considerarse la práctica cultural dominante a escala global durante la década de los '90, tal como el rock lo fuera en los años '60 y '70. Si bien esta afirmación puede pecar de cierta exageración, parece evidente que una comprensión amplia de los procesos de globalización cultural en curso no puede dejar de mencionar al fútbol como uno de sus escenarios privilegiados. Sin embargo, en América Latina, pese a la importancia que este deporte espectáculo tiene en el uso del tiempo libre y, tal vez más en la constitución de vínculos comunitarios de diversa índole y alcance, aún no se ha prestado atención académica a las consecuencias que puede tener la globalización sobre la función social y cultural del fútbol. El propósito de este breve ensayo es contribuir a iniciar esa necesaria reflexión mediante la exploración de algunas articulaciones entre los procesos de globalización y el fútbol, particularmente en aquellas dimensiones que están impactando en el papel que este deporte-espectáculo ha tenido hasta ahora en la conformación/reforzamiento de identidades nacionales. Como el título lo advierte, este ensayo tiene, antes que un carácter conclusivo, una intención programática que forma parte de un *work in progress*.

Como es sabido, la amplia difusión geográfica y social del fútbol es un fenómeno previo a la actual ola globalizadora. En general, existe un

consenso entre los sociólogos e historiadores en que los deportes, como un conjunto de prácticas corporales especializadas (de carácter experimental) orientadas a llevar hasta sus límites la potencia física humana, son un fenómeno propio de la modernidad, que acompaña el proceso de "civilización" y de racionalización de la violencia. El fútbol, que ocupa un papel destacado en este proceso, surge como deporte en Inglaterra a lo largo del siglo XIX, y su difusión geográfica se inicia hacia el último cuarto del mismo siglo, favorecida por el empuje comercial e industrial del imperio inglés. Su difusión, tanto geográfica como social, gana ímpetu en los años '30, cuando se celebra el primer campeonato mundial y llega a su máxima expresión con el desarrollo de las tecnologías comunicativas audiovisuales, sobre todo con la televisión color por satélite y microondas. La más reciente incorporación de los Estados Unidos y los países del este asiático marcan la definitiva mundialización de este deporte de origen aristocrático, convertido en la actualidad en una práctica y afición multiclasista, transgeneracional y, poco a poco, transgenérica.

A diferencia de otros fenómenos culturales de alcance global, como el rock por ejemplo, la difusión del fútbol ha estado hasta ahora estrechamente relacionada con otro fenómeno coetáneo: la difusión y exaltación de la forma moderna de comunidad política, esto es, la constitución de los estados-nación. Esta articulación se evidencia en la forma de organización que adquirió el fútbol: la FIFA, nacida en un período de auge del nacionalismo europeo (1904), fue concebida como una institución de carácter internacional, puesto que sus miembros son federaciones –y no estados– nacionales. La función más importante de este ente internacional ha sido, además de homogeneizar, regular y promover la práctica del fútbol a lo largo y ancho del planeta, la de organizar competencias deportivas internacionales, entre las cuales los encuentros entre "representaciones nacionales" han tenido un papel central, al menos hasta ahora. Esas "selecciones nacionales" estaban, y aún están, conformadas exclusivamente por jugadores que tuvieran la nacionalidad respectiva. Es más, la FIFA niega hasta hoy el derecho de que un jugador pueda participar en momentos distintos en más de una selección, por más que hubiese cambiado de nacionalidad.

Con el transcurso de los años, el fútbol adquirió en muchos países –es el caso de los países de América Latina continental, con algunas excepciones, como Nicaragua– el carácter de una tradición y pasión nacional y, en consecuencia, de un acontecimiento simbólico de profundas implicaciones geopolíticas, llegando a ser considerado incluso como una forma de guerra ritual entre naciones. Más aún, elemento fundamental en los procesos constitutivos y actualizadores de las identidades nacionales en muchos países del globo, el fútbol ha sido en algunas ocasiones detonador de conflictos internacionales, como la tan conocida "guerra del fútbol" entre Honduras y El Salvador a fines de los

años ‘60. Similar papel parece haber jugado el fútbol en los trágicos conflictos que más recientemente han tenido como escenario a los Balcanes (Colovic, 1999). De ahí la significación profunda de la frase de Albert Camus: “Patria es la selección nacional de fútbol”.

Así, en la era de la modernidad temprana y pese a tratarse de un producto cultural inicialmente “importado”, el fútbol fue apropiado como tradición y convertido en un elemento útil para estimular la integración simbólica tan necesaria para la conformación de las identidades que están en la base de esas comunidades imaginadas que son las naciones. Aún hoy, para muchos, la asistencia activa a los espectáculos deportivos es un verdadero deber cívico, independientemente de si les gusta o no el fútbol: apoyar a “su” selección nacional –aunque siempre juegue mal– es una sentida y a menudo exaltada declaración pública de pertenencia y lealtad a la nación. Eso, con independencia de si esa adhesión se interpreta como una muestra del carácter democrático y popular del fútbol o, por el contrario, como un mecanismo de legitimación espuria de las acciones estatales.

Desde luego, este proceso de conversión del fútbol en “tradición nacional” no habría sido posible sin la conformación de un denso tejido discursivo en torno de esta práctica deportiva: como lo señala Antezana en este mismo libro, la forma de vivir en el fútbol es hablándolo, verbalizándolo, lo que hace del espectador también un importante actor –como el coro griego– en este espectáculo. Ahora bien, aunque la elaboración y circulación de discursos sobre el fútbol es tarea de todo aficionado, existen agentes privilegiados en su elaboración y difusión: los periodistas deportivos.

Como ha mostrado una serie de estudios en diversos países de América Latina, los periodistas deportivos, cuyo campo profesional también ha estado organizado siguiendo patrones nacionales, han actuado, a menudo, como verdaderos adalides del nacionalismo, haciendo público un discurso épico que fusiona los ideales caballerescos del amateurismo aristocrático con la retórica del sacrificio desinteresado por la patria, así como también elaborando narrativas acerca de cómo los rasgos culturales considerados el núcleo de la identidad nacional toman cuerpo en el “estilo nacional” de jugar al fútbol (ver, por ejemplo, Archetti, 1999, y Villena, 2000).

Así, gracias a la entusiasta –e interesada– labor de los medios de comunicación masiva, el espectáculo futbolero, entendido como el conjunto de actos escénicos y actos de habla que tienen lugar dentro y fuera del estadio, se constituyó en una fundamental esfera o arena pública, en mucho ritualizada, en la que se (re) producen contenidos y principios generativos de percepciones y representaciones acerca de lo que los diversos sectores sociales definen como característico de “lo

nacional" en las dimensiones de lo estético y lo moral. La fusión de nacionalismo y fútbol en la industria massmediática, que tiene su reducto más importante en las copas mundiales de fútbol (en sus fases eliminatoria y final), permite que los medios aumenten su audiencia, los patrocinadores incrementen sus ventas y los políticos capitalicen la ficción de la participación que embarga a todo "jugador nro. 12", equivalente deportivo del "soldado desconocido".

Ahora bien, en las últimas décadas, los flujos crecientes de capitales, información, bienes y personas, que desbordan ampliamente las fronteras estatales, han puesto paulatinamente en cuestión la forma estatal-nacional como comunidad político-cultural. Los procesos de globalización promueven una reconfiguración de las relaciones entre identidades y territorialidades que se manifiestan en la conformación de nuevas identidades sub, trans y supraestatales, lo cual tiene su contraparte en la erosión del sentido común nacionalista con el que hasta el más profano de los seres humanos –con las excepciones del caso, por supuesto– percibía, valoraba y actuaba socialmente. En lo que a este breve ensayo concierne, esto conduce a preguntarnos cómo los procesos globalizadores en curso están afectando la articulación entre fútbol y nacionalismo.

Nuestra hipótesis es que estamos presenciando un debilitamiento de la hasta ahora exitosa articulación entre fútbol y nacionalismo debido a que los procesos de globalización favorecen una configuración del campo social del fútbol que se desplaza desde los patrones internacionales, dominantes hasta ahora, hacia formas que tienen un carácter más bien transnacional. Esto significa que, como ocurre en otros ámbitos, la globalización no debe entenderse principalmente como una mayor difusión de esta práctica deportiva-espectáculo ni como una creciente articulación entre organizaciones ancladas nacionalmente (procesos que podrían denominarse más apropiadamente como "internacionalización" antes que como "globalización"), sino principalmente como un proceso de transformación y, más puntualmente, de transnacionalización de sus patrones de organización y, articulado a ello, de sus funciones sociales y simbólicas.

Esta transnacionalización tendría un conjunto de dimensiones que empero encuentran una unidad fundamental cuando se analizan las nuevas formas de articulación que tiene el fútbol con los sectores que hacen a la configuración tripartita de la sociedad (Cohen y Arato, 1999): el mercado, la política y la sociedad (o mundo de vida). La globalización del fútbol no sólo implica la transnacionalización de su campo, sino también, y de manera fundamental, que éste haya comenzado a separarse –institucionalmente– del campo político (articulación que hizo posible el uso nacionalista del fútbol) así como de la sociedad civil, para

ceder su independencia a las leyes del mercado global. Como consecuencia, los valores humanistas particulares asociados a ese deporte, inspirados en el olimpismo reciclado como *fair play*, ya devaluados por la lógica nacionalista que se le impuso durante mucho tiempo, ahora se subordinan a las leyes de la economía de mercado. Dicho en otros términos, el espectáculo futbolero es cada vez menos un ritual político o una *performance* comunitaria y se convierte, por el contrario, en un producto de la industria cultural a cuyo ávido consumo somos incitados sin tregua por las sirenas de los medios de comunicación.

El impacto de la actual globalización en el fútbol-asociación de alto rendimiento se puede rastrear en la creciente generación de interdependencias que se evidencia no sólo en una creciente organización de eventos deportivos de carácter internacional sino, como ya señalamos, en los cambios de los patrones de juego, consumo y organización, como resultado de las transformaciones actuales en la base territorial y en la modalidad organizativa del fútbol.

Con mayor detalle y de manera analítica e hipotética se pueden identificar transformaciones en las siguientes dimensiones del campo sociológico del fútbol, las cuales están asociadas a una progresiva racionalización, transnacionalización y privatización de la organización, práctica y consumo del fútbol de alto rendimiento:

La propiedad y administración. El modelo de tipo “clubes”, en el que estos constituían un espacio de socialidad de carácter local y sin objetivos de lucro, está siendo desplazado por la formación de empresas de tipo sociedades anónimas, muchas de ellas con capital transnacional. Las gratificaciones simbólicas y el reforzamiento de vínculos comunitarios son relegados ante el objetivo de obtener ganancias, provocando así una pérdida de capital social acumulado por la sociedad civil (ver, para el caso argentino, Frydenberg, 2000 y Palomino, s.f.), así como una privatización del capital simbólico y económico que generaron los clubes. Por otra parte, existe una creciente racionalización gerencial, asociada a la emergencia de una tecnocracia internacional, la cual implica la pérdida del control administrativo de los equipos por parte de los aficionados y socios, transformados éstos en accionistas.

La base territorial del asociacionismo y la competición. Uno de los rasgos más destacados y polémicos de la globalización es la erosión de la soberanía y los vínculos nacionales a favor de modalidades de organización territorial distintas. Lo transnacional, lo supranacional y lo (trans)local ponen en cuestión tanto la forma de asociacionismo como de competición en la cual se basó la mundialización del fútbol. Esto puede verse en la transnacionalización de los clubes mediante la

creación de filiales y el establecimiento de alianzas transnacionales, así como en la emergencia de ligas supranacionales y transnacionales, cuya más clara expresión sería el campeonato mundial de clubes cuya primera versión fue jugada en el año 2000 en Brasil.

La técnico-estratégica. Poco a poco, en la formación de jugadores se evidencia la pérdida de la importancia del "lugar" o el ambiente y de los conocimientos locales, constituidos durante prolongados períodos de adaptación creativa al entorno ecológico y cultural. La ilusión romántica, estrechamente ligada a la idealización del fútbol como un canal de movilidad social, se está erosionando debido a la creciente cientifización del fútbol mediante el establecimiento de "no lugares" formativos, como las escuelas, los gimnasios y los laboratorios, que marcan la definitiva profesionalización del fútbol. Se racionalizan y deslocalizan las técnicas corporales y las normas proxémicas particulares de cada cultura así como los valores éticos y morales que se les asocian, elementos que hasta ahora eran considerados fundamentales al momento de definir los "estilos de juego". Como consecuencia, se desarrollan técnicas corporales y esquemas tácticos de juego más universalistas, y el pedagogismo futbolero reemplaza el aprendizaje mimético, que tenía como escenarios a la esquina o la playa.

La laboral. El campo del fútbol profesional puede considerarse uno de los pocos segmentos del mercado mundial donde existe una verdadera movilización libre de la fuerza de trabajo conformada por jugadores, directores técnicos, gerentes deportivos y otros actores. La paulatina eliminación de medidas proteccionistas de los mercados futbolísticos nacionales resulta favorable a la conformación de equipos (clubes y hasta selecciones) de carácter multicultural, aspecto éste que también sería favorecido por la intensificación de los flujos migratorios internacionales y la integración supranacional, como ha quedado demostrado en Europa con el polémico "caso Bosman".

El consumo. Existe una creciente mediatización del consumo cultural en el plano futbolístico. La misma está siendo favorecida por cuatro factores tendenciales: el desarrollo tecnológico en el campo de la comunicación y la emergencia de una cultura mediática-postmoderna; la urgencia de controlar la violencia fuera de los campos de juego; la desterritorialización del fútbol, ligada a la necesidad, propia del principio del *fair play* de eliminar cualquier interferencia del medioambiente, sea natural o social, en los eventos deportivos; y la transnacionalización de los clubes y los eventos deportivos.

Los medios de comunicación. Gracias al desarrollo tecnológico y a la trasnacionalización del capital, los medios están dejando de ser

instituciones nacionales para convertirse en emporios transnacionales en los cuales la influencia y control político e ideológico por el estado o los sectores nacionalistas es cada vez menor. Con la transnacionalización de la propiedad, y sobre todo de la audiencia de los medios, se produce un cambio fundamental en las modalidades de mediación propia del espectáculo futbolístico que marca el adiós al "nosotros esencial" de corte nacional. El lenguaje de los medios se neutraliza y, así, se erosiona la densificación ideológica de corte nacionalista o localista que acompañó a las transmisiones deportivas durante los tres cuartos finales del siglo XX.

El patrocinio. Los equipos de hoy, sean clubes, empresas o selecciones, son patrocinados cada vez menos por los estados y las empresas locales, los cuales son reemplazados por grandes firmas transnacionales, sean de artículos deportivos, de comida rápida o de la industria mediática del espectáculo. Como consecuencia, el recurso a la pasión futbolera ya no se orienta a promover prácticas como "comprar lo nuestro" o "reivindicar lo propio" sino a estimular el consumo a nivel global. En el marco de esta tensión entre intereses económicos transnacionales e intereses económicos y políticos de carácter nacional se inscribe también la tensión creciente entre selecciones y clubes por préstamos de jugadores, la cual parece inclinarse –al menos en los países del sur– cada vez más por los segundos, debido a su gran poderío económico.

De las dimensiones señaladas anteriormente en lo que sigue de este ensayo me interesaría destacar dos: la de los medios de comunicación y la de las transformaciones territoriales, ambas estrechamente relacionadas con la articulación entre nacionalismo y fútbol.

Tal vez sea oportuno recordar, con Appadurai, que los medios de comunicación crean una densa red por la que circulan los productos culturales; forman diferentes *mediascapes* que tienen un papel importante en la construcción de nuestras subjetividades, demandas y expectativas; crean un tiempo y un espacio compartido, y cristalizan demandas que deben ser respondidas por los sistemas políticos. Hasta hace poco, esta red comunicativa estaba sujeta de manera fundamental a los marcos normativos establecidos por los estados y cumplía un papel fundamental en la conformación de lo que Keane denomina una "macro" esfera pública, necesaria para la "imaginación" de comunidades nacionales anónimas (Anderson, 1996). Hoy las cosas están cambiando, puesto que esta red se transnacionaliza y pasa a ser controlada en lo fundamental por las industrias culturales, permitiendo la conformación de una "metaesfera" pública en la que se esbozan los trazos de una nueva ciudadanía global.

Con esos elementos en mente volvamos al fútbol. La introducción de la televisión por vía satélite en los años '70, que se potencia *ad-infinitum* con las nuevas tecnologías de la información y la comunicación que se generaron en los '80 y '90, marca la definitiva globalización del futbol como espectáculo. Según datos de la propia FIFA, las finales de las copas del mundo que se celebran cada cuatro años constituyen el evento que mayor cantidad de teleespectadores convoca alrededor del planeta: en 1998 33,4 miles de millones de espectadores acumulados, que habitan en 196 países, vieron la fase final de la copa mundial, mientras que aproximadamente mil millones de espectadores "presenciaron" en tiempo real el encuentro por el campeonato protagonizado por Brasil y Francia, cifra espectacular sobre todo cuando es puesta en relación con la población total planetaria, que es aproximadamente de seis mil millones (InfoPlus, FIFA, 03/2000).

Ahora bien, más allá de estas espectaculares cifras, a los fines de este ensayo es necesario detenerse en las implicaciones que tiene esta creciente mediatización y transnacionalización de los espectáculos futbolísticos sobre los procesos de producción de identidades nacionales. Pese a la importancia que posee el consumo mediático de los eventos deportivos, la crónica deportiva (y en general, la producción de noticias) no ha sido considerada un género relevante por los estudiosos de las industrias y las políticas culturales, quienes han tendido a concentrarse en otros tales como la telenovela, los géneros literarios y la industria fílmica. Esto aún cuando este género ocupa un lugar fundamental en la producción periodística prácticamente en todos los países de América Latina, donde la cobertura –transmisión y análisis– de eventos deportivos concentra gran parte de los esfuerzos de producción propia por parte de canales privados nacionales. De igual manera, debe destacarse que éste es uno de los pocos rubros donde existe un intercambio de señales bidireccional entre países, ya que la transmisión de partidos eliminatorios de la Copa Mundial es (sobre todo para aquellos países que tienen una industria audiovisual poco desarrollada) prácticamente el único producto informacional audiovisual de exportación, ocupando el principal rubro en las transmisiones en tiempo real y vía satélite.

Sin embargo, un rasgo hasta ahora dominante en la transmisión de eventos deportivos internacionales era la mediatización de las señales internacionales por el periodismo nacional (y en algunos casos local). A diferencia de los productos "enlatados", como los filmes, las series y las telenovelas, la transmisión de imágenes y sonido ambiente de un evento ocurrido incluso en países que comparten idioma con el país receptor era recibida por televisoras locales que añadían una narración y estructuración nacionales a la programación antes de retransmitirlos a su audiencia cautiva mediante televisión abierta, fungiendo así el

periodismo local como un verdadero interpretante de esos eventos (antes que como traductores, tarea propia del doblaje y el subtitulado). Esto ocurría incluso con los reportes escritos, los cuales eran reelaborados por los cronistas y editorialistas nacionales, como puede comprobarse hoy fácilmente gracias a Internet, al revisar los comentarios de la prensa de distintos países sobre un mismo evento deportivo.

Este proceso de interpretación de los eventos deportivos internacionales según códigos culturales nacionales propios implicaba una densificación ideológica de las narrativas deportivas, produciéndose de esa manera un efecto *glonal* al cual los estudios de la recepción no le han prestado aún suficiente atención. Es gracias a este efecto que el incremento en el flujo de las señales internacionales que se hacen frecuentes a partir de la introducción de la tecnología de la televisión vía satélite podía generar, paradójicamente, un efecto de "comunidad nacional en anonimato" en las audiencias. En esta perspectiva podemos decir que existía una verdadera apropiación nacional de imágenes internacionales y, por tanto, una real política de identidad nacional desarrollada por los medios de comunicación. Tal vez por eso, entre los héroes de los aficionados a los deportes figuran no sólo jugadores excepcionales, sino también narradores y comentaristas deportivos destacados. Quizá por lo mismo es usual todavía ver en los estadios a aficionados escuchando la transmisión por radio del partido que están presenciando.

Lo anterior parece estar cambiando, debido al proceso de transformación de la industria de la comunicación originado en la innovación tecnológica, en la transformación de la propiedad de los medios de comunicación y en la cada vez más débil capacidad de regulación estatal de las actividades de la industria cultural. En algunos países, por ejemplo, las transmisiones *glonales* de los acontecimientos deportivos están siendo reemplazadas por señales de acceso restringido, como el cable y la televisión digital, sin que el estado pueda oponerse a ello. Es el caso de países como Ecuador, donde los derechos de transmisión de las eliminatorias al mundial 2002 han sido adquiridos por cadenas transnacionales y suprimidos de las televisoras públicas. Esto no sólo implica un cambio en la magnitud de la audiencia, la cual ahora se reduce a quienes pueden pagar por acceder a la misma, sino que también ha modificado los marcos de sentido en los cuales actuaban los procesos de elaboración de identidades, eliminado la mediación nacionalista en la interpretación de las imágenes.

Se produce así un doble efecto desnacionalizador: la señal audiovisual a la que accede un conjunto de teleespectadores que ya no puede equipararse potencialmente al "conjunto de la nación" ha perdido densidad ideológica nacionalista, la cual en algunos casos ha sido suplantada por interpretaciones "supranacionales" como la de "nosotros

los latinos" y en otros simplemente ha dado lugar a narraciones y comentarios cuyo lenguaje se sitúa más en códigos técnicos que ideológicos. De esta forma, las necesidades de la propia industria cultural han modificado radicalmente las condiciones de producción y de recepción de las señales audiovisuales, así como una transformación en los marcos de sentido que hacen a las mediaciones que orientan su interpretación, produciendo un efecto globalizador en desmedro de la dimensión nacionalizadora que hasta ahora tenía la transmisión de encuentros deportivos internacionales.

Así, la apropiación de los medios de comunicación por grandes consorcios transnacionales y/o la compra de los derechos de transmisión de esos eventos de manera exclusiva para ser transmitidos por cable y, en un tiempo no muy lejano, por vía digital, está difuminando la codificación nacionalista de la información. Pero la tendencia pareciera indicar que no sólo se está eliminando la codificación nacionalista mediática sino que se está transformando el mismo patrón territorial de organización de la competencia a favor de los encuentros entre clubes (cada vez más transnacionalizados) y ya no de selecciones. Es más probable, por supuesto, que las hinchadas de los clubes asuman una dimensión transnacional: clubes como el Barcelona o el Ajax, por citar algunos, no sólo alínean jugadores de los más diversos orígenes geográficos, sino que cuentan entre sus más asiduos seguidores –en general mediáticos– a aficionados de muchas nacionalidades. En el momento, al parecer no muy lejano, en que "hinchar" para estos clubes sea más importante que apoyar a un club "nacional" (como antes ocurrió con el desplazamiento de las lealtades parroquiales por las nacionales) el primordialismo que ha pautado hasta ahora las adhesiones y lealtades futbolísticas será cosa del pasado. Tomando las categorías que desarrolla Antezana en este mismo libro, podemos decir que el futuro será más de las identidades *tifosi* que de las identidades nacionales, ya que las primeras sintonizan mejor con los procesos de transnacionalización del fútbol.

Lo señalado respecto a las hinchadas nos conduce directamente al problema de la desterritorialización. Como está ocurriendo en otros ámbitos de la vida alcanzados por la "alta modernidad", este proceso también parece estar afectando al fútbol, como lo han destacado algunos geógrafos. Por ejemplo, John Bale (1997), interesado por la relación entre paisaje y deporte, ha señalado que el mismo principio o *ethos* del *fair play*, así como la necesidad de estandarizar las condiciones ambientales para favorecer la comparabilidad necesaria para el establecimiento de los records en otras disciplinas deportivas, promueve la eliminación de cualquier factor ambiental que incida en el resultado de un encuentro futbolístico. En América Latina, como es ampliamente sabido, el factor ambiental que más controversias ha generado en el

marco de los organismos que se ocupan de normar los encuentros de fútbol internacionales ha sido la altura: en repetidas ocasiones, y hasta ahora sin éxito, algunas federaciones nacionales han solicitado que se prohiban los juegos internacionales a alturas mayores, por ejemplo, a los 2.500 m/snm, situación en que se encuentran las ciudades de La Paz, Quito y Bogotá.

Estas demandas para la eliminación de los factores ambientales serían, según el mismo Bale, favorables a la conversión de los estadios en lo que el antropólogo francés Marc Augé ha denominado "no lugares", esto es, en espacios homogenizados, estandarizados y "purificados" de cualquier interferencia ambiental, sea natural o cultural. En esta perspectiva, como ya se muestra en un comercial de Adidas (en el que ingresa un equipo multinacional en el que alínea el "diablo" Etcheverry), en el futuro el paisaje sería separado del fútbol y los estadios se convertirían en "no lugares" similares a los restaurantes Mc Donald's: todos iguales y sin ninguna referencia a su medio ambiente natural o cultural. En estos estadios, por cierto, los espectadores estarían "fuera". En el extremo, señala Bale citando a Baudrillard, los partidos de fútbol en la era postmoderna serían fenómenos exclusivamente televisivos, es decir, eventos reales que sólo podrían ser experimentados por medio de las pantallas.

En el extremo serían estadios virtuales tal como los que desarrollaron los organizadores del mundial 2002 realizado en Japón y Corea del Sur. Un factor adicional favorable a esta "no lugarización" paulatina del fútbol tendría que ver con la necesidad de controlar la creciente y difundida violencia en los estadios y sus inmediaciones. Llevando este razonamiento hacia la ficción, se podría imaginar –como lo sugirió Roberto Di Gianno– un escenario futuro en el que se organicen partidos clandestinos de fútbol a los que los aficionados puedan asistir en "vivo y directo" (o, como narra Borges, se transmitan partidos que nunca se jugaron). A quienes en este momento esbozan una sonrisa irónica de escepticismo, tal vez sea oportuno recordarles lo que ha ocurrido en muchos países con una diversión muy popular en el mundo hispano colonial: la riña de gallos.

Otro factor de desterritorialización del fútbol es la profesionalización del oficio de jugador, proceso que viene acompañado de la introducción creciente de principios racionales para mejorar el rendimiento de los jugadores y los equipos, lo que hace que éstos sean cada vez menos producto de condiciones y saberes locales específicos, en mucho idealizados hasta ahora en los discursos que rondan el populismo aderezado con romanticismo telúrico y que han buscado explicar la conformación de ciertos estilos futbolísticos acudiendo con entusiasmo a factores ambientales como "el potrero" (Argentina) o "las playas" (Brasil).

Por el contrario, los jugadores se convierten en crecientes productos relativamente estandarizados de escuelas y gimnasios, tendencia que ya se puede verificar prácticamente en todos los países donde se practica el fútbol.

Desde esta perspectiva, podría señalarse que, en el campo del deporte, el desarrollo de determinados estilos nacionales de juego implica –como en el caso del baile, al que los folklorólogos han prestado especial atención– la adquisición vía socialización de habilidades corporales particulares (en lo técnico), así como modalidades específicas de ocupación individual y colectiva tanto del espacio (normas proxémicas) como del tiempo (ritmo y táctica). El estilo argentino, por ejemplo, se parecería al brasilero en lo de los pases cortos, pero se diferenciaría del mismo porque la manera de dominar la bola consiste en pisarla y no, como en Brasil, en mantenerla en el aire. Pero un estilo nacional no se limita a habilidades técnicas y tácticas, sino que también implica la adquisición de determinados valores morales (éticos). Así, los valores asociados al estilo argentino de jugar serían la libertad, la creatividad y la picardía, opuestos a los valores convencionales de la hombría, la fuerza, la madurez, los cuales se asocian a los héroes futbolistas en otras latitudes, sobre todo en Europa (sobre Argentina, ver Archetti, 1999; sobre Costa Rica, Villena, 1998).

En este contexto, como ha ocurrido en otros campos donde la modernidad se ha impuesto, las “tradiciones” y los “estilos” futbolísticos nacionales pierden terreno frente a la racionalización y a la capacidad de generar “innovaciones” así como competencias interculturales, factores cada vez más necesarios para los jugadores que tienen como horizonte el mercado global de, como señala Archetti, *performing bodies*. En el campo técnico esto implica la constitución de verdaderos equipos científicos de entrenamiento, que desplazan a los tradicionales entrenadores, valorados más por su capacidad motivadora e inspiradora que por su capacidad estratégica. Aludiendo a la polémica que se generó en el fútbol argentino hace unos años, podría decirse que el futuro parece ser más favorable a las propuestas de Bilardo que a las de Menotti, es decir, la búsqueda de eficiencia propia del deporte de alto rendimiento se impondría sobre el mantenimiento de la tradición y la dimensión lúdica del deporte. Una confesión: espero que esto no sea así y que lo lúdico siempre prevalezca sobre la eficiencia.

Ese proceso de profesionalización está asociado a la constitución de un mercado mundial de “piernas”, tal vez uno de los pocos segmentos del mercado laboral donde realmente se ha impuesto la libre movilidad internacional de la fuerza de trabajo. Este mercado requiere que los jugadores de fútbol contemporáneos sean plenamente versátiles y, por tanto, capaces de lograr un elevado desempeño en condiciones distintas

a las de su lugar de origen y en equipos conformados por jugadores provenientes de distintas partes del mundo. Así, a manera de hipótesis, podría señalarse que la creciente rotación de jugadores y cuerpos técnicos a lo largo y ancho del planeta parece estar conduciendo a que los diferentes estilos futbolísticos nacionales se deslocalicen y en última instancia se difuminen: hoy hasta los alemanes mueven la cintura y se aventuran al *dribbling*. Desde esta perspectiva, en el futuro cercano carecerá de todo sentido hablar de "fútbol nacional", como ya ocurre con la "industria nacional": como los electrodomésticos de hoy, los equipos serán –algunos ya lo son– ensamblados de partes producidas en cualquier lugar, de acuerdo con las fluctuaciones bursátiles. Este proceso podría alcanzar incluso a algunas selecciones, como parece anunciar la francesa, verdadero ícono de la multiculturalidad.

En un contexto como éste, los jugadores que tengan interés en lograr el éxito deben preocuparse más por su capacidad de vender su imagen que por fortalecer su "espíritu de sacrificio" o por mantener la "tradición nacional", requisitos ambos necesarios para "representar" con idoneidad a un país, para no hablar de la dimensión lúdico-estética del juego. Tal vez por eso es cada vez más usual, en el mundo futbolísticamente subdesarrollado, referirse a los campeonatos internacionales subrayando su carácter de escaparates para que los seleccionados se exhiban ante los cazadores de talentos. Para la afición nacional de estos países, poco a poco y con las excepciones canónicas, la posibilidad de figurar como naciones en el paisaje futbolístico pasa más por el fichaje de algunos jugadores nacionales destacados en clubes europeos que por una actuación memorable de sus selecciones. Esto significa que no sólo se pierde el carácter colectivo de la representación (y hasta la representación, en último término), uno de los factores que parecían explicar la profunda adhesión que despertaban las selecciones nacionales, sino que también se difumina la ficción de participación y de incidencia que tenía el aficionado cuando se trataba de las selecciones, para no hablar de lo que ocurre con los privatizados clubes. En el fútbol de hoy no sólo han sido desplazados los otrora legendarios número 10, sino que tampoco parece haber ya lugar para el jugador número 12, a menos que sea como consumidor de productos de la industria cultural futbolera: banderines, camisetas y cánticos, objetos que de ser símbolos comunitarios se han convertido en altamente rentables "marcas corporativas".

De esta forma, la política está perdiendo su capacidad para colonizar al fútbol y, como todo en la era neoliberal, cede su lugar al mercado globalizado. Como consecuencia, y pese a que pasará mucho tiempo antes de que los periodistas deportivos, jugadores, entrenadores, dirigentes, hinchas y detractores se liberen de una lógica clasificatoria concebida para tipificar a los seres humanos enfatizando su

nacionalidad, parece ser que poco a poco ésta resultará irrelevante en el mundo del fútbol. Leído en esta clave, el mundial de clubes reciente parece ser una tímida bienvenida al tercer milenio como la "era del fútbol postnacional". Sin embargo, el escaso interés que ha despertado ese evento parece indicar que aún es prematuro cantar el réquiem a las selecciones nacionales. En uno u otro caso, las interferencias de la política y/o del mercado parecen dejar poco espacio para los amantes del fútbol como arte y como juego.

Bibliografía

Alabarces, Pablo (coord.) 2000 *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).

Anderson, Benedict 1996 *Comunidades imaginadas* (México: Fondo de Cultura Económica).

Antezana, Luis 2003 "Fútbol: espectáculo e identidad", en Alabarces Pablo (coord.) 2003 *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).

Archetti, Eduardo 1999 *Masculinities. Football, Polo and Tango in Argentina* (New York: Berg).

Augé, Marc 1994 *Los "no lugares". Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad* (Barcelona: Gedisa).

Augé, Marc 1999 "¿Un deporte o un ritual?", en Segurola, Santiago (ed.) *Fútbol y pasiones políticas* (Barcelona: Temas de Debate).

Bale, John 1997 "La hinchada virtual: el futuro paisaje del fútbol", en *Lecturas: Revista de Educación Física y Deportes* <www.efdeportes.com>.

Beck, Ulrich 1998 *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización* (Barcelona: Paidós).

Cohen, Jean L. y Andrew Arato 1999 *Sociedad civil y teoría política* (México: Fondo de Cultura Económica).

Colovic, Ivan 1999 "Nacionalismos en los estadios de Yugoslavia", en Segurola, Santiago (ed.) *Fútbol y pasiones políticas* (Barcelona: Temas de Debate).

Frydenberg, Julio 2001 "La crisis de la tradición y el modelo asociacionista en los clubes de fútbol argentinos", en *Lecturas: Revista de Educación Física y Deportes* <www.efdeportes.com>.

Hare, Geoff 1999 "'Get your kit on for the lads': Adidas versus Nike, the other World Cup", en *Sociology of Sport on Line* (London).

Jacques, M. 1997 "Worshipping the body at the altar of sport", en *The Observer* (London) 13 de Julio.

Mattelart, Armand 1996 *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y las estrategias* (México: Siglo XXI).

Palomino, Héctor s/f *Los clubes de fútbol en Argentina: ¿asociaciones civiles o sociedades anónimas?* (Buenos Aires) Mimeo.

Villena, Sergio 1998[a] "El fútbol como ritual nacionalista", en *Ecuador Debate* (Quito) Nº 43.

Villena, Sergio 1998[b] "Con manos de tierra y corazón de león. Imaginario nacionalista y fútbol en la prensa costarricense", en *Lecturas: Revista de Educación Física y Deportes* <www.efdeportes.com> Febrero.

Villena, Sergio 2000 "El tercer milenio: ¿era del fútbol postnacional?", en *Lecturas: Revista de Educación Física y Deportes* <www.efdeportes.com> Febrero.

Wahl, Alfred 1997 *Historia del fútbol, del juego al deporte* (Barcelona: Claves) Biblioteca de Bolsillo Nº 5.

Nota

** Este ensayo tiene dos versiones previas: "El tercer milenio: ¿era del fútbol postnacional?", en Lecturas: Revista de Educación Física y Deportes, <www.efdeportes.com> (febrero del 2000) y "Gol-balización y fútbol postnacional", en Iconos, Quito-Ecuador (abril del 2001). Esta nueva versión se ha beneficiado de los comentarios cálidos y con sentido del humor de los miembros del Grupo Interdisciplinario de la UBA, reunidos en Buenos Aires (julio del 2000), así como de los asistentes al II Encuentro del Grupo Deporte y Sociedad de CLACSO (Quito, diciembre del 2000).*

*** Magister y Doctorando en Ciencias Sociales, FLACSO, Secretaría General, Costa Rica.*